# EL GRAN LABERINTO

FERNANDO SAVATER

*Ariel*

Ariel

# EL GRAN LABERINTO

FERNANDO SAVATER

Índice

PORTADA
DEDICATORIA
CITA
1. EL PARAÍSO DE PANTALEÓN
2. EN EL ESTADIO
3. TRAS EL VIENTO ESCARLATA
4. EL CABALLERO DE LA MUCHA FATIGA
5. POR AMOR A SOFÍA
6. EL PEOR DE LOS PECADOS
7. TODO ESTÁ VIVO
8. PAVOR EN LA GRUTA
9. EL ÚLTIMO GOLPE DE ARPAD ZARKO
10. ENTRE FANTASMAS
11. LA LETRA FINAL
12. ¿SALVADOS?
APÉNDICE. PERSONAJES, PERSONALIDADES Y PERSONAS
CRÉDITOS

*A Mikel Fernández, que volvió*;
*y a Elsa Opal, siempre presente*.

«Nunca encontramos el Grial.
Los relatos no eran verídicos.
Sólo la fatiga de los caminos acompañó
a los que se aventuraron,
pero se esperaban historias,
¿qué sería de nuestro vivir
sin ellas?

Nada se resolvió,
Hubiéramos podido quedarnos en casa.
Es que somos tan inquietos.
Sin embargo, concluido el viaje
Sentimos que en nosotros
—ya no rehenes
de la esperanza—
había nacido
otro temple.»

(RAFAEL CADENAS, *La búsqueda*)

# 1

# EL PARAÍSO DE PANTALEÓN

Mientras iban por la calle camino de la librería, Fisco y Jaiko jugaban a que eran astronautas recién llegados a un mundo desconocido y previsiblemente hostil.

—¡Cuidado, a tu derecha! Viene un monstruo rarísimo que lleva en alto una especie de enorme murciélago negro cogido por una pata. Puede ser peligroso...

—Espera, voy a consultar nuestro Informador Universal Portátil. Conectando, conectando... No te preocupes, no muerde. Se llama «paraguas».

—¿El monstruo?

—No, hombre, eso que parece un murciélago.

—Fíjate, en lo alto de ese árbol sin ramas hay un ojo rojo. ¡Caray, ahora guiña el ojo y nos mira con otro amarillo!

—Y esas tortugas gigantes que pasan a toda leche lanzando rugidos. ¡Qué fieras! Hay muchísimas... Deben ser un rebaño en estampida. ¡Cuidado, apártate de su camino!

—¡Atención, el ojo del árbol es ahora verde! Ese árbol en vez de pájaros tiene ojos de colores...

—Mira, el rebaño de tortugas —¿o serán estegosauros?— se ha parado. ¿A qué esperarán?

—Ni idea, pero podemos aprovechar para intentar esquivarlas corriendo hasta allí enfrente.

—¿Y si están al acecho y nos atacan?

—¡Nada, hay que arriesgarse! Pero deprisa, ¿eh? A la de una, a la de dos... ¡vamos allá!

Y cruzaban de acera a todo correr, muertos de risa. Mejor dicho, vivos de risa, porque cuanto más se reían Fisco y Jaiko más vivos estaban. ¿Qué edad tenían? Pues la verdad es que resulta difícil establecerlo a simple vista: ¡los chicos de ahora crecen tanto! Desde luego no menos de trece años pero en ningún caso mucho más de catorce. Jaiko parecía un poco mayor, pero es porque era más corpulento, todo un atleta: muy moreno, a causa de que alguno de sus abuelos o bisabuelos procedía del Caribe y le habían legado un tono como de miel en la epidermis y un pelo de brillante azabache. En cambio Fisco era más menudo, casi rubio, todo fibra enérgica y grandes ojos curiosos. Siempre se les veía juntos, en el patio del colegio, por la calle, en el cine y lo mismo compartían los bocadillos que los secretos. También sus inquietudes: porque a pesar de su ánimo

juguetón y hasta pícaro (era difícil verles en la cara otra expresión que la sonrisa, a menudo satírica) se diría en ocasiones que llevaban a medias la llave de un cuarto oscuro e íntimo en el que se oía el rebullir de cosas extrañas. Amenazadoras.

Se encaminaban ahora a la librería de don Pantaleón, casi como cada tarde al salir de clase. Aunque esta vez no iban sólo de visita: buscaban consejo, si era posible ayuda y en cualquier caso complicidad. La tienda se llamaba «El Pozo y el Péndulo», porque uno de los ídolos de don Pantaleón —que tenía muchos, probablemente uno para cada día del año y todos ellos escritores— era Edgar Allan Poe. «El Pozo y el Péndulo» resultaba ser un antro estupendo, alto y estrecho como una iglesia gótica, forrada de libros hasta el mismísimo techo: los que estaban en los estantes más altos apenas eran visibles, al modo de esos picos de las montañas que desaparecen entre las nubes, y sólo se podía llegar hasta ellos por medio de una escalera de las que emplean los bomberos que corría de un extremo a otro de la pared bamboleándose sobre unos rieles que chirriaban.

En la estantería del muro derecho, según se entraba al local, había una especie de garita o cuartito minúsculo, en el que apenas cabían dos o tres personas en pie (si eran delgadas y apretándose), cerrada por una puerta de cristal esmerilado. Como no parecía servir para nada imaginable y nadie se metía allí nunca (¿qué iba a buscar en ese cuchitril?), tenía muy intrigados a Jaiko y Fisco. Don Pantaleón llamaba a ese extraño rincón «El laberinto de las sirenas», lo cual debía ser otro homenaje a algún escritor para ellos desconocido. De vez en cuando, parecía a punto de contarles algo misterioso que había ocurrido allí... para después pensárselo mejor y cambiar de tema. Cierto día empezó a murmurar, mirando pensativo hacia la puerta de cristal esmerilado: «Aquel gato... ¡vaya con el gato! Pues...» Después silbó entre dientes y se calló. Cinco minutos más tarde se puso a contarles el argumento de una novela de espionaje muy buena que acababa de leer. Del «Laberinto» y del gato, ni una palabra más. De modo que los muchachos tuvieron que contentarse con hacer conjeturas más o menos fantásticas sobre ese rincón aparentemente inútil. ¿O tendría alguna utilidad secreta? Aunque no lo expresaran en voz alta, tanto Fisco como Jaiko compartían desde hacía mucho un anhelo casi inexplicable: encerrarse algún día en ese angosto tugurio y esperar... a ver qué pasaba. ¿Pasaría algo?

En el centro de la tienda había una gran mesa medio desvencijada por el peso de montones de libros y revistas que don Pantaleón llamaba «las novedades», aunque la verdad es que parecían siempre más o menos las mismas. Y detrás de ella se sentaba el orgulloso librero, en una silla con alto respaldo de madera que parecía robada del coro de alguna iglesia. A su izquierda, encaramado a una percha, estaba un loro voluminoso y viejo, de amarillos ojos malévolos, que en cuanto se agitaba demasiado perdía alguna pluma y que no paraba de farfullar refranes y versos poco comprensibles. Don Pantaleón le llamaba *Séneca*, no hace falta que aclaremos que como homenaje a otro de sus muchos autores favoritos. De vez en cuando le preguntaba algo, momento que *Séneca*

elegía para guardar un digno y casi ofendido silencio, aunque el resto del tiempo no paraba de parlotear. Y solía hacerlo buscando rimas que no le hubieran hecho desmerecer en bastantes juegos florales...

A los dos chicos les apasionaban los libros, porque leyendo multiplicaban su vida y descubrían con la imaginación nuevos sentimientos, aventuras y escalofríos. Para ellos abrir un volumen era como beberse un elixir mágico que les transformaba en seres desconocidos. Era una sensación a menudo inquietante, porque de pronto les parecía como si hubiesen cambiado de alma... También apreciaban por eso mismo «El Pozo y el Péndulo», ya que la librería era a la vez acogedora y sobrecogedora, como un hogar que encerrase dentro selvas inexploradas y mares tenebrosos. Pero sobre todo les gustaba el mismísimo don Pantaleón, con su gran barriga, sus enormes patillas canosas cuya abundancia pilosa compensaba la calva del buen señor y sus gafitas que sólo tenían medio cristal en la parte inferior: no paraban de resbalarse nariz abajo y su dueño se las ajustaba a cada momento para no perderlas, mientras lanzaba por encima de ellas miradas maliciosas que siempre sugerían algo más de lo que sus palabras revelaban...

A don Pantaleón le encantaba hablarles de cualquier cosa: sobre todo de libros, desde luego, pero también de viajes (que quizá había hecho cuando era joven o quizá sólo había leído), de animales que vivieron hace millones de años aunque probablemente todavía se escondían en las profundidades del mar, de batallas terribles y de cosas enigmáticas como el tiempo, la justicia y la muerte. También de amores, a menudo desgraciados pero siempre envidiables, cuyo relato algo confuso solía acabar suspirando: «Pero ¡qué vais vosotros a entender de eso!» A los muchachos les fastidiaba un poco que en esas ocasiones les tratara como a críos, después de considerarles a todos los efectos personas adultas un momento antes. Además estaban convencidos de que en ciertos aspectos, aunque hubieran vivido mucho menos, tenían experiencias y sabían de aventuras que el enclaustrado librero ni siquiera sospechaba... Por lo demás, don Pantaleón estaba especialmente ufano de su sonoro nombre:

—¡Pantaleón! Fiu, fiuuuu... —y lanzaba un silbido entre dientes con el que solía expresarlo casi todo, admiración, respeto, sorpresa e incluso alarma—. Un nombre imponente, ¿eh? Llevo al rey de la selva como blasón. Fijaros: cuando estamos al aire libre, todos los sonidos que oímos vienen de uno u otro sitio. Todos, menos tres, que cuando retumban parecen llegar de todas partes a la vez y nos rodean con su majestad: el estruendo de los cañones, el tañido de las campanas y el rugido del león. ¿No es impresionante? En griego, «panta» significa «todo», de modo que el león de mi nombre es el león total, el león absoluto. ¿O será quizá un león que nos espanta? Fiu, fiuuuu...

De este entusiasmo onomástico solía burlarse entre dientes don Hilarión, su hermano menor, encargado de llevar las cuentas de la librería. Era muy delgado, estrecho más bien, y andaba siempre un poco de costado como los cangrejos. Su principal tema de conversación era quejarse de las pocas ganancias y augurar la ruina que les esperaba a corto plazo por culpa de los pájaros que, según él, tenía Pantaleón en la cabeza. «¡Pajaritos! —gruñía—. Este hombre a su edad todavía tiene la cabeza llena de pajaritos y así nos va. Acabaremos pidiendo limosna, ya lo veréis». Entonces Fisco y Jaiko miraban al loro *Séneca*, como si fuese el único inquilino alado de la cabeza de don Pantaleón que había decidido vigilarle desde fuera.

Casi siempre los dos muchachos llegaban a «El Pozo y el Péndulo» como una ventolera imprevisible, enredadores y curiosos. Y don Pantaleón les recibía con solemne cordialidad, como huéspedes de honor en su paraíso... aunque, como señalaba con amargura su hermano el contable, solían hacer poco gasto en la tienda. Pero esa tarde estaban menos dicharacheros y algo más mohínos que de costumbre, lo cual no podía pasar inadvertido.

—Fiuuu... me parece que alguien por aquí tiene preocupaciones y no me las cuenta —observó don Pantaleón casi en cuanto llegaron.

Los dos chicos se miraron de reojo, se encogieron de hombros y Jaiko carraspeó un poco. Después dejó caer, como si no le diese importancia, este pequeño relato:

—Cuando veníamos hacia aquí nos hemos cruzado con un grupo de gente. Diez o doce personas, casi todas mayores... Llevaban bufandas de su equipo, gorras con sus colores, haciendo sonar bocinas y silbatos, esas cosas. Iban muy animados, metiendo bulla. Al Estadio, claro. Parecían niños pequeños... niños podridos. Nos han dicho que si queríamos ir con ellos...

—Vaya, qué simpáticos, ¿no? —comentó algo reticente don Pantaleón.

—Muchísimo —resopló Jaiko—. Les dijimos que se fuesen a tomar viento.

—Hombre, tampoco es para ponerse así... —le reconvino el librero, que evidentemente estaba a la espera de más detalles—. La buena gente tiene derecho a divertirse.

Luego Fisco se decidió a hablar:

—Bueno, la verdad es que... Ya sabe. Mis padres y el tío de éste siguen sin salir del Estadio. Llevan ya más de una semana allí.

—Lo peor de todo —añadió Jaiko, con tono irritado— no es que no salgan, sino que por lo visto ni se *acuerdan* de salir. O al menos no se acuerdan de la familia que han dejado fuera...

Don Pantaleón suspiró un silbido y se limpió las gafas en la manga de su guardapolvo. Por fin iban llegando al centro del asunto que preocupaba a los muchachos. Y don Pantaleón empezaba a comprender que no les faltaban buenas razones para estar inquietos.

—Pero ¿habéis hablado con ellos? ¿Están bien? Alguna explicación os habrán dado...

—Yo hablé con mi madre hace dos días por teléfono —concretó Fisco—. Conseguí localizarla después de mucho insistir, porque tienen el móvil apagado casi todo el tiempo. Me dijo que lo estaban pasando guay del Paraguay y que no comiera hamburguesas a todas horas. Que me portase bien y que no la distrajera, porque el partido estaba muy interesante. ¡El partido! Pero si llevan allí más de una semana... Y además ella siempre ha detestado el fútbol.

En efecto, el asunto resultaba ya bastante raro. Y no sólo por lo que tocaba a los familiares de Fisco y Jaiko. Desde que la nueva Dirección se hizo cargo del Estadio y anunció el Partido del Siglo, muchas personas de la ciudad se habían instalado en la cancha deportiva y no daban señales de querer volver a casa. Por supuesto, la Dirección lo consideraba un éxito, que proclamaba por televisión y radio, a partir de lo cual cada vez más curiosos se apresuraban a buscar sitio en ese gran espectáculo. Y allí se quedaban. Un día tras otro: por lo visto el Partido del Siglo iba a durar precisamente eso, un siglo...

A don Pantaleón le habían llegado algunas noticias y rumores sobre esta situación, aunque no había terminado de concederles toda la atención que merecían. Nunca había sentido demasiada simpatía por el campo de fútbol, que consideraba casi un adversario personal suyo, de sus gustos y de su librería. Pero ahora las cosas habían cambiado de

tono. Antes el Estadio le disgustaba, aunque lo asumía como un reto y aceptaba que cada cual tiene derecho a sus manías. Ahora, sobre todo viendo la angustia de sus jóvenes amigos, comenzaba a *asustarle*. Presentía que allí ocurría algo más que goles y penaltis. Algo peor y más retorcido. Algo que, antes o después, habría que afrontar. Con fuerza, con valor... pero él se sentía viejo, cansado. De su pasado le llegaban cadenas de susto que amarraban hasta la impotencia su presente. Debían ser aquellos jóvenes... Pero ¿no eran precisamente demasiado jóvenes? Y ¿qué derecho tenía él para empujarles a aventuras de las que no se sentía personalmente capaz? Después de pensar un rato, el librero tomó una decisión y aconsejó con tono grave:

—Pues si ellos no salen, me parece que no vais a tener más remedio que ir a buscarles.

Los muchachos volvieron a mirarse, inquietos. Aunque habían ido a la librería esperando respuesta a la pregunta que precede a todas las hazañas y todos los desastres: ¿qué hacer?, no les entusiasmaba demasiado el plan que se les proponía... y que en el fondo sabían desde antes que era el único posible. Mientras le daban vueltas al asunto, intentaron hacerse los despistados:

—Ir a buscarles... ¿*dentro* del Estadio?

—Pues claro, ¿dónde si no?

Don Hilarión intervino rezongando.

—Los niños no tienen por qué convertirse en guardianes de las personas mayores. Es un fastidio y una falta de respeto. Por su edad e inexperiencia no entienden sus responsabilidades ni tampoco sus diversiones...

Pero su hermano discrepaba de esta opinión.

—Al contrario, Hilarión, déjate de tópicos. A mí me parece que todas las relaciones humanas tienen siempre algo de recíproco. Los adultos cuidan de los más pequeños, pero también los pequeños protegen a sus protectores a su manera: además, nadie es adulto del todo... Y siempre se necesita una mano ajena para salvarse, aunque sea una mano más pequeña o más inexperta. Lo que pasa es que los mayores nunca pedimos ayuda a los niños por pura vanidad o por miedo a que sean capaces de sustituirnos demasiado pronto. Y por eso nos pasa lo que nos pasa.

Don Hilarión resopló:

—¡Pajaritos, pajaritos en el coco!

Mientras, Fisco y Jaiko seguían rumiando los pros y contras del dichoso asunto. Sin duda estaban preocupados por sus familiares, pero quizá tanto agobio fuese a fin de cuentas injustificado: si ellos decían que se lo estaban pasando muy bien, ¿por qué no creerles y se acabó? Lo contrario sería imitar a aquel *boy scout* que para hacer su buena obra diaria se empeñaba en cruzar la calle al ciego que no quería cambiar de acera... Además, no tenían ganas de aguantar ningún interminable Partido del Siglo por culpa de la parentela.

Aunque en el fondo había otra cosa que les alarmaba quizá mucho más: «Entraremos fácilmente pero ¿podremos irnos? ¿Por qué no quieren salir los demás que han entrado antes?» Si lo que ocurría en aquella cancha les resultaba un insoportable fastidio, malo; pero... ¿y si les gustaba y ya ni siquiera intentaban volver a marcharse? Peor, peor todavía. Como si les adivinara el pensamiento, *Séneca* recitó con su voz cascada y algo perversa:

—¿Vas voluntario a la trampa?

No te quejes si no escampa...

Ellos seguían preguntándose dentro de sus cabezas, con los labios apretados: «¿y si no salimos?, ¿y si no *queremos* salir?». No decían nada en voz alta, pero cada uno sabía lo que pensaba el otro. A pesar de todo, también sabían lo que iban a hacer. Se despidieron al poco rato del viejo librero y salieron a la calle.

—Entonces... ¿vamos? —preguntó Fisco.

—Pues... ¡qué remedio! —contestó Jaiko, poniendo una exagerada cara de espanto, tipo *zombi*, que hizo reír a su amigo.

Cuando se fueron de la tienda, don Pantaleón se sintió culpable por verles encaminarse hacia donde él no iría por nada del mundo. Y, sin embargo, era necesario que alguien... que alguien se atreviera. Siempre es preciso que alguien se atreva o todos estamos perdidos.

# 2

# EN EL ESTADIO

Era gris y enorme: parecía una palangana gigante, cubierta por una cazuela invertida no menos grande. Estaba adornado con muchas banderitas de países reales e imaginarios (es decir, aún más imaginarios que los corrientes) y rodeado de anuncios de los cachivaches más dispares: automóviles que volaban por el cañón del Colorado pilotados por rubias impresionantes, televisores del tamaño de la fachada de un ministerio, frigoríficos llenos de alegres pingüinos, teléfonos móviles con más botones que la cabina de un cazabombardero, salsas de colores chillones derramadas sobre montañas de patatas fritas, detergentes capaces de volver fosforescente la ropa más guarra, y motocicletas y pelucas y más automóviles y más rubias que exhibían envidiables piernas desnudas... Por esa avenida de anuncios, acompañados de musiquillas pegadizas, se llegaba hasta la gran puerta principal del estadio. Y por allí marcharon Fisco y Jaiko, algo recelosos y bastante cohibidos.

El arco de la entrada se presentaba grandioso, presidido por una leyenda en letras refulgentes: «Estadio Municipal Gloria Bendita. ¡El Partido del Siglo! ¡Bienvenidos!» Pero resultaba luego que la puerta propiamente dicha era más bien pequeña, un torniquete por el que sólo se podía pasar de uno en uno. Y cosa curiosa: no había otro torniquete semejante para salir. Allí dos empleados de la empresa recibieron a los chicos con zalemas acogedoras. Ambos respondían perfectamente a lo que parecía ser el modelo único patentado por la nueva Dirección: juveniles, repeinados con gomina, de blanca y generosa sonrisa, vestidos con un traje azul eléctrico y corbata roja.

—¡Hola, hola, hola! ¿Qué tal, *boys*? Venís a disfrutar, ¿eh?

—Bueno... no exactamente —respondió Fisco, con cara bastante seria— venimos a buscar a nuestros familiares. Hace tiempo que no les vemos por casa.

Los dos porteros se echaron a reír cordialmente. ¡Naturalmente que no iban por casa! Porque se lo estaban pasando de maravilla en el Estadio. El gran partido atravesaba precisamente por su momento más interesante. «Escuchad, escuchad los gritos de la gente. ¡Cómo disfrutan! Seguro que en cuanto llevéis un rato ahí dentro a vosotros tampoco se os ocurre marcharos. ¿O es que acaso no os gusta el fútbol?»

—A mí me gusta el fútbol —respondió Jaiko, que era un buen jugador en el equipo del colegio— pero prefiero que los partidos empiecen y acaben en una tarde. Creo que me aburriría bastante en un partido de semanas o meses.

Los dos porteros adoptaron un tono paternal. Hablaban alternando una frase uno y la siguiente el otro.

—Eso no es lógico. Piénsalo bien: si algo te gusta, cuanto más tengas mejor. Si estás contento en un sitio ¿para qué vas a cambiar e irte a otro? No hay cosa mejor que un buen partido de fútbol, ¿verdad? Pues aquí tenéis el más guay de todos los partidos, que sigue y sigue, para que nunca dejéis ya de divertiros. ¡Lo importante es divertirse sin parar!

Fisco movió la cabeza negativamente y murmuró que a él divertirse sin parar no le parecía verdaderamente divertido. En cualquier caso, lo más urgente ahora era reunirse con sus padres. ¿Cómo podrían localizarles dentro del inmenso campo de fútbol?

—Nada más fácil —aclaró muy obsequioso uno de los porteros, mientras el otro asentía como si tuviese un muelle en la cabeza—. Tenemos a todo el mundo localizado en este ordenador. Basta con que nos digáis los nombres de vuestros parientes y os señalaremos dónde se sientan. Así podréis disfrutar con ellos el partido.

—¡La familia que ve el fútbol unida permanece unida! —exclamó el otro portero con unción.

Los muchachos facilitaron los nombres requeridos y se enteraron de que los padres de Fisco estaban en la fila veinticinco del ala oeste del Estadio, en las plazas 201 y 202, mientras que el tío de Jaiko estaba en el ala norte, fila treinta y dos, asiento 14. Asunto resuelto, pues.

—¿Cuánto cuesta la entrada? —preguntó Jaiko algo inquieto, porque últimamente las finanzas de los dos chavales estaban bastante maltrechas, sobre todo las suyas. Fisco siempre se las arreglaba para tener algo de pasta pero ahora, con sus padres fuera tanto tiempo... Además, Jaiko era orgulloso y detestaba gorronear a su amigo. ¡Vaya, faltaría más!

Al oírle, los dos porteros simétricos parecieron escandalizados. ¡Por supuesto la entrada era completamente libre para los menores de quince años que tenían familiares en el Estadio! ¡Gratis total! ¡Y con ella tenían derecho además a tomar un refresco y un perrito caliente! Porque ellos tenían menos de quince años, ¿verdad? Pues nada, de lo único que debían preocuparse era de divertirse mucho... ¡para eso habían venido! Aquí estaban los vales que podrían canjear por su consumición. «¡Olvidaros de esas preocupaciones! ¡Ni que tuvierais ochenta años! ¡Ja, ja!»

Uno detrás de otro, cruzaron el torniquete mientras los porteros les despedían más sonrientes que nunca. Entonces Fisco se volvió y preguntó tartamudeando un poquito:

—Este... y digo yo... ¿luego volvemos a salir por esta misma puerta?

Los porteros cruzaron entre sí una rápida mirada y Fisco juraría que les vio guiñarse el ojo.

—¿Quién piensa ahora en salir, si acabáis de llegar? ¡Venga, a divertirse!

—Ya —insistió Jaiko— pero cuando vayamos a salir...

«Cuando llegue ese momento... si es que llega... entonces no tenéis más que preguntar y saldréis... por la salida, ¡eso es!» Y los dos porteros lanzaron una carcajada al unísono, mientras repetían: «Claro, por la salida... por dónde va a ser... ¡muy bueno lo tuyo, oye!» Se reían muy fuerte con la boca de dientes blanquísimos, con el pelo engominado y hasta con la corbata roja de nudo impecable. Pero Fisco advirtió que sus ojos no se reían y que permanecían fijos y muertos, como los de esos peces que habitan en las fosas marinas a donde nunca llega la luz del sol.

Los dos chicos avanzaron por una especie de túnel hasta desembocar en el graderío. Al salir quedaron deslumbrados porque focos potentísimos iluminaban el Estadio, cubierto por una bóveda muy alta y sombría. Por allá arriba creyeron ver cruzar sombras veloces, como de murciélagos... pero que quizá fuesen demasiado grandes para ser murciélagos. Había mucha gente en las gradas, aunque el recinto era tan inmenso que abundaban las plazas vacantes. De vez en cuando la multitud soltaba un berrido, el cual —cosa chocante— nunca era unánime: unas veces parecía partir de un sitio y otras de otro, como si estuviesen viendo jugadas diferentes. De aquí para allá deambulaban presurosamente vendedores que ofrecían bebidas y bocadillos grasientos, junto a helados, dulces y cosas mucho más insólitas: máquinas de afeitar, lencería femenina, bigotes y narices postizas, muñecas hinchables y hasta pequeñas tortugas en sus acuarios, dotados de una islita y una palmera de plástico. En el gran Estadio reinaba un calor anormal, como de invernadero, y casi todo el mundo sudaba o se abanicaba con los folletos propagandísticos que repartían los numerosos empleados de la empresa, todos ellos vestidos como los porteros de la entrada.

Fisco cogió del brazo a su amigo, que miraba embobado a un lado y a otro: «Ahora debemos separarnos. Yo iré hacia el ala oeste y tú debes marcharte hacia el ala norte. Más vale que vayamos deprisa. Podemos comunicarnos con los móviles...»

En ese momento, un empleado se inclinó sobre el hombro de Fisco, advirtiendo:

—El uso de teléfonos móviles en el Estadio acaba de ser prohibido por la Dirección. Se ha programado una interferencia para impedir que esos aparatos molesten a las personas que quieren concentrarse en el partido.

—Pero entonces...

—No hay «peros» —zanjó el tipo de traje azul. Y les dedicó la mejor de sus sonrisas...

Fisco y Jaiko acercaron sus cabezas y cuchichearon, como si estuvieran planeando una jugada de *rugby*.

—¿No será mejor que vayamos juntos? —murmuró Jaiko, cada vez más nervioso.

—No creo, eso sería un lío y tardaríamos demasiado —Fisco procuraba pensar a toda velocidad—. Nos reuniremos aquí otra vez dentro de una hora, pase lo que pase. ¡Que tengas suerte!

Chocaron en alto sus manos como despedida y cada cual partió por su lado.

No era cosa fácil orientarse por el inmenso y populoso graderío, porque los focos cegaban en lugar de alumbrar como es debido y multiplicaban extrañamente las sombras. A cada trecho, Fisco se detenía para asegurarse de que estaba en el buen camino. Se abría paso entre la gente, pidiendo perdón cuando tropezaba o pisaba a alguien. Había personas de pie, otras estaban sentadas y las que tenían huecos libres cerca hasta se tumbaban a descabezar un sueñecito. Muchos refunfuñaban al paso del muchacho: «¡Niño, coño, estate quieto de una vez! ¿Se puede saber a dónde vas?» Una pareja gordísima, ella y él con medio bocadillo en una mano y una cerveza en la otra, le rugieron no sé qué maldiciones incomprensibles con la boca llena, poniéndole perdido de migas babosas. Un señor mayor le atrapó del brazo al pasar y le preguntó con voz angustiada: «¿A cuánto van? ¿Quién gana?» Fisco se volvió hacia él para decirle que no tenía ni idea y tuvo un sobresalto: el anciano era ciego.

Por fin Fisco divisó a sus padres, unas cuantas filas por encima de él. Les llamó e hizo gestos de saludo mientras subía, pero no le oyeron o no le hicieron caso. Su padre estaba en pie, con las manos en los bolsillos y parecía tatarear entre dientes, mirando hacia el marcador; su madre estaba sentada, como empequeñecida, con las manos flojas sobre las rodillas y los ojos clavados en la punta de sus zapatos. Cuando llegó junto a ellos, los dos le saludaron con afecto distraído y cierta sorpresa («¡Hombre, tú por aquí! Por fin te has decidido a venir...»). La madre le hizo varias preguntas de tipo doméstico, acerca de si comía lo conveniente o apagaba bien el gas al salir de casa y luego... Luego la conversación se acabó. Como el silencio entre ellos se prolongaba, Fisco miró por primera vez hacia el campo de fútbol en donde se celebraba el Partido del Siglo.

Al principio creyó que no veía bien y hasta se frotó los ojos con la mano, como si llevase mucho tiempo mirando la televisión y empezase a tener la vista cansada. Bajo el crudo resplandor de los focos, el césped de la cancha parecía más marrón que verde, con ramalazos rojizos como si hubiese aquí y allá charcos de sangre recién derramada. Por él corrían velocísimamente muchas figuras, tan rápidas que apenas se las podía distinguir. Pero dos cosas alarmantes estaban al menos claras y Fisco notó que se le cortaba la respiración: en primer lugar, en vez de haber veintidós jugadores como está mandado, los que se desplazaban por el campo eran más, muchos más, probablemente cientos de ellos, cada uno haciendo rodar su propio balón oscuro; y en segundo lugar no corrían como es debido, oh no, por favor, sino que iban *a cuatro patas*. Agilísimos, muy veloces, a saltos... como guepardos. De vez en cuando alguno se paraba y se erguía, adoptando una posición más o menos humana. Y eso era lo peor de todo, porque distaban mucho de ser humanos. Parecían más bien algún tipo de cinocéfalos, como babuinos infernales con enormes y llameantes ojos y bocas lobunas. Quietos, miraban fijamente hacia el público.

Entonces alguien se levantaba en la grada y gritaba «¡goool!». De inmediato, cómo decirlo, Fisco no tenía palabras para explicarlo, el espectador parecía *aspirado* hacia el campo y se precipitaba en la boca del jugador... o lo que fuese. Desaparecía devorado en cuestión de segundos, todo él... No, todo no, ojalá fuese todo. Quedaba la cabeza, que caía sobre el césped botando y se convertía acto seguido en otro balón que rodaba empujado por las patas de la fiera...

Una mujer con gafas que estaba haciendo punto junto al padre de Fisco se levantó de repente, dejó caer su labor y chilló con desesperado entusiasmo: «¡Gol! ¡Goool!» Luego pareció que un remolino se la llevaba y voló derechita hacia las fauces abiertas que la esperaban abajo. Fisco sacudió a su padre por la manga mientras le preguntaba con voz ronca: «¿Has visto eso? ¿Lo has visto?» El padre se encogió de hombros y repuso con un tono desapasionado, como si hablase de la lluvia o el buen tiempo: «Claro que lo he visto. Pero no creo que haya sido gol. A mí me ha parecido fuera de juego.» Espantado, el chico se inclinó sobre su madre y la zarandeó con toda la fuerza de su angustia: «¡Mamá, por favor, vámonos! ¡Tenemos que salir de aquí!» Ella se lo quitó de encima un poco irritada: «Hijo, por favor, que vas a despeinarme. Pero cómo vamos a irnos ahora, cuando el partido está más interesante...»

Durante unos pocos minutos que duraron para él como suelen estirarse los de las pesadillas, Fisco rogó, suplicó e intentó que sus padres le siguieran. Abandonarles allí, atontados, sin advertir el peligro que corrían, le resultaba como dejar a un ciego cruzar la calle sin advertirle de que el semáforo está en rojo y viene un camión a toda velocidad. Por un momento se sintió responsable de ellos, como si fuese el padre de sus propios padres... Pero no había manera de que le hiciesen caso: al contrario, cada vez les notaba más irritados contra él. Cuando se convenció de que estaba perdiendo el tiempo, saltó de la grada y echó a correr hacia la puerta por la que había entrado. Oyó que le llamaban con enfado pero no hizo caso. Siguió corriendo. Ya no le importaba dar empellones a quien fuera con tal de abrirse paso cuanto antes. Tan atontado por el horror iba que atropelló a un niño pequeño, de seis o siete años y ambos se cayeron de mala manera.

—¡Jo, tío, que me matas! —dijo el crío, a punto de echarse a llorar. Cuando Fisco le levantó, disculpándose entre dientes, se encontró con la mirada furiosa de una niña de su misma edad.

—¡A ver si haces el favor de mirar por dónde vas! Has hecho daño a mi hermano.

—Perdona —balbuceó Fisco— pero es que yo... quiero irme ahora mismo de aquí.

La chica le sonrió con algo de tristeza: tenía una sonrisa muy simpática, que mostraba un aparato dental dorado en la boca.

—¡Toma, claro, y yo también quiero irme! Pero nuestros padres están empeñados en quedarse en este... en este jodido infierno. ¿Te lo puedes creer?

Fisco la cogió de la mano y ofreció la otra al pequeño, que se agarró enseguida a ella con fuerza.

—Venga, vámonos. Veniros conmigo.

—Pero nuestros padres... En cualquier momento pueden... ¿sabes a lo que me refiero? Esto está muy chungo, de veras.

—Es inútil, los míos están igual que los tuyos, no hay quien les convenza. Aquí ya no podemos hacer nada, ¿no te das cuenta?

La chica aún dudó un momento. Era evidente que no se fiaba del todo de Fisco, le parecía más bien atolondrado. Por fin lanzó una última mirada hacia atrás, por encima del hombro y después los tres se apresuraron todo lo que pudieron hacia donde Fisco creía recordar que estaba el túnel de salida. A empujones y tropezando anduvieron un rato que se les hizo eterno, hasta que finalmente el muchacho se detuvo, desconcertado. Ya deberían haber llegado al punto por donde entraron en el graderío. Tenía que ser en este pasillo, allá al fondo... pero al fondo sólo se veía el comienzo de nuevos peldaños rebosantes de público. Y tampoco se divisaba por ningún lado a Jaiko. Fisco lanzaba ojeadas a uno y otro lado, con una sensación de ahogo cada vez mayor. Su mirada errante recayó de pronto en el terreno de juego. Allá estaba una de esas criaturas antropoides, erguida y ávida, clavando sus ojos directamente en él mientras una larga lengua roja pendía entre sus colmillos, palpitante. Y a Fisco le pareció de repente que su ahogo desaparecía y que el campo se iluminaba con verde júbilo. Un auténtico jugador, un futbolista de primera (¿era Raúl o Ronaldo?) avanzaba con el balón pegado a la bota hacia la portería, se detenía un momento ante el guardameta ya prácticamente batido y chutaba con potencia irremisible. ¡Era gol, un gol estupendo! Le subió de la garganta el grito de triunfo, sus labios se abrieron y...

Y entonces sintió que algo se le venía encima empujándole sin miramientos, perdió el equilibrio y cayó golpeándose en la rodilla. El dolor le hizo volver a la realidad. La niña estaba sobre él, empezando a levantarse después de haberle dado el tremendo empellón que les hizo caer a los dos. Su hermano pequeño les miraba a ambos con aire preocupado.

—Has estado a punto, ¿eh? ¡Si serás tonto! No hay que mirarles. *Nunca* debes mirarles.

—Gracias, no sé qué me ha pasado... Estaba buscando... Pero es que no encuentro la salida. Creo que me he perdido.

Fisco se incorporó, sudoroso, mientras se frotaba la rodilla lastimada. A su lado apareció entonces uno de los empleados uniformados sin uniforme. Pero no estaba sonriente, sino ceñudo y receloso.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis? ¿Se puede saber a dónde vais?

La niña y Fisco empezaron a tartamudear al unísono un galimatías sobre que buscaban un refresco porque tenían mucha sed. El niño se unió al coro, gimoteando: «¡Tengo sed, tengo sed! ¡Quiero naranjada! ¡Quiero chuches!» En ese momento una voz cascada intervino para ofrecer con canturreo meloso: «¡Refrescos! ¡Chicle! ¡Bombón helado!» Era una vieja de malas trazas, encorvada por los años y medio jorobada, con una bandeja colgada al cuello llena de latas y dulces. El empleado la maldijo entre dientes

con asco, vaciló y luego siguió su ronda. El acosado trío, en cambio, la rodeó con fingido entusiasmo: «A ver... a mí primero... ¿qué tiene?» Cuando Fisco comprobó que el guardián estaba lejos, murmuró:

—Perdone pero... me parece que ya no tengo sed. En realidad no queremos nada, disculpe.

—¿Con que no queréis nada, eh? —la voz de la vieja era ahora más grave y severa —. ¿Ni siquiera queréis... salir de aquí?

Los tres jóvenes se quedaron mudos mirándola, como embobados. Ella les urgió, bajando el tono:

—Venga, no me miréis a la cara, seguid haciendo como si buscaseis algo en mi mercancía. Daos prisa, no tenemos mucho tiempo, son muy desconfiados. Por última vez, ¿queréis salir o no?

A pesar de aclararse la garganta seca, la respuesta sonó tan ronca como unánime: «¡Más que nada en el mundo!»

Enseguida añadieron: «Pero nuestros padres, nuestras familias...»

—Son cosas diferentes —se impacientó la vieja—. Con suerte, puedo ayudaros a escapar, si es que de verdad deseáis marcharos. Pero los demás están mucho más atrapados que vosotros, están atrapados *voluntariamente*. El asunto es mucho más difícil.

La niña protestó:

—¿Cómo puede alguien querer voluntariamente... *eso*? Y con un gesto de la cabeza señaló hacia el campo tenebroso, allá abajo.

—*Eso*, como tú lo llamas, son los psicófagos. Se alimentan de las almas de los que no saben cuidar de sí mismos, de quienes se venden al primero que les permite seguir chapoteando en su pereza. Es largo de explicar y ahora no hay tiempo. Escuchadme bien: existe un modo de abrir las puertas del Estadio para todos... al menos para todos quienes quieran salir. Junto a la garita de los porteros, en la entrada principal, hay un dispositivo automático con una pequeña ventanilla y dos botones, uno rojo y otro verde. Se activa con ocho letras, dispuestas en el orden debido en esta cajita que debe introducirse por esa ventanilla. Después hay que apretar el botón verde. ¡El verde, no lo olvidéis! Si queréis dar una oportunidad de escapar a vuestros familiares, tenéis que buscar esas letras y activar el mecanismo.

La anciana cogió de entre los chicles y dulces una pequeña caja metálica, muy fina y de color mate. Se la puso en la mano a Fisco como si le estuviese vendiendo alguna chuchería. El chico se la metió apresuradamente en el bolsillo, mientras la acosaba a preguntas.

—Pero... ¿cuáles son esas letras? ¿Dónde están? ¿En qué orden hay que ponerlas?

La niña se preocupaba de asuntos más inmediatos: «Y ¿cómo salimos nosotros ahora de aquí?»

—Tomad estas latas de refresco. Son *sprays*. Si rociáis a alguien con uno de ellos, se queda diez minutos fuera de combate. ¡Sólo diez minutos, nada más! Tenéis que intentar llegar hasta la puerta y saltar por encima del torniquete. En lo de las letras, ya no puedo ayudaros. Tenéis que encontrarlas y ordenarlas vosotros. No puedo hacer más.

—¿Y la puerta? —dijo el pequeñajo—. Yo no veo ninguna puerta.

La vieja se irguió en toda su estatura. Era mucho más alta de lo que parecía. Señaló con el dedo hacia la pared del fondo: «¡A la puerta se va... por allí!» En efecto, allí estaba la boca del túnel por el que Fisco y Jaiko habían llegado. ¿Cómo no la habían visto antes?

—¿Quién eres? —dijo Fisco, con la lata de *spray* apretada en la mano. Y el hermanito de la niña añadió, con voz temblona—: ¿Eres... *bruja*?

La vieja pareció enfadarse un poco, aunque seguía mirándoles con ojos bondadosos, preocupados.

—¡Dejaos de tonterías! Soy una persona, como vosotros. Una persona que cuida de sí misma y que por eso procura ayudar a quienes lo merecen. ¡No perdáis más tiempo! Cada minuto cuenta...

Empezaron a moverse hacia la puerta, pero Fisco se rezagó un poco. No estaba dispuesto a irse sin Jaiko. De pronto oyó que le llamaban a gritos: Jaiko venía hacia ellos a toda velocidad, saltando de grada en grada y regateando a los indignados espectadores como si tuviera un balón invisible pegado a la punta de la bota. Llevaba un guardián pisándole los talones y otro —el que antes se había acercado vigilante a los tres chicos... o quizá su hermano gemelo— se disponía a cerrarle el paso. Jaiko bajó la cabeza y cargó contra él como un bólido, enviándole rodando gradas abajo. El perseguidor le echó mano al cuello pero en ese momento recibió un buen chorro del *spray* de Fisco. Olía a una mezcla de fresas y goma arábiga; el empleado se detuvo de golpe como si hubiera tropezado con una pared y cayó poco a poco sobre las rodillas: cualquiera hubiera dicho que se disponía a rezar sus oraciones antes de irse a acostar. Pero la refriega estaba despertando demasiado revuelo. Algunos de los espectadores más cercanos daban muestras de indignación:

—¡Habráse visto! ¡Estos gamberros están alborotando y no nos dejan ver el partido!

—¡Pero si hasta han atacado a ese pobre acomodador...!

—¡Esto es inaguantable! ¡A ver, que venga un guardia!

Un tipo corpulento y muy colorado, con cara de bruto, se puso en pie y alargó los brazos hacia la niña: «¡Mocosa, estate quieta! De aquí nos os vais ahora hasta que llegue un guardia. Ya os daré yo...»

Dos tipos con uniforme negro y gafas oscuras subían rápidamente desde las primeras filas, donde estaban por lo visto situados para impedir que los espectadores saltasen al campo... antes de que les tocase el turno. Uno de ellos jaleaba con gritos al gorila espontáneo que cortaba el paso a los chicos: «¡Agárrelos! ¡No deje que se escapen! ¡Han robado una cartera!»

—Con que ladrones, ¿eh? Ya me parecía a mí... —rugía el gordo feroz, mientras agarraba a la chica por un brazo.

Antes de que se decidieran a utilizar los *sprays* contra el energúmeno, Jaiko recurrió al método más tradicional y le aplicó una estupenda patada en la entrepierna. El otro soltó su presa y se llevó las manos a la parte dolorida, mientras se doblaba en dos con un

«¡uffff...!» de globo que se deshincha. Inmediatamente la muchacha enfiló hacia la salida recién descubierta, tirando del niño que parecía sentir gran interés por observar las contorsiones dolientes del gordo. Los guardias de negro se acercaban velozmente y estaban ya casi encima de ellos.

—¡Rápido, por aquí! —los dos amigos, detrás de la chica y su hermano, se precipitaron a través del túnel que llevaba hacia la entrada. El pataleo de su carrera hizo resonar ecos alarmantes en el oscuro pasadizo, que previnieron a los porteros. Les estaban esperando con cara de asombro cuando aparecieron a todo trapo ante ellos.

—¡Tú al de la derecha, yo al de la izquierda! —le ordenó la chica a Fisco, sin dejar de correr. Con sendos chorros del aromático *spray* pusieron en actitud piadosa y genuflexa a los dos desprevenidos encargados. Fisco, Jaiko y la chica saltaron el torniquete sin dificultad, mientras el pequeño se colaba entre los barrotes retorciéndose como una anguila. Justo a tiempo, porque en ese momento salían del túnel los hombres de negro, vociferando tras de ellos.

Los cuatro siguieron corriendo y corriendo, por la avenida de anuncios y más allá. Corrían como si no fuesen a detenerse nunca, gritándose unos a otros para darse aliento. Varias manzanas después, jadeantes, se dieron cuenta de que nadie les perseguía. De modo que ya estaban libres pero ¿por cuánto tiempo? Porque los cuatro estaban dolorosamente seguros de que más pronto o más tarde, juntos o separados, tendrían que volver.

# 3

# TRAS EL VIENTO ESCARLATA

La chica se llamaba Sara y su hermano pequeño Arno. Mientras se encaminaban hacia «El Pozo y el Péndulo», todos intercambiaron información sobre cómo les había ido con sus respectivos familiares en el estadio. Jaiko no había conseguido siquiera encontrar a su tío y tenía la triste sospecha de que había sido devorado por los psicófagos. Con cierta amargura repetía: «Sí, bueno, esa amiga vuestra dice que se alimentan de almas pero por lo que yo he visto también se comen casi todo lo demás.» «Menos las cabezas —puntualizó Arno—. Como son redondas...» A Sara no le extrañaba que su padre hubiera sido hechizado por el Partido del Siglo, porque era un obseso del fútbol y además bastante bobo (ella no lo decía con estas palabras, pero lo daba a entender claramente). «En cambio de mi madre no me lo esperaba —añadía pensativa—. Creí que era mucho más lista que todos esos hinchas descerebrados. Claro que como la pobre se aburre tanto...»

En cuanto llegaron a la librería, Fisco y Jaiko presentaron sus nuevos amigos a los dos libreros que esperaban ansiosos el relato de su aventura en el estadio. La narración fue a cuatro voces, interrumpiéndose unos a otros vivazmente para añadir detalles o conjeturas. Cuando por fin concluyeron, su excitación decayó y se sintieron abatidos, como vacíos. Poco a poco empezaban a comprender del todo la enormidad de lo que se les había venido encima. «Nos hemos quedado solos», resumió Jaiko. Y Fisco, acordándose de la tarea que les aguardaba, pensó: «Peor que solos.»

Hubo un largo silencio, alterado de vez en cuando por el rezongar de *Séneca* y algún silbido entre dientes que dejaba escapar don Pantaleón. Pero fue don Hilarión quien habló primero: a su habitual tono quejoso se le unían ahora trémolos de espanto.

—¡Habéis cometido una imprudencia viniendo aquí! ¿Y si esos psico... psicópatas os siguen? Ahora todos estamos en peligro.

Fisco se retorció inquieto las manos.

—No creo que los psicófagos salgan de caza por ahí. Más bien parece que esperan a que la gente se les entregue. Además, no tenemos ningún otro sitio a donde ir.

—¡Naturalmente y habéis hecho muy bien viniendo a esta vuestra casa! —rugió don Pantaleón, mientras abrazaba a Arno contra su gran barriga—. Juntos podremos pensar qué debe hacerse. Amigo Fisco, para empezar, enséñame la cajita que os ha dado esa desconocida.

Con cuidado, el interpelado la extrajo de su bolsillo. Tenía aproximadamente el mismo tamaño que un paquete de cigarrillos, aunque algo más delgada. La tapa era corrediza y dentro estaba dividida en ocho compartimentos de extensión y forma irregulares, como si allí debieran encajarse las piezas de un rompecabezas. Todos se acercaron para verla mejor... aunque había poco que ver. Don Hilarión refunfuñó, con bastante razón: «De este chisme poco vamos a sacar en limpio.» Sara clavó sus ojos en don Pantaleón, como esperando algún comentario más constructivo.

—Fiu, fiuuuu... De modo que es aquí donde hay que encajar las letras de marras. Y no sabemos cuáles son ni dónde tenemos que buscarlas. ¡Fiu! Bueno, al menos sabemos que son ocho...

Carraspeó, se limpió sus gafitas de media luna y se quedó un rato pensativo. Luego añadió:

—En fin, como estamos rodeados de libros por lo menos letras no nos faltan.

—¿Quiere decir que podemos recortarlas de algún libro? —comentó escéptico Jaiko. El librero se escandalizó ante semejante sugerencia.

—¿Destrozar uno de mis libros? ¡Vamos, ni se os ocurra!

—Pues entonces no sé...

—Mirad, esas ocho letras juntas tienen que significar algo. Si arrancamos las letras de un libro perderán todo significado. No, creo que lo mejor será *entrar* en los libros a buscarlas... Son los libros los que dan sentido a las letras y a las palabras: las convierten en vida humana...

Fisco no lo veía nada claro: «Pero ¿cómo vamos a entrar en los libros? Lo más que puede hacerse es entrar en una biblioteca, como en la que estamos. O ponernos a leer... ¿se refiere usted a eso?

Don Pantaleón se rascó la cabeza.

—Pues no... por lo menos no exactamente. Vamos a ver: ¿os he contado alguna vez lo que le pasó a mi gato?

«Vaya —pensó Fisco— ya volvemos al dichoso gato.» Con cara de no haber oído hablar nunca del asunto, los dos chicos le felicitaron por tener un minino pero señalaron a continuación que jamás lo vieron en «El Pozo y el Péndulo». Don Hilarión intervino, rezongando:

—El gato se murió hace mucho. Se llamaba *Sansón*. Y no veo qué tiene que ver el gato con todo este galimatías...

—En efecto —corroboró don Pantaleón— el gatito se llamaba *Sansón* y el pobre ya se ha muerto. Lo atropelló un coche.

Entonces *Séneca* graznó rencorosamente:

—*Sansón*, *Sansón*...

¡Menudo cabrón!

—Como podéis ver —prosiguió el librero, con una mueca humorística— a *Séneca* no le gustaba mucho. Y tenía sus razones, porque la verdad es que el gato no le dejaba en paz. En fin, el caso es que una tarde, *Sansón* se metió ahí —y señaló hacia la puerta de cristal esmerilado del pequeño cubículo entre las estanterías.

—¿En «El laberinto de las sirenas»? —preguntaron los chicos. Y como tantas otras veces, cruzaron una rápida mirada de complicidad entre ellos, para decirse sin decirlo: «¡ya te lo decía yo!».

—Justamente. Debí cerrar luego la puerta sin darme cuenta y le dejé ahí dentro al pobre. Cuando se hizo de noche le busqué para darle su plato de leche, pero no conseguía encontrarle por ninguna parte. Entonces me pareció ver algo dentro del «Laberinto», una especie de resplandor rojizo. Me llevé un buen susto, porque creí que era un incendio. ¡Tengo tanto miedo de los cortocircuitos! Con tanto libro viejo como hay aquí, esto ardería...

—Y ¿qué paso luego? —se impacientó Arno.

—Pues que abrí esa puerta y el gato salió, tan tranquilo. Yo diría que además muy orgulloso de sí mismo. Llevaba en la boca una flor.

Sara palmoteó, tan contenta como si acabase de ver un truco de ilusionismo. A la chica, de corazón jardinero, le gustaban mucho las flores hasta entre los dientes de un gato.

—¡Una flor! ¿Qué clase de flor?

—Bueno, una flor corriente, no sé, me parece que una rosa. La sujetaba por el tallo, como si acabara de cortarla de algún jardín o de una maceta. La dejó en el suelo para enseñármela y después se puso a juguetear con ella hasta arrancarle todos los pétalos.

—¡Bobadas! —gruño don Hilarión—. Todos los gatos hacen cosas así. No veo qué tiene de raro.

—Lo raro —repuso lentamente don Pantaleón— es que en ese cuartito no hay flores de ninguna clase. Ni las hay en ninguna parte de esta tienda, porque os confieso que soy poco amigo de convivir con hierbajos. De modo que la pregunta es: ¿de dónde trajo *Sansón* esa flor?

Fisco sacó una conclusión audaz:

—Me parece que usted cree que el gato fue transportado a algún sitio lejano mientras estuvo encerrado en el «Laberinto».

—¡Absurdos! ¡Memeces! —explotó don Hilarión—. ¡Gatos y flores! Estos críos tienen la cabeza a pájaros y tú, Pantaleón, eres peor que ellos.

Sin hacerle caso, el librero contestó mirando a Fisco:

—¡Quién sabe! Se diría que *Sansón* volvía de un largo viaje... pero no sé a dónde ni cómo se las arregló para viajar. Lo cierto es que en muchos libros aparecen flores, sobre todo rosas, y el gato salió de ahí, del interior de la biblioteca, con una rosa imposible en la boca... —Pantaleón se detuvo un momento, recordando y luego recitó:

> «Si (como el griego afirma en el Cratilo)
> el nombre es arquetipo de la cosa,
> en las letras de *rosa* está la rosa
> y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.»

Sara se había acercado a la garita y abrió cautelosamente la puerta. Dentro no había nada, sólo bastante polvo y un leve aroma inclasificable, quizá parecido al de la tierra seca cuando le da muy fuerte el sol. A Sara le recordaba un cuarto oscuro lleno de escobas y escobones que había en su casa cuando era muy pequeña y donde sus padres amenazaban con encerrarla si se portaba mal. Afortunadamente, nunca lo hicieron... La chica murmuró:

—¿Ésta es la entrada al mundo de los libros...? —y se le escapó una risita, mientras se tapaba la boca con la mano como solía hacer para que no se le viera el aparato dental.

Don Pantaleón la corrigió:

—Quizá más bien una de las entradas al mundo a través de los libros...

Será casualidad pero, desde que la conoció, Jaiko siempre procuraba estar cerca de Sara; y ahora también curioseaba junto a ella en la garita vacía.

—¿Por qué lo llama usted «El laberinto de las sirenas»?

—¡Ah, eso...! Es el título de una vieja novela muy hermosa. Tenéis que leerla algún día. La verdad es que yo creo que los seres humanos vivimos dentro de un gran laberinto, donde se entrecruzan en vueltas y revueltas el presente y el pasado, el mal y el bien, la nostalgia y la esperanza... Un laberinto de palabras, sensaciones, emociones y recuerdos... pero sobre todo de palabras. Y las palabras se componen de letras, como las que vosotros debéis buscar, si hacemos caso a esa misteriosa señora. Por supuesto, los libros son los mejores vehículos para viajar por ese gran laberinto fabricado con palabras...

—Y... ¿cuál es la salida de ese laberinto? —indagó Fisco.

—No lo sé, no la conozco. Ni siquiera estoy seguro de que la haya. Pero hay que seguir buscando a través de él, eligiendo caminos, girando hacia la izquierda o hacia la derecha y retrocediendo cuando se llega a un callejón sin salida. También procurando acompañar a los que se encuentran todavía más perdidos y desesperados que nosotros... Aunque, claro, a lo mejor todo esto son chaladuras mías y el «Laberinto de las sirenas» no es más que una especie de cajón polvoriento entre tantas estanterías...

Fisco se volvió hacia Sara y Jaiko.

—Vamos a intentarlo. Entremos y cerremos la puerta, a ver qué pasa. Es algo que siempre he querido hacer y estoy seguro de que tú también, Jaiko. Total... ¿qué podemos perder? Además, *Sansón* volvió sano y salvo.

—A veces las personas tienen problemas allí donde los gatos se las arreglan muy bien —comentó sensatamente Sara.

—¡Un momento, un momento! —protestó don Pantaleón—. Que conste que yo no he dicho que debáis meteros ahí dentro, ni mucho menos que de ese modo vayáis a ir a ninguna parte... Es una idea... en fin, menuda idea, ¿eh? No me gusta demasiado, no, y hasta me da un poco de miedo, para qué voy a negarlo.

Fisco le miró con severidad:

—Don Pantaleón, dejémonos de rodeos y chorradas. Me parece que usted nos está indicando algo y luego quiere hacernos creer que no nos indica nada. Venga, aclárese. Creo que usted sabe de ese «Laberinto» bastante más de lo que nos cuenta. Incluso supongo que usted ya lo ha probado alguna vez, ¿no? ¿A dónde fue usted?

—¿Yo? Pero ¡qué barbaridad! —se acaloró el librero, enrojeciendo y mirando de reojo a su hermano—. ¿Meterme yo ahí, irme yo? ¡Vamos, a mis años, fiuuu...!

—Entonces... ¿de qué tiene miedo? —replicó Fisco—. Déjenos entrar en ese cuartucho y cerrar la puerta. Si no ocurre nada, pues salimos y todos tan amigos. Ya pensaremos otra cosa. Pero a lo mejor conseguimos encontrar las letras que necesitamos. ¡La clave para salvar a nuestras familias! Porque están en peligro, en terrible peligro... de

eso es de lo que estamos hablando y usted lo sabe perfectamente. Vamos, después de haber pasado por ese jodido Estadio comprenderá que no vamos a asustarnos de un pequeño cuarto oscuro...

—Yo no sé... no sé qué deciros —el librero se revolvía en el asiento tras la mesa de novedades cuanto permitía su esférica presencia—. Claro que si todos estáis decididos a intentarlo...

Como casi siempre, Jaiko apoyó sin vacilar la decisión de su amigo. También él se mostró partidario de encerrarse en «El laberinto de las sirenas» cuanto antes. Si no sucedía nada, como parecía probable, por lo menos podrían descartar de una vez esa solución. Y deberían entonces empezar a buscar otro camino para alcanzar las letras que necesitaban. Pero por algún lado había que empezar. Sara, llena de dudas, murmuró: «A mí tampoco se me ocurre nada mejor... de momento. ¡Peor sería quedarnos de brazos cruzados!» Pero el más entusiasta en emprender la aventura era Arno, que se sintió desolado cuando le dijeron que en cualquier caso él debería quedarse fuera de la estrecha cabina con don Pantaleón, esperándoles. Era tan minúscula que apenas cabían tres personas y además él era aún demasiado pequeño para arriesgarse a... a lo que fuera.

—¡Jopé, pero yo quiero ir! Seguro que el gato era más pequeño que yo... Mira, si me encojo no ocupo nada de sitio.

Antes de que empezase a hacer pucheros, Sara le puso las manos en los hombros y le habló con firme dulzura.

—Esta vez no, Arno. Quizá la próxima... si es que hacemos otra expedición. Es muy importante que uno de nosotros al menos se quede fuera, por lo que pueda pasar.

—Toma —le dijo Fisco—, tú guardarás la caja de las letras hasta que volvamos. Cuídala bien, porque sin ella no podemos hacer nada.

El chaval apretó con fuerza el estuche metálico contra su pecho y se tragó valerosamente las lágrimas.

Don Hilarión iba de un lado para otro nervioso, moviéndose en diagonal como un alfil cascarrabias.

—Todo esto es un auténtico disparate. ¡Pero si ni siquiera sabéis qué letra vais a buscar!

En ese momento *Séneca* protestó con energía desde su percha:

> —Voy a decirte una cosa
> pa’que me dejes en paz:
> es «A» la primera letra
> y ya está, ya está y ya está.

Al recibir esta información perentoria en un tono bastante iracundo, todos se echaron a reír y hasta don Hilarión cloqueó una especie de risita. Don Pantaleón se encogió de hombros y dejó claro que, si los chicos se empeñaban, él no iba a impedirles que se encerraran en el «Laberinto». Bamboleándose sobre sus piernas cortas, acompañó a los tres jóvenes hasta el cubículo. En su rostro de sabihondo había

preocupación, pero también enorme curiosidad y cierto orgullo por el coraje de sus amigos. Uno tras otro, los tres se introdujeron allí, bastante apretados, como en un ascensor demasiado estrecho. Para animarse no dejaban de hacer comentarios jocosos. «¡Menos mal que ninguno de nosotros está gordo! Desde luego don Pantaleón ya no cabe...» La verdad es que se sentían todos un poco ridículos emparedándose en semejante agujero para esperar Dios sabe qué. Por fin el librero cerró la puerta y retrocedió un paso. Luego preguntó:

—¿Todo va bien?

—Muy bien, pero con bastante calor. ¡Jaiko, como te tires un pedo te la cargas!

Se oyeron risas y cuchicheos. De pronto don Pantaleón empezó a ver un fulgor rojizo tras el cristal esmerilado.

—¡Eh, chicos! ¿Qué es eso?

—Empieza a soplar una especie de viento. Cada vez más fuerte... Y hay una luz roja... ¡No, es el viento, el viento es rojo!... Muy fuerte, sopla muy fuerte. Nos arrastra...

—¡Sara, Sara! —gritó Arno—. ¿Estás bien?

La respuesta le llegó desde lejos, maravillada.

—¡Allá vamos!

# 4

# EL CABALLERO DE LA MUCHA FATIGA

Fue el calor lo que despertó a Jaiko. Intentó abrir los ojos, pero el sol le daba en la cara con fuerza y tuvo que cerrarlos de nuevo enseguida. Estaba un poco atontado, como si saliese de un sueño demasiado profundo. Se incorporó despacio, sacudiéndose la ropa. La tenía polvorienta, sin duda por haber rodado un rato por la tierra. Y allí había polvo por todas partes, un mar de polvo ocre y ardiente machacado por los puñetazos del sol implacable. Pero ¿dónde estaban...?

—Jaiko... —bueno, por lo menos ahí está Sara, detrás suyo y un poco a la derecha. Y ya pidiendo favores—: Ayúdame a buscar mi aparato dental, que lo he perdido.

Rastrearon un rato en la tierra abrasada hasta encontrar el pedacito de metal dorado, que quemaba al tocarlo. Si llega a permanecer un par de horas más al sol, a lo mejor se funde.

—¿Y Fisco? ¡Eh, Fisco, tronco! ¿Dónde andas?

Le respondió un gemido lejano. Allí encontraron a su amigo, sentado en el suelo con la cabeza entre las manos.

—¿Estás bien? —se interesó Sara, solícita.

—Más o menos. Estoy como si saliera de tres días seguidos de botellón. Pero... ¡es increíble! ¿Os dais cuenta? ¡Ha funcionado!

—¡Y tanto que ha funcionado! —Sara no hacía más que mirar alrededor y palparse el cuerpo, como si temiera estar soñando—. Francamente, yo pensaba que todo eso del gato y del viaje al mundo a través de los libros era como una especie de cuento de ese viejo. Una prueba para ver si confiábamos en él o algo así... ¡Ahora resulta que es verdad!

—Estábamos allí y ahora estamos aquí... —recapituló Jaiko, medio embobado—. ¿Cómo puede ser? Sí, funciona pero... ¿cómo funciona? No entiendo absolutamente nada.

—Ni yo —admitió Fisco—. Pero tampoco entiendo cómo funciona la televisión y la vemos todos los días.

Sara no admitió la comparación:

—No es lo mismo. Lo de la televisión es científico, unas ondas electromagnéticas o no sé qué, en fin, que se puede explicar si te lo estudias. Pero esto no tiene nada que ver con enchufes ni con electricidad, parece más bien... ¡magia!

—A lo mejor también esta magia puede explicarse —se obstinó Fisco— cuando la ciencia avance un poco más...

—Bueno, qué más da, resulta inútil que le sigamos dando vueltas ahora —concluyó Jaiko, que era una persona bastante práctica—. Lo que cuenta es que aquí estamos... y que espero que podamos volver. Pero antes tenemos que buscar esas letras, ¿no? A ver, ¿sabe alguien a dónde hemos venido a parar?

Por más que miraron a uno y otro lado, el paisaje tenía pocas variaciones. Llano y amarillento, salvo algún roquedal sanguíneo hacia el norte y unos alcores cubiertos de matorrales ralos, muy hacia el este. Por lo demás, nada. «¿Qué hacemos?» El consejo de guerra duró poco, porque no se les ofrecían muchas opciones.

—Si llegamos a esos montículos —opinó Fisco, señalando hacia mediodía— puede que desde allí alcancemos a ver algún pueblo.

—Y quizá hasta encontremos sombra —remató Sara con acalorada esperanza.

De modo que se pusieron en marcha, a buen paso.

Antes de llegar a la mitad del camino, ya sudaban abundantemente. Sin embargo su estado de ánimo era excelente: se intercambiaban bromas sobre el aspecto más bien maltrecho que presentaba cada uno al acabar su raro viaje a lomos del viento escarlata y no cesaban de preguntase qué aventuras les esperarían ahora en esta tierra desconocida. Por fin llegaron a la cima de un altozano. Nada de sombra, pero un poco más allá se extendía un vasto trigal y a lo lejos se divisaba un pueblito. Como no había nada más prometedor a la vista, ése fue el objetivo hacia el que se encaminaron. Tres cuartos de hora largos después, no sólo chorreaban sudor sino que empezaban a jadear.

Sin embargo no tuvieron ocasión de llegar hasta el pueblo, porque cuando ya se encontraban cerca un grupo de campesinos salió a su encuentro. Eran diez o doce, con aspecto desastrado y ojos furiosos, como de gente desesperada. Llevaban horcas, piedras, palos y les dieron el alto gritando desde lejos.

—¡No os acerquéis más! ¡Atrás! Decidles a Ellos que ya no tenemos nada más que darles. Se han llevado lo poco que guardábamos, han devorado nuestras cosechas y ahora nuestros hijos y nuestras mujeres pasan hambre. De modo que no tenemos nada que perder, o sea... ¡cuidado!

—Hasta los gusanos intentan morder el dedo del pescador cuando les va a clavar en el anzuelo —añadió sombríamente uno de los más viejos.

Los tres chicos se detuvieron, un poco desconcertados, y Fisco intentó razonar con aquella pobre gente.

—Escuchad, por favor: no sabemos de qué nos estáis hablando. ¿Quiénes son «Ellos»?

—Conque no les conocéis a Ellos, ¿eh? —respondió el viejo con amargura—. Entonces, ¿quién os envía?

Sara intervino en ese momento, con toda la amabilidad de que fue capaz:

—Nadie nos manda. Somos forasteros y nos hemos perdido. Estamos muy cansados. Sólo queremos descansar un rato a la sombra y beber un vaso de agua. Si pudieseis...

Dio un par de pasos hacia delante y una piedra se estrelló con saña a sus pies, haciéndola retroceder.

—¡No, no, atrás! ¡No os queremos aquí, regresad con Ellos!

El viejo volvió a hablar, en un tono más conciliador pero de una firmeza que no admitía réplica:

—Lo siento, no podemos ofreceros hospitalidad. Quizá digáis la verdad. Si es así, ¡que Dios nos perdone por no dar de beber al sediento ni albergue al peregrino, como nos manda la santa doctrina! Pero vosotros debéis culpar de nuestro comportamiento a los malvados porque nos han hecho tan miserables que ya no podemos permitirnos ni siquiera el lujo de la generosidad, que es el último de que disfrutan los pobres y el primero que les falta a los ricos. Id en paz.

Por si esas palabras no bastasen, otras dos piedras cayeron cerca de ellos, lo que les decidió finalmente a alejarse. Con aquella gente no había nada que hacer. Bastante mohínos y también con cierto enfado, los tres se pusieron en marcha rumbo a no se sabe dónde. «¡Menuda tropa de tarugos! ¡Vaya corte nos han dado! —comentaba muy mosqueado Jaiko—. Ahora ¿qué hacemos?» Sara procuró razonar:

—Tiene que vivir alguien más por aquí. Si hemos aterrizado en este páramo, alguna razón habrá. Según vuestro amigo Pantaleón resulta que estamos viajando a través del laberinto de los libros, ¿no? Pues todos los libros que yo he leído tenían argumento y contaban una historia. De modo que este cuento no puede acabar simplemente así, a pedradas.

—Yo no estaría tan seguro —comentó Fisco.

—Los de la aldea hablaban de unos «Ellos», como si fueran sus enemigos —observó Jaiko—. No sé a quiénes se referían, pero en vista del trato que nos han dado, puede que con «Ellos» nos entendamos mejor.

Pasaron raudos tres grajos sobre sus cabezas, lanzando un grito ronco como de burla. El sol parecía hacerse mayor y más fiero a cada momento. Siguieron caminando y sudando un rato largo, en silencio para ahorrar aliento, hasta que Fisco les señaló de pronto un punto en el monótono paisaje:

—¡Mirad allí, esa dos grandes rocas! Por lo menos podremos descansar un rato a la sombra.

Dicho y hecho. Veinte minutos más tarde se sentaban en el suelo, momentáneamente a resguardo del sol y resoplando como focas, aunque... ¡las focas, el agua fresquita, qué envidia! Reposaron un rato. Entonces Sara comentó, sin darle mucha importancia pero con bastante extrañeza:

—Aquí huele un poco raro, ¿verdad?

Fisco declaró que él tenía la boca tan seca que la nariz debía ya de haber dejado de funcionarle por solidaridad con su vecina de abajo, pero que bien pensado, quizá... En parte por complacer a Sara, Jaiko aceptó que él también notaba un olorcillo raro. De pronto Sara se levantó de un salto, francamente molesta:

—¡Desde luego que huele! No sólo huele: ¡apesta!

Atónitos, Fisco y Jaiko le dijeron que no era para tanto. Sólo consiguieron indignar a la chica:

—Claro, vosotros apenas os dais cuenta porque seguro que en vuestros cuartos siempre huele así. Pero yo lo noto perfectamente y es una peste insoportable.

—¿A qué huele? —clamaron ellos lastimeramente.

—¿Cómo que a qué huele? —rugió Sara—. ¡Pues *a pies*! ¡Apesta a pies sudados, de un modo que no te lo puedes creer!

En ese momento se inició una especie de terremoto: el suelo pareció estremecerse y las dos rocas que les cobijaban se les vinieron bruscamente encima, de tal modo que apenas tuvieron tiempo de evitar ser aplastados. Demasiado tarde comprendieron que no pertenecían al orden geológico sino más bien a la zoología: porque resulta que no eran dos piedras sino la suela de dos botas colosales, cuyo dueño acaba de incorporarse frente a ellos. Tenía la estatura de un edificio de cuatro pisos, iba vestido con uniforme de camuflaje y se cubría la cabezota con un pasamontañas negro, a través de cuya abertura les contemplaban dos ojos poco amigables, del tamaño de televisores de pantalla panorámica. Al cinto llevaba un machete que podría servirle de espetón para asar a tres vacas juntas, cuyo mango aferraba con el puño como si estuviese a punto de desenfundarlo. Y la verdad es que por allí no había vacas que ensartar, así que...

—¡Maldita sea mi abuela, que no consigo echarme una siesta tranquilo! —su vozarrón era tan dulce como una avalancha en el Himalaya—. Pero vamos a ver... ¿a quién tenemos por aquí? ¡Patxi, ven, mira lo que acabo de encontrar!

La tierra tembló una vez más y detrás de él apareció otro congénere de la misma especie y volumen, idéntico en todo salvo que su pasamontañas era color verde oliva.

—Espera, Miguelito, no seas egoísta, deja algo para mí. Estas cosillas sólo son divertidas cuando duran un poco.

Las tres «cosillas» estaban tan paralizadas por el pánico que se les había olvidado hasta respirar. Sin duda estos gigantes eran «Ellos», los temidos enemigos que tiranizaban la aldea y tenían desesperados a los lugareños. No, desde luego no parecía fácil hacerse amigo suyo. Bien mirado, hubiera sido preferible recibir unas cuantas pedradas que ir a caer en semejantes garras... El que había estado a punto de aplastarles bajo sus botas se acuclilló para contemplar mejor a los chicos: tras el pasamontañas, su aliento tenía la delicada fragancia de un cubo de inmundicias durante una huelga de empleados municipales de limpieza.

—Pues sí, Patxi, aquí los tienes: son dos mocosos y una muñequita. No parecen de nuestra aldea, están demasiado blancuchos para ser campesinos. Pero nos van a venir muy bien, porque ya es hora de que mandemos un aviso definitivo a esos palurdos.

—Seguro que has tenido una buena idea, Miguelito. Ábreme tu pensamiento y te felicitaré por ella.

—Verás, camarada. Estos dos mocitos se quedarán aquí en nuestra compañía, mientras la pitusa marcha a la aldea para llevarles a esos testarudos nuestro pliego final de condiciones. Y les advertirá de que si en veinticuatro horas no las han cumplido a nuestra total satisfacción, cortaremos a estos caballeretes las orejas y la mano izquierda. Si pasa otro día y seguimos en las mismas, les cortaremos la nariz y la mano derecha. Y si al día siguiente siguen sin atender a razones...

—Entonces ¡zas! —concluyó entusiasmado Patxi.

—Eso es, ¡zas, zas! Tienes un salero cuando quieres...

Sacando fuerzas de flaqueza, Jaiko se atrevió a protestar ante semejante programa de festejos.

—Pero... los aldeanos no nos conocen de nada y nos recibieron hace poco a pedradas. ¡No moverán un dedo para salvarnos! Mire, no sé quiénes son ustedes pero nosotros no tenemos nada que ver con sus asuntos. ¡No pueden hacernos esto!

La risa de los dos grandullones resonó ronca y largamente bajo sus capuchas. Luego el llamado Miguelito aclaró las cosas:

—Claro que podemos, enano, claro que podemos... ¿Sabes por qué? Porque tenemos más fuerza que vosotros y la fuerza consiste precisamente en poder hacer lo que a uno le da la gana, sin pedir permiso a nadie y piensen lo que piensen los demás. ¿Quieres saber quiénes somos o, mejor, *qué* somos nosotros? Te lo diré: somos ogros. Ya ves, renacuajo, de algún modo hay que ganarse la vida. Aunque no sepáis nada de los negocios que nos traemos entre manos, os habéis puesto casualmente a nuestro alcance y ahora nos interesa utilizaros como acabo de explicar. En efecto, puede que los aldeanos no hagan caso de nuestro ultimátum. Eso será muy malo para vosotros, pero a nosotros nos causará poca molestia y mientras tendremos algo de diversión. Después ya se nos ocurrirá otra cosa para conseguir lo que queremos, ¿verdad, Patxi?

—¡Verdad y de la buena, viejo camarada! —corroboró obsequioso el interpelado.

—De modo que ¡andando, niña! —Miguelito se sentó en el suelo con el mismo estruendo que causaría el derribo de un ayuntamiento. Sus dos manazas cayeron sobre Fisco y Jaiko, los encerraron en su cepo y los levantaron en el aire, para depositarlos después en el terreno cercado por sus piernas cruzadas como en un campo de concentración—. Cuanto antes vuelvas con buenas noticias, antes soltaremos a tus hermanos, o tus novios o tus lo que sean estos pigmeos.

—¡Por favor, señor ogro, no les haga daño! —imploró Sara—. ¿Qué es lo que tengo que decir en la aldea?

—No te preocupes, con contarles lo que pasa y sobre todo lo que pasará si no obedecen ya es suficiente. Esos palurdos conocen de sobra nuestras exigencias. El bueno de Patxi —informó en un tono más confidencial— es un idealista, ya sabes, y quiere que izen su bandera en la plaza mayor y le nombren alcalde, gobernador, jefe de bomberos o no sé qué. Yo en cambio tengo gustos mucho más sencillos: me conformo con dinero. Eso sí, con *todo* el dinero, ni más ni menos. Anda, bonita, lárgate de una vez y no tardes, si no quieres que estos mocosos se queden sin mocos, digo sin nariz, ja, ja...

Sara vacilaba, muerta de angustia. No se decidía a marcharse dejando a sus amigos en ese trance.

—Pero es que... ¡cómo voy a irme sin ellos!

—¡Fuera, largo o te pego una patada que te mando a la luna! —rugió brutalmente Patxi.

Desde su encierro entre las piernas del gigante, Fisco también la apremió:

—¡Vete, Sara! ¡Pide ayuda! ¡Tienes que encontrar ayuda!

Los ogros rieron al unísono, con fragor de cataratas. Por lo visto se estaban divirtiendo muchísimo.

—¡Sí, eso sobre todo, Sarita, ricura! ¡No se te olvide pedir ayuda! ¡Debes volver con el séptimo de caballería! Te resultará facilísimo. El mundo está lleno de gente deseosa de jugarse el pellejo ayudando al prójimo, de modo que tendrás dónde elegir. ¡Trae ayuda, mucha ayuda! Y si te acuerdas, a mí tráeme también un jamón, que ya va siendo hora de comer...

Sara finalmente se puso en marcha, desesperada, sin saber verdaderamente a dónde ir. Desde lejos le llegaba la voz de Jaiko, con su despedida: «¡Sara, guapa, valiente...! ¡Sálvanos!... Pero si no volvemos a vernos... no nos olvides nunca... acuérdate de nosotros, Sara... acuérdate... de mí.»

Anduvo, anduvo y anduvo, abrumada por el polvo pegajosamente agresivo y por el agobio del sol. Los pies le quemaban, como si fuese descalza sobre brasas. Su cuerpo sólo quería alejarse del peligro, poner cuanta más tierra por medio mejor; pero en su cabeza resonaban obstinadamente tres palabras, semejantes a moscas dentro de una botella que zumban sin encontrar la salida: «volver con ayuda, volver con ayuda...».

Al rebasar un pequeño collado, divisó media docena de árboles resecos, que proyectaban una sombra escasa bajo la que se guarecían dos hombres. Junto a ellos, buscando algún hierbajo que rumiar, aguardaban un caballo viejo y un asno de aspecto resignado. La chica corrió hacia allí, tropezando y gimiendo. Su aspecto expresaba con tanta claridad desconsuelo que uno de los dos hombres salió a su encuentro, preocupado. Era más bien bajo, rechoncho y llevaba barba de varios días, pero Sara se abrazó a él sollozando como si fuese la viva imagen de la más radiante esperanza. Intentó explicarle lo que les había ocurrido, pero no le salían las palabras: sólo era capaz de balbucear «¡ayuda, ayuda!». Él hizo lo que pudo por tranquilizarla:

—Sosiégate, muchacha. Calma, que ni lágrimas ni gemidos sirven para aclarar asunto alguno. Tengo por seguro que has sufrido algún famoso agravio o desafuero y que deseas ver tu derecho reparado. Pues bien, debes saber que llegaste a buen puerto, como suele decirse, ya que mi señor don Quijote, aquí presente, es el más grande caballero andante que vieron los tiempos pasados o presentes. Su fuerte brazo defiende a las viudas y a los huérfanos contra raptos, abusos y malos hechizos. Y de ello puedo dar fe yo, Sancho Panza, su escudero y testigo de mil asombrosas hazañas.

Recostado contra el tronco de uno de los árboles, el así elogiado caballero lanzó un suspiro. Era de edad más que mediana, tan enteco que parecía quebradizo y cuando empezó a hablar se agitaba trémula su barbita canosa y afilada:

—Sancho amigo, te agradezco tu buena disposición para defender mi maltrecha nombradía pero no debes hacer concebir falsas esperanzas a esta damita. ¿Hazañas, dices? Lo único que me has visto padecer desde que cabalgamos juntos son fracasos, manteos y quebrantos. Nada hay de asombroso en tales percances, salvo el hecho de que aún estemos vivos para contarlo. Por buena que sea mi intención, los resultados de mis

esfuerzos son nulos o ridículos. Allá donde yo creo ver injusticias, sólo hay costumbres y rutinas de todos aceptadas; los que supongo malvados brujos son simples funcionarios y las princesas cuyo honor me apresto a defender se revelan deshonradas mozas de partido. Una y otra vez lo he intentado, pero ya no puedo más. Hace tiempo fui llamado el Caballero de la Triste Figura, pero ahora tienes ante ti al Caballero de la Mucha Fatiga. Muchacha, no sé lo que te aflige pero estoy lamentablemente seguro de que seré incapaz de remediarlo.

Calló luego con otro suspiro don Quijote e inclinó la cabeza sobre su pecho. Sara mientras no paraba de darle vueltas a la cabeza. ¡De modo que se había encontrado con don Quijote y Sancho Panza! Pues nada, había que aprovechar la ocasión. Lamentó no haber leído nunca la novela de Cervantes, aunque recordaba una serie de televisión sobre el personaje. Claro que tenerle allí delante, de carne y hueso... bastante más hueso que carne, según parecía... y mucho más desanimado que en la tele... Sin embargo, ella necesitaba su ayuda. ¡Y enseguida! Pero ¿cómo había que dirigirse a este señor tan raro y tan antiguo? La chica optó por el género dramático y se precipitó de rodillas junto a él, implorando:

—¡Por favor, por favor, buen caballero! Mis amigos Fisco y Jaiko han caído en poder de dos gigantes crueles que quieren mutilarles primero y matarles después. Salvo usted no hay esperanza ninguna para ellos ni ayuda para mí. ¿A quién recurriré si me abandonáis?

—¿Gigantes, dices? —don Quijote levantó la cabeza al oír la palabra, como los niños en la escuela cuando suena la campana del recreo. Pero la animación le duró poco y enseguida volvió a su abatimiento—. Seguro que te equivocas. Me tengo por una autoridad en la materia y puedo asegurarte que no hay gigantes: sólo son molinos de viento. Mueven sus aspas como si fuesen brazos enormes y amenazadores, pero son simples molinos. Llamándoles «gigantes» cometes un error muy común. También yo incurría en él con frecuencia, en otro tiempo, y pretendía luchar contra ellos para conseguir fama. ¡Imagínate! Nadie puede labrarse una reputación alanceando inocentes molinos de viento. Porque los molinos no raptan a nadie, ni mutilan ni asesinan a nadie: se limitan solamente a moler trigo y también a triturar las ilusiones de los viejos locos como yo o de las niñas solitarias como tú.

Sancho Panza intervino entonces, apoyando las súplicas de Sara. Desde que se encontraron, miraba a la muchacha con solicitud paternal. Su buen sentido había comprendido de inmediato que no era una princesa legendaria asustada por hechiceros de

novela de caballerías sino una niña que necesitaba ayuda contra algún peligro perfectamente terrenal.

—Pero escuche vuesa merced a esta criatura, que una golondrina no hace verano ni un molino confundido con gigante hará que todos los gigantes luego vayan a ser molinos o molineros. Si ahora vencéis a esos gigantes de los que yo no dudo y rescatáis a sus víctimas, mañana podréis enviarles camino del Toboso para que lleven a vuestra señora Dulcinea recado de rendida y amorosa pleitesía.

—¡Calla, Sancho, no hables de lo que no entiendes! —replicó dolorido en lo más íntimo el Caballero de la Mucha Fatiga—. La sin par Dulcinea, la dama de mis pensamientos, está ya definitivamente fuera de mi alcance. Nada he hecho para merecerla. Soy tan indigno de su atención como de escuchar el coloquio sublime de los astros en las noches de Castilla...

Como era de natural bastante impaciente, Sara estaba comenzando a hartarse de tantas rogativas:

—Muy bien, pues no me ayudéis si no os apetece. Pero francamente... ¡vaya caballero ambulante estáis hecho! Aquí viene una con un problema y ni caso. Si esa señora Dulcinea de la que habláis con los ojos en blanco es tan sin par como usted guerrero y defensor de viudas, no me extrañaría que tuviese verrugas en la cara y bigote...

Don Quijote se puso en pie, no diré que de un salto pero sin duda bastante rápidamente, con un entrechocar de piezas de armadura que sonó como si fuesen latas de cerveza vacías.

—¡Eso sí que no! Sostengo ante quien fuere que Dulcinea es la más hermosa y yo el más desdichado de los caballeros. Y no está bien que mi flaqueza ni mi fatiga desmientan tan gran verdad. Ayer la defendí contra la furia de los dragones y hoy, si hace falta, arrostraré también por ella el ridículo, que es el dragón más peligroso de todos. ¡Ea, muchacha! ¿Dónde están esos ogros? Si existen se las verán conmigo y pagarán sus tropelías. ¡Con que gigantitos a mí...! Pero luego deberás reconocer públicamente allá donde fueres que no hay sobre este planeta ni bajo este firmamento dama más bella y menos verrugosa o bigotuda que mi Dulcinea.

Después, mientras la chica todavía enfurruñada decía por lo bajo «ya veremos...» aunque estaba muy satisfecha de haber sido finalmente escuchada, don Quijote requirió su caballo *Rocinante* y se encaramó a él con la ayuda del escudero. También Sancho se subió en su asno y ambos partieron trotando en la dirección que les había indicado Sara, quien les seguía de lejos. La muchacha quería albergar alguna esperanza, pero veía el asunto bastante peliagudo. La verdad es que consideraba muy pequeña la probabilidad que tenía la dispar pareja que la precedía de vencer a los feroces ogros. Si se hubieran admitido apuestas y la vida de sus compañeros no hubiese estado en juego... Sara habría sin duda apostado por los ogros.

Don Quijote llevaba en alto su lanza y embrazaba su adarga, mientras que Sancho se había guardado varios pedruscos de buen tamaño en el zurrón y tenía preparada su honda. El caballero advirtió sus manejos y comentó severamente:

—Creo haberte dicho en otras ocasiones, Sancho amigo, que pelear a cantazos es cosa de cabreros y otros villanos semejantes, pero indigna del escudero de un caballero andante.

—Pues no lo tengo yo por tal —arguyó Sancho— sino que considero esta arma adecuada para la ocasión que nos aguarda, porque con una honda precisamente el santo David derribó para siempre al gigante Goliat.

—Sea como dices y no se hable más —concluyó magnánimo don Quijote, al que a veces asombraba en su fuero interno el sencillo ingenio de Sancho. En ésas estaban cuando llegaron a la cima del altozano y desde allí divisaron a los dos monstruos enmascarados, sentados pesadamente en el suelo y dando tientos a un enorme pellejo de vino. Encerrados entre las piernas de uno de ellos seguían Fisco y Jaiko, cada vez más angustiados por las risotadas y bromas ominosas de sus captores. Don Quijote abrió y cerró varias veces los ojos, como tratando de aclararse la vista:

—¡Que Dios nos ayude, buen Sancho! ¿Será posible? Porque para mí que son gigantes lo que tenemos enfrente. ¡Gigantes verdaderos, ogros malignos, lo que he buscado desde que salí de casa y me dediqué a la caballería andante! Puede que haya llegado por fin mi día, después de tantos desengaños y sinsabores... Pero ¿cómo estar seguros? Quizá dentro de un instante se conviertan en molinos, al igual que tantas otras veces. Cuanto más gigantes parecen los gigantes, más molinos resultan luego ser...

Sancho, en cambio, no albergaba dudas respecto a lo que veía, aunque en cambio las tenía —¡y muchas!— en lo referente al resultado de la batalla que se avecinaba:

—Repare bien vuesa merced que son gigantes y no ninguna otra cosa esos dos monstruos de allá abajo. Y retienen a dos muchachos, por lo que veo, que están gritando pidiendo auxilio...

En efecto, al ver en lontananza las siluetas del caballero y su escudero, Fisco y Jaiko comenzaron a dar voces desgarradoras. Entonces el Caballero de la Mucha Fatiga se sacudió su desánimo y no dudó más.

—Sean molinos o gigantes, Sancho, lo único seguro es que allí hay gente en peligro. Y para acudir al rescate de quienes están en peligro y ganar así gloria con ello se inventó la caballería andante. De modo que ¡sus y a ellos! ¡Por mi señora Dulcinea! ¡No huyáis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Lanza en ristre, picó espuelas y el mohíno *Rocinante* avivó un tanto el paso. Los dos secuestradores contemplaron su avance y oyeron sus voces con bastante asombro.

—Patxi, ¿ves tú lo que yo veo?

—Claro, Miguelito. Otros dos incautos que quieren abandonar este mundo antes de tiempo.

En ese preciso instante, zumbó la honda de Sancho Panza y una piedra bien dirigida le golpeó en la nariz.

—¡Joder, ay, maldita sea su estampa! Nos atacan a traición...

Ambos colosos se pusieron en pie. Parecían haberse olvidado un poco de Fisco y Jaiko, que comenzaron a apartarse discretamente de ellos.

—¿Sabes lo que te digo, Patxi? Que no me gusta nada esa pareja. Se diría que no nos tienen miedo. ¿Por qué? Vaya usted a saber... ¿Y si llevan algún arma secreta?

—No me inquietes, Miguelito. Yo con cosas raras de ésas no quiero saber nada. Ya sabes que sólo me gusta lo tradicional...

—Y la principal tradición es que los enanos como ésos nos tengan miedo, ¿no? Pero ahí vienen, a todo trapo y sin temblar. Francamente, este asunto empieza a olerme mal.

Entonces Fisco, ya a una prudente distancia de los ogros, comenzó a gritar:

—¡El cañón! ¡Venga, disparadles ahora un buen cañonazo!

Y Jaiko le secundó con fervor entusiasta:

—¡Eso, el cañón, el cañón! ¡Apunten...! ¡Fuego!

Los ogros estaban cada vez más inquietos.

—Con gente así de alterada no se puede hablar razonablemente. Si el mundo está lleno de personas sensatas que tiemblan como es lógico al vernos, ¿por qué coño debemos nosotros aguardar aquí a esos dos chalados que nos desafían? A mí no me gusta tratar con locos ni con fanáticos. ¡Anda y que les den! Mira, yo me largo. La prudencia es la madre de la ciencia...

—Lo que tú digas, Miguelito...

Y ambos a dos volvieron grupas y partieron con grandes zancadas, levantando tras su paso una enorme nube de polvo. Indignado por esta retirada que le privaba de adversarios, don Quijote les daba grandes voces («¡no huyáis, no huyáis, descomunales y soberbias criaturas...!») mientras espoleaba a *Rocinante*, el cual parsimoniosamente desistía de darse demasiada prisa. También Sancho celebraba la retirada de los gigantes y recomendaba renunciar a cualquier persecución punitiva:

—Déjeles vuesa merced que se vayan en buena hora, pues así le conceden una indiscutible victoria. A enemigo que huye, puente de plata. ¡Y viva por siempre mi señor don Quijote, flor y nata de la andante caballería!

Las voces de Jaiko y Fisco se unieron a esos vítores, mientras corrían al encuentro de sus salvadores. Sara los abrazó sin poder contener alguna lagrimita y Jaiko la besó con tal entusiasmo que la chica a punto estuvo de tragarse el protector dental. Por lo demás, estaba muy orgullosa de lo bien que había gestionado el rescate: «¡Misión cumplida! ¿Qué os parece? ¡Misión cumplida! ¡Y nada menos que con don Quijote! ¡Vaya pasada, eh!» Desde sus monturas, el caballero y su escudero les miraban con satisfecha benevolencia.

—No hay mayor contento, según creo, que salvar el pellejo cuando todo indicaba que estábamos a punto de perderlo —comentó el escudero lanzando un tierno suspiro.

Pero don Quijote, que aceptaba con nobleza y algo de alivio su inusual victoria, le corrigió:

—A mi entender aún es más importante recuperar la libertad. Pues la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.

Después de estas palabras, se dirigió a los dos rescatados:

—Y a vosotros, amigos, os tengo que hacer una petición propia de los usos de la caballería, a la que estoy seguro de que no os negaréis pues aunque jóvenes parecéis de muy noble talante. Quiero que vayáis a la villa del Toboso y allí busquéis a la sin par Dulcinea para testimoniarle mi amor y narrarle la hazaña que he llevado a cabo por ganar mérito ante sus ojos.

—Lo haremos con mucho gusto —dijo Fisco— pero, por favor, escribidnos el nombre de esa persona para que no lo olvidemos o confundamos.

Don Quijote se desembarazó de la lanza, que apoyó en el arzón, y de la adarga; luego tomó el pequeño cuaderno y el bolígrafo que le tendía Fisco, contemplando este último adminículo con bastante curiosidad. Por fin escribió con letras grandes y no muy hábiles: «DULCINEA». El muchacho arrancó la hoja y después leyó despacio el nombre en voz alta, para estar seguro de no equivocarse. Sara y Jaiko miraban el papel por encima de su hombro, con los ojos fijos en los trazos dibujados por la diestra del genial aventurero. Entonces un vientecillo venido de no se sabe dónde empezó a despeinarles, mientras les envolvía algo así como una luz purpúrea.

Jaiko aún tuvo tiempo de gritar: «Don Quijote, ¿cómo es Dulcinea?» Después el viento arreció, fortísimo, y una nube roja les cubrió por completo. «¡Nos vamos!», dijo Sara. Y partieron.

# 5

# POR AMOR A SOFÍA

Arno, que no apartaba los ojos de la puerta esmerilada del «Laberinto», avisó con un grito a los libreros:

—¡Otra vez la luz roja! ¡Ya vuelven! ¡Sara, Sara...!

Don Pantaleón abrió el cubículo y allí estaban los tres expedicionarios, mareados y bastante confusos, pero sanos y salvos. Los abrazaron, los sentaron en las sillas más cómodas que pudieron encontrar y don Hilarión les dio aire con una revista, mientras gruñía: «¡Dejadles respirar! ¡Pero caramba, que les vais a ahogar!» Arno se agarraba a Sara, quizá temiendo verla desaparecer otra vez de un momento a otro. Durante buen rato permanecieron como ensimismados, mirando de vez en cuando a su alrededor con ojos vagos, como si no reconocieran dónde estaban. En el fondo, más que haberse ido a lo desconocido les asombraba haber vuelto a lo familiar...

Cuando se repusieron un poco, contaron su aventura con los ogros y su encuentro con don Quijote. Sara se encargó de narrar con todo detalle la parte que le correspondía, dándose un poco demasiado protagonismo... al menos a juicio de Fisco. Don Pantaleón estaba especialmente contento con el relato, que acompañaba con largos y entusiastas silbidos, porque el ingenioso hidalgo era quizá su preferido entre todos los protagonistas literarios que en el mundo han sido. Después de todo, la locura quijotesca proviene de una enorme y feliz pasión por los libros, como la que el propio Pantaleón sintió toda su vida desde que era un arrapiezo que apenas sabía atarse los cordones de los zapatos. Por cierto: ahora, con muchos años y muchos kilos más que entonces, no sólo seguía conservando la misma afición a leer sino que aún no dominaba del todo el arte de abrocharse bien el calzado.

—¡Qué suerte habéis tenido, chicos! Fiu, fiuuuuu... ¡Cuánto os envidio! Pero por favor, Fisco, enséñame esa hoja de papel en que don Quijote escribió el nombre de su amada. Quiero tener el privilegio de contemplar el autógrafo de alguien tan noble, tan...

Entonces Fisco, desolado, se dio cuenta de que en el torbellino escarlata que les trajo de regreso había perdido el precioso papel. Lo llevaba sujeto con fuerza en la mano pero en las tumultuosas vueltas y revueltas de su trayecto asombroso la hojita del cuaderno se había desgarrado y desapareció. Entre sus dedos apretados quedaba ahora

sólo una esquina, un pequeño trozo en el que podía verse una «A» mayúscula, el final del nombre de Dulcinea. Exhibió ese resto con aire compungido, pero Sara al verlo lanzó un grito triunfal:

—¡Mirad, es la primera letra de las ocho que necesitamos! Lo que habíamos ido a buscar...

Todos convinieron en que así era sin duda, menos don Hilarión, que rezongó «¡mucha casualidad!, ¡demasiada casualidad!». Don Pantaleón guardó el papelito con cuidado en un cajón de su escritorio, y allí pusieron también el estuche metálico que les dio su misteriosa amiga del estadio, para evitar perderlo: más adelante, cuando tuviesen el resto de las letras, intentarían averiguar cómo se ajustaba el rompecabezas.

Pese a que a los tres aventureros el viaje les había parecido durar varias horas, don Pantaleón les aseguró que no estuvieron ausentes más de diez minutos. Como ocurre en los sueños, las peripecias que ellos vivieron como interminables se condensaron en pocos instantes. De modo que tras descansar un rato y zamparse con juvenil apetito bocadillos y refrescos, Fisco y Jaiko comenzaron a hablar de emprender otra expedición para buscar la segunda letra. Después del peligro que acababan de correr el asunto no les hacía demasiada gracia, pero no parecía haber otro camino. Tras algunas dudas y dilaciones, acabaron por declararse listos para la aventura. Sara, en cambio, se mostró más remisa:

—Oye, yo lo he pasado bastante mal y aún no me siento con fuerzas. Será mejor que esta vez vayáis vosotros solos.

Arno aprovechó inmediatamente la ocasión:

—¡Yo quiero ir, yo quiero ir! Así seremos otra vez tres, como antes.

Su hermana protestó. En el fondo, había dicho que estaba cansada esperando que los otros la declararan imprescindible: caramba, ¿acaso no se habían salvado precisamente gracias a ella? Le molestaba un poco que aceptasen su renuncia a acompañarles con tanta facilidad. Y para colmo, llevarse a Arno... Durante un rato discutieron entre todos el asunto. ¿No sería demasiado peligroso para un niño pequeño exponerse a semejante viaje? Don Pantaleón hizo una observación significativa:

—No sé qué deciros. La verdad es que temo que aquí también corramos peligro... quien sabe.

—Y siempre tres es mejor que dos, ¿no?

De modo que finalmente quedó acordado que la segunda expedición la formasen los tres varones. Cuando se dirigieron hacia la garita, Fisco comentó pensativo:

—Como la otra vez, lo que no sabemos es la letra que debemos encontrar.

Entonces *Séneca* revoloteó hasta un cartel de «El Pozo y el Péndulo» que había cerca de la entrada de la librería y picoteó la primera de las palabras, mientras recitaba con su voz discordante:

—¿Qué pone aquí, mamarracho?
¿No es «el», artículo macho?
Fíjate en la consonante,
no en lo que tiene delante.

—Vaya —dedujo don Pantaleón— si *Séneca* no se equivoca debéis en esta ocasión volver con una «L».

—Por mi parte, me conformo con volver —remató Jaiko, haciendo una mueca que le provocó a Sara una sonrisa pero también un estremecimiento. De pronto sintió la urgencia de advertirles mil recomendaciones:

—¡Tened mucho cuidado! ¡Ay, vosotros solos no sé si...! ¡Y cuidar bien de Arno! ¡Como a mi hermano le pase algo más vale que no volváis por aquí, con laberinto o sin laberinto! Y tú, Arno, hazles caso. Vamos, algo de caso, quiero decir... —Luego añadió, todavía con un poquito de resentimiento—: A ver cómo os las arregláis sin mí...

Los chicos le hicieron bromas al despedirse, empezando ya a echarla de menos incluso antes de partir: «¡Sí, mamá! ¡Me pondré la bufanda, mamá! ¡No te preocupes, mamuchi, que cruzaré siempre con el semáforo en rojo!» Luego entraron los tres en el cubículo. Arno se colocó en medio de los dos mayores y tanto Fisco como Jaiko, sin previo acuerdo, le pusieron una mano en cada hombro. Antes de que don Pantaleón cerrase la puerta de cristal esmerilado, Sara les envió un beso mientras se le encogía terriblemente el corazón: comprendió que cuando uno quiere a los que van hacia el peligro es más angustioso quedarse esperándoles que partir con ellos. Pero no le dio tiempo a pensar mucho en ese asunto, porque enseguida comenzó a arremolinarse en torno a los viajeros el huracán púrpura que se los iba a llevar de nuevo lejos, muy lejos...

* * *

Cuando Fisco volvió a darse cuenta de lo que le rodeaba, oyó en primer lugar un fragor de cascos de caballo casi encima suyo. Estaba sentado sobre un suelo empedrado y el galope se le acercaba cada vez más. Resonó varias veces, rabioso, el chasquido de un látigo y una voz bronca gritó: «¡Aparta, aparta!» El chico, aún aturdido y asustado, gateó a toda velocidad hacia su derecha y se pegó cuanto pudo a la pared que encontró allí. Una traqueteante carroza adornada con dorados y azules, de la que tiraban dos briosos caballos, pasó a buena velocidad a su lado, rozándole casi. Junto a Fisco, adosado a la misma pared, se protegía un hombre gordo con una cesta cubierta que olía a pescado bajo el brazo. Al paso del carruaje, el voluminoso individuo barbotó una retahíla de improperios: «¡Brutos, bestias arrogantes que no miran por dónde van, un día de éstos os enseñaremos...!»

Estaban en una calle no muy ancha, irregularmente pavimentada: por el centro de la calzada corría un arroyo de agua sucia. Había numerosos viandantes y gente asomada a las ventanas de las casas, en especial mujeres que hablaban a gritos entre sí. Cuando se alejó el carricoche, Fisco vio en la acera de enfrente a Jaiko y Arno refugiados en un portal y cruzó para reunirse con ellos. Cambiaron impresiones: ¿dónde habían ido a parar esta vez? Sin duda a alguna ciudad situada en el tiempo por lo menos dos siglos atrás y en el espacio... ¡vaya usted a saber! Sintieron el raro agobio de un espacio extraño al que se añadía un tiempo más extraño todavía. Y Fisco se preguntó si alguien alguna vez estuvo tan no-sé-dónde ni no-sé-cuándo como ellos ahora...

Echaron a andar calle arriba y Arno tuvo que dar de pronto un salto de costado para evitar el cubo de agua maloliente que arrojó por la ventana una mujer joven y bonita, muy arremangada. El chaval lanzó un grito indignado y la muchacha, muerta de risa, le sacó la lengua, antes de cerrar de nuevo la ventana.

—¡Jo, qué gansa la tía!

Por lo visto los modales de por allí dejaban mucho que desear. Dos orondos caballeros con tricornio que venían charlando hacia ellos por la acera les obligaron a cederles el paso y a bajar a la calzada, amenazando con molerles a bastonazos.

—¡Mira como me he puesto de barro! —protestó Jaiko. Pero enseguida tuvo que acelerar para alejarse de allí, porque un perro que hurgaba en un montón de desperdicios empezó a gruñirle con especial malevolencia.

En la esquina había pegado un cartel con un largo texto impreso en letras apretadas, que atrajo la atención de Fisco. «No entiendo lo que dice, pero me parece que se trata de un bando municipal o algo así», explicó a sus amigos. El escrito venía encabezado por un rótulo en formato mayor: «*Avis a la population*.» Y abajo una firma y una fecha: «*Le Parlement de Paris*. 21 de junio de 1762.»

—O sea que estamos en París. ¡Y en el siglo XVIII!

Arno se mostró encantado:

—¡París! ¡Qué guay! Vamos a ver la torre Eiffel...

Los otros dos se echaron a reír y le aclararon que para conocer el famoso monumento tendría que esperar a mejor ocasión... y algo así como ciento cincuenta años.

Llegaron a una calle más ancha, que desembocaba en una plaza especialmente concurrida, sobre todo por gente joven. Algunos de los que circulaban por allí llevaban voluminosas carpetas y legajos de papeles bajo el brazo. Al pasar escucharon la charla que mantenían dos de ellos:

—¿Has leído ese librito que corre por ahí, titulado *El ingenuo*? Es tan atrevido que el autor no se decidió a firmarlo...

—Vamos, no me digas que no sabes quién lo ha escrito.

—Tengo mis sospechas...

—¡Es de Voltaire, hombre, del mismísimo señor de Voltaire! Está más claro que el agua clara... En cada página aparecen su gracia y su malicia. No hace falta que corra el riesgo de firmar.

A Arno las emociones le habían abierto el apetito y comunicó a sus amigos que no se opondría a la idea de tomar un tentempié. Vamos, todo lo contrario: quería comer mucho y pronto. Precisamente en ese momento pasaban junto a un establecimiento que parecía una especie de café. Exhibía su nombre en grandes letras doradas: *Procope*. A través del cristal de sus amplios ventanales se veía a numerosos caballeros bebiendo ceremoniosamente café y fumando en sus pipas, mientras charlaban con animación. Fisco se asomó cauteloso por la puerta, seguido de sus dos compañeros. Enseguida un mozo que servía en las mesas les cortó el paso:

—¿A dónde creéis que vais? ¡Venga, chicos, a la escuela! Aquí no se puede entrar sin dinero...

Lo del dinero, en efecto, era un serio impedimento. De modo que Fisco y los demás iniciaban ya la retirada, cuando desde una mesa una voz cordial vino en su ayuda:

—¡Déjales entrar, Gaston! Vienen a verme a mí y yo les invito.

—Lo que usted diga, señor Diderot —acató el mozo, cediéndoles el paso.

Su protector era un hombre cuarentón, bastante corpulento y de simpática sonrisa. Vestía de modo algo desastrado y su raída levita estaba decorada con lamparones y manchas de tinta. Se había quitado la peluca, que tenía depositada a su lado, y se rascaba frecuentemente la cabeza en la que ya le quedaba poco pelo, mientras intentaba concentrarse en la partida de ajedrez que estaba jugando.

—Sentaros por aquí, muchachos ¿Os gusta el chocolate? A mí me encanta. ¡A ver, Gaston, trae tres tazas de chocolate y unos bollos para estos jóvenes! Tendréis que esperar un poco hasta que acabe esta partida. Creo que esta vez tengo arrinconado al señor d'Alembert.

Su contrincante, bajito y pulcro, sonrió discretamente.

—Permitidme dudarlo. Jaque, Diderot.

—Vaya, en fin, pues entonces... —llevó su mano hacia la reina, pero Fisco no pudo evitar corregirle: «No haga usted eso. Perderá el caballo. Me parece que lo mejor es avanzar el alfil...»

—¡Caramba, no me digas que sabes jugar al ajedrez! —se sorprendió Diderot—. Pero creo que todavía puedo enseñarte algunos trucos. Mira lo que consigo con mi reina...

La sonrisa de su adversario se hizo más amplia.

—Habrías hecho mejor escuchando a este muchacho, Denis. Ahora te como el caballo y es jaque mate.

—¡Caramba, esto no puede ser, ahora yo... entonces...! —después se echó a reír con franqueza—. Nada, que me has vuelto a ganar. La verdad es que el señor d'Alembert siempre consigue vencerme. Como es matemático domina muy bien el tablero. En cambio me parece que yo tengo demasiada imaginación para ser buen jugador de ajedrez.

—Si eso te sirve de consuelo... —comentó d'Alembert, levantándose—. Pues nada, hasta mañana a la misma hora. Buenas tardes.

Cuando el otro salió, Diderot recogió las fichas y se volvió hacia los tres chicos, que mojaban con entusiasmo sus bollos en los tazones de espeso chocolate. Arno ya tenía unos considerables bigotes marrones en torno a la boca...

—Parece que tenéis apetito, ¿eh? Claro que a vuestra edad pocas veces se está inapetente. Pero yo diría que no sois de aquí, ¿verdad? Vuestra ropa me desconcierta un tanto... ¡sobre todo, *eso*! —y señaló con admiración las muy usadas zapatillas deportivas que calzaban los muchachos—. Tenéis que decirme de dónde traéis semejantes borceguíes y quien los fabrica, para que lo mencione en la voz «calzado» de nuestra Enciclopedia. Aunque, ahora que lo pienso, el tomo de la «C» ya ha sido publicado, de modo que tendré que incluir esta noticia más adelante, en el apartado «zapatos»...

Había algo en el señor Diderot que despertaba confianza. A Fisco le recordaba un poco a don Pantaleón, con su sabiduría desmañada y generosa. De modo que se atrevió a decirle su secreto:

—Por extraño que le parezca, la verdad es que... venimos del futuro.

Diderot se asombró menos de lo esperable ante semejante confidencia.

—Bueno, lo cierto es que el futuro es la auténtica patria de todos los jóvenes, ¿no? En cualquier caso, amigos futuros, vosotros y yo tenemos algo en común, porque la mayor parte de mi trabajo lo hago pensando precisamente en el porvenir. De modo que puede decirse que somos casi parientes...

Jaiko llevaba un rato dando vueltas en la cabeza a un enigma que no acertaba a resolver.

—Lo que no comprendo es cómo logramos entendernos tan fácilmente con todo el mundo. Como es natural, usted y los demás hablan en francés. Yo lo leo un poquito pero no lo hablo, ni mis compañeros tampoco. Y sin embargo...

—¡Bah! —con un gesto de la mano, Diderot le quitó importancia al asunto—. El que haya tantas lenguas diferentes es un incordio, pero no hay que obsesionarse con ello. Lo que cuenta es que todos los seres humanos poseemos un lenguaje y que estamos hechos para comunicarnos con nuestros semejantes. Cualquier cosa dicha en un idioma siempre puede traducirse a otro. Por lo visto, vosotros lleváis a cabo esa traducción automáticamente en vuestras cabezas y sin daros cuenta. Pero lo importante es el significado y las ideas, no los sonidos con que nos expresamos.

Después bajó la voz y, tras mirar recelosamente por encima del hombro, dijo:

—Lo que ahora quiero saber es si estáis dispuestos a ayudarme. Necesito que me echéis una mano en un asunto aparentemente sencillo pero que podría llegar a resultar algo peligroso...

—¿Qué tendríamos que hacer? —indagó receloso Fisco.

—Sencillamente, llevar una cosa que os daré a donde yo os indique. Se trata de unos cuantos papeles, nada más. Y tampoco tendríais que transportarlos muy lejos, sólo a un par de manzanas de distancia.

—Pues... ¿en qué consiste el peligro entonces? —quiso saber Jaiko—. ¿Por qué no puede llevarlos usted mismo?

—La verdad es que hay gente interesada en destruir esos papeles. En cuanto me vean por la calle con ellos me los quitarán y probablemente acabaré en la cárcel. Soy demasiado conocido y me vigilan. En cambio de vosotros seguro que no sospechará nadie. Pero no hace falta que toméis vuestra decisión ahora mismo. Acompañadme a casa y allí os lo explicaré todo más despacio.

Se levantó, pagó sus consumiciones y salieron juntos del *Procope*. Fisco y Jaiko sentían la excitación de verse de nuevo envueltos en una aventura y Arno, tan contento, iba saltando a un lado y a otro del inmundo arroyo que fluía por el centro de la calle. El señor Diderot se había puesto la peluca, que se le torcía a cada momento cuando se volvía a derecha e izquierda para ver si los muchachos seguían sus rápidas zancadas. Así recorrieron varias calles hasta que, al cruzar ante una iglesia, les detuvo una imperiosa llamada:

—¡Señor Diderot...!

En la puerta del templo estaba un cura, vestido con una lustrosa sotana y cubierto con un gran sombrero alargado de alas vueltas. Alzó la mano como si fuera a bendecirles y prosiguió con vozarrón apocalíptico:

—Señor Diderot, ¿a dónde lleváis a esos niños inocentes? Seguramente os disponéis a darles lecciones de impiedad y de libertinaje, en las que sois tan experto. No os basta con corromper a los adultos con vuestros escritos, sino que ahora pretendéis también mancillar el alma de los más pequeños. ¡Maldito sea quien escandaliza a los pequeñuelos! ¡Dios nuestro Señor, ese Dios en el que no creéis, sabrá fulminaros con su eterna condenación!

Fisco y Jaiko se indignaron al oír que les calificaban ridículamente como «pequeñuelos», pero Diderot respondió al energúmeno en un tono tranquilo y más bien humorístico:

—Reverendo padre, el celo fogoso de vuestra fe os hace equivocaros sobre mis intenciones. Nunca he pretendido escandalizar ni corromper a nadie, sea adulto o joven. Además, soy demasiado ignorante para dar lecciones y sólo sé plantear preguntas. ¿Qué hay de malo en preguntar para llegar poco a poco a saber? Por ejemplo, a vos que todo lo tenéis tan claro me gustaría preguntaros si realmente creéis que Dios detesta más a quienes dudan de su existencia que a los que le describen como una especie de tirano celestial. Porque yo, perdonad la inmodestia, preferiría que se dijese «Diderot no existe» a que alguien me describiera como injusto, colérico, violento, caprichoso o vengativo.

El cura se indignó aún más. A sus gritos de «¡blasfemia, blasfemia!», los viandantes comenzaban a arremolinarse y a cuchichear, de modo que Diderot y los muchachos prefirieron apretar el paso y volver la esquina cuanto antes. Atrás seguían oyéndose voces acaloradas, pero pronto se desvanecieron en la distancia. Diderot se quitó la peluca y se pasó un gran pañuelo no muy limpio por la calva sudorosa.

—¿Veis lo que os decía? —comentó, algo crispado—. Definitivamente, soy demasiado conocido. Sobre todo por quienes menos me aman...

Continuaron su camino, a buen paso. Un momento después tuvieron que detenerse para dejar salir de su carruaje a una señora con pomposo atavío, ayudada en ese trance por un rígido lacayo vestido de librea. Desde su modernidad invasora, Arno no se privó de comentar burlonamente las trazas para él anticuadas de ambos. Sin aflojar luego su trote, el señor Diderot le advirtió con un punto melancólico de severidad:

—Muchacho del futuro, cuando te parezca ridículo cómo vestimos y nos comportamos la gente antigua, piensa que cien años después de tu época otros os verán a ti y a tus amigos con la misma extrañeza y la misma burla.

Por fin entraron en un portal y Diderot —que no dejaba de murmurar «por aquí, seguidme, por aquí»— les precedió a toda prisa por una larga y estrecha escalera. Llamó a una puerta, diciendo con apremio: «Vamos Sophie, abre, que soy yo.» La mujer que les franqueó la entrada debía tener poco más de treinta años y era más bien flaca, no muy agraciada, pero de rostro vivo y alerta. Sus ojos despiertos examinaron a los tres chicos a través de unas gafitas de montura metálica.

—Preséntame a tus amigos, Denis.

El señor Diderot la abrazó con efusión algo patosa, dándole sonoros besos. Después empujó al trío, un poco cohibido, al interior de la casa.

—Verás, querida mía, ahora que caigo aún no sé cómo se llaman. Pero son buena gente, ¿sabes?, y están deseando ayudarnos. Vienen del futuro, imagínate, por lo que tiene que interesarles mucho nuestra Enciclopedia. Por cierto, ¿no querrán vuestros padres suscribirse a la obra? Podemos hacerla llegar a cualquier lugar de Europa. Aunque claro, si vivís en el futuro, no sé si... En fin, muchachos, os presento a mi amiga Sophie Volland. Más que una amiga en realidad, es mi... la más querida de las amigas.

—Venga, no les abrumes, Denis —interrumpió algo sofocada la señora—. Déjales que se pongan cómodos. Sentaos donde podáis.

Lo de sentarse no era cosa fácil, porque la habitación en que habían entrado resultaba más bien pequeña y estaba increíblemente desordenada. Todas las sillas a la vista estaban cubiertas de libros y cuadernos, lo mismo que la mesa en el centro del cuarto, que parecía a punto de desplomarse bajo el peso de tantos legajos. Sophie intentó desocupar algún asiento para los invitados, pero Diderot se mostraba cada vez más impaciente:

—¡Vamos, no hay tiempo para formalidades, no estamos recibiendo en el salón de Madame du Deffand! Los alguaciles pueden llegar en cualquier momento. Chicos, prestadme atención. Voy a explicaros en pocas palabras lo que sucede.

Cada uno se acomodó como pudo: Jaiko encontró apoyo en el alféizar de la ventana, Fisco se sentó en el suelo y Arno logró encaramarse sobre una torre de gruesos tomos apilados junto a la pared. Después Diderot empezó a perorar tan deprisa que a veces se atragantaba y tenía que coger aire antes de seguir:

—Amigos, se trata de la Enciclopedia. Es una obra importante, muy importante y no lo digo porque la esté haciendo yo aquí, a trancas y barrancas, como puedo. En ella colaboran los ingenios más distinguidos de este siglo: el señor d'Alembert, al que ya habéis conocido (ha vuelto a ganarme la partida de ajedrez, Sophie, no sé como se las arregla), y también Voltaire, Rousseau, el barón d'Holbach, Jaucourt... todos, todos. En sus volúmenes va a estar todo el pensamiento crítico de nuestro tiempo, todos nuestros conocimientos y ninguna de las supersticiones con que se atonta y engaña a los hombres. No hay peor tiranía que la que imponen los que se aprovechan con fábulas y dogmas de la ignorancia ajena. Supongo que vosotros, viajeros del futuro, opinaréis como yo.

—Tampoco creáis que en el futuro lo sabemos ya todo... —comentó Fisco.

—¡Exacto, muy bien dicho! Quién cree saberlo todo no es un verdadero sabio. ¿Cuál es el comienzo de la sabiduría? Precisamente la duda, el escepticismo: desconfiar de las ideas establecidas que se aceptan sin discusión. En nuestra Enciclopedia todo se debate y se critica, las cosas de este mundo... y también las del más allá. Los conocimientos deben tenerse siempre por provisionales, hasta que conozcamos mejor. Y nadie puede imponer como seguro aquello sobre lo que nuestros sentidos y nuestra experiencia no nos dan información suficiente. Eso es precisamente lo que los fanáticos (hace poco, en la calle, nos hemos encontrado con uno de ellos) no pueden tolerar. Para movernos por la oscuridad de la vida los seres humanos sólo tenemos la luz de la razón, que es como una pequeña candela, una vela temblorosa que trata de iluminar las tinieblas... ¡y los fanáticos nos aconsejan soplar esa vela y apagarla, diciéndonos que así veremos mejor! Por eso quieren acabar con la Enciclopedia, motejándola de impía, blasfema y qué sé yo cuántos horrores más. Y por eso también necesito vuestra ayuda.

Los tres amigos se miraron entre sí, con extrañeza. ¿Qué podían hacer ellos en una disputa ideológica tan encarnizada?

—Hemos logrado publicar tres volúmenes de la Enciclopedia y estamos preparando ahora el cuarto. Pero mis enemigos han convencido al Parlamento de París para que secuestre la obra. En lo referente a los tomos ya aparecidos esa prohibición me da igual, porque hace tiempo que están en poder de nuestros suscriptores. Pero lo malo es que quieren incautarse también de los materiales que compondrán el cuarto volumen, para impedir que se publique. Son los papeles que tenéis precisamente ahí, en esas dos cajas de cartón. Por suerte el encargado de los permisos de imprenta, el señor de Malesherbes, es hombre ilustrado y me ha avisado de que los alguaciles vendrán hoy mismo a mi

domicilio para llevárselos. ¡Hoy mismo, fijaos, quizá estén subiendo ya la escalera! ¡Y en esos papeles hay voces importantísimas, como «dolor», «deducción», «democracia» o «Dios»!

Ya que Diderot se perdía en divagaciones sobre la grave pérdida que la desaparición del cuarto tomo de la Enciclopedia supondría para la humanidad, Sophie Volland fue derecha al aspecto práctico del asunto:

—Hay que sacar los manuscritos de esta casa y llevarlos inmediatamente a la imprenta. Los esbirros del Parlamento no la tienen aún localizada y allí se podrá imprimir en pocas semanas el volumen. Mientras, con la ayuda del señor de Malesherbes y otros, intentaremos revocar la prohibición dictada contra la Enciclopedia. Ahora bien, el señor Diderot y yo no podemos salir a la calle con esas cajas, porque nos detendrían inmediatamente. ¿Os atreveríais a llevarlas vosotros? Como nadie os conoce aquí...

—Tampoco hace falta que vayan por la calle a la vista de todos, Sophie —la enmendó Diderot, cariñosamente—. Muchachos, podéis salir por la buhardilla e ir por los tejados hasta la imprenta, que como os he dicho está cerca de aquí. Con un poco de agilidad ese camino no resulta peligroso. Desdichadamente yo estoy demasiado gordo para hacerlo cargado y además debo quedarme aquí para recibir a esos señores cuando vengan a registrar nuestra pobre morada...

Jaiko, muy decidido y encandilado por la perspectiva de andar de tejado en tejado, habló en nombre de todos:

—Muy bien, iremos. Pero necesitaremos un plano o algo así para no perdernos por el camino...

Diderot y Sophie Volland dieron un grito de júbilo y se abrazaron, entusiasmados. En opinión de Arno cualquier pretexto les parecía bueno para abrazarse y el crío protestó a media voz: «¡Jopé, ya estamos, venga besitos! ¡Muá, muá!»

—¡Bravo, amigos míos, no esperaba menos de la juventud valiente del futuro! Ahora mismo os dibujaré el itinerario que debéis seguir y también os escribiré una carta de presentación para el impresor.

Despejando a manotazos una pequeña porción de mesa, Diderot mojó una marchita pluma de ave en el tintero y empezó a dibujar con aplicación en un trozo de papel. Sacaba un poquito de lengua por un rincón de la boca, como los párvulos aplicados en la escuela. Y sin cesar farfullaba comentarios: «Salís por aquí... seguís hasta este terrado... cruzáis por aquí... muy fácil, muy fácil... con cuidadito... luego otra más y por aquí bajáis.» Cuando acabó el dibujo (sorprendentemente bien hecho, tenía mano de artista) y tras secar la tinta con mucho cuidado, lo repasó varias veces ante los chicos, explicándoselo despacio con la ayuda de Sophie. Después escribió en otro papel unas cuantas líneas dirigidas al jefe de la imprenta a la que llegarían por tan inusual camino. Fue Jaiko el encargado de guardar ambos papeles, que recogió de manos de Diderot con un ceremonioso: «Gracias, señor profesor.» Pero al otro no le hizo gracia ese título:

—¿Profesor? ¿Cómo que profesor? Yo no soy maestro de nada, muchacho. Si quieres llamarme algo honroso, denomíname «filósofo». Ya sabes que los filósofos nos dedicamos a la Filosofía, una hermosa palabra griega que quiere decir «amor a Sofía» o sea amor a la sabiduría. Pero amar algo significa desearlo, apetecerlo y buscarlo aunque no lleguemos a poseerlo. ¿Verdad, querida Sophie?

—Más o menos, Denis. Aunque a veces...

Y, como Arno ya esperaba, se dieron otro tierno achuchón. Fisco carraspeó un poco para hacerse escuchar e intervino tímidamente:

—Antes de partir, señor Diderot, me gustaría hacerle una consulta.

—Claro, amigo, lo que quieras. Pero date prisa, porque me parece oír pasos en la escalera.

—Usted que sabe tantas cosas y tiene que consultar tantos libros para preparar la Enciclopedia, ¿ha oído o leído algo sobre los psicófagos?

Diderot se estremeció y quedó un momento en silencio.

—¡Los psicófagos!... Etimológicamente, los devoradores de almas, si no me equivoco. Muy peligrosos, muy peligrosos... la mayor amenaza para los humanos. Aparecen siempre entre las sombras del Miedo y del Prejuicio. Pero yo creí que en el futuro ya no...

En ese momento, sonaron fuertes golpes en la puerta.

—¡Abrid, señor Diderot! ¡Abrid en nombre del Rey y del Parlamento de París!

—¡Ya va, ya va! —luego, en voz baja—: Deprisa, salid ahora mismo. Sophie, enséñales la escalera de la buhardilla.

Fisco cargó con una caja y Jaiko con la otra. Después todos se apresuraron hacia una habitación interior, donde una estrecha escalera llevaba a una trampilla en el techo. Fisco y Jaiko subieron sin detenerse por ella, pero Arno se volvió y echó los brazos al cuello de Sophie, que le besó en la frente. «¡No perdáis tiempo! ¡Buena suerte!»

Atravesaron la polvorienta buhardilla, llena de cachivaches y baúles. Por una claraboya inclinada, salieron al tejado y respiraron a pleno pulmón el aire suave de la tarde. A sus pies se extendían los abigarrados techos de París, ondulantes y picudos, llenos de ventanucas como la que acababan de atravesar. No, para decepción de Arno no se divisaba en el horizonte la férrea silueta de la torre Eiffel. Pero frente a ellos, majestuosa como una nave de consuelo y belleza, la catedral de Nôtre Dame parecía a punto de navegar por el Sena... «¡Jopé!», musitó Arno fascinado. Su elocuencia no había mejorado gran cosa tras su reciente trato con enciclopedistas...

Orientándose con el plano dibujado por Diderot, no les fue demasiado difícil encontrar —varias casas más allá y tras haber franqueado de un salto algún paso comprometido entre techo y techo— la entrada de la imprenta, a través de la ventana de otra buhardilla. Sólo tuvieron un pequeño accidente en el recorrido: para alcanzar el último tejado había que dar un brinco algo mayor sobre el vacío, con el duro empedrado de la calle bastantes metros más abajo. Jaiko se empeñó en saltar con Arno en los brazos

y al caer se torció el tobillo. De modo que llegó cojeando a su destino final. Cuando bajaron por la claraboya, su aparición causó asombro y sobresalto entre los obreros que se afanaban en las grandes máquinas, pero la carta de presentación escrita por el enciclopedista les facilitó las cosas.

—De modo que aquí está el manuscrito del cuarto volumen, ¿eh? —comprobó con satisfacción el jefe de la cuadrilla—. Muchachos, habéis sido realmente valientes. ¿Queréis ver cómo trabajamos? Mirad, estos son los tipos móviles con los que componemos cada una de las planchas, luego las entintamos y...

Sobre una mesa estaban desparramados numerosos cubos pequeños de madera, cada uno con una letra en relieve. Arno enseguida empezó a juguetear con ellos, formando palabras.

—Muy bien, chico. Así se hace. Veo que ya sabes escribir y leer. Ahora fíjate en estas planchas...

Pero no les dio tiempo a nada más. El viento empezó a soplar, agitando los papeles y haciendo oscilar las lámparas.

—¡Cuidado con esa corriente! —ordenó el jefe de la imprenta—. ¡Que se nos vuelan los originales!

La bruma color vino tinto envolvió a los tres amigos. Ante el asombro de los operarios, desaparecieron en ella. Lo último que se escuchó en la imprenta fue la voz aguda de Arno, que preguntaba: «¿Cuándo volveremos a París?»

# 6

# EL PEOR DE LOS PECADOS

—¡Ya estamos aquí! —gritó feliz Arno en cuanto se abrió la puerta de «El laberinto de las sirenas». Y corrió a los brazos de su hermana. Tras él salió Fisco, frotándose los ojos como si acabara de despertarse, y luego Jaiko cojeando.

—¡Sara, Jaiko se ha hecho daño en el tobillo al saltar conmigo en brazos! Para que no me cayese desde el tejado a la calle, ¿sabes?, porque las calles de París están muy sucias, con caca y todo lo que lleva el agua que tiran desde las casas, pero a mí no me importa y París me gusta mucho, porque...

—Bueno, bueno... —dijo Jaiko, acentuando un poco su cojera con sufrida sonrisa —. No marees a tu hermana, que la cosa no es para tanto.

Pero Sara estaba contentísima y, mientras abrazaba al niño, le palpaba por todas partes haciéndole un rápido examen, como si temiera que le faltase algún trozo. También el librero se sentía feliz de que todos hubieran vuelto a reunirse, quizá aún más contento ahora que después del primer viaje. No hacía más que limpiarse las gafas como si viera borroso a través de ellas, pero tenía un sospechoso brillo húmedo en los ojillos. Después los tres aventureros se acomodaron y contaron sucintamente las incidencias de su expedición. Conforme iban mencionando los nombres de Diderot, d'Alembert, Voltaire y compañía, don Pantaleón hacía el elogio detallado de cada uno de ellos, con enorme admiración. ¿A qué persona o personaje relacionado con los grandes libros no admiraría el bueno de don Pantaleón?

—¡Ahí la tenéis, muchachos! —con un reverente gesto de su mano gordezuela señaló una larga hilera de grandes volúmenes iguales que ocupaban toda una estantería —. Ésa es la Enciclopedia completa de Diderot y d'Alembert. ¡El mayor esfuerzo intelectual de su tiempo, gracias al cual los hombres se hicieron más sabios y más libres! Estoy muy orgulloso de que vosotros también hayáis colaborado un poco en esa hazaña del genio humano... ¿Y decís que a pesar de no saber francés os entendíais bien con los parisinos? ¡Me alegra, me alegra muchísimo! Siempre he creído que entre los que desean comprender al prójimo el espíritu funciona como traductor inevitable. ¡Qué digo inevitable! En vuestro caso es además *automático*...

—Gracias por ayudar a Arno, Jaiko —le dijo Sara muy seria, acercándose—. Eres un tío legal.

El homenajeado enrojeció de gusto y resultaba evidente que prefería con mucho el agradecimiento de Sara que el del resto del género humano.

Don Hilarión aportó su habitual jarro de agua fría a tantos parabienes:

—Lástima que por lo visto os hayáis tenido que volver esta vez sin la dichosa letra...

—¡No, señor! ¡Aquí está! —exclamó Arno. Extendió su brazo con el puño cerrado y luego, teatralmente, abrió la mano: en ella guardaba un taquito de madera con la «L» en relieve, uno de los tipos móviles de la imprenta parisina que se había traído como *souvenir*... Una espontánea salva de aplausos acogió la aparición de la segunda letra.

Pero don Hilarión no se mostraba nada convencido:

—Un momento, vamos a ver, la primera letra era un trozo de papel, la segunda esa pieza de madera y Dios sabe lo que será la tercera, a lo mejor parte de un anuncio fluorescente. ¿Cómo van a encajar cosas tan dispares dentro de ese estuche que os dio aquella desconocida? A mí me parece que todo esto es un galimatías desesperante...

Don Pantaleón no podía estar menos de acuerdo:

—Mira, Hilarión, los problemas hay que intentar resolverlos según se van presentando. Ahora lo que cuenta es reunir las ocho letras, sin preocuparnos de qué esté hecha cada una de ellas. Para mí la fuerza y la oportunidad de esas letras se basan en las historias de las que provienen. Su forma y tamaño son lo de menos. ¡Hay que cazarlas... acechar y cazar una tras otra en la selva narrativa dentro de la que se esconden! Después ya nos las arreglaremos para conseguir que funcionen materialmente al unísono...

Pero no había tiempo que perder. Tras un breve descanso, comenzó a planearse la tercera expedición por el laberinto. Don Pantaleón aconsejó a Jaiko que en esta ocasión se quedara en el banquillo, hasta mejorarse un poco de su cojera. El chico, dudando, se dirigió a Fisco:

—Pero es que nosotros no solemos separarnos... Oye, ¿te importa que no vaya contigo esta vez?

—¡Claro que me importa! —respondió con vehemencia su amigo. Dejar atrás a Jaiko era para él peor que cortarse una pierna y guardarla en la nevera hasta volver—. Sin embargo, creo que lo que dice don Pantaleón es razonable. Ya hemos visto que para estos viajecitos más vale estar en plena forma. Además, es bueno que nos vayamos turnando y que siempre haya uno que se quede como reserva, ¿no?

—Porque la verdad es que en ese armarito de las escobas no cabemos más de tres —puntualizó Sara. Luego añadió, desafiante—: Y desde luego yo no pienso quedarme esta vez.

Así quedó decidida la cosa. Algo emocionados, Fisco y Jaiko chocaron sus diestras en alto, en el clásico saludo deportivo que ahora servía de provisional despedida. Con gesto mecánico, Sara peinó un poco a su hermano y le remetió bien los faldones de la camisa dentro del pantalón. Se encaminaron hacia el cubículo, pero de pronto Fisco se detuvo y se volvió hacia el loro:

—Bueno, *Séneca*, ¿no dices ahora nada? Anda, danos una pista sobre la letra que nos toca buscar.

El pájaro se agitó en su percha y torció un poco la cabeza para mirarle de soslayo con su ojo amarillento. Carraspeó, imitó con escalofriante perfección el silbido habitual de don Pantaleón, volvió a aletear... y guardó silencio. Fisco ya se resignaba a entrar el «Laberinto», encogiéndose de hombros, cuando por fin llegó el oráculo:

—Dice siempre «bée» la oveja,
cuando es joven y si es vieja.
Para ti, borrego terco,
buscar la «B» será acierto.

Asunto resuelto, pues. Fisco, Sara y Arno (este último medio arrebujado en los brazos de su hermana) ocuparon la angosta cabina, antesala de la aventura. En cuanto don Pantaleón cerró la puerta, el remolino púrpura comenzó a soplar. El librero apoyó la oreja en el cristal esmerilado y escuchó, alejándose y alejándose, la voz de la muchacha:

—¿Qué es eso? ¿Vosotros no lo oís? ¡El mar! ¡Oigo el mar!

* * *

En la oscuridad, Fisco oyó el reiterado batir de las olas contra la roca. Se sentía calado hasta los huesos por la espuma y el salitre, temblando de frío con tanta humedad. Tenía la espalda pegada a un muro de piedra, las piernas anquilosadas y replegadas bajo él. Intentó cambiar de postura para desentumecerse y notó que perdía apoyo. Volvió a inmovilizarse: estaba en un reborde estrechísimo y resbaladizo, con una pared rocosa aparentemente vertical tras de sí y el bullente mar abajo. Aún reinaba la noche, pero le pareció que comenzaba a alborear con un vago resplandor fantasmal. Gritó en las tinieblas:

—¡Sara! ¡Arno! ¿Estáis bien?

La respuesta le llegó desde abajo, un poco a su izquierda, entre el fragor de la rompiente.

—Estamos empapados y no vemos nada. Tenemos miedo de resbalar...

—Sobre todo ¡no os mováis! —ordenó Fisco—. ¿Me oís? Si nos movemos a ciegas podemos caernos al mar. Creo que dentro de poco amanecerá. Entonces podremos ver dónde estamos y decidir qué podemos hacer.

Volvió a llegarle, a ráfagas, la voz aguda y temblorosa de Arno:

—Tengo... frío... ¡y tengo miedo!

Después escuchó a Sara, preocupada pero firme:

—A ver, Arno, tranquilo. Estate quieto. Pronto será de día... como ha dicho Fisco. Yo te sujeto. ¡Fisco, no te preocupes que no vamos a movernos!

Y luego, un poco más bajito:

—¡Jolín, ojalá amanezca de una vez!

Pero la claridad no llegó de una vez sino muy poco a poco, con desesperante lentitud. Y lo que la borrosa luz del alba les fue mostrando no era nada tranquilizador. Estaban incrustados como lapas en un peñasco desnudo y solitario, en medio del mar bravío. Ocupaban unos rellanos tan angostos que apenas tenían espacio para ponerse en pie o para intentar cualquier otro cambio de postura. Además cubría la piedra un limo verdoso y muy resbaladizo. Las brumas que se desvanecían no revelaban más que agua y más agua a su alrededor, grisácea y agitada. Bajo ellos hervía la espuma de las olas que se estrellaban incesantemente contra la roca, como si quisieran derribarla a fuerza de salados mordiscos.

A Fisco el paisaje marino le había gustado siempre mucho, pero pensó que no era lo mismo verlo desde la seguridad de la orilla que sentirse acosado y desprotegido en medio de él. Por más que le daba vueltas a la cabeza, no se le ocurría qué podían hacer. Sin embargo, no perdió del todo la esperanza: era absurdo que el viento escarlata les hubiera llevado a un escenario sin salida. Febrilmente, mientras pasaba el tiempo, le asediaban imágenes del Estadio atroz y de sus padres, de los psicófagos (cuyos ojos llameantes había creído distinguir antes entre las estrellas ahora despedidas por el alba), de Jaiko, el perpetuo compañero al que tanto echaba ya de menos... De un modo o de otro la narración en que estaban envueltos debía continuar... ¿Acaso no habían salido ya con bien de otros trances peligrosos?

—¡Sara! ¿Me oyes?

—Sí, Fisco. ¿Qué hay?

—En cuanto se vea un poco mejor voy a intentar subir hasta lo alto de este peñasco. Quizá al otro lado encuentre ayuda.

—Pero ¡te vas a matar!

—¿Qué? No te oigo...

—¡Te matarás! ¡No subas!

—No te preocupes... Con cuidado... intentaré...

Las palabras iban y venían a ráfagas, deformadas, como pájaros ciegos. Sara se daba cuenta de que Fisco iba a intentar lo único posible. Sin embargo, ella quería suponer que quizá esperando un poco más ocurriría *algo*... A lo mejor el viento escarlata volvía a por ellos y se los llevaba otra vez a la seguridad de la librería. Pero en su interior estaba convencida de que aquel enigmático remolino hecho de fábulas sólo les haría regresar cuando hubieran cumplido su papel en el relato al que les había transportado. Volvería a buscarles *luego*, cuando lo hubiesen merecido por su propio esfuerzo...

—¡Fisco!¡Ten mucho cuidado!

—¡Tranquilos! No os mováis...

El muchacho se volvió cara a la roca y alcanzó con la mano derecha una grieta sobre su cabeza. Después aseguró el pie izquierdo en un mínimo repliegue y empezó a subir. Fisco no era mal trepador: en muchas excursiones, con Jaiko, había ascendido por paredes naturales casi lisas, que luego le daba hasta miedo recordar. Pero lo había hecho con Jaiko, nunca solo. No era lo mismo: con Jaiko iban gastándose bromas y lanzándose pullas, también echándose una mano de vez en cuando. «¡Agárrate, cabrón! Mira que eres torpe...» Cuando llegaban arriba, tumbados en la hierba para recuperar el aliento, se tomaban el pelo uno a otro. «¡Anda, que si no llega a ser por mí...!» «¿Tú? Pero si estabas más *pringao* que yo qué sé... ¿Te has mirado los calzoncillos?» Ahora Fisco no tenía a nadie junto a él para estimularle y servirle de apoyo. Sólo los gritos hostiles y mareantes de las aves marinas. Una gaviota vocinglera le pasó volando tan cerca del cuello que hundió instintivamente la cabeza entre los hombros. Luego el pajarraco le esperó en un reborde superior y, cuando Fisco se agarró a él con los dedos engarabitados, pareció dispuesta a picarle la mano. Después se lo pensó mejor, desplegó las alas y planeó en el vacío. ¡Cómo la maldijo Fisco y cuánto la envidió!

Cuando ya estaba a más de medio camino, le entró un desánimo mortal. Los recovecos de la peña cada vez escaseaban más y empezó a no sentir los dedos, que antes le estaban doliendo tanto. ¿Por qué no quedarse quieto, quieto del todo, reposando? O, aún mejor, dejarse caer. Si se soltaba, seguramente se encontraría luego bien calentito en su cama, tras una sensación rara de sobresalto en el estómago, como le había pasado otras veces en sueños. Porque aquello tenía que ser una pesadilla. Pero quizá abajo no estaba la cama sino el mar hirviente... o el psicófago, con la lengua negruzca asomando entre las fauces ávidas. Y la pesadilla seguiría y ya no tendría fin. «¡Joder, qué coñazo...!», gruñó Fisco, asustando a otra gaviota pelmaza. Imaginó a Jaiko sonriendo a su lado al oírle y él también sonrió un poco, con los dientes apretados. «¡Va por ti, Jaiko, tronco!», pensó. Después se apoyó sobre los codos, levantó primero una rodilla y luego la otra, hasta rodar bocarriba. Había llegado a la cima.

Durante un rato, tendido sobre la alta plataforma de piedra que el sol recién nacido apenas comenzaba a calentar, vio desfilar por el cielo jirones nubosos acelerados por el viento. Intentó ponerse en pie, pero enseguida cayó otra vez de rodillas, abrumado por la sensación de vértigo y por la decepción. La superficie lisa en la cumbre de la roca era poco más grande que el suelo del cuarto de Fisco, en su lejana casa allá dónde estuviese. Desde su elevación podía comprobar que la peña era igual de abrupta e inhóspita por todas partes. Salía de las aguas como el enorme diente carcomido de un fabuloso cachalote y no ofrecía por ninguna de sus caras mejor refugio ni mayor consuelo. Un lugar muy adecuado para morir, desde luego, pero que en cambio en lo tocante a vivir presentaba obvios inconvenientes. Cerca y lejos, por todas partes, sólo había agua y más agua: la implacable enormidad del mar.

En tales circunstancias, el primer problema que se planteaba a Fisco era cómo comunicar a Sara y Arno la desesperada situación en que se encontraban. Y la chica ya se impacientaba: en cuanto asomó Fisco la cabeza por el borde, mirando hacia abajo, le hizo señales enérgicas con los brazos:

—¡Fisco! ¿Qué tal? ¿Ves algo?

El muchacho no sabía lo que contestar. Mientras pensaba, le devolvió un gesto de saludo y tragó saliva. ¿Qué podía decirles ahora? Levantó los ojos hacia el horizonte con angustia, buscando las palabras... y ¡sí, allí, allí lejos estaba la verdadera respuesta!

—¡Un barco! ¡Sara, viene un barco!

Desde abajo le llegaron los alaridos felices de Arno y las recomendaciones febriles de Sara, medio borradas por la distancia:

—¡Haz... señales! ¡... señales! ¡Tienen... vernos!

Pero Fisco no necesitaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Se puso en pie de un salto, perdiendo casi el equilibrio y quitándose a tirones su zamarra vaquera. Se puso a agitarla sobre su cabeza frenéticamente, como un estandarte de locura y júbilo, mientras saltaba y lanzaba gritos que se fueron haciendo cada vez más roncos:

—¡Aquí, aquí! ¡Ayuda!... ¡Socorro!

La nave de la esperanza estaba aún lejos, pero se iba acercando a ojos vistas. Ya se distinguían cada vez mejor sus velas desplegadas y la inclinación con que cortaba las aguas, subiendo y bajando sobre las ondulaciones del mar. Hasta se adivinaba su llamativo mascarón de proa... No cabía duda, venía hacia la roca sin vacilar: era imposible que pasara de largo sin verlos. Por si acaso, Fisco continuó haciendo señales largo rato mientras le llegaban desde abajo débilmente las voces de Sara y Arno que también pedían auxilio. Finalmente vieron una luz que se encendía y apagaba rítmicamente en la proa del buque, confirmación de que habían sido localizados. Quedaron expectantes: Fisco se dejó caer de nuevo en la cima rocosa y, con sorpresa, notó que junto a los chorros de sudor corrían lágrimas por sus mejillas.

El barco fondeó a corta distancia del peñón y enseguida fue botada al mar una chalupa, con media docena de hombres a bordo que remaron vigorosamente hacia el promontorio donde aguardaban los tres náufragos. No ofrecía éste facilidades para atracar pero se arrimaron cuanto pudieron y después dos marineros, con cuerdas atadas a la cintura, saltaron al agua y cubrieron las pocas brazas que les separaban de la roca. De inmediato comenzaron a trepar por ella con decisión y seguridad admirables. Desde su atalaya, Fisco les vio llegar al reborde ocupado por sus dos amigos y parlamentar un momento con ellos. Arno se encaramó a la espalda de uno, sujetándose con brazos y piernas, para luego ser descendido rápidamente hasta el agua y chapotear con él hacia la barca. Después el ángel guardián volvió a la peña y subió otra vez. El descenso de Sara fue más trabajoso porque bajó ayudada por ambos y con bastantes precauciones, aunque la chica colaboró animosamente con todo su empeño.

Cuando ya estuvo en la chalupa y los dos marinos volvían braceando enérgicamente al peñón, Fisco oyó la voz de alarma de uno de los remeros, que señalaba un punto en el agua. Forzando la vista, distinguió una oscura aleta vertical que se desplazaba rápidamente para sumergirse después. Pero los marinos ya subían sin entretenerse ni vacilar hacia él. Hicieron alto en el saliente que Fisco había ocupado antes de subir a la cima y desde allí, haciendo bocina con las manos, le llamaron:

—¡Ah de la cofa! ¿Cómo se está por ahí arriba?

—Bien, bien... pero deseando marcharme.

—¿Te atreverías a bajar tú solo hasta dónde estamos?

—Bueno... si no hay más remedio. Lo intentaré.

—Eres un grumete valiente. Pégate bien a la piedra y no te preocupes. Si te resbalas, caerás en nuestros brazos.

Al ya muy zarandeado Fisco lo que le hubiera gustado era quedarse bien quieto hasta que llegase a por él un helicóptero de la Cruz Roja, pero no era momento de vacilar. Volvió a ponerse su zamarra, se situó bocabajo en el filo rocoso y tanteó con los pies en el vacío, buscando algún apoyo. Lo encontró o creyó encontrarlo con su pie derecho e inició cautamente el descenso. Objetivamente considerado, implicaba mayores riesgos que la subida y sin embargo se le hizo más fácil gracias a la presencia tranquilizadora de los dos hombres bajo él. Aún así, la bajada resultaba interminable. Fisco pretendió acelerar, perdió pie y cayó varios metros, restregándose contra la piedra que le llenó las extremidades y la cara de arañazos sanguinolentos. Unos fuertes brazos providenciales detuvieron a la altura del reborde inferior ese desplome que en otras circunstancias habría sido fatal. A partir de ahí, ayudado por los marinos y espoleado por la ilusión de reunirse con sus amigos en el barco salvador, la bajada de Fisco resultó casi veloz.

Ya en la base rocosa del promontorio, antes de saltar al agua para cruzar el corto tramo que les separaba de la chalupa, uno de los marinos revisó con preocupación los arañazos de los brazos y piernas del muchacho.

—Humm, no me gustan esas mataduras. Estás sangrando.

—No es nada —le quitó importancia Fisco—. Son simples rozaduras de cuando resbalé.

—Ya veo que no son graves, ya. Pero esa sangre...

Desde la barca les urgieron varias voces.

—¡Venga, daros prisa! Parece que el marrajo se ha ido...

Sin perder más tiempo, saltaron al mar en un pequeño remanso menos batido por las olas. Fisco lo hizo con demasiado ímpetu y se hundió por completo en la bullente sopa helada. Nunca se había bañado en agua tan fría y con toda la ropa puesta, zapatos incluidos. Pero era buen nadador, de modo que se dio impulso hacia arriba y enseguida sacó la cabeza a la superficie. Buscó la barca con la vista para orientarse y lo primero que vio fue la gran aleta negra que surcaba el mar hacia él a diez o doce metros de distancia. El sobresalto le hizo volver a hundirse, tragando agua. Por un momento creyó con pánico que se le había olvidado cómo se nadaba. Cuando apareció de nuevo en la superficie, evitó mirar hacia la aleta y se concentró en la chalupa. Pataleó y braceó con todas sus fuerzas, pero le parecía que no se movía del sitio. Uno de los marinos ya había llegado a la barca y el otro le animaba a gritos:

—¡Rápido, grumete! ¡A la chalupa! ¡No mires!

También Sara y Arno le gritaban con angustia.

—¡Deprisa, Fisco, deprisa, que ya llegas!

En efecto, estaba llegando. Pero en ese momento, a su izquierda, surgió del agua una cabezota como de rana enorme con la rasgada boca abierta en la que fulguraban innumerables puñales. Aterrado, volvió a hundirse en un torbellino de manotazos. De modo que se perdió lo mejor: uno de los marineros, con toda su fuerza, golpeó con el remo en pleno morro de la fiera. El tiburón se sumergió inmediatamente, llevándose en las fauces buena parte de la pala del remo, hecho astillas. Fisco notó que un flanco rugoso como papel de lija pasaba bajo él, raspándole la pierna. Sacó la cabeza tratando de tomar aire y una mano fuerte le agarró sin contemplaciones por el pelo, tirando de él hacia arriba. Al instante siguiente estaba tumbado en el fondo de la chalupa, chorreando y temblando... aunque no sólo de frío. Sara se inclinaba sobre él, acariciándole el pelo húmedo y besando su frente. Arno, muy excitado, saltaba a su lado señalando con el dedo hacia el agua:

—¡Por ahí va, por ahí va!

Otro marino le obligó a sentarse de un manotazo:

—¡Estate quieto, chaval, que nos vas a hundir!

Después la chalupa comenzó a bogar sin dilación hacia el barco, veloz a pesar del remo que habían perdido. En pocos minutos llegaron junto a la alta popa de la nave, en la que podía leerse con letras doradas: «La bella vizcaína». Les lanzaron desde la amura de babor una escala de cuerda: Arno, convertido en un monito feliz, trepó por ella como si no hubiera hecho otra cosa en su vida; Sara también lo hizo con soltura (aunque

contaba con la vigilancia protectora del marinero que subía antes y del que iba después) pero a Fisco le costó mucho más. Se sentía entumecido y atontado: todos sus esfuerzos recientes empezaron de golpe a pasarle factura hasta dejarle tan *groggy* como un boxeador sonado.

Llegó a cubierta a duras penas y se reunió junto a sus dos compañeros, que estaban siendo saludados por un hombre maduro, bajo y fornido, con aire de mando. Les estrechó la mano uno tras otro, ceremonioso pero cordial.

—Bienvenidos a bordo de *La bella vizcaína*, amigos. Soy el capitán Santiago de Andía, de Lúzaro, un pueblo marinero del norte de España que quizá conozcáis. Ahora lo importante es que descanséis, porque según parece lo habéis pasado muy mal. Más tarde ya tendremos tiempo de escuchar el relato de vuestras aventuras y cómo llegasteis hasta ese peñón desolado. Yo estoy deseando enterarme de todo, pero lo primero es lo primero, ¿no os parece?

Tras darle las gracias, tanto Fisco como Sara intentaron a pesar del cansancio narrarle parte de sus peripecias, pero el capitán les atajó amablemente:

—Luego, luego hablaremos. Dentro de poco almorzaremos juntos. Ahora bebed un poco de agua fresca y quizá un traguito de ron, que es muy bueno para los catarros. Aquí no tenemos muchos lujos, pero procuraremos que os sintáis lo más cómodos posible.

Mientras sus ropas se secaban, los tres aventureros recibieron mantas y algunas prendas de recambio facilitadas por la generosidad de los marineros. La verdad es que vestidos con ellas tenían un aspecto bastante gracioso, sobre todo Arno (como no había nada de su tamaño en el guardarropa de a bordo, se cubrió con un chaquetón impermeable dentro del cual casi desaparecía, semejante a un cangrejo ermitaño refugiado en una concha inmensa). Los chicos se hacían bromas y se lanzaban pullas entre sí, soportando también sonrientes las que recibían de la tripulación que les había adoptado como si fuesen mascotas.

—¡Vaya pinta de lobo de mar tienes con esas botazas, Fisco! —comentaba maliciosamente Sara—. ¿Por qué no metes los dos pies en una? Aún así te sobrará sitio...

—¡Anda que tú estás guapa con esos bombachos! Sólo te falta el parche en el ojo...

Tras de ellos, intervino una voz grave:

—Pues yo creo que la señorita está muy simpática vestida como la reina de los mares...

Sara se volvió para agradecer el cumplido y se quedó con la boca abierta... aunque enseguida se la tapó con la mano para ocultar su aparato de ortodoncia. Allí estaba el hombre más apuesto que había visto en su vida (aunque la chica no pensó lo de «apuesto», sino más bien algo así como «más bueno que un queso»). Era alto, muy moreno, de barba rizada y chispeantes ojos verdes. Vestía a lo oriental, con un turbante

blanquísimo, una ancha blusa azul pálido y sobre ella un chaleco negro bordado de arabescos dorados. Al sonreír mostraba una dentadura de implacable perfección. Les saludó llevándose la mano a la frente y al pecho.

—¡Qué Alá os guarde, amigos! A Su misericordia le debéis vuestra salvación y nosotros la ocasión de hacer una buena obra y mostrar hospitalidad. Yo soy Zindabad, armador de este barco y socio del capitán Andía. Como también he padecido naufragios en mi vida, me siento especialmente contento de que hayamos podido rescataros...

Desde su caparazón impermeable, Arno le miraba con ojos como platos:

—¿Eres... Simbad? ¿El auténtico Simbad el Marino?

Su nuevo amigo se echó a reír y se acuclilló junto al niño.

—Lo siento, pequeño, pero ese Zindabad o Simbad, como le llamáis vosotros, es un lejano antepasado mío. Yo también nací en Bagdad, como él, también soy comerciante y puedo asegurarte que he navegado mucho y he corrido bastantes peripecias... pero no tantas como contaban de él o él contaba de sí mismo, ¡qué Alá lo tenga en el Paraíso de los creyentes! Si quieres saber mi opinión, de hombre a hombre, me temo que mi tatarabuelo exageraba bastante sus méritos... y el tamaño de los pájaros y los cíclopes que encontró en sus aventuras.

Con un guiño cómplice, Arno se mantuvo en sus trece:

—Ya, claro... pero estoy seguro de que tú eres Simbad.

En ese momento les llamaron al camarote del capitán para almorzar. Los tres se sentaron a la mesa, junto con su anfitrión y Zindabad. Sara se situó al lado del persa, mientras intentaba arreglarse un poco el pelo revuelto con los dedos y no hacía más que maldecir interiormente su atuendo poco atrayente. «¡Estoy hecha un adefesio!, pensaba desesperada. ¡Mira que haberle conocido precisamente hoy!» En cambio Fisco tenía otras preocupaciones. Le parecía descortés no dar alguna explicación acerca de cómo habían llegado a aquella roca y por otra parte consideraba que la verdad cruda y simple resultaría en este caso casi indigerible. Se rompía la cabeza buscando alguna explicación más o menos verosímil que ofrecer a sus huéspedes. Así que cuando el capitán Andía insinuó discretamente el tema, el chico se enredó en una historieta bastante confusa y llena de contradicciones sobre su abandono en el peñón desierto por la tripulación amotinada del barco que les llevaba a reunirse con sus padres en América.

—¡Qué miserables! —intervino con indignación Zindabad—. Y ¿cómo se llamaba vuestro barco?

Fisco se quedó completamente en blanco y Sara acudió al rescate, diciendo muy convencida:

—Era el *Nautilus*.

—¿El *Nautilus*? —Zindabad hizo memoria, mientras Sara se sonrojaba—. Pues... no me suena. Quizá sea griego o siciliano.

—Lo peor de todo —comentó socarrón el capitán— es que, antes del motín a bordo, el propio *Nautilus* debía estar amotinado contra la geografía. Porque no me explico qué hacía en estas latitudes un barco que viajase entre Europa y América...

—Bueno... es que los amotinados se desviaron mucho y luego, al ver esa roca... —el pobre Fisco estaba hecho un lío, de modo que prefirió cortar por lo sano—. La verdad es que si no llega a ser por ustedes no lo contamos.

El capitán se echó a reír y encendió su pipa.

—No se hable más, pues. Aquí estáis, sanos y salvos. El resto es silencio... como dicen en el teatro. Cuando lleguemos a un puerto seguro, haremos gestiones para que os reunáis con vuestra familia. ¿Os parece bien?

—Sí, sí, genial, muchas gracias, don Santiago —replicó Fisco, muy aliviado.

—Podéis llamarme Shanti, como hacen los de mi pueblo. Los vascos somos gente seria pero poco dados a ringorrangos. Aunque debo advertiros que vamos a tardar bastante en arribar a puerto. Antes tenemos una misión que cumplir. Lo primero ahora es vencer al «Dragón».

—¿Vais a luchar con un dragón? —se entusiasmó Arno.

Shanti Andía resopló y volvió a encender su pipa.

—No te quepa duda, chaval, en cuanto le demos caza. Pero te prevengo de que este *Dragón* no es un lagarto mitológico sino un barco. Por más señas, un barco negrero. Ya sabéis, tráfico de carne humana. A mi juicio, el peor pecado que un hombre puede cometer contra los otros hombres y supongo que también contra Dios. Pero mi socio Zindabad os explicará mejor que yo los detalles de nuestra empresa.

Todos los ojos —especialmente tiernos los de Sara— se volvieron hacia el persa, que también daba chupadas pensativas a una larga pipa de aroma especialmente intenso. Después de lanzar otra bocanada, se la quitó de la boca y comenzó su relato:

—Pues habéis de saber, amigos llegados del mar, que yo una vez fui esclavo, quizá como castigo de mis muchos pecados, porque Alá es justo y nada ocurre sin su consentimiento. Hace un par de años, por cuestiones comerciales, me hallaba visitando una pequeña aldea bastante al sur del Cuerno de África, donde hábiles artesanos fabrican tallas en madera y marfil que son muy apreciadas en mi país. Súbitamente y a traición, cayeron sobre el poblado los tratantes de esclavos. Me avergüenza decir que eran árabes y se decían musulmanes, aunque estoy seguro de que Alá no les consideraba como tales porque Él lee en los corazones y no se deja engañar por falsas plegarias. Nos encadenaron a todos, hombres, mujeres y niños, y como si fuésemos ganado nos arrastraron hasta la costa. Allí nos vendieron al capitán del *Dragón*, el barco negrero más despiadado que opera en estos mares. Durante semanas odiosas vivimos hacinados en la bodega de esa nave maldita, que pretendía llevarnos al norte de América para revendernos a otros tiranos obteniendo enormes ganancias. Pero Alá es misericordioso y sabe torcer los designios del malvado: durante una escala no lejos del cabo de Buena Esperanza, en la que nuestros raptores se aprovisionaban de agua y alimentos, pude

escapar a su vigilancia. Me ayudaron varios de mis compañeros de cautiverio y al partir, uno de ellos me dijo: «Nunca nos olvides.» ¡Y Alá no permita que les olvide jamás! Cuando regresé a Bagdad, después de mil penalidades, decidí dedicar la riqueza con la que había sido bendecido a una buena causa. Con la ayuda de mi amigo Shanti Andía, al que había conocido en otro de mis viajes, fletamos esta fragata y la dotamos del armamento necesario para hacer frente al *Dragón*. Después...

—Y después —concluyó el capitán Andía— recogimos informes sobre la ruta de los negreros. Ahora estamos seguros de que podremos salir al paso del *Dragón* a pocas millas de aquí. Irá cargado de nuevas víctimas y seguramente ella no espera...

—¿Ella? —se extrañó Sara—. ¿Quién es «ella»?

—¡Ah, claro, vosotros no sabéis que la capitana del *Dragón* es una mujer! Le llaman la «Leona Negra» y nadie conoce su verdadero nombre ni de dónde procede. Pero os aseguro que no hay bestia más feroz ni con menos escrúpulos que ella en ninguno de los siete mares. Aunque, si todo marcha bien, dentro de poco habremos acabado para siempre con su negocio criminal.

Durante un par de días, *La bella vizcaína* continuó su singladura rumbo al punto donde el capitán Andía había previsto que encontrarían al *Dragón*. Era una fragata muy marinera y el viento favorecía su marcha rápida, con todo el velamen desplegado. Entre tanto, cada uno de los tres jóvenes mataba el tiempo como mejor le parecía. Arno brujuleaba arriba y abajo por todo el barco, martirizando con sus interminables preguntas a los tripulantes que sin embargo siempre tenían un momento para contestarle. Nada escapaba a su curiosidad, desde la cocina hasta la cofa del palo mayor (a la cual consiguió que le subiese un vigía especialmente complaciente). Pero lo que más le asombraba era el mascarón de proa, una sirena de cabello ondulante y duros pechos dorados, cuyo rostro —según le había confiado el cocinero— era el de una hermosa dama muy requerida de amores llamada doña Hortensia.

—Vive en Cádiz —explicaba el cocinero—. Y no quieras saber la cantidad de pretendientes que ha tenido...

—Y ¿siempre va *así*? —le preguntó muy intrigado Arno, señalando las tetas triunfalmente desnudas del mascarón.

El cocinero se echó a reír, maliciosamente:

—Pues no creas, que a más de uno le gustaría, desde luego que sí...

Por su parte, Sara se las arreglaba para hacerse la encontradiza con Zindabad, quien charlaba muy a gusto con ella y le contaba lo más notable de sus viajes con sabiduría narrativa ayudada por una bella voz de barítono. No era nada fanfarrón, lo que a la chica le gustaba mucho (¡también!) y más bien procuraba quitarle importancia a su participación en los acontecimientos que relataba para detenerse en cambio en el detalle de los paisajes y las costumbres de gente lejana.

A Fisco le complacía sobre todo la compañía de Shanti Andía porque el capitán, aunque no era demasiado parlanchín, solía decir cosas que le hacían pensar.

—Mira, Fisco —comentaba, dando chupadas a su pipa hace rato apagada por el viento de cubierta— yo creo que el mundo va poco a poco mejorando y llegará un día en que acabe la esclavitud y ya no se trate a ningún ser humano, sea cual fuere su raza, como simple mercancía. Ya ves, soy progresista. Los antiguos suponían que el hombre va del bien al mal pero nosotros, los progresistas, preferimos creer que marcha del mal al bien. Tú, que eres más joven, podrás comprobar cuando llegues a mi edad quién tiene razón...

—Por el momento —observó Fisco— tenemos a la naturaleza de nuestra parte, porque el viento favorable nos está ayudando para que alcancemos el barco de la «Leona»...

Pero el capitán sonrió, meneando la cabeza:

—¡Ay, Fisco, Fisco! No te fíes de la naturaleza ni creas que trabaja para darte gusto. Para los vientos o el mar ni nosotros ni los negreros tenemos especial importancia. Los hombres no logramos entender lo que es ajeno a nuestra voluntad y nos empeñamos en prestar nuestros designios a cuanto nos rodea: de modo que suponemos que el sol está hecho para alumbrarnos y las estrellas para adornar la noche. Todo lo vacíamos en el molde de nuestro espíritu; fuera de ese pequeño molde, no tenemos nada para asir y comprender las cosas que pasan por delante de nosotros. Por eso damos a todo el universo, desde la gota de agua hasta Sirio, una intención humana...

Por fin una mañana la voz del vigía les alertó: «¡Barco a estribor!» El capitán Andía y Zindabad, cada cual con su catalejo en ristre, confirmaron que desde luego se trataba del *Dragón*. Pusieron proa hacia él y pronto resultó evidente que acortaban distancias.

—Sin duda deben haberse dado cuenta ya de que les seguimos —afirmó el persa—. ¿Por qué no lanzar un cañonazo de aviso para ordenarles que se detengan?

Retumbó uno de los cañones de la fragata y una pequeña columna de agua se alzó cerca del barco negrero. Pero el *Dragón* no sólo no se detuvo sino que desplegó aún más trapo para acelerar su huida. Durante una hora prosiguió la persecución y *La bella vizcaína* se acercaba más y más a su presa. De pronto el capitán Andía, que estaba mirando por su catalejo, lanzó una tremenda blasfemia:

—Pero ¿será posible? ¡No se atreverán! ¡Canallas! ¡Malnacidos!

Arno le tiró del chaleco a Zindabad, que también mascullaba con indignación mientras amenazaba con el puño al buque negrero:

—¿Qué pasa, Simbad?

—¡Qué Alá confunda a esos infieles sin entrañas! Hijo, están tirando por la borda a parte de los prisioneros.

—Como saben que intentaremos salvarles, lo hacen para entretenernos y escapar —gruñó Shanti Andía—. ¡A ver, botad tres chalupas con cuatro remeros cada una! Rescatad a los que podáis y esperadnos, volveremos a por vosotros.

—¡Que se den mucha prisa! —urgió Sara, con angustia, mientras señalaba en el mar tres o cuatro aletas negras y veloces que Fisco conocía demasiado bien.

—Por desgracia —comentó en voz baja Zindabad— la mayoría de esa pobre gente no sabe nadar...

Bajar las chalupas al mar fue cosa de pocos minutos. Enseguida bogaron hacia los puntos oscuros que eran cabezas humanas sembradas aquí y allá en las aguas revueltas. La fragata continuó sin demora su persecución. Al pasar, inclinado sobre la amura, Fisco vio con espanto y piedad ojos muy abiertos y bocas que buscaban aire entre débiles manoteos. Una mujer, casi sumergida, levantaba en alto desesperadamente a un niño pequeño para que las olas no le cubriesen. Después quedaron atrás y el muchacho deseó con todo su corazón que las chalupas de rescate llegasen a tiempo.

El capitán Andía mostraba en su rostro una determinación tan furiosa que casi le hacía parecer otra persona. Daba miedo. Ordenó:

—Sara, baja con tu hermano a mi camarote y quedaos allí hasta que yo os avise.

La chica dudó un momento, pero cuando Zindabad —también crispado— le señaló con la mano la escotilla, cogió la mano de Arno y bajó sin rechistar.

Llegaba el momento definitivo. Al comprobar que pese a su infame estratagema la fragata les alcanzaba, la tripulación del barco negrero se puso en zafarrancho de combate. Se veía a los tripulantes correr por cubierta para tomar posiciones, con fusiles en las manos. Algunos maniobraban una culebrina situada a popa para amenazar a los atacantes. En cubierta, dando órdenes, Fisco distinguió con claridad a una mujer muy alta y voluminosa, completamente vestida de negro. Llevaba el pelo recogido bajo un pañuelo rojo y esgrimía una pistola en la mano derecha. Evidentemente no aceptaba réplicas de sus subordinados, porque uno de ellos pareció objetarle algo y la capitana le apuntó decididamente con su arma. Enseguida se restableció la disciplina...

Hubo fuego de fusilería contra *La bella vizcaína* y después la culebrina disparó también pero su tiro apresurado resultó muy desviado hacia babor. Realmente, el *Dragón* no podía competir en armamento con la fragata. Iban preparados para someter a gente inerme, no para enfrentarse a una tripulación resuelta y bien pertrechada. Ya casi sobre ellos, el capitán Andía ordenó fuego a toda su batería de estribor. La tremenda andanada tronchó el mástil del *Dragón*, derribó su velamen y barrió la cubierta, cubriéndola de muertos y heridos. Cuando se disipó el humo de los cañonazos, vieron que los negreros arrojaban sus armas y agitaban trapos blancos en señal de rendición. Sólo la «Leona» seguía intentando organizar la resistencia. Furibunda, corría por cubierta, vociferando evidentes maldiciones y amenazando a la tripulación que renunciaba a luchar. Entonces, por la espalda, uno de los negreros disparó su mosquete contra ella. La «Leona» dio un traspiés al recibir el tiro y después, con evidente esfuerzo, se volvió hacia el traidor y descargó su pistola contra él. El hombre rodó muerto hacia la amura. La capitana se irguió vacilante en toda su estatura y permaneció un momento dominante y fiera. Después intentó buscar apoyo en su sable como si fuera un bastón y finalmente se desplomó como un gran árbol tronchado por el rayo de la fatalidad.

El *Dragón* quedó al pairo, maltrecho y desarbolado. La fragata se arrimó a él y envió un retén para hacerse cargo de los vencidos, mientras el cirujano de a bordo atendía a los heridos. De la sentina salieron entonces docenas de africanos macilentos, cubiertos de andrajos, que se tapaban los ojos con las manos, deslumbrados por la luz del sol que no habían visto durante meses. Apenas hablaban y se sobresaltaban cuando cualquier tripulante de la fragata se dirigía a ellos para preguntarles algo. Pero de vez en cuando alguno se atrevía a sonreír y su sonrisa era grande, hermosa y limpia como la gratitud sincera. Aún les quedaba mucho trecho y penalidades hasta regresar a sus casas, pero ya estaban en camino desde que las manos amigas rompieron sus cadenas.

Cuando Sara y Arno volvieron a cubierta, encontraron allí tumbados y cubiertos con mantas a media docena de los negreros que sufrían heridas graves, entre los que iba y venía el cirujano de a bordo. El capitán Andía había ordenado trasladarles a *La bella*

*vizcaína* para intentar salvarles la vida. Allí estaba también la «Leona Negra», con el pecho atravesado por el balazo traicionero que le entró por la espalda. Agonizaba. Aun postrada y en los últimos estertores, su cuerpo enorme imponía cierto temor: parecía un monumento derribado por un terremoto. Ya no llevaba el pañuelo rojo en la cabeza; mechones de pelo cobrizo con vetas blancas se le pegaban a la frente sudorosa. Tenía los ojos cerrados pero cuando Sara se acercó un poco a ella, casi de puntillas, los abrió y lanzó a la muchacha una mirada vidriosa. Luego le hizo un gesto con la mano, pidiendo que se aproximara más, mientras movía débilmente los labios. Sara vacilaba, con una mezcla de susto y repugnancia que la echaba hacia atrás, pero al final se impuso la compasión y se arrodilló a su lado. La «Leona» murmuró unas pocas palabras, con una voz finita y quebrada que parecía incompatible con su fiero corpachón:

—Me llamaban Catalina... Catalina... Antes... mis padres... Caty...

Después cerró de nuevo los ojos, esbozó un comienzo de sonrisa y suspiró. Había muerto.

En el camarote de la «Leona» encontraron un cofre de mediano tamaño, lleno de piezas de oro y marfil, ajorcas, collares y anillos, también figuras finamente talladas en madera de ébano. El botín de sus expolios a inocentes, acumulado durante años. Zindabad y Shanti Andía repasaron aquellos despojos, con gesto melancólico porque cada joya preciosa o trivial guardaba su propia historia de sufrimiento. El persa escogió una pequeña sortija de plata, adornada en su parte más ancha con una «B» finamente tallada, y se la ofreció a Sara:

—Toma, princesita del mar, para que te acuerdes mañana de tu amigo de Bagdad.

La niña la cogió temblando:

—Pero yo no debo...

Fisco y Arno se acercaron a ella para ver el regalo y entonces el viento rojo comenzó a soplar. Ya les envolvía la bruma, ya volvían a partir. Shanti Andía comentó, tranquilamente:

—Pues esto sí que no me lo esperaba.

# 7

# TODO ESTÁ VIVO

Cuando don Pantaleón les abrió la puerta del «Laberinto», iba sin gafas, en camiseta y apenas podía contener los bostezos. Salvo una lámpara pequeña, las luces de la librería estaban apagadas. Jaiko dormía tumbado en un sofá que habían descargado de los libros que lo ocupaban normalmente y don Hilarión daba cabezadas sentado en su mesa junto a la caja registradora. Hasta *Séneca* había escondido la cabeza bajo el ala para reposar en lo alto de su percha.

—Esta vez habéis tardado mucho y se nos ha hecho de noche —les informó el librero—. ¿Ha ido todo bien? ¿Traéis la letra correspondiente?

Sara le mostró la sortija de plata con la «B» grabada en el sello. Don Pantaleón la guardó junto a las otras piezas y después todos decidieron descansar unas horas hasta que se hiciera de día. En la trastienda había varias butacas y en ellas se acomodaron los tres expedicionarios, envueltos en mantas proporcionadas por don Pantaleón. Arno empezó a roncar enseguida y Fisco y Sara, tras cuchichear un rato comentando incidencias de su aventura oceánica, se durmieron también. El sueño de Fisco fue muy inquieto, lleno de pesadillas: se encontraba sumergido en el mar, en lo más hondo y por mucho que intentaba nadar hacia arriba no lograba llegar a la superficie. Un gran bulto oscuro subía hacia él desde las profundidades, cada vez más y más cerca de sus piernas... Finalmente notó que algo le zarandeaba y se defendió a puñetazos, intentando gritar con la boca llena de agua salada.

—¡Fisco, tío, que soy yo! —Jaiko estaba a su lado, sacudiéndole para despertarle y frotándose la nariz dolorida—. ¡Jo, vaya hostia que me has dado!

—Perdona, oye, creí que era..., que me había cogido... pero estaba soñando. ¡Qué alegría verte, cabronazo!

Se abrazaron y después Jaiko saludó a Sara que se estiraba en la butaca, anunciando al universo que tenía mucha hambre. Arno aún seguía roncando como un bendito, todo arrebujado en su manta. Don Pantaleón apareció por la puerta, abrochándose la camisa:

—¿Ya estáis en movimiento? Pero si aún es muy temprano... Bueno, vamos a ver que tenemos aquí para desayunar.

Un minúsculo anexo de la trastienda alojaba una cocinita y un frigorífico. De modo que se les brindaba la apetitosa posibilidad de preparar tostadas con mantequilla, además de café bien calentito con leche. Pusieron manos a la obra, en tanto don Hilarión se

ofrecía generosamente para ir a comprar fruta. Mientras el pan se tostaba y el aroma del café despertaba a Arno (que preguntó soñoliento «¿hay churros?»), don Pantaleón propuso hacer una tortilla tamaño familiar. Los jóvenes protestaron sólo por cumplir que no hacía falta tanto pero en cuanto la tuvieron delante la devoraron en un santiamén, de modo que don Pantaleón tuvo que hacer otra no menos grande y que acabó igual. Al rato llegó don Hilarión cargado de fruta y hubo jugo de naranja para todos. Arno rebañó su plato con el último pedazo de tostada que le quedaba y poco después todos suspiraban de placer tras la comilona y charlaban acerca de los incidentes de la travesía que acababan de realizar.

Fisco reconoció haberlo pasado especialmente mal aunque en conclusión se alegraba de haber participado en la aventura justiciera de *La bella vizcaína*. Aunque por primera vez no había tenido a Jaiko a su lado se las había arreglado bastante bien, ¿no? Se sentía como si hubiera crecido diez centímetros de estatura y tres años de edad, por lo menos. Sara se mostró aún más entusiasta:

—¡Hemos conocido a gente alucinante, de veras!

Lo afirmó con tanto ímpetu que, cuando Jaiko murmuró «ah, ¿sí?» mirándola con cierta curiosidad, se puso bastante colorada. Como ya era habitual, don Hilarión no quiso abstenerse de poner pegas:

—De modo que ahora la letra viene en un anillo. Vaya ciempiés que estamos reuniendo. Y en cada excursión estáis a punto de dejar el pellejo. ¡Menudo plan! En fin, a ver cómo es la próxima...

Don Pantaleón examinó los arañazos y cardenales que tenía Fisco por todas partes, antes de ponerse a curarlos con mercurocromo y linimento. Parecía obvio que esta vez le tocaba a él quedarse en la librería mientras los demás emprendían la siguiente salida. Tras una breve deliberación, así fue acordado. A Jaiko la idea de viajar solo con Sara no le desagradaba en absoluto, por lo que tanteó la posibilidad de convencer a Arno para que se quedara con Fisco: «Estarás hecho polvo, ¿no?, después de lo de París y la roca y la batalla contra los negreros...» Pero el crío le informó con aplomo de que se encontraba perfectamente y que no tenía la menor intención de perderse la aventura en ciernes. La verdad es que presentaba buen aspecto: el aire del mar le había bronceado notablemente, como a sus dos compañeros, y hasta parecía algo mayor que cuando se encontraron en el Estadio. Muy decidido, se acercó a la percha del loro, que estaba realizando su aseo matutino atusándose las plumas con el pico y le interrogó:

—Venga, *Séneca*, dinos qué toca ahora.

El pájaro le lanzó una ojeada irónica y no se hizo de rogar:

—Si la «I» se hace famosa
no será por peligrosa.
Búscala sin miedo, guapo,
o merecerás un lapo.

—¡Vaya con el dichoso lorito! —exclamó Sara, entre risas generales—. Cada vez resulta más descarado...

De modo que cuanto antes, mejor. ¡Ya habían remoloneado bastante! Entraron los tres expedicionarios en la garita fantástica, en la que flotaba todavía cierto olor a salitre y a yodo marino. Don Pantaleón cerró la puerta esmerilada y aguardó. Pasó un rato sin que ocurriese nada. A través del cristal no se veía ningún resplandor rojizo.

—¡Chicos! ¿Estáis todavía ahí?

—Pues claro, ¿dónde vamos a estar?

—Parece que este cacharro no pirula.

—A ver si se ha desenchufado...

Don Pantaleón se volvió hacia Fisco, encogiéndose de hombros con un silbidito.

—Nada, que hoy no...

Pero Fisco le señaló el «Laberinto» con el dedo como silenciosa respuesta. El librero se volvió, a tiempo para ver las ondulaciones del remolino encarnado. Un nuevo viaje acababa de empezar.

* * *

Sara se despertó sentada en la hierba, rodeada de colinas suaves cubiertas por un bosque bajo y perfumado. Se oían los gorjeos y trinos de diversos pájaros, como si todos a coro felicitaran a la mañana por lo hermosa que era. Cerca de ella estaba Jaiko, mirándola con una expresión algo preocupada que se convirtió en sonrisa en cuanto la chica, ya despierta, le sonrió a su vez. Sara notó por primera vez que también Jaiko tenía los ojos verdes... como Zindabad.

—Qué bonito es esto, ¿verdad? Oye, ¿dónde está Arno?

—No lo sé —contestó el muchacho—. Yo también acabo de despertarme hace nada. Vamos a buscarle.

Se pusieron los dos en pie, sacudiéndose de la ropa las briznas de yerba y hojitas que se les habían adherido. Jaiko formó con las manos bocina ante la boca para llamar al niño, pero antes de que lanzase ningún sonido le oyeron reír tras unos chopos cercanos. Y también escucharon una voz masculina que rogaba:

—¡No, por favor, no te muevas ni hagas demasiado ruido! Déjale, déjale...

Se acercaron al lugar de dónde provenían la risa y la voz, con cierta precaución. Allí estaba Arno, sentado en una piedra cubierta de musgo, con el brazo derecho extendido por el que iba y venía muy atareado un petirrojo. El pajarito marchaba desde la mano al hombro y luego le picoteaba un poco en la oreja, como si le comunicase un secreto al oído. Entonces Arno se reía entre dientes y el petirrojo corría otra vez hasta el extremo del brazo, para emprender enseguida el camino de regreso. A unos tres metros, sentado en otra roca de mayor tamaño, estaba un hombre de porte majestuoso, de unos cincuenta años de edad. Era rubio, aunque en su frondosa y larga barba había ya guedejas grises. Tenía un cuaderno abierto en la mano derecha y con la izquierda dibujaba rápidos trazos, sin separar la mirada del niño y su travieso visitante.

En cuanto vio a su hermana y a Jaiko, Arno se levantó de un salto gritando: «¡Hola, chicos!» Asustado, el petirrojo se alejó inmediatamente volando y el hombre de la roca cerró su cuaderno, con un suspiro de fastidio.

—Vaya, niño, no puedes estarte quieto...

También él se levantó y tenía una estatura imponente. Después sonrió como pidiendo excusas:

—Perdonad, pero es que resultaba un apunte del natural tan gracioso...

Arno se le acercó, con curiosidad.

—A ver, enséñamelo, anda.

El hombre barbudo abrió complaciente el cuaderno y mostró la hoja en la que había estado trabajando. Con unos cuantos rasgos de carboncillo había dibujado un retrato perfecto de Arno con el petirrojo sobre su brazo. Al margen de la imagen principal se veían otros dos o tres esbozos no menos exactos de la cabeza del pajarito, gentilmente inclinada hacia uno u otro lado. Arno se quedó boquiabierto:

—¡Qué bien está! ¿Eres pintor?

—A veces pinto, sí —confirmó el hombre alto—. Pero la pintura es algo muy difícil: consiste en intentar expresar visiblemente rasgos del alma de cada cosa. Lleva mucho tiempo, mucho trabajo... En este cuaderno sólo hago apuntes, bosquejos de escenas que veo y que me llaman la atención. Para que no se me olviden, ¿sabes? Y también como ejercicios para aprender a *mirar* mejor. Vemos muchas cosas, pero miramos poco y mal, ¿no te parece? Más que ninguna otra cosa me gustaría aprender a mirar como es debido. Fíjate en la luz y considera su belleza; ahora parpadea y vuelve a mirar: lo que ahora ves, antes no estaba, y lo que había antes ya no existe...

Arno se había apoderado del cuaderno y pasaba sus hojas entre exclamaciones de gozo y asombro. Sara y Jaiko compartían con él su entusiasmo, porque les enseñaba a cada paso las nuevas maravillas que descubría: «¡Mirad esto! ¡Y esto! ¡Qué guay!» Realmente no había ni una página que no mereciese la pena. En cada una podía hallarse el pasmo de un tesoro: pájaros volando o posados en una rama, garras y manos representadas con todo detalle, rostros humanos que lloraban, reían o rugían de indignación, matas onduladas de cabello agitándose al viento, un feto humano en el interior del útero, caballos y más caballos en todas las posturas imaginables, árboles y matorrales minuciosamente captados, gatos cazando o en reposo, nubes de tormenta enroscadas en tremendas borrascas, etc. Ante la imagen de una cabeza de caballo en escorzo, que se revolvía mostrando los dientes entre los belfos cubiertos de espuma, Sara exclamó:

—¡Parece que está vivo!

—De eso precisamente se trata —corroboró el hombre—. De captar el movimiento y el ánimo de la vida en cada una de sus manifestaciones. Porque todo está vivo. Y no sólo los animales o las plantas, sino también las montañas, los torbellinos, los mares y las estrellas. Hay vida escondida en cada parte de los seres vivos; incluso los cadáveres bullen con vidas pequeñas y rebeldes que se alimentan de lo putrefacto. Pero la vida hay que estudiarla en la naturaleza, sin miedo y con paciencia. Los que sólo leen libros antiguos o imitan los cuadros de los maestros del pasado pierden el tiempo.

Jaiko carraspeó discretamente para interrumpir esta avalancha de elocuencia.

—Señor... eh, por favor... ¿podría decirnos dónde estamos? Es que somos extranjeros y nos hemos perdido. Si usted fuera tan amable que pudiera...

Desde su aventajada estatura, el hombre miró al muchacho como sopesando sus méritos. Al principio tenía el ceño fruncido pero luego parece que Jaiko pasó con sobresaliente el examen, porque de inmediato le dijo, sonriendo:

—Estáis en la campiña romana, joven amigo. Si no tenéis sitio mejor donde alojaros, podríais quedaros por el momento en mi humilde hogar, donde no os faltará comida... ni quehacer, siempre que queráis ayudarme en mis trabajos. ¿De dónde venís?

—Bueno, es una larga historia... —comenzó Jaiko, bastante confuso.

—Entonces no hace falta que me la cuentes —le atajó su interlocutor, recuperando su precioso cuaderno y echando a andar con paso vivo—. La verdad es que no me sobra precisamente el tiempo. De donde sea que procedáis, seguro que tendréis la mismas necesidades que los demás seres humanos. Sobre eso cabe poca discusión. Y en cuanto a vuestras capacidades, tampoco hay mucho que contar porque se probarán cuando llegue el momento. De modo que venga, vámonos a casa.

Los tres aventureros se apresuraron tras él: casi tenían que correr para seguir su ritmo de marcha. Mientras, le iban gritando alegremente: «Muchas gracias, señor. Me llamo Jaiko... Y yo Sara... ¡Eh, que soy Arno!...» Sin detenerse, el hombre señaló hacia el cielo, a su izquierda:

—Allí, ¿lo veis? El halcón persigue a la paloma. No le será fácil alcanzarla, no. Se defenderá: ¡cada uno defiende su existencia con todas sus fuerzas! Nada de lo que existe quiere dejar de existir. Mi nombre es Leonardo, jóvenes amigos. Quienes son más ignorantes o más perezosos que yo me denominan «maestro». ¡Bah! ¿No tiene gracia que llamen «maestro» a quien sólo se esfuerza por aprender y aprender? Mirad. Allí abajo: aquélla es mi casa... Y la vuestra, si no buscáis lujos. Venga, que ya llegamos...

Al pie de la colina por la que descendían entre viñas se divisaba una pequeña alquería, formada por una modesta casa principal y dos o tres edificios anexos con aire de almacenes. En la ladera oeste se extendía un huerto con varios sembrados y árboles frutales. Cuando se aproximaron más, salieron a recibirles ladrando dos enormes perros que saludaron a su dueño con saltos y corvetas. Leonardo llamó con grandes voces:

—¡Piero! ¡Pierino! ¿Dónde andas, muchacho?

Al punto salió de la casa un mozo de dieciocho o veinte años, de rizado pelo rubio y expresión anhelosa:

—¡Aquí estoy, maestro! Habéis vuelto antes de lo que esperaba. Me encontráis preparando el almuerzo...

—Pues tienes que preparar un poco más, porque ya ves que vengo acompañado. Éstos son mis amigos... bueno, ellos te dirán ahora cómo se llaman. ¡A ver, chuchos, ya está bien de zalemas! Guardadlas para cuando venga el Duque...

Por dentro, la casa de Leonardo parecía más bien el laboratorio de un alquimista que el estudio de un pintor. Sobre la gran mesa central de madera sin barnizar se acumulaban las retortas y frascos en torno a un crisol. Había varios pájaros disecados y una musaraña abierta en canal sobre una loseta de mármol, junto a numerosas hojas de papel cubiertas de anotaciones indescifrables. A Sara, que les echó una ojeada sin tocarlas, le dio la impresión de que las palabras estaban al revés, al modo en que aparecen cuando se reflejan en un espejo. También había diversas piezas metálicas y

ruedecillas de madera, como si formaran parte de un mecanismo que estuviese provisionalmente desmontado. En un pequeño velador junto a la mesa se entrecruzaban los aros combinados de un astrolabio, que inmediatamente atrajo la curiosidad de Arno. Al fondo, sobre una caballete, podía adivinarse un cuadro de tamaño no muy grande, cubierto con un paño manchado de trazas de pintura.

—Por favor, no toquéis nada —les advirtió Leonardo—. Bastante revuelto lo tengo ya todo sin que nadie me ayude a desordenarlo más. Estoy investigando varias cosas a la vez y...

Piero les avisó enseguida de que el almuerzo estaba preparado. Era muy frugal, compuesto de pan, queso, aceitunas y una sopa no demasiado sabrosa en la que se habían hervido juntos diversos vegetales. El único cubierto con que contaban era un cucharón de madera para servir la sopa en los cuencos en que habían de beberla y un cuchillo de aspecto imponente para cortar el pan y el queso. Leonardo les informó de que no tomaban vino a mediodía para poder trabajar mejor por la tarde y les ofreció en cambio un vaso de leche.

—No es buena cosa hartarse de comida y perder así la lucidez del pensamiento —les dijo, mientras almorzaban—. Hay que estar preparado para el esfuerzo, porque Dios vende todas las cosas valiosas al precio de la fatiga que cuesta conseguirlas. Las personas que sólo se dedican a hartarse en la mesa no son luego capaces de producir más que estiércol. ¡Estiércol! Eso es lo único útil que fabrica mucha gente: sólo dejan tras de sí retretes llenos, nada más. No comprenden que no hay cosa mortal que dure, pero en cambio el arte sí.

—Pero usted parece casi más interesado por la ciencia que por el arte —observó Sara.

—No hay arte sin ciencia, muchacha —replicó tajante Leonardo—. Quien no tiene paciencia para estudiar el funcionamiento de la naturaleza no sabrá luego representarla. Imagínate por ejemplo que deseas pintar una mujer sonriendo. Para lograrlo debes saber exactamente cómo los músculos de los labios, al contraerse hacia su centro, tiran de los músculos laterales y éstos a su vez se acortan para que la boca se extienda un poco... El arte tiene mucho de ciencia y la ciencia también es una forma de arte. ¿Por qué debemos dedicarnos sólo a la una o al otro? La vida humana ya es por desgracia muy limitada, de modo que no es bueno que uno se empeñe en limitarse y empequeñecerse aún más.

Cuando terminaron de comer, Piero suplicó con fervor:

—Por favor, maestro, cantad alguna canción. Seguramente vuestros invitados sabrán apreciarla.

Leonardo se hizo un poco el difícil: quizá la música aburriese a los jóvenes... Los tres interesados protestaron con sinceridad que estaban deseando escucharle y Piero se apresuró a traer una lira que puso en manos del maestro. Después de unos cuantos arpegios para templar las cuerdas, Leonardo comenzó a cantar. No forzaba la voz ni se adornaba con trémolos rebuscados, sino que entonaba con perfecta naturalidad. La

canción era en realidad un bello poema sobre un enamorado que no lograba expresar su deseo porque un buitre celoso le robaba la lengua. El rasgueo de la lira acompañaba con discreción muy adecuada cada estrofa. En conjunto el resultado era de un virtuosismo sin alardes realmente cautivador. De vez en cuando, al hacer una pausa para tomar aliento, Leonardo entornaba los párpados y sonreía de un modo casi pícaro. Piero le escuchaba con un arrobo al borde de lo místico y el resto del auditorio también parecía embobado. Cuando llegó el final de la pieza, Arno palmoteó:

—¡También eres cantante!

—Y muy bueno —dijo Sara, conmovida.

Con un tono tan ufano como si los elogios fueran para él, Piero concluyó:

—El maestro Leonardo todo lo hace bien...

—Veo que sois un público fácil de agradar —concluyó satisfecho el artista—. Os cantaré otra canción y luego nos pondremos a trabajar, ¿eh?

Pero antes de empezar la nueva tonada, les interrumpió un feroz coro de ladridos. Piero se asomó a la puerta y anunció:

—Llega el Duque, maestro.

En el rostro de Leonardo se reflejó una viva contrariedad y hasta masculló por lo bajo expresiones evidentemente poco amables, entre las que se oyó algo así como «¡maldito hijo de cura!». Después, en voz alta, ordenó a Piero que se retirase con los otros tres jóvenes al fondo del taller y que allí se entretuvieran con algo... o fingieran hacerlo.

—Procurad que el Duque se fije lo menos posible en vosotros. Sobre todo tú, Piero, por lo que ya sabes.

Acto seguido apareció en la puerta un gigantesco hombre de armas, haciendo sonar pesadamente las espuelas de sus botas y resollando como un oso. Barrió con una mirada recelosa toda la estancia, como si esperase encontrar a alguien emboscado y después, ya más tranquilo aunque no hasta el punto de la amabilidad, voceó roncamente:

—Dios os guarde, maestro Leonardo. El Duque de Valentino solicita vuestra hospitalidad —subrayó con cierta indignación estas últimas palabras, como escandalizado de tantos miramientos.

Leonardo se irguió, soberbio en su porte aunque modesto en su compostura.

—Todo lo que hay en esta humilde morada está a disposición de Su Señoría, nuestro benefactor.

El centurión se apartó servilmente para dejar paso a un hombre delgado y cetrino, vestido con atuendo de montería. Aunque no llevaba joyas ni emblemas de su rango, exudaba dominio en cada uno de sus gestos y sobre todo a través de la oscura mirada penetrante.

—Gracias, Leonardo. Prometo no entretenerte mucho con mi charla. Ya sé que tu tiempo es precioso... sobre todo para mí. Pero estaba cazando por aquí y no he podido resistirme al placer de hacerte una visita.

Hablaba en un tono deferente, casi aterciopelado, y sin embargo en sus palabras sonaba un pulso de amenaza. Leonardo inclinó la noble cabeza sin responder, pero haciendo un amplio gesto con la mano que abarcó toda la estancia hasta detenerse finalmente señalando la silla más cómoda. El Duque se instaló en ella, muy distendido, y declaró que aceptaría gustoso un vaso de agua fresca. Después de tomar un sorbo, prosiguió:

—¡Bien, bien, querido Leonardo! ¡Qué agradable paz se respira en este lugar! ¿Sabes? Tienes suerte de habitar en un sitio tan sereno, lejos de los aciagos conflictos del mundo. Tiene que ser un auténtico gozo trabajar aquí. Porque tú gozas trabajando en este delicioso retiro, ¿verdad, Leonardo?

Silencioso, Leonardo asintió con una inclinación de cabeza.

—Pero supongo que este grato entorno no te hará olvidar que trabajas ante todo para mí —la voz del Duque se hizo más acerada—. Sigo a la espera de los encargos que te hice. Mejor dicho, que tú me prometiste. Si no recuerdo mal, mencionabas en tu memorial admirables invenciones bélicas: proyectiles de un fuego que no se extingue, carros blindados, catapultas y bombardas de nueva factura, pasadizos subterráneos para asaltar las fortalezas mejor defendidas e incluso naves capaces de avanzar bajo las aguas. Perdóname que te incomode con estas menudencias, estoy seguro de que tienes que ocuparte también de importantes investigaciones sobre el comportamiento de los roedores y probablemente habrás iniciado la pintura de algún retrato mitológico fascinante. Pero el caso es que me urgen esas chucherías que me tienes prometidas. Dentro de poco tengo que encaminarme a Urbino, para convencer a Guidobaldo de Montefeltro de que su actitud altanera e incluso hostil frente a Roma no puede conducirle a nada bueno. En verdad, creo que va a tener muy malas consecuencias para él y para su ciudad. En fin, Leonardo, que necesito tus armas y las necesito *ahora*, no dentro de dos años ni siquiera mañana.

Leonardo habló al fin, en tono conciliador:

—Las tendréis, mi señor, claro que sí. Pero necesito un poco más de tiempo. Después de todo, no son armas lo que os faltan y todo el mundo sabe que la fortuna siempre ha sonreído a la audacia del Duque de Valentino.

Su interlocutor se permitió una sonrisa en la cual no faltaba la alegría pero combinada alarmantemente con la crueldad.

—¡Lástima, Leonardo! Ya sabes que gustosamente te he dado cuanto me has pedido, porque admiro tu excepcional talento. Pero ahora solicitas de mí lo único de que carezco: tiempo. Es cierto que tengo armas, pero prestadas; y hasta hoy mi buena suerte ha consistido más bien en aprovechar la mala suerte de los otros. En adelante, no quiero confiar en armas ajenas ni tener otra fortuna que la que yo mismo me labre. Por eso he buscado tu ayuda, Leonardo. Y ahora... te confieso que estoy un poco decepcionado. Sinceramente, maestro, pienso que no te conviene decepcionarme más.

Leonardo intentó protestar o excusarse, pero el Duque le interrumpió con un gesto de la mano fingidamente bonachón. En ese momento parecía interesado por otra cosa. Clavó su mirada de halcón levantino en el grupo de jóvenes que procuraban no hacerse notar al fondo del local y les reclamó en un tono suave pero que no admitía retraso ni excusa:

—¡A ver, mozos, Piero y tú, el nuevo, hacedme el favor de acercaros!

Piero y tras él Jaiko se aproximaron como se les pedía y el Duque se levantó de su asiento para medirles mejor:

—¡Espléndidos muchachos! Fuertes y admirablemente desarrollados. Y muy bien parecidos, además —giraba en torno a ellos despacio, como el lobo en torno al rebaño cuando elige el cordero más apetecible. Después rozó con su mano enguantada la barbilla de Jaiko y le preguntó—: ¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir catorce, Señoría.

—Pero a buen seguro ya tienes la fuerza de un hombre hecho y derecho. Estos músculos... Dime, ¿te gustaría convertirte en soldado bajo mis órdenes para conseguir honores en la batalla y riquezas en el saqueo?

Jaiko mantuvo sin arrogancia la mirada del de Valentino y repuso:

—Creo que no, Excelencia. No me gusta la guerra.

El Duque lanzó una risotada seca como un bofetón.

—Eso es porque no la conoces todavía. Verás como yo te enseño en pocos meses a no saber vivir sin ella. Y Piero seguramente estará deseando también encontrarse con la pica en las manos. Ya es demasiado mayor para hacer de aprendiz y pasarse la vida barriendo el taller y mezclando óleos. Maestro Leonardo, esta misma tarde vendrá a tu casa un retén de mi guardia para enrolar en mi ejército a estos dos gallardos mancebos. Digamos que puedes considerarlo como una pequeña compensación por los ingenios bélicos que me prometiste y aún no me has entregado. Espero que ello te sirva de acicate para complacerme cuanto antes. Tan pronto como vea funcionar alguno de tus prodigios, tendré mucho gusto en autorizar a estos muchachos a volver contigo... si ellos lo desean, claro está. Ya sabes que yo no soy un tirano, sino que lucho contra las tiranías...

Se despidió con una breve inclinación de cabeza y salió de la estancia con paso enérgico. Poco después se oyó el retumbar de cascos de caballo alejándose. Esta vez los perros guardaron silencio.

Sara preguntó tímidamente:

—Maestro Leonardo, ese hombre... ¿es capaz de hacer lo que ha dicho?

El artista suspiró. Parecía abrumado.

—¿Capaz? Es capaz de eso y de mucho más. Pero ¿es que no le conoces? Pues sí que debéis venir de lejos... Es César Borgia, Duque de Valentino y el hijo primogénito del papa Alejandro. Nadie es más poderoso ni más exigente. Pero todo es culpa mía, miserable de mí. Por mi culpa...

—¡No, maestro, no os apenéis! —Piero se le acercó y le tomó cariñosamente la mano—. Vos lo hicisteis todo con la mejor intención y hemos sido muy felices aquí. Tampoco la cosa es tan grave. El Duque conquistará Urbino en pocas semanas y yo podré volver otra vez a vuestro lado. Lo único que siento es que ahora os quedéis solo. ¿Quién cuidará de vos hasta que yo vuelva?

—Eres el mejor de los amigos, Pierino, pero el Borgia nunca te dejará volver hasta obtener de mí lo que desea. Sabe bien lo mucho que te quiero y me torturará con tu ausencia. ¡Qué loco he sido! He vendido mi alma al diablo para conseguir un poco de tranquilidad y un lugar adecuado para mis trabajos. Creí que podría ganar tiempo, que lograría entretener su ambición con alguna bagatela...

Leonardo se sentó pesadamente, con los anchos hombros hundidos como los de un viejo. Luego se dirigió a Jaiko, en un tono casi suplicante:

—Debes perdonarme, muchacho. He atraído la desgracia sobre tu cabeza. Créeme, yo detesto la guerra tanto como tú. ¡Aún más que tú, porque la conozco demasiado bien! Sin embargo, es una fatalidad que se extiende por nuestro mundo, tanto entre los seres racionales como entre los irracionales. ¿Por qué dispuso la naturaleza que los animales tuviesen que vivir los unos de la muerte de los otros? Todo es matanza y los hombres somos las peores de todas las fieras. ¿Acaso hay tigre en Hircania más cruel que César Borgia? Pues bien, en mi ingenua arrogancia pensé que yo podría quizá remediar un poco esta perpetua sangría, al menos en lo que a los humanos se refiere. Planeé diseñar una serie de armas y herramientas bélicas tan extraordinarias que dieran automáticamente a quien las poseyera la victoria en cualquier batalla. De este modo las guerras se harían imposibles, ante la superioridad incontestable de una de las partes. Y llevé mi estupidez hasta el punto de ofrecer mis inventos al Duque de Valentino, que inmediatamente me proporcionó este lugar retirado y cuantos medios pudiera necesitar para realizarlos. Pero cuando le conocí mejor comprendí que dotarle de armas irresistibles sería condenar al resto de las ciudades a la esclavitud. A mi entender, quien no evita un mal es como si lo ordenase y yo no deseo perpetuar ninguna tiranía. De modo que...

—El caso es que ahora ya no hay remedio y estáis a su servicio —concluyó pesaroso Jaiko.

Leonardo sacudió su melena con rebeldía, mientras recuperaba algo de su tenaz orgullo.

—En el fondo, yo sé que no sirvo a ningún duque ni príncipe, lo mismo que rechazo las fronteras y no pertenezco a ninguna ciudad ni a ningún reino. Sólo sirvo a mi pasión de ver, de comprender, de ordenar y crear: pertenezco a mi obra y a nada más.

—Pero todos pertenecemos a algún país y tenemos que obedecer a alguna autoridad —objetó Sara—. Si no, seríamos como los salvajes...

—¡No importa! —zanjó Leonardo—. Salvaje es el que se salva. Y yo quiero que vosotros os salvéis, me cueste lo que me cueste. Piero, ¿te acuerdas del Pájaro?

—Pero maestro, aún no lo hemos probado...

—Pues ha llegado el momento de ponerlo a prueba. ¿Confías en mí?

—¡Claro que sí, maestro!

Lleno otra vez de energía, Leonardo se levantó y se dirigió a la puerta, haciéndoles un gesto imperioso para que le siguieran. Todos fueron tras de él. Al salir, Sara lanzó una última mirada al cuadro tapado sobre el caballete. Le hubiera gustado ver esa pintura. ¿Sería acaso...? Pero ahora no era el momento. Cruzó el umbral en pos de los demás, a los que se habían unido los dos perros, saltando alegremente. El maestro les guió hasta un cobertizo cerrado situado junto a la casa. Sacando una llave de su faltriquera, abrió el candado de la pesada cadena que aseguraba la puerta. Dentro estaba el Pájaro.

Era una extraña armazón de correas, abrazaderas y poleas, coronada por dos grandes alas articuladas por secciones y vagamente parecidas a las de los murciélagos. La arrastraron hasta el exterior y allí quedó estremecida bajo el sol de la tarde, como una desvalida criatura mitológica. Los canes la olisquearon recelosos, gruñendo entre dientes. Con gesto de prestidigitador, Leonardo se la mostró a los muchachos.

—¿Os gusta mi máquina? La he calculado para soportar el peso de dos personas, de modo que ambos podréis escapar en ella.

Sara examinó escépticamente el artefacto.

—¿Se supone que *eso* puede... volar?

—¡Naturalmente, niña! Está diseñada aplicando los mismos principios que hacen volar a las aves. Funciona como... pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Muchachos, poneros aquí y yo os mostraré lo que debéis hacer.

Entonces habló Jaiko:

—Lo siento, maestro Leonardo, pero yo no puedo ir. No es que dude de vuestro invento, no... ¡al contrario, me encantaría probarlo! Pero tengo que quedarme con mis amigos. Estamos en esto juntos.

—¡Sí, formamos un equipo! —remachó muy orgulloso Arno.

—Como quieras, aunque ya sabes lo que te espera aquí. Temo que el Borgia te separará de tus compañeros de todas formas... Pero en fin, eres tú quien debe decidir. La lealtad es una virtud más poética que la prudencia... Si no te marchas con Piero, me ayudarás a poner el Pájaro en funcionamiento.

Ahuyentó a los perros, que no hacían más que meterse entre sus piernas y estorbar. Después situó a Piero con los brazos abiertos bajo las alas y le sujetó con las correas a una especie de cruz articulada. Al alcance de cada una de sus manos había una serie de cables conectados con las secciones de las alas.

—Recuerda que debes mover tus brazos rítmicamente, sin movimientos bruscos. No te pongas nervioso, buen amigo. ¡Piensa que eres un pájaro! Para volar, debes dejarte penetrar por el ánimo de las aves... Al principio, mientras nosotros tiramos de ti, tienes que correr cuanto puedas, sin dejar de agitar los brazos. Luego, cuando comiences a volar, repliega las piernas y sitúalas dobladas en este reclinatorio acolchado. ¿Me comprendes?

Piero sonrió valientemente, aunque no debía tenerlas todas consigo.

—Estoy dispuesto, maestro. No os preocupéis por mí. Seré un pájaro, como vos queréis.

Leonardo le acarició el pelo revuelto y le dio un tierno pescozón. Después, empuñó una cuerda fina y muy fuerte, que acababa en un pequeño asidero alargado de madera, y puso otro cordón igual en las manos de Jaiko.

—Ahora tú y yo tiraremos del Pájaro hasta que tome velocidad. Primero despacio... Vamos a llevarlo hasta esa gran explanada, ahí delante. Tiene una pequeña inclinación hacia abajo que nos conviene.

Torpe y desmañado como un ángel caído, el Pájaro se bamboleó tras ellos hasta el comienzo de la ondulada planicie, que descendía suavemente hacia un arroyo medio oculto entre el arbolado.

—¡Ahora tira fuerte y corre! —le ordenó Leonardo a Jaiko. Así lo hicieron ambos y Jaiko se quedó admirado de la velocidad de Leonardo, pese a sus años. Tras de ellos se apresuraba cuanto podía Piero, que había comenzado a tirar de los cables y movía las alas cada vez con mayor firmeza. También Sara y Arno echaron a correr junto a ellos. El chaval animaba a Piero con sus gritos, como si estuviera presenciando una prueba deportiva.

De pronto, oyeron a lo lejos ladrar furiosamente a los perros. Sara se volvió sin dejar de correr y vio que un grupo de jinetes llegaba al galope. Los rayos solares hacían saltar relámpagos metálicos de sus cascos y de la punta de sus alabardas.

El Pájaro se precipitaba ahora a saltos por la pendiente: a cada trecho permanecía un poco más en el aire. A una voz de Leonardo, tanto él como Jaiko desprendieron con un tirón brusco hacia abajo las cuerdas y el ave mecánica pasó aleteando sobre sus cabezas, remontándose hacia el azul casi violeta del cielo vespertino. Con un jadeo que más parecía un gemido, Leonardo le despidió:

—¡Buen vuelo, Piero! ¡Sálvate, salvaje mío!

El pelotón de caballería les alcanzó en tropel en ese momento, viendo impotentes cómo se alejaba el Pájaro. Los caballos se detuvieron resoplando y se oyeron algunos gritos de asombro entre los jinetes. El oficial que los mandaba se acercó al trote a Leonardo:

—Excelente jugada, maestro. Al Duque le interesará mucho que le expliquéis cómo funciona este nuevo invento vuestro. Mientras tanto, nos ocuparemos del otro recluta...

Señaló a Jaiko, que se había reunido con Sara y Arno. Los tres se cogieron de la mano, mientras los soldados se dirigían hacia ellos. Pero cuando llegó la tropa, ya no estaban allí. Sólo se veía girar un remolino purpúreo, a través del cual temblaban como espejismos los álamos y las lejanas vides...

# 8

# PAVOR EN LA GRUTA

—Buenas tardes.

Los dos hombres vestían idénticos trajes azules, lucían corbatas rojas exactamente iguales y don Pantaleón juraría que se habían puesto en el pelo la misma cantidad de gomina. ¿Procedían de la misma familia... o de la misma *fábrica*? Llevaban bastante rato dando vueltas por la librería, hojeando de vez en cuando una novela o una guía de viajes pero sobre todo husmeando: nada por aquí, nada por allá... De vez en cuando su mirada, inexpresiva y gélida aunque muy atenta, se cruzaba con la de don Hilarión que hacía cuentas junto a la caja o con la de don Pantaleón, tras la mesa de viejas novedades. Inmediata y automáticamente, sonreían. Pero la alegría no les subía desde los labios a la nariz ni mucho menos hasta los ojos.

También miraban (o vigilaban, más bien) a Fisco, en cuanto apareció por la puerta de la trastienda. El chico había pasado allí un rato leyendo a Tolkien; después se desperezó y decidió ir a charlar un poco con don Pantaleón para comentar el final de *El regreso del rey*, que le tenía bastante insatisfecho. Cuando entró en la tienda, los dos hombres vestidos de azul ya estaban dando vueltas arriba y abajo. Al verlos, a Fisco se le cortó el resuello: ¡ni siquiera el tiburón le había causado tanto pánico! Porque estaba seguro de que aquella pareja venía del Estadio. Tenían que ser enviados de los psicófagos que probablemente les andarían buscando a él y a sus amigos. Quizá fuesen los mismos a los que burlaron hace bien poco, al escaparse de la cancha maldita. Aunque ¿cómo podían haberles localizado? Intentó disimular, adoptando un aire ingenuo y descuidado. Pero no pensaba más que en el modo de avisar a don Pantaleón de sus sospechas sobre los visitantes. Se acercó sin prisas a la mesa del librero, intentando no mirar directamente a los invasores. No logró evitar sin embargo una ojeada de soslayo: y se encontró con el dominó blanquísimo de dos sonrisas simétricas. ¡Abuelita, que dientes más blancos tienes! Son para...

—Buenas tardes.

El Hombre Primero saludó a don Pantaleón, mientras el Hombre Segundo le acompañaba con una breve inclinación de la cabeza repeinada. El librero les devolvió la cortesía:

—Buenas, ¿qué se les ofrece?

—Pues verá usted —le informó el Primero—. Estamos buscando cuentos para niños. Ya sabe, algo adecuado a mentes tiernas. Nada de violencia, desde luego...

—¡Ni de sexo! —completó el Segundo.

—Relatos formativos —siguió el Primero—. Con enseñanzas morales, claro, y si es posible con lecciones de geografía y matemáticas...

—¡... o religiosas! —apuntó el Segundo, con aspecto tan piadoso como el de Jack el Destripador en el momento de elegir cuchillo.

—Bueno, tenemos una sección infantil bastante amplia —explicó don Pantaleón, señalando uno de los mostradores laterales—. Aunque claro, depende de la edad de los lectores y de sus gustos...

—Entonces consultemos a un experto —decidió el Primero, con tono juguetón, mientras clavaba en Fisco sus ojos cadavéricos—. Vamos a ver, muchacho, ¿qué libro le regalarías tú a un hermano pequeño?

Fisco sólo dudó unos segundos y después, tragando saliva, repuso:

—Algo sobre fútbol.

—Conque te gusta el fútbol, ¿eh? —dijo el Segundo, en un tono pringoso y a la vez amenazante—. Entonces ¿por qué no estás en el Estadio? Se está jugando un partido formidable.

—Es a mi hermano pequeño a quién le gusta el fútbol, no a mí —mintió Fisco con aplomo. Esperaba que don Pantaleón se hubiese dado cuenta ya de quienes eran aquellos tipos.

—Y ¿dónde está tu hermanito? Como eres el mayor, deberías llevarle al Estadio para que disfrutase —insistió el Segundo.

—Seguro que se moría de gusto —silbó venenoso el otro.

En ese momento, intervino don Hilarión con su tono gruñón de siempre.

—Bueno, si no tienen claro lo que buscan será mejor que lo dejen para mañana, porque ahora vamos a cerrar.

Los dos hombres de azul consultaron al unísono sus relojes, que ambos llevaban en la muñeca derecha y con la esfera hacia abajo.

—¿Cerrar ya? Pero si aún es muy pronto...

—Es que hoy nos toca hacer inventario —concluyó tajante don Hilarión—. De modo que si nos disculpan...

Don Pantaleón miró a su hermano con asombro y sorprendió un leve gesto que le hizo con la cabeza, señalando hacia la derecha. A través del cristal esmerilado de la puerta del «Laberinto» se vislumbraba un fulgor rojizo. Apresuradamente, el librero se levantó y encaminó a los visitantes hacia la salida, casi a empujones:

—¡Qué cabeza tengo, lo había olvidado! Y ya se ha hecho muy tarde. Lo siento, señores, vuelvan mañana. Les atenderemos con mucho gusto...

Tras remolonear un poco, desconcertados y molestos, la pareja inquietante se dejó llevar. Desde la puerta, el Primero se volvió y anunció con voz tonante, ya sin fingir amabilidad:

—Descuide, que volveremos. ¡Ya lo creo que volveremos!

En cuanto estuvieron fuera, don Pantaleón echó el cerrojo a la puerta y bajó la persiana. Fisco ya estaba junto a la entrada del gabinete de los prodigios y un momento después se abrazaba con sus amigos, que regresaban de la expedición con el habitual aire un poco atontado. Pronto se recobraron lo suficiente para contar a grandes rasgos la peripecia renacentista que acababan de vivir. Don Pantaleón daba emocionados saltitos al oírles:

—¡Leonardo da Vinci! ¡César Borgia! Fiuuuuu... ¡Lo que daría yo por haberles conocido!

—Pues yo desde luego prefiero no cruzarme con ese duque Borgia nunca más —Jaiko seguía indignado todavía—. Como me lo encuentre sin sus guardias, le pienso dar una manta de hostias que se va a enterar.

Sara suspiró. No dejaba de pensar en ese cuadro tapado de Leonardo que ya nunca llegaría a conocer... a menos que fuese el que ella suponía. ¿No había contado algo el maestro sobre cómo pintar una sonrisa?

—Pero entonces esta vez no habéis conseguido letra —concluyó un poco decepcionado Fisco.

Los tres expedicionarios se miraron con algo de embarazo, como niños que salen a la pizarra sin saberse la lección del día. Después, Jaiko enseñó un trocito de madera:

—Pues... yo me he traído esto en la mano. Es una astilla del mango que remataba la cuerda de la que tiré para ayudar al despegue del Pájaro. No sé, es pequeña, fina y alargada. Con un poco de imaginación parece una «I», ¿no?

—Con mucha imaginación... —dudó Fisco. En esta ocasión nadie parecía demasiado convencido. Finalmente don Pantaleón zanjó el asunto:

—Claro, puede ser perfectamente la «I» de la que habló *Séneca*. Venga, vamos a guardarla con las otras...

Como era de temer, don Hilarión estalló al oírle:

—¡Eso no es una «I» ni nada que se le parezca! ¡Pero qué disparate! ¡Vamos de mal en peor! ¿No os dais cuenta de que ya sospechan de nosotros? Han estado a punto de cogernos... Este jueguecito tiene que acabar inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde. Vamos ¿es que estáis todos locos?

Entonces don Pantaleón contó a los tres viajeros la ominosa visita que habían recibido. Sara miró a Fisco y el muchacho asintió con la cabeza.

—Eran ellos, los del Estadio. No cabe duda. Yo creo que intentaban averiguar lo que sabemos del asunto...

—¡Nos van a matar a todos! —gimió don Hilarión—. ¡Acabaremos devorados por meternos en camisa de once varas!

Don Pantaleón impuso calma:

—Es evidente que sospechaban algo, pero no saben nada con certeza. Hilarión, gracias a ti hemos salido del mal paso. Lo importante ahora es darnos prisa. Ya hemos hecho la mitad del trabajo: tenemos cuatro letras y faltan otras cuatro. Opino que debemos seguir sin perder ni un minuto.

Los jóvenes estuvieron de acuerdo con él y don Hilarión, resoplando y refunfuñando, se quedó en minoría. También protestó bastante Arno cuando los demás decidieron por unanimidad que en el próximo viaje era él quien debía quedarse en la librería.

—Vamos, Arno, tienes que descansar...

—Bueno, pero si luego no sabéis que hacer sin mí, no me vengáis llorando...

Antes de partir, quedaba el último trámite: la consulta al oráculo del loro. *Séneca* carraspeó y aleteó dándose importancia, pero cuando Jaiko murmuró algo sobre ponerle perejil en la cola se decidió a recitar la correspondiente copla:

—Dedo y dado, dicho y ducha...
Siempre que la dicha es mucha
hay una «D» a la cabeza.
Así que a buscarla empieza...

Eso es lo que se dispusieron a hacer los tres miembros del *dream team*, reunidos otra vez en pos de la aventura. Inquietos por lo que dejaban atrás y también por lo que les esperaba delante, Fisco, Jaiko y Sara ocuparon su lugar en la clausura del «Laberinto». En cuanto se cerró la puerta, la nube roja vino a llevárselos como si también ella compartiese la urgencia de la búsqueda que debían proseguir.

* * *

Sara estornudó con vehemencia y creyó que había metido los pies en un charco de agua sumamente fría, por lo que dio un par de zancadas para volver a terreno seco. No lo consiguió, seguía medio hundida hasta las pantorrillas en una pasta crujiente y helada. Estaba pisando en la nieve, no sobre el agua. Y la capa blanquecina se extendía a todo lo que alcanzaba la vista en un paisaje pálido que se difuminaba bajo la luz moribunda del crepúsculo cada vez más oscuro. Un viento cortante hacía oscilar levemente las ramas negras y casi desplomadas bajo sus galones de nieve de varios árboles que parecían abrumados por el triunfo de la intemperie. Hacía frío, muchísimo frío, un frío atroz. Sara volvió a estornudar.

—¡Eh, a moverse tocan! —exclamó Jaiko—. ¿Dónde habéis dejado vuestros trineos?

—¡Qué trineos ni qué...! —gruñó Fisco—. No os lo creeréis, pero por primera vez en mi vida me apetece tomar una sopa bien calentita.

—Me parece que por aquí hay alguien que se ha resfriado —continuó Jaiko, al oír los estornudos de Sara—. Espero que no te hayas olvidado los *kleenex*...

—Aquí los tengo pero voy a necesitar una sábana, no pañuelos de papel. Y como no encontremos pronto un refugio enseguida estaréis igual que yo. ¿Hacia dónde vamos?

Fisco miraba a izquierda y derecha, intentando orientarse. Sin embargo ningún rumbo parecía más prometedor que los demás. Soplándose en las manos para calentarlas con su aliento, se encogió de hombros con un escalofrío:

—Venga, da igual, lo importante es moverse. Si seguimos quietos nos quedaremos helados. Por este lado parece que la nieve es menos profunda...

—¡Y pensar que aún tengo sin estrenar el anorak que me trajeron los Reyes el año pasado! —se lamentó Jaiko. A cada palabra le salía una nubecilla blanca de la boca, como el globo que en los tebeos rodea las palabras de los personajes pero sin letras.

—Pues yo echo de menos sobre todo mis botas impermeables forradas con pelo de conejo —declaró la chica, mientras intentaba avanzar levantando mucho las rodillas a cada paso para despegarse del cepo de nieve que volvía a atraparla una y otra vez—. ¡No veas lo abrigadas que son!

Chapotearon durante un rato por el desierto blanco, cada vez más sombrío. Jaiko intentaba elevar los ánimos de la compañía:

—Creo que ya sé cuál es el personaje que vamos a encontrar en este viaje. Estamos a punto de llegar a la casa de Santa Claus en el Polo Norte. Dentro de un momento oiremos las campanillas de los renos y enseguida saldrá él, nos invitará a entrar y nos enseñará su fábrica de juguetes. ¡Jo, jo, jo, jooooo!

En ese momento se oyó algo que era imposible confundir con la campanilla de ningún reno. Venía de lejos, arrastrado y entrecortado por el viento como los jirones de una sirena fúnebre. Los tres se detuvieron un momento a escuchar, helados no sólo por fuera sino ahora también por dentro. Se trataba sin duda del aullido de un lobo. Y no demasiado lejano...

—Puede que sea el perro de alguna granja, ¿no? —propuso sin convicción Fisco.

—¡Seguro! ¡Como abundan tanto las granjas por aquí...! —el tono de Sara mostraba más temor que ironía—. Venga, dejaros de chorradas y a darse prisa. Hay que encontrar un refugio cuanto antes.

Aceleraron la marcha todo lo que fueron capaces, que no era mucho porque la espesa capa de nieve les frenaba obstinadamente. Además, encontrar refugio... ¿qué refugio? La noche se les venía encima con rapidez y por ninguna parte se divisaba ningún atisbo de amparo. De nuevo volvió a escucharse el ominoso aullido, ahora indudablemente más cerca. Jaiko, que cerraba la marcha, volvió un momento la cabeza sin dejar de avanzar todo lo deprisa que podía y creyó ver en la claridad rápidamente menguante de la tarde varias formas negras que corrían tras de ellos, saltando en la nieve

como salmones que remontan la corriente de un río. Pensó: «Los tenemos ya casi encima.» Pero no dijo nada y siguió tras sus amigos, apretando los dientes para no sentirlos castañetear.

Se dirigían hacia una mole rocosa que se alzaba entre brumas a pocos cientos de metros. Quizá trepando por ella pudieran dar esquinazo a sus feroces perseguidores... Además, Fisco estaba casi seguro de haber visto al pie de la gran peña un oscilante resplandor. ¡Aunque es tan engañosa la luz del crepúsculo! En cualquier caso, ya era demasiado tarde. Sara gritó con voz nerviosa «¡allí!» y señaló hacia su derecha. Dos lobos corrían en paralelo a ellos pero acercándose poco a poco diagonalmente; y había tres más a su izquierda, haciendo la misma maniobra. Les estaban cercando. De pronto, frente a ellos apareció un gran macho gris que les cerraba el paso. Se detuvieron, jadeando nubes de blanco aliento, y Jaiko cubrió a Sara con su cuerpo mientras las fieras convergían sobre ellos. No tenían ni un triste palo para hacerles frente. Entonces sonó un disparo, rebotando en la noche como un trueno y el gran lobo gris lanzó una especie de quejumbroso ladrido y se retiró cojeando. Al segundo disparo, casi milagrosamente, el resto de la manada pareció desvanecerse entre las sombras.

Un hombre muy corpulento (y que lo parecía aún más por el gorro y el abrigo de pieles que le cubrían) surgió ante ellos, empuñando un fusil humeante de extraordinaria longitud. Se movía por la nieve blanda sobre unas raquetas, con decisión y prontitud. Cuando se acercó más, los chicos entrevieron su rostro de altos pómulos y cerrada barba corta. Les urgió a apresurarse con gestos imperiosos:

—¡Rápido, por aquí! No os detengáis, los lobos volverán pronto. Nada puede asustarles mucho rato, salvo el fuego.

Los tres compañeros no se hicieron repetir la orden y le siguieron con renovado brío. Nadie pone condiciones a la ayuda de la Providencia... Según se acercaban al pie de la elevación rocosa, en una hondonada resguardada de los vientos descubrieron un campamento formado por un ancho círculo de carromatos cubiertos de pieles, en el interior de cuyo perímetro ardían animosamente varias grandes fogatas. Al llegar encontraron en torno a ellas a más de medio centenar de personas, casi todos varones aunque también había algunas mujeres. Todo el mundo tenía rasgos orientales, estaban muy abrigados y se mostraron generosamente cordiales con los recién llegados. A los pocos minutos Fisco, Sara y Jaiko se encontraron acurrucados junto a un hermoso y crepitante fuego, envueltos en la protección de gruesas mantas.

Su salvador dijo llamarse Ulan y era uno de los cazadores de la caravana, formada por comerciantes chinos y mongoles en viaje desde el Celeste Imperio hacia Rusia. Transportaban diversas mercancías, pero sobre todo té. Y fue precisamente té hirviente lo primero que les ofrecieron para reconfortarles, en voluminosos cuencos de barro. Aunque no era la bebida predilecta de los muchachos, su cálido aroma les resultó delicioso y ni siquiera les disuadió de probarlo encontrar grandes trozos de manteca rancia que se fundían en su superficie dejando un rastro amarillento. Después de

quemarse los labios con unos cuantos tragos, se sintieron mucho mejor y casi amodorrados por el calor tan próximo de las hogueras y el peso confortable de las mantas.

Ulan les dijo que pasarían la noche y cuanto tiempo quisieran con ellos, mientras los demás cabeceaban afirmativamente con gravedad. «Además —comentó con una pizca de humor Ulan— ahora no sería prudente salir de aquí...» En efecto, los lobos habían vuelto y rondaban el campamento. Por debajo de los carromatos, en la negrura que acechaba más allá, podían distinguirse las brasas brillantes de sus ojos observándoles...

Sentados en torno a la mayor de las fogatas, los miembros de la caravana fumaban parsimoniosamente largas pipas aromáticas y bebían pequeños sorbos de té. Al poco rato, parecieron haber olvidado a los jóvenes forasteros y charlaban entre sí animadamente. Una voz propuso que alguien contase una historia. Los demás le secundaron unánimemente: «¡Sí, contad una historia!» «¡Que la cuente el Viejo!», solicitó otro y varios apoyaron con entusiasmo esta designación: «Vamos, cuéntanos un cuento, Lao Zi.» Un esférico comerciante que se sentaba cerca de Sara insistió: «Por favor, honorable anciano, que sea una historia de fantasmas...»

Todas las miradas confluían sobre un bulto pequeño, casi enterrado en mantas y pieles. Se removió un poco y apareció tanteando una mano nudosa y amarillenta, como una garra de pájaro. Después surgió bajo un gorro peludo un rostro extraordinariamente arrugado rematado por una larga y estrechísima barba gris. Todos guardaban silencio y gracias a eso pudo oírse perfectamente su ronco carraspeo asmático. Después, con una voz frágil pero incisiva señaló:

—A mi entender, todas las historias humanas tratan de fantasmas. Porque fantasmas... quienes no lo somos ya, lo seremos pronto.

Se oyó un crujido como de ramitas rompiéndose una tras otra: Lao Zi se reía. Después canturreó:

—Salimos al nacer, entramos al morir. Pocos hombres hay que conserven la intensidad de su vida. Quien mantiene su vida, en sus andanzas no encuentra rinocerontes ni tigres, en el combate no lleva coraza ni arma alguna: el rinoceronte no tendría dónde hincarle el cuerno, el tigre no tendría dónde clavarle las garras; las armas no tendrían dónde hundirle el filo. ¿Por qué? Porque no hay en él terreno para la muerte.

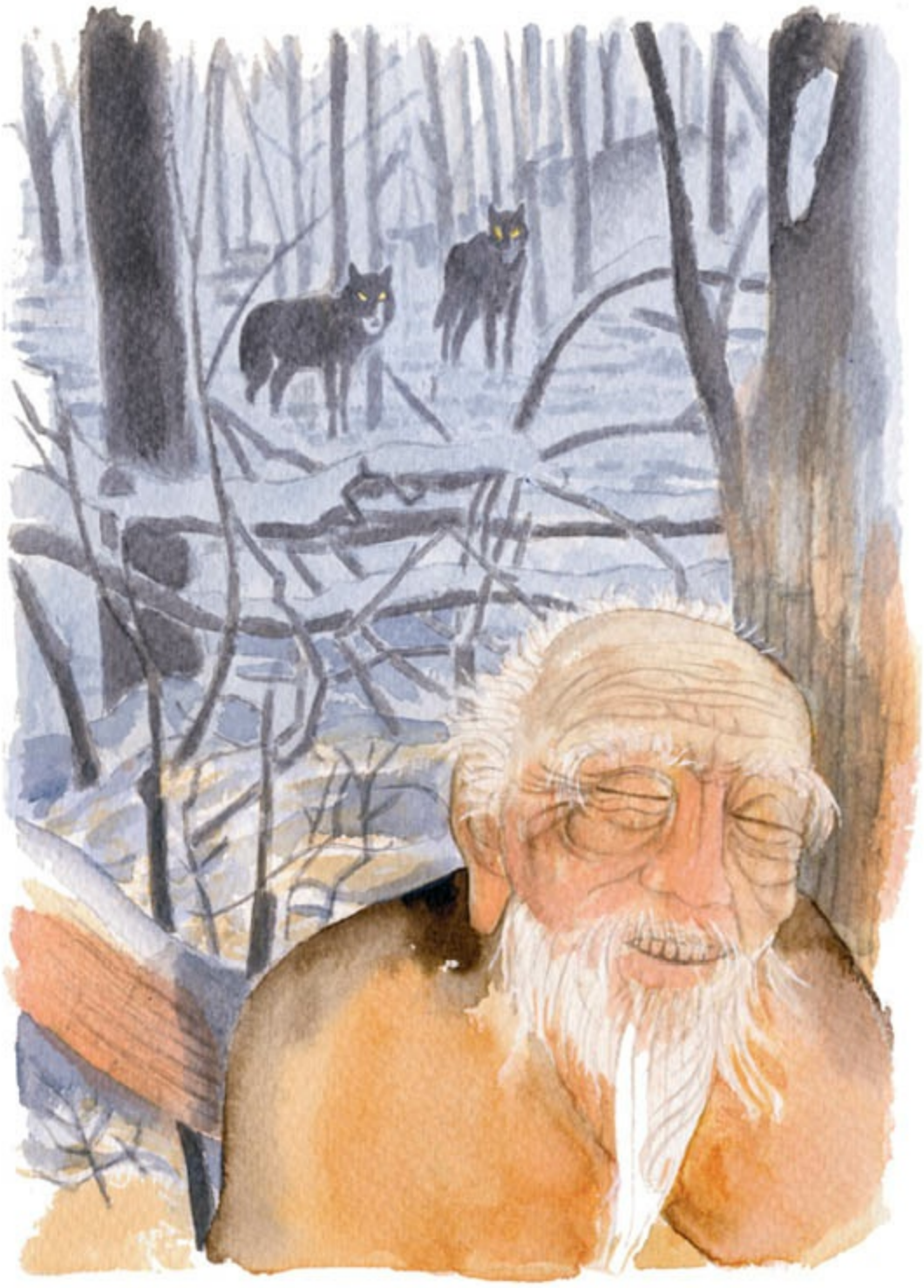
Carraspeó de nuevo, tomando aliento. En el atento y expectante corro reinaba un profundo silencio. Sólo se oía el crepitar vigoroso del fuego y el rumor sordo del viento, que a veces traía retazos de aullidos lejanos. Fisco pensó que así han debido los hombres encontrarse millones de veces a lo largo de los siglos y a través de los lugares más alejados, desde que por primera vez se sentaron en torno al fuego recién inventado y esperaron ansiosos la primera historia. Bien arrebujado en su manta, el muchacho miraba de vez en cuando hacia las tinieblas circundantes que el resplandor de la hoguera no lograba penetrar. Allí estaban siempre los ojos de los lobos, los ojos de los lobos, los ojos de los lobos... Y Lao Zi comenzó su relato.

—Hubo una vez un emperador, en tiempos remotos, anteriores incluso al Emperador Amarillo. Y este emperador tenía un hijo, su príncipe heredero...

Un suspiro de satisfacción recorrió el círculo del público. La cosa empezaba bien...

—El joven príncipe era muy concienzudo en sus obligaciones —prosiguió Lao Zi, con su voz escasa pero perfectamente audible—. Por tanto había decidido que cuando ocupase el trono del Imperio no gobernaría desde el capricho y la improvisación, sino de una manera científica, convenientemente documentada. Evitaría con el estudio y la preparación los más habituales errores de los déspotas ignorantes. «Todo lo que conocemos podemos controlarlo», solía decir muy convencido, «el conocimiento detallado es fundamental para el buen gobierno». Cierto día el viejo emperador murió y el príncipe ocupó por fin el trono. Una vez acabadas las ceremonias y festejos de la coronación, reunió a la Academia Imperial de Sabios (que eran trescientos cincuenta titulares y más de mil quinientos correspondientes en provincias) y les hizo con toda solemnidad un gran encargo: debían prepararle un informe completo y riguroso sobre el Imperio, que abarcase todos los aspectos imaginables, desde la historia a la economía, de la política a la religión, de los usos industriales a las supersticiones, y que no omitiese ninguna costumbre, ninguna tradición, ningún dialecto, ningún capricho folklórico. Es decir, un informe que rindiese cuenta exacta y puntual de todo lo que constituía la identidad propia del pueblo que iba a gobernar. «Cuando conozca exhaustivamente cómo son mis súbditos —concluyó el nuevo emperador— podré dedicarme con acierto a hacerles felices.»

El director de la Academia Imperial —prosiguió Lao Zi, tras nuevos carraspeos y un buen trago de té— era llamado por todos el Sabio Primero y contaba en aquel entonces no mucho más de cien años. ¡Ya veis, un pimpollo... quién pillara esa bendita edad! —crujió gozosamente de risa durante un rato y luego tosió el doble de tiempo—. Era ya un hombre prudente, aunque su reciente juventud había sido bastante borrascosa (¡como la mía, ejem, je, je, sí, como la mía precisamente!), y quedó abrumado por el encargo recibido. Con gran respeto, observó ante el emperador que sería una tarea larga, difícil y desde luego sumamente cara. Pero el mandatario le aclaró que contarían con todos los medios que el Imperio pudiera poner a su disposición y también con un plazo razonable de tiempo, aunque personalmente les agradecería que fuesen lo más rápidos que resultara posible. Acto seguido, los numerosos sabios se retiraron y pusieron con todo entusiasmo manos a la obra (no sin numerosos enfrentamientos polémicos y rencillas internas). Lo examinaron todo, lo estudiaron todo, lo anotaron y explicaron todo. Y pasó el tiempo, claro está. Al cabo de diez años...



Lao Zi seguía su narración y nadie del corro en torno al fuego se perdía detalle. Jaiko sospechaba que muchos de los asistentes habían oído ya la historia, incluso quizá varias veces, aunque no por ello la disfrutaban menos. De reojo, miró hacia Sara, a su rostro atento y un poco arrebolado por el calor de las llamas. La encontró muy guapa... Pero el cuento proseguía.

—Al cabo de diez años, el comité directivo de los sabios acudió finalmente a palacio con el informe concluido. Eran treinta y cuatro volúmenes sumamente gruesos (cada uno necesitaba un atril y al menos un par de hombres para manejarlo), encuadernados en piel escamosa de dragón. El Sabio Primero presentó al emperador con orgullo la obra realizada pero se sorprendió al encontrar al monarca menos entusiasmado de lo que habría cabido esperar. Por entonces, el emperador intentaba remediar una sequía desastrosa en las provincias del sur y una inundación todavía más desastrosa en las provincias del norte, además de afrontar un grave conflicto fronterizo con los vecinos de Tartaria. Ante los copiosos volúmenes del informe, mostró cierta irritada impaciencia. ¿De dónde iba él ahora a sacar tiempo de leerse tantos libros? Enérgicamente, exigió al director de la Academia que resumiese y condensase lo más posible su informe, a fin de hacerlo más accesible a una persona tan ocupada como él. ¡Y rápido, por favor, pues le urgía tener información fiable sobre los problemas que le abrumaban!

Con numerosas y apresuradas reverencias, los sabios se retiraron y se pusieron de nuevo a la tarea. Abundaron entre ellos las discrepancias y enfrentamientos, pues cada cual consideraba imprescindible su propia aportación pero en cambio superflua o redundante la de los demás... ¿Cómo iba a suprimirse el interesantísimo capítulo acerca de la diferencia esencial que existía entre la forma de hacerse la trenza de los regiomontanos y la de los costeños? ¿Acaso podía renunciarse al análisis del grito tradicional de los cazadores de osos panda al divisar a sus presas entre los bambúes, que sonaba «¡urkukurru-uku!» y no «¡kurrukuku-rucu!» como se había creído hasta hace no mucho? Y los teólogos profesionalmente más conscientes del equipo se negaban en redondo a pasar por alto el interesante culto femenino al abejorro *tukas-ko* que florecía aún en una aldea perdida de Tsé-chuan. Etc., etc...

Con estos debates y otros semejantes se les fueron diez años más. Cuando los sabios regresaron a palacio (algunos de los miembros del anterior comité habían fallecido, así que la comisión era en parte nueva) llevaban sólo ocho monumentales tomos con el resumen condensado del informe primigenio. Se sentían muy orgullosos de su capacidad de síntesis, pero el emperador —que por entonces estaba en plena guerra contra los mongoles y acababa de descubrir una conspiración contra él en la capital, encabezada por su hermano menor— no les prodigó felicitaciones ni mucho menos. «¿Acaso imagináis que tengo meses y meses para dedicarlos al placer de la lectura? —gruñó, mientras enviaba partes de guerra y firmaba sentencias de muerte—. ¡Es preciso que resumáis mucho más ese informe, hacerlo manejable y eficaz! ¡Venga, andando! A veces pienso que estoy rodeado de ineptos o traidores...» Lanzando inquietas miradas al verdugo imperial, que montaba guardia con su enorme hacha de doble filo en un rincón de la sala del trono, los sabios se retiraron en presuroso tropel. Y volvieron al trabajo... y a sus disputas profesionales. ¿Eliminar la monografía sobre las diferentes decoraciones regionales de las sombrillas de papel utilizadas en las procesiones festivas? ¡Imposible, imposible!

Los lobos que rodeaban el campamento aullaron de nuevo pero con cierta languidez. Dentro de no mucho llegaría el alba y con ella la hora de volver a sus cubiles hasta el próximo crepúsculo. Sara se frotó los ojos, fatigados por el humo de las hogueras y la lucha contra el sueño. Quebradiza pero incansable, la voz de Lao Zi continuaba su relato:

—Quizá no me creáis, pero pasaron otros diez años hasta el definitivo regreso de los sabios, portadores de dos angarillas. En la primera llevaban un solo volumen, congestionado y total, el prontuario del informe más breve que habían sido capaces de componer... y que aún así contaba casi tres mil páginas. En la otra transportaban al Sabio Primero, que había perdido recientemente el uso de sus extremidades inferiores por un desdichado accidente de equitación. En palacio les recibió una angustiosa calma, llena de susurros e ir y venir de médicos. Agobiado por las rebeliones y los terremotos, prematuramente envejecido, el exhausto emperador agonizaba en su cámara real. Evidentemente resultaba imposible suponer que en tal condición podría leer el libraco del informe que todo lo ponía finalmente en claro. Entonces el Sabio Primero pidió a dos de sus compañeros más jóvenes que le bajasen de su litera y le ayudasen a acercarse hasta el lecho del emperador. Se inclinó sobre el oído del sudoroso moribundo y le susurró: «Los hombres nacen, aman, luchan y mueren.» Misión cumplida: ahí estaba por fin, en cuatro palabras, toda la información solicitada. Con los ojos cerrados, el emperador asintió levemente con la cabeza. Y expiró.

Algunas risitas satisfechas y comentarios a media voz rubricaron el final del cuento narrado por el anciano. Como la hora era ya muy tardía, varios circunstantes se levantaron estirándose, dispuestos a buscar reposo en los abrigados carromatos. Pero volvieron a sentarse apresuradamante cuando oyeron carraspear otra vez a Lao Zi: «Si no os importa, yo quisiera...» Ulan avivó la hoguera principal y todos guardaron de nuevo un silencio expectante.

—Si no os importa, ahora soy yo quien quisiera escuchar una historia. ¿Por qué no nos la cuentas tú, joven forastero? —y el índice retorcido por la artritis de Lao Zi señaló inequívocamente a Fisco—. De ese modo, corresponderás generosamente a nuestra humilde hospitalidad de viajeros...

Todas las miradas, amables pero apremiantes, se concentraron sin remedio sobre el confuso muchacho. Fisco tragó un par de veces saliva, intentando deglutir el nudo opresor que se le había formado en la garganta. Finalmente logró derrotar a su timidez y comenzó a hablar, al principio un poco titubeante pero luego con más y más decisión.

—Puesto que queréis una historia, intentaré... Habéis sido tan amables con nosotros... y nos salvasteis la vida, creo yo. Os estamos superagradecidos, de verdad. Pero aún debemos pediros algo más. El relato que voy a contaros acaba con una pregunta. Si después de escucharme la quisierais contestar, nos haréis otro grandísimo favor.

Lanzó una mirada buscando apoyo en Sara y Jaiko, que con gestos expresivos le animaban a continuar. Luego comenzó a narrar los acontecimientos esenciales de la extraña y compleja aventura en que se habían visto implicados: sus familiares inconscientemente prisioneros en el Estadio siniestro, los terribles psicófagos, los viajes a través del «Laberinto de las sirenas», la búsqueda de las letras que deben componer la palabra salvadora... Mientras (con la mayor sobriedad posible) relataba la historia a los desconocidos que le escuchaban en aquella helada tundra, Fisco comprendió que también se la estaba contando por primera vez completa a sí mismo. Perplejo, advirtió que sonaba imposible y desesperada, sin pies ni cabeza: ¡y sin embargo él sabía demasiado bien hasta qué punto atroz era *real*! En su cuento, procuró omitir todo detalle excesivamente pintoresco o circunstancial, hasta el punto de que Jaiko se mostró luego un poco decepcionado con su excesiva austeridad narrativa. Sin embargo, se ganó a pesar de todo el elogio del orondo aficionado a las historias espectrales, que exclamó en cuanto Fisco pareció haber concluido («... y finalmente, aquí estamos, en torno a este fuego de campamento, en vuestra amistosa compañía y rodeados por lobos hambrientos»):

—¡Vaya, al fin un buen cuento de fantasmas!

Después Ulan inquirió:

—Entonces... ¿cuál es la pregunta?

—Quisiéramos saber —contestó Fisco— dónde podemos encontrar la letra correspondiente a este viaje inesperado. Como las otras veces que nos llevó la nube roja, estamos aquí pero no sabemos por qué ni para qué...

El aficionado a los cuentos de fantasmas, un comerciante grueso que fumaba con deleite su pipa de olor mareante, intervino con presteza:

—Sin duda debéis visitar la Gruta Fría. Está ahí mismo, en esa colina. Dentro encontraréis un lago subterráneo, y en el centro del lago hay una isla, y en la isla viven los escarabajos ciegos que llevan en sus lomos signos extraños... alguno de los cuales puede parecerse a una de vuestras letras, si no me equivoco.

—¡Pero en la gruta está el Espanto! —protestó vehementemente Ulan—. ¿Acaso quieres que nuestros amigos se enfrenten al Espanto?

El comerciante se encogió con humildad ante la reprimenda:

—Yo sólo quiero ayudarles... mis lamentables conocimientos no me sugieren ninguna idea mejor.

—¿Dónde está la gruta? —preguntó Sara, que estaba deseando ya irse a dormir.

—Muy cerca... pero olvidaos de esa gruta. —Ulan se puso en pie, con aire enfurruñado—. En ella hay un Espanto y si tropezáis con él se acabaron para vosotros las letras... junto a todo lo demás.

Volvió a oírse el quebradizo carraspeo de Lao Zi.

—Y sin embargo... —de nuevo se hizo el silencio para escucharle—. Y sin embargo, ésa no es la verdadera pregunta, ¿verdad?

Seguía dirigiéndose a Fisco, señalándole con la larga uña de su dedo amarillento. Como sugestionado por el viejo, el chico respondió lentamente, asombrándose de sus mismas palabras:

—Sí, es la pregunta... o quizá no. Lo que quisiéramos saber es cómo salvarnos. Y cómo salvar a quienes amamos.

—Eso está mejor, mucho mejor —canturreó Lao Zi—. Escúchame, niño: actúa sin acción, ocúpate de desocuparte, saborea lo que no tiene sabor, ten por grande lo pequeño, ten por mucho lo poco, paga agravio con virtud.

—Pero ¿cómo...? —intervino Sara un poco molesta por la actitud fascinada de Fisco—. Entonces ¿qué debemos hacer?

Lao Zi la interrumpió chasqueando la lengua.

—¡Psé, psé! Hay que hacer como quien no hace y conseguir renunciando a conquistar. Óyeme: emprende lo difícil partiendo de donde es más fácil, haz lo grande partiendo de donde es más menudo. Bajo el cielo, los asuntos difíciles siempre empiezan en lo fácil. Bajo el cielo, los asuntos grandes siempre empiezan en lo menudo. Por eso el sabio lo encuentra todo sumamente difícil y jamás tropieza con la menor dificultad. —La voz del viejo se debilitó y parecía buscar aliento. Finalmente, casi en un susurro, añadió con un gesto negativo de su mano momificada—: No os dejéis aterrorizar.

Guardó silencio y todos esperaron que prosiguiese sus palabras. Pero Lao Zi ocultó la cabeza en su manto como una flor que cierra sus pétalos cuando le falta el calor del sol y pareció quedarse profundamente dormido. La verdad es que ahora se mantenía ya poca gente despierta en el campamento. Poco a poco, todos los demás se estaban retirando para descansar también. Los tres muchachos fueron invitados a instalarse en una de las carretas, ya ocupada previamente por varias mujeres con niños pequeños. Y allí pudieron dormir bastante confortablemente hasta bien avanzada la mañana.

En cuanto se despertaron, los tres aventureros hicieron un breve pero intenso consejo de guerra. Conclusión acordada: entrarían en la gruta de los escarabajos a pesar de la amenaza inconcreta que según les contaban acechaba en ella. Más o menos, iban teniendo una teoría sobre los viajes que les imponía el viento escarlata. En cada ocasión rondaba por la escena un peligro aparentemente superior a sus fuerzas pero que era mejor afrontar con decisión porque en él hallarían la letra buscada —al menos eso suponían— y porque el viento iba a rescatarles del peligro en cuanto lograsen conseguirla. Lo malo de esta teoría es que, como tantas otras y tantos mitos que los hombres cultivamos para ir tirando, no se basaba en ninguna certeza fiable sino sólo en la urgencia psicológica de librarnos de la cruel incertidumbre...

Cuando comunicaron a Ulan su decisión, éste se mostró sinceramente escandalizado. Les explicó una y otra vez que la supuestas «letras» en el dorso de los escarabajos eran algo sumamente caprichoso, que el comerciante que les había recomendado esa arriesgada gestión sabía poco o nada de letras occidentales, pero que en cambio el Espanto de la cueva estaba dolorosa y suficientemente documentado como

un hecho irrefutable. Aquel tártaro grandullón y bondadoso casi les rogó que no entrasen en la espelunca maldita. Cuando se convenció de que no podía disuadirles, tomó su enorme fusil y se ofreció a acompañarles hasta la boca del peligro. También les consiguió a cada uno de ellos un par de teas empapadas en resina y grasa animal que les permitirían alumbrarse en su camino por la oscuridad de la gruta.

—Sobre todo, id y volved deprisa —les recomendó encarecidamente—. No os entretengáis más de lo necesario. Y lo más importante: nunca, oídme bien, *nunca* os separéis del arroyo que llega hasta el lago central. En esa caverna hay cientos de caminos y pasadizos que se hunden en las entrañas de la tierra. Si os perdéis por alguno de ellos, jamás volveréis a ver la luz del sol.

Y luego añadió, con su habitual humorismo sombrío, mirando al cielo cubierto de espesos nubarrones grisáceos:

—Aunque la verdad es que aquí fuera la luz del sol tampoco es fácil verla...

La entrada de la gruta estaba a unos cien metros de altura subiendo desde el pie de la colina rocosa. Era un agujero semicircular de aproximadamente un metro de alto y un par de ancho. Ulan les ofreció pasarles por la abertura una de las antorchas encendidas cuando hubiesen entrado, pero ellos rechazaron la sugerencia porque Jaiko llevaba un encendedor (regalo propagandístico de una «casa del terror» de cierto parque de atracciones levantino, con un aullante espectro dibujado sobre fondo rojo) y comprobaron que el admirable aparatejo funcionaba perfectamente. Esperarían a estar dentro para prender la primera de las teas, ya que era aconsejable el ahorro de combustible. El arroyo que debía servirles de guía era un hilillo de agua que bajaba serpenteando de la cima del montículo y penetraba con hueco chapoteo por uno de los laterales de la boca cavernaria. «¡Nunca lo perdáis de vista! ¡No os apartéis de él por ningún motivo!» Aún oían la voz preocupada de Ulan cuando se arrastraron al interior de la gruta y la oscuridad, fría como una sábana mojada en un lecho invernal, les envolvió.

Lo primero fue encender alguna antorcha: decidieron que bastaría con dos, una llevada por Jaiko a la cabeza de la expedición y otra por Fisco que cerraba la marcha. Sara, entre los dos muchachos, reservaría las suyas como recambio. Después de avanzar casi gateando unos cincuenta metros, sin poder alzar la cabeza y sintiendo el peso de las rocas gravitar angustiosamente sobre ellos, la caverna se ensanchó y alcanzó varios metros de altura. Por fin erguidos, la temblorosa llama de las teas les reveló a medias la caprichosa forma de las estalactitas y estalagmitas entre las que fluía el riachuelo, que ahora se había hecho algo más caudaloso. Espesas lanzas calcáreas bajaban sobre ellos, a veces hasta fundirse con las formas cerúleas que se elevaban desde el suelo en capas sucesivas, como restos de gigantescas velas sin llama a medio consumir. Con un estremecimiento, Sara imaginó sin poderlo remediar que parecían los enormes colmillos de la mandíbula superior e inferior de las fauces del monstruo en cuya boca se habían metido.

El camino junto al arroyo no siempre era cómodo: descendía unas veces y otras se empinaba un poco sobre rocas, a veces estaba despejado y en ocasiones debían saltar de una piedra húmeda a otra, siempre con el miedo de resbalar y caer en el agua negra. A derecha e izquierda se abrían frecuentes oquedades laterales como puertas a rumbos desconocidos que la luz de las antorchas apenas iluminaba unos metros. La temperatura, en cambio, se había hecho mucho más soportable, casi acogedora.

Tras cruzar una especie de estrecho y resbaladizo puente que salvaba uno de los meandros del arroyo, llegaron a una caverna enorme, cuya bóveda no alcanzaban a vislumbrar. El suelo bajo sus pies aparecía cubierto de un limo negruzco y maloliente, de varios centímetros de espesor. En las tenebrosas alturas se oía intermitentemente algo parecido a un zumbido, puntuado por chillidos agudos y leves, como de niños desvalidos. Formas veloces pasaban de vez en cuando volando cerca de sus cabezas. Jaiko alzó la antorcha cuanto pudo y vieron que de las paredes colgaban cientos de bolsas oscuras que de vez en cuando se estremecían.

—¡Murciélagos! —susurró Fisco. Desde que habían penetrado en la gruta, sin ponerse de acuerdo, los tres sólo hablaban en voz muy baja, para evitar las desmesuradas resonancias del eco—. Creo que son inofensivos, ¿verdad? Al menos si no les molestamos...

—Hay miles... yo qué sé, quizá millones de ellos —gimió Sara, mientras se acariciaba el pelo con las manos porque recordaba leyendas sobre la afición de esos quirópteros a enredarse en los cabellos de los incautos—. ¡Esta alfombra de porquería que estamos pisando son sus infinitas cagadas!

Después, echando de vez en cuando una mirada de reojo hacia lo alto, todos prefirieron guardar silencio, como si estuviesen dentro de una catedral poblada por gárgolas vivas, y apresuraron el paso cuanto pudieron.

Transcurrieron por otras varias cuevas sucesivas, algunas estrechas hasta la angustia y otras flanqueadas de peligrosos abismos cuya profundidad preferían no imaginar. Una de las antorchas se extinguió sin remedio y después de intentar volverla a prender varias veces la tiraron y encendieron otra. A su luz temblorosa descubrieron retorciéndose asustada sobre un reborde rocoso una especie de pequeña serpiente blanquecina con cuatro patitas de lagarto. Jaiko se sobresaltó con asco: «¿Qué es eso? ¡Una culebra con patas...!» Recordando una excursión espeleológica con su colegio meses atrás, Sara le informó:

—Creo que se llama proteo y es algo así como una salamandra. Se alimenta sólo muy de tarde en tarde y nos dijeron que suele vivir más de cien años... ¡Mira, ahí hay otro un poco más grande!

El primer bicho se había retirado prudentemente hacia la penumbra, pero otros dos más audaces habían asomado sus cabecitas alargadas en las que no se distinguían ojos. Daban una sensación de enorme antigüedad. Eran miniaturas prehistóricas, medio cegatas o ciegas del todo, de movimientos elementales y rastreros que a Fisco le produjeron desasosiego. Le dio por pensar que si uno de aquellos anfibios encontraba

alimento suficiente en la inhóspita cueva y comía todos los días en lugar de cada varios meses... bueno, en cien años podría crecer mucho, pero que mucho, ¿no? Quizá alcanzase un tamaño como para llegar a ser considerado un Espanto por algunos...

Por fin llegaron a una sala inmensa, de techo relativamente bajo y ocupada hasta donde se perdía su escasa luz por un lago subterráneo. En la orilla, sujeta con una tosca cuerda a una estalagmita, encontraron una rudimentaria almadía de fondo plano, con una pértiga en su interior. Supusieron que era el vehículo con el que podía alcanzarse la isla aún invisible que sin duda les esperaba en el centro del lago...

—No hagáis movimientos bruscos —advirtió Jaiko cuando abordaron la embarcación, en la que apenas cabían los tres. Y fue también él quien por medio de la larga pértiga, impulsándose con el apoyo de las rocas del fondo, hizo avanzar la barquichuela por las aguas inertes. El opresivo silencio sólo se aliviaba por algún leve chapoteo y por el crepitar melancólico de las teas. Pronto perdieron de vista la orilla y se encontraron rodeados por la líquida negrura. La situación le recordaba algo a Fisco, una imagen que le había impresionado de sus lecturas sobre mitología griega... ¿qué era? ¡Ah, sí, la barca de Caronte cruzando las almas de los muertos a través de Leteo, el río del eterno olvido! Y al otro lado les aguardaba según la leyenda el cancerbero de tres cabezas...

Tropezaron con la isla de pronto, casi antes de haberla visto. Estaba cubierta de hongos blanquecinos y líquenes pálidos, malsanos. Echaron pie a tierra con bastante aprensión. Como no se veía ningún promontorio donde amarrar la almadía, Jaiko se quedó al borde del agua reteniéndola, mientras los otros dos iniciaban una cautelosa inspección del lugar.

—¡Venga, daros prisa! Desde que velé a mi tía en el tanatorio no había estado en un sitio tan chungo...

Afortunadamente, el islote era minúsculo y no había que escudriñar mucho para encontrar los dichosos escarabajos. Los había a miles, cubriendo prácticamente cada centímetro cuadrado del terreno inhóspito. Eran minúsculos, duros como trocitos de obsidiana con patas, correteando a toda velocidad de un lado para otro. Aunque carecían de ojos, la llama de las antorchas o los pasos de los intrusos les habían espantado hasta el frenesí. Pese a que pretendieron evitarlo, Fisco y Sara espachucharron algunos al caminar: reventaban con un crujido de lo más repelente... En su lomo negro, todos llevaban signos de color amarillo sucio y formas diversas. A veces el dibujo se definía algo más y, al agacharse para estudiarlos, Fisco vio que varios portaban en la espalda una calavera perfectamente nítida. De pronto Sara echó mano a uno de ellos con gesto decidido: «¡Éste es el nuestro!» Lo metió en una caja de pastillas para la tos que llevaba en el bolsillo y Fisco, sin preguntarle por qué lo había elegido, se dio por satisfecho con alivio.

—Venga, vámonos ya...

Se subieron de nuevo en la embarcación y regresaron tan rápido como pudieron. Jaiko ya manejaba la pértiga con bastante destreza, aunque de vez en cuando perdía contacto con el fondo y la almadía daba un tumbo como si quisiera apartarles de la orilla que buscaban. Cuando estaban a medio camino, escucharon por primera vez el bramido. Era hondo y ronco, mitad gruñido y mitad tos de gigante. Parecía venir de todas partes a la vez, rebotando en las bóvedas pétreas de la gruta. Sara preguntó, innecesariamente:

—¿Habéis oído eso?

Para qué contestar. No podían ya retroceder, de modo que Jaiko aún le dio a la pértiga con mayor ahínco. En pocos minutos llegaron a tierra y ni siquiera se entretuvieron amarrando la almadía dónde la habían encontrado. Sólo se detuvieron para encender las tres últimas antorchas que les quedaban y, empuñando una cada uno de ellos se apresuraron por la vera del arroyo hacia la salida. El bramido sonaba y volvía a sonar, cada vez más cerca. Deprisa, deprisa...

Ahora era Fisco quien abría la marcha. Se volvió un instante para animar a sus compañeros y al mirar otra vez hacia delante se encontró de cara con el Espanto de la gruta. Era un tigre blanco, casi del tamaño de un caballo pequeño, con la boca asesina contraída por un rugido interminable. Pero lo peor eran sus ojos: de las cuencas le salían dos blancas masas globulares, fofas y estériles.

—¡Cuidado! ¡Está ciego! No puede vernos...

Fisco saltó de lado, apartándose de la trayectoria de la fiera. Tropezó con algo y se cayó sentado en el riachuelo de aguas increíblemente frías. En dos saltos el tigre estuvo sobre Sara, que venía detrás y que también cayó justo bajo sus patas delanteras. Jaiko se lanzó hacia delante y le metió la antorcha encendida en la boca. La bestia de las cavernas aulló de dolorida furia y se revolcó sobre sí misma. A gatas, perdiendo su tea en el camino, Sara se alejó de él y en cuanto pudo se levantó y echó a correr por uno de los pasadizos laterales. El retumbar de sus pasos se perdió a lo lejos... Sólo quedaba prendida la antorcha de Fisco, cuya luz vacilaba a punto de extinguirse. En un par de grandes brincos, el tigre había vuelto a la oscuridad, pero sus rugidos seguían resonando enloquecedoramente, multiplicados por el eco. Fisco y Jaiko se reunieron al borde del arroyo, mientras la antorcha daba sus últimos chisporroteos.

—¿Y Sara? ¿Dónde está Sara?

La llamaron a gritos, olvidándose del tigre que rondaba y gruñía muy cerca de ellos. Cada vez más cerca. Volvía a por sus presas... Entonces la antorcha se apagó del todo pero en vez de la oscuridad absoluta les envolvió una luz rojiza, arremolinada. Trémula de indignada angustia, la voz de Jaiko resonó por encima de los bramidos de la fiera:

—¡No, ahora no! ¡Así no podemos irnos! ¡Sin Sara no! ¡Sara, Sara, no tengas miedo! ¡Volveré a por ti!

# 9

# EL ÚLTIMO GOLPE DE ARPAD ZARKO

Cuando la puerta del «Laberinto» se abrió, de aquel inescrutable ascensor entre el espacio y el tiempo por primera vez no salieron jóvenes aventureros gloriosamente mareados de asombro sino sólo chavales asustados. Se fueron tres y retornaron dos. Y cada uno de los que regresaban tampoco volvía del todo porque parte de sí mismo se había quedado en la gruta del tigre ciego, con la amiga extraviada. Aún más terrible que enfrentarse con el Espanto cavernícola fue responder a la incertidumbre atónita y dolorida de Arno:

—Pero, Sara... ¿dónde está Sara?

Fisco y Jaiko sólo eran capaces de contar las circunstancias en que la habían perdido, pero en el fondo ignoraban dónde podía estar ahora... cualquiera que fuese el «ahora» en que ella viviese, si es que afortunadamente seguía viva. Porque *tenía* que estar aún viva, ¿verdad? Sería insoportable imaginar...

—No temáis, estoy seguro de que vive —zanjó con decisión inapelable don Pantaleón, tras escuchar el relato de los acontecimientos. Se esforzaba por mostrar una seguridad que íntimamente estaba lejos de sentir—. Venga, Arno, nada de pucheros. Sé valiente. Ya sabes que a Sara no le gustan esos melindres. Os digo que está viva, en algún sitio, y sin duda ahora mismo piensa en nosotros. La conozco bastante y creo que estará más preocupada por cómo puede ayudarnos que por cómo vamos nosotros a ayudarle a ella.

—¡Pero tenemos que buscarla! —exclamaron al unísono Arno y Jaiko, con una urgencia casi feroz.

—De eso no cabe duda —les aseguró el librero—. Pero el primer paso para buscarla es estar convencidos de que la podemos... de que la vamos a encontrar.

—Y ¿de dónde vamos a sacar esa absurda certeza? —rugió don Hilarión—. Cada vez que os encerráis en ese maldito escondrijo que ojalá nunca hubiéramos utilizado podéis aparecer en cualquier parte... ¡no sois nunca dueños de vuestro viaje! ¿Qué probabilidad existe realmente de que os lleve de nuevo a donde ella está... si es que está en alguna parte todavía viva? Seamos prácticos...

—Lo más práctico —dijo don Pantaleón con voz trémula— es no perder nunca la esperanza cuando alguien está en peligro.

Don Hilarión meneó la cabeza con irritación: esta vez no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer.

—¡La esperanza! Por culpa de esa loca esperanza que nos ha llevado a meternos en este lío ya hemos perdido a uno de estos chicos. Por favor, Pantaleón, sé un poco sensato por una vez en tu vida. ¿Acaso quieres matarlos a todos?

Jaiko, muy pálido, dio un paso al frente.

—Con esperanza o con desesperación, yo lo único que sé es que ahora mismo me marcho a buscar a Sara.

—¡Y yo iré contigo! —gritó Arno, desafiante. ¡A ver quién era el guapo que se atrevía a decirle que se quedase!

—Todos vamos —concluyó Fisco—. Y cuanto antes, mejor.

Los tres se dirigieron con decisión hacia el «Laberinto». Pero don Hilarión se puso ante la puerta de la garita mágica y les cerró el paso. Estaba al borde de la histeria:

—¡No podéis ir! ¡Es un disparate! ¡No permitiré que continúe esta locura!

Jaiko se le enfrentó con cara de pocos amigos:

—Por favor, apártese de ahí. No quiero broncas con nadie, pero vamos a pasar de todos modos.

—¿Me amenazas? ¿Vas a pegarme? Pero... ¿es que no os dais cuenta? —lloriqueó el viejo—. ¡Pantaleón, diles algo!

Don Pantaleón suspiró y trató de serenar las aguas revueltas.

—Fiu, fiuuu... Venga, chicos, un poco de calma. Hilarión, no puedes impedirles que vayan a buscar a Sara: yo también iría con ellos, si fuese algo más joven y tuviera menos barriga... Pero ¿por qué no nos sentamos todos un momento a planear la jugada? No creo que diez minutos más o menos cambien mucho las cosas...

Temblando de indignación, don Hilarión se apartó de la entrada al «Laberinto» y con su característico trote de medio lado llegó hasta la puerta de la tienda.

—Pues si las cosas están así, toda la responsabilidad será tuya. Yo no quiero tener nada que ver con esto. Ahí os quedáis.

Abandonó la librería, dando un sonoro portazo que sobresaltó a *Séneca* en su percha. El loro expresó su protesta con unos cuantos aleteos.

Después de un silencio breve pero tenso, Fisco fue el primero en hablar:

—Yo creo que no hay mucho que discutir. Lo único que podemos hacer es volver a entrar ahí y confiar en que el viento rojo nos lleve donde está Sara.

—Hay otra posibilidad que aún no hemos considerado —dijo don Pantaleón, pensativo—. ¿Y si el viento rojo trae de vuelta a Sara, aunque esté sola?

A los chicos no se les había ocurrido imaginar tal cosa y de momento se quedaron sin saber qué decir.

—¿Cree que es posible? —exclamó esperanzado Arno—. ¡Por favor, ojalá que vuelva! Tengo tantas ganas de verla...

El pobre crío se aguantó valientemente un sollozo. Don Pantaleón le dio un cachetito cariñoso y luego le apretó con fuerza el hombro, como para transmitirle ánimo, mientras silbaba entre dientes.

—Pues si vuelve, mejor que mejor —afirmó resueltamente Jaiko—. Pero nosotros no podemos quedarnos aquí mano sobre mano, sin hacer nada. En cualquier caso, tenemos que emprender otro viaje. La vez pasada ni siquiera nos hemos traído una letra y todavía nos faltan bastantes por conseguir.

—¡A mí las letras no me importan nada de nada! —gritó Arno—. Lo único que quiero es encontrar a Sara.

Entonces, cuando nadie se acordaba ya de él, intervino *Séneca*:

> —Erre que erre, rueda que rueda,
> ruge el revuelo y la revolera.
> Busca la «R» rápido, raudo.
> Antes que acabes a buen recaudo.

—Creo que tenéis razón... y tú también, *Séneca* —decidió don Pantaleón—. Aunque la gente del Estadio no ha vuelto por aquí, tengo la impresión de que nos vigilan. Me parece que el tiempo se nos va terminando. Es preciso reunir las letras cuanto antes... por nuestro bien, por el de vuestras familias y también por Sara. No me preguntéis por qué, pero estoy seguro de que si logramos completar nuestra misión también la ayudaremos a ella. En el caso de que ese azar misterioso que hasta ahora nos ha ido ayudando la traiga de regreso, aquí estaré yo esperándola. Ahora marchad, hijos míos, no desfallezcáis. Si yo pudiera... ¡ay, si yo pudiera!...

De modo que los tres chicos penetraron en el «Laberinto» y vieron con cierta aprensión cómo la puerta se cerraba tras de ellos y les separaba de su amigo y de la acogedora librería. No hubo voces ilusionadas ni bromas de ningún tipo cuando el remolino escarlata se presentó puntualmente a buscarles. Los que se iban y el que se quedaba, todos sentían por igual un amargo nudo en la garganta.

* * *

¡Qué decepción! Jaiko había esperado encontrarse de regreso en la cueva del Espanto o al menos en la tundra nevada donde hace poco habían vivido su última aventura. Es decir, en cualquier sitio dónde pudiera haber razonables esperanzas de hallar a Sara... Pero el imprevisible torbellino les había llevado a un lugar muy diferente. Estaban en una amplia plaza, flanqueada por edificios casi palaciegos, en medio de la cual se levantaba una alta columna rematada por una estatua y cuya base aparecía custodiada por cuatro enormes leones de bronce. Iban y venían numerosos coches de

caballos, así como algunos transeúntes que se apresuraban, bien abrigados para prevenirse del fresco de la tarde que caía y de una incipiente niebla que se iba espesando poco a poco.

—¡No hemos vuelto a la gruta, maldita sea! Vete a saber dónde estamos ahora...

—Me parece que yo lo sé —apuntó Fisco, que apareció a menos de un metro de él, acompañado de Arno—. El verano pasado mis padres me llevaron con ellos a Londres y estuve aquí, casi en el mismo sitio dónde ahora estamos parados. Ésta es la plaza de Trafalgar.

—¡Pero aquí no vamos a encontrar a Sara! —se lamentó Arno.

—Pues no, probablemente no, pero... a lo mejor encontramos a alguien que pueda ayudarnos a buscarla —le contestó Fisco. Jaiko, dio una patada en el suelo, enfadado:

—¡Venga, tío, no digas chorradas! ¿Quién va a ayudarnos en Londres, si no conocemos a nadie?

Fisco le puso una mano en el brazo para calmarle y le señaló a una pareja que pasaba.

—Espera un poco... Mira cómo va vestida esa gente y mira esos coches de caballos y... ¡y mira, esas farolas no son eléctricas sino que deben funcionar con gas!

—Bueno, qué más da... —gruñó Jaiko, enfurruñado—. No estamos haciendo turismo.

—Oídme un momento —explicó Fisco con paciencia—. La ropa que lleva todo el mundo, los carruajes, las luces... No hay duda, estamos en el Londres del siglo diecinueve, ¿no?

—El siglo diecinueve o el siglo catorce, es igual. Seguimos sin conocer a nadie.

—¡Y aquí no está Sara! —remachó Arno.

—¡No es verdad! —exclamó triunfalmente Fisco—. Quiero decir... no es verdad que no conozcamos a nadie en el Londres de esta época. No lo conocemos personalmente, claro, pero yo creo que sí hemos oído hablar de alguien que debe vivir ahora aquí y que puede ayudarnos a buscar a Sara.

—¿Y quién es? —inquirió con burlona amargura Jaiko—. ¿Jack el Destripador?

—No, ése desde luego no. —Fisco sintió un breve escalofrío—. Me refiero a Sherlock Holmes.

—¡Nada menos...! —a pesar de que su tono era todavía algo irónico, se notaba que Jaiko empezaba a darle vueltas a la sugerencia—. Pero no tenemos ni idea de cómo encontrarle, ni si nos querrá hacer caso. Y, sobre todo, no podemos pagarle.

Pero Arno concebía ya esperanzas:

—Fisco, ¿de veras crees que Sherlock Holmes...? Porque es el mejor de todos los detectives, ¿no?

—De eso no cabe duda, Arno —Fisco estaba cada vez más animado—. Y podemos encontrarle, porque sabemos dónde vive: en el 221b de la calle Baker. Cuando estuve en Londres con mis padres, les convencí para que fuésemos allí —¡no veáis lo que me

costó!— y visitamos su casa, que ahora es una especie de museo con todas sus cosas y hay también una tienda de regalos y... bueno, en esta ocasión supongo que podríamos encontrarle a él mismo en carne y hueso. Seguro que el caso de la desaparición de Sara le interesa, a ver si no. Y por lo de pagar no te preocupes: he leído todas sus aventuras y a él no le interesa demasiado ganar dinero. Prefiere las recompensas más intelectuales...

Mientras discutían el asunto, habían echado a andar por una de las calles laterales a la plaza. Estaba solitaria y bastante oscura, porque allí no había tantos reverberos como en Trafalgar. De pronto oyeron un grito pidiendo ayuda y luego varias voces amenazadoras. Apresuraron el paso hasta la siguiente esquina. Acorralado contra la pared estaba un hombre alto y más bien corpulento, elegantemente vestido, que empuñando su bastón trataba de alejar a tres tipos malencarados que le amenazaban con navajas. En ese momento acababa de desarmar a uno de sus agresores de un bastonazo en la mano, pero los otros se echaban ya sobre él. Jaiko propinó un empujón por detrás a uno de los asaltantes, mientras Fisco gritaba «¡aquí, aquí, policía!». Lanzando maldiciones y amenazas, los tres navajeros se replegaron corriendo y el pataleo de su huida se perdió en la oscuridad de otra calleja. El hombre alto se recostó resoplando en la pared, mientras se secaba el sudor de la frente con una gran pañuelo color violeta.

—¡Uf, caray, demonio de bribones, así se los lleve...! Gracias, amigos, os debo la cartera, mi reloj de oro y sobre todo este estupendo traje que estreno hoy, una obra maestra de los artistas de Saville Row... Pero ¡qué jóvenes sois! Siempre he pensado que los jóvenes son más valientes que los viejos porque no saben lo mucho que tienen que perder jugándose la vida...

—¿Está usted bien? ¿No le han pinchado? —se interesó Jaiko.

—Pues no, gallardo amigo, no me han... «pinchado», como muy bien dices. Yo tampoco me estaba defendiendo mal, ¿eh? ¡Qué diablos, aunque mi alma es francesa y mi prosa inglesa, no he dejado de ser un fiero irlandés! Aquí está mi mano, muchachos: Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde os está profundamente agradecido. Si puedo hacer algo por vosotros, no tenéis más que decírmelo.

—Pues sí, señor O'Flahertie, quizá pueda echarnos una mano —aprovechó la ocasión Fisco—. Verá, queremos encontrar a cierta persona...

—Si no te importa, prefiero que me llames Wilde. Es mi *nom de plume* y además resulta más fácil de pronunciar. Pero dime, ¿a quién buscáis? Sin falsa modestia, que es casi tan mala como la verdadera, puedo ufanarme de conocer a prácticamente toda la gente que cuenta en Londres...

—¡Necesitamos ver a Sherlock Holmes! —exclamó Arno—. Va a ayudarnos a encontrar a mi hermana, ¿sabes?

—¡Ah, el gran detective! Es sin duda el hombre de moda hoy en esta ciudad de maleantes. Los simples poetas no podemos aspirar a tanta popularidad... Pues estáis de suerte, porque precisamente voy a verle esta misma noche. Lady Arundel, supongo que habréis oído hablar de ella... y de sus joyas, ofrece lo que en la invitación que me ha

enviado se denomina una «fiesta-sorpresa». Alarmante título: la sorpresa de la mayoría de las fiestas a las que me invitan es que resultan no ser festivas en absoluto. En fin, la misma tarjeta especifica: «Asistirá el señor Sherlock Holmes.» Como si fuera un pianista o una soprano contratada para amenizar la velada...

—Y ¿podremos ir nosotros también? —le interrumpió Jaiko, algo impaciente.

—¿Vosotros, mis salvadores? ¡Pues claro que sí, no faltaría más! Vendréis conmigo. Aunque debemos inventar algún pretexto convincente, porque no me parece de buen gusto hablar en la buena sociedad del pequeño incidente que hemos tenido con esos agresivos amigos de lo ajeno... A ver, dejadme pensar. ¡Ya está! Haremos un poco de teatro, que es lo que más me gusta. Vais a ser mis sobrinos, recién llegados del continente para hacerme una visita. Os llevo a la fiesta porque no podía dejaros solos en vuestra primera noche en Londres... ¡Ah, y lo más importante! No olvidéis llamarme «tío Oscar».

Wilde sacó su reloj del bolsillo del chaleco y puso cara de espanto.

—¡Pero si ya es tardísimo! Debemos darnos prisa. La única cosa peor que llegar el primero a una fiesta es llegar el último. Vamos, muchachos. Seguro que en Trafalgar encontraremos un coche...

Así fue: era de dos ruedas y tiraba de él un caballito con aire algo adormilado. Se instalaron cómodamente dentro todos menos Arno, que insistió en ir en el pescante junto al cochero para ver cómo manejaba el látigo. Trotaron durante un rato por las calles concurridas de Londres hasta llegar a la verja de un magnífico jardín, al fondo del cual —profusamente iluminado— les aguardaba un auténtico palacio. Otros coches semejantes al suyo se aglomeraban en la entrada y lacayos atareados ayudaban a descender de ellos a señoras impresionantemente ataviadas, acompañadas por rotundos caballeros con sombrero de copa. Mientras cruzaban el jardín hacia la escalinata de la entrada principal, Wilde saludaba ceremoniosamente a derecha e izquierda. Los tres muchachos iban agrupados tras de él, bastante cohibidos por tanto lujo.

En cuanto penetraron en el amplio *hall*, una dama menuda pero muy tiesa y refulgente de pedrería se aproximó a Wilde con la mano tendida, que el irlandés besó doblando casi en ángulo recto su corpachón.

—¡Querido Oscar, cómo me alegro de que hayas podido venir esta noche! Ya verás que va a ser una velada muy especial...

—Milady, basta su presencia para que cualquier ocasión sea especial —cumplimentó el poeta.

—¡Adulador! No pienso volver a prestar crédito a tus falsas declaraciones de amor. Las prodigas tanto...

—En modo alguno, Milady. Nunca miento cuando le digo a alguien «te quiero»; miento inmediatamente después, al añadir «sólo a ti...». Señora, éstos son mis tres sobrinos, que acaban de llegar del continente para pasar unos días conmigo. Se educan

en un internado de... Francia. Me he tomado la libertad de traerlos a vuestra mansión para que contemplen de cerca lo mejor de esta triste capital inglesa.

—Ah, qué tierno por tu parte. Son encantadores, desde luego. Pasad, pasad... No sabía que tenías sobrinos continentales, Oscar: todos los que te conozco son londinenses. Algún día tienes que hablarme despacio de tu familia...

Los tres chicos pasaron al gran salón y deambularon discretamente entre los numerosos corrillos de invitados, que charlaban animadamente intercambiando agudezas y risitas. En las mesas laterales había cubos plateados llenos de hielo, donde se enfriaban botellas de champán. Los criados se apresuraban ofreciendo bandejas en las que se erguían inestables copas aflautadas, llenas de burbujeante licor dorado. Fisco pasaba revista a los varones de cada grupo, buscando y buscando... Pero Jaiko llamó su atención con un codazo poco protocolario, mientras señalaba con un gesto de la barbilla hacia un rincón al fondo de la estancia. Allí colgaba del techo una especie de cortinilla evidentemente no decorativa, que ocultaba un gran lienzo de pared. Ante ella montaban guardia un sargento y dos números uniformados de la inconfundible policía británica, acompañados de un tipo bajito con cara de comadreja y traje de calle gris que desentonaba bastante con la elegancia del resto de los circunstantes.

—¿Qué te parece? —murmuró Jaiko—. Desde luego esos no son invitados como los demás...

—Serán parte de la sorpresa que anunciaban —comentó entre dientes Fisco. Entonces, en un corro a su izquierda, una voz femenina se alzó penetrante:

—¡Oh, señor Holmes, no voy a discutir con usted! Desde luego sus teorías sobre los criminales y sus métodos son muy provocativas, pero yo respeto todas las opiniones.

La señora en cuestión, que se abanicaba ruidosamente mientras hablaba como para rubricar sus palabras, se dirigía a un caballero alto y muy delgado, de nariz aquilina, que resopló con cierta descortesía antes de responderle:

—Pues hace usted muy mal, señora. Yo no creo que todas las opiniones sean respetables: sólo las personas lo son. En cuanto a las opiniones, lo mejor es discutirlas y zarandearlas a fondo, para saber si están bien fundadas. Es la única forma de aumentar nuestro conocimiento sobre la realidad. Procuro que mis teorías tengan base científica y prefiero que me las cuestionen a que me las concedan sin examen, como si formasen parte de mis caprichos...

—¡Vamos, Holmes! —intervino en tono conciliador y mundano otro de los invitados, un señor con algo de barriga y un mostacho gris—. No pretenderá usted que Lady Appleby le ayude a preparar su próxima monografía sobre rastros de pisadas en la nieve o alguno de sus temas profesionales favoritos...

El hombre alto se inclinó, con una leve sonrisa de excusa.

—Tiene usted razón, Watson, como casi siempre. ¡Qué haría yo sin las advertencias de su sentido común! Perdone mi incorrecta vehemencia, Milady.

Embobados, Fisco y Jaiko no le quitaban ojo al gran detective. Pero Arno, ni corto ni perezoso, se le acercó y le tiró familiarmente de la manga:

—Perdone ¿es usted Sherlock Holmes? ¿El *verdadero* Sherlock Holmes?

En el grupo hubo risas amables. El detective paseó una mirada aparentemente lánguida pero escrutadora sobre el niño:

—Pues sí, yo soy, jovencito. Pero ¿por qué me llamas «verdadero»? ¿Acaso conoces muchos Sherlock Holmes «falsos»? Por cierto, no eres de aquí, ¿verdad? Yo diría que vienes...

Antes de que las deducciones del detective avanzasen más, fue interrumpido por unas palmadas que reclamaban la atención de los presentes. Junto a la cortinilla en el fondo del salón, donde vigilaban los policías, habían dispuesto una pequeña tarima sobre la que ahora se erguía Lady Arundel. La dueña de la mansión alzaba sus bracitos como un director de orquesta antes de acometer el primer movimiento de una sinfonía.

—¡Damas y caballeros, distinguidos amigos, por favor, escuchadme un momento! Seguramente os habréis preguntado en qué consiste la sorpresa mencionada en la invitación que os envié. Ha llegado la hora de revelárosla. Pero antes debo contaros una pequeña historia. Os prometo ser lo más breve posible... ya que mi primer deber como anfitriona es no aburrir a los invitados.

Se oyeron algunos comentarios aduladores sobre lo imposible de tal eventualidad. Un criado le acercó una copa de champán, en la que Lady Arundel se mojó ligeramente los labios antes de proseguir:

—Como todos vosotros sabéis, siempre he sido muy aficionada a las joyas, sobre todo a aquellas que unen al valor intrínseco de sus piedras cierto mérito artístico o histórico. Gracias a la cariñosa generosidad de mi difunto marido inicié una colección que después de su fallecimiento he proseguido, hasta el punto de figurar hoy si no me equivoco entre las mejores del mundo en su género. Hace poco más de un mes adquirí la que es ahora sin disputa mi pieza más destacada: me refiero a la gargantilla de diamantes y esmeraldas obra del gran Benvenuto Cellini, la cual perteneció en su día a la desventurada reina María Antonieta de Francia. Durante mucho tiempo se la consideró perdida pero mis agentes consiguieron localizarla en Rusia y dentro de unos momentos tendré el gusto de poder mostrárosla.

Se alzó un rumor admirado y brotaron voces de felicitación, que la señora atajó alzando de nuevo los brazos.

—Un poco más de paciencia, por favor. Debo haceros una confesión. Reconozco que la simple posesión de mi colección de joyas ha empezado a resultarme algo insípida. Después de todo, sólo puedo lucir unas pocas de vez en cuando —a mi edad ya no sería de buen gusto exagerar (se oyeron protestas de los más zalameros)— y ni siquiera saberme envidiada por tantas y tantos constituye hoy un placer tan intenso como lo fue antaño. Necesito un estímulo más fuerte que me haga sentir la emoción de los tesoros que guardo. Y ¿qué estímulo mayor que el miedo a perderlos? Basta que lo poseído esté

en peligro para que nos apeguemos a ello con renovado entusiasmo... Mi alma de jugadora necesita el aliciente de un desafío en el que arriesgue lo más precioso de mi colección, como esa gargantilla de María Antonieta de la que os he hablado. Y por eso he decidido recurrir a Arpad Zarko.

Hubo un intenso murmullo de desconcierto, los invitados se consultaban entre sí y varios alzaron el tono preguntando quién era el tal Zarko. Lady Arundel sonrió satisfecha y prosiguió su alocución:

—No me extraña que a la mayoría ese nombre les resulte desconocido. Por lo general, sólo los aficionados a un deporte o un arte están familiarizados con los ídolos de su mundillo. Porque es indudable que en cada campo siempre hay alguien cuya excelencia lo hace destacar incomparablemente sobre todos los demás. Por ejemplo, si a un asiduo de los hipódromos le preguntáis cual es el jinete supremo sin vacilar responderá...

—¡Fred Archer! —exclamó impetuosamente el doctor Watson. La señora asintió benévola con la cabeza.

—Así es, querido doctor. Y si lo que pretendemos averiguar es a quién debe considerarse el mejor autor dramático del momento, los entendidos en teatro coincidirán en señalar al señor Oscar Wilde, aquí presente (el interesado hizo un saludo como si estuviera en el escenario después de un estreno). Del mismo modo, pocos disentirán si aseguramos que no hay talento detectivesco más excepcional que el de otro de los invitados que nos acompañan esta noche, el señor Sherlock Holmes. Pues bien, ahora quisiera yo acudir precisamente al señor Holmes como experto. Dígame, por favor, ¿a quién considera usted el más hábil ladrón de joyas de nuestra época?

—No me cabe duda de que es Arpad Zarko —repuso sin vacilar el detective—. Aún más, si me lo permite: creo que nunca hubo otro superior a él, al menos desde los tiempos de las Mil y Una Noches. Sabe burlar las vigilancias más rigurosas y no hay caja fuerte que se le resista. Sobre su aspecto físico corren todo tipo de leyendas contradictorias, porque no tenemos ningún retrato fidedigno suyo ni tampoco sus huellas dactilares. Pero siempre se las arregla para dejar de algún modo su firma después de cometer sus audaces robos.

—¡Excelente! —dijo Lady Arundel alegremente—. Y estará usted de acuerdo conmigo, señor Holmes, en que un verdadero artista como Arpad Zarko no lleva a cabo esas hermosas fechorías únicamente por dinero. ¡Oh, no! Quiero suponer que para él cuenta aún más el emocionante fervor de la aventura y que afronta sus empresas con un espíritu eminentemente deportivo. Precisamente por eso he decidido retarle. Hace dos semanas, el mismo día que les envié a ustedes las invitaciones para la velada de hoy, publiqué este anuncio en la sección correspondiente del *Times*: «Invitación al señor Arpad Zarko. Lady Arundel tiene el gusto de invitar al señor Zarko a la presentación pública de la gargantilla de María Antonieta que tendrá lugar en Arundel House, la tarde del día tal de tal. Y le desafía cordialmente a que la sustraiga si puede. Caso de

conseguirlo en esa misma velada, le promete solemnemente que podrá quedársela libremente en propiedad y que Lady Arundel renunciará a cualquier ulterior persecución legal contra él.» ¿Qué les parece?

—¡Un auténtico disparate! —gruñó Watson. Pero Oscar Wilde soltó una carcajada:

—No sea tan insensatamente sensato, querido doctor. ¿No recuerda los antiguos cuentos de princesas prisioneras de un terrible dragón? Pues Lady Arundel es una de ellas y el dragón que la esclaviza se llama Aburrimiento. Creo que tiene derecho a buscarse un paladín que la libere, aunque en este caso no aspire como recompensa a su mano sino a su gargantilla de diamantes y esmeraldas... Es el romanticismo de nuestra época comercial.

—En cualquier caso —advirtió gravemente Holmes— este juego me parece bastante imprudente.

—Yo no lo creo así —replicó en tono ligero Lady Arundel—. No crea que estoy loca, guardo buenas bazas en la mano. Para empezar, le tengo a usted, señor Holmes... y desde luego al inspector Lestrade y sus hombres (señaló con un gesto patricio de su mano enjoyada al hombrecillo de gris que montaba guardia a su lado, acompañado por los tres agentes). Confío plenamente en tan excelentes centinelas. Pero además cuento con... ¡esto!

Con un gesto teatral descorrió la cortina que tenía a su espalda. Quedó al descubierto una enorme caja fuerte metálica, del tamaño de una habitación pequeña. En su redonda puerta frontal, entreabierta para dejar ver su enorme espesor de acero, se exhibían una impresionante serie de ruedas numeradas y palancas giratorias. Lady Arundel parecía casi levitar de gusto:

—Aquí tienen ustedes la última palabra en cajas de seguridad. Está blindada contra cualquier tipo de explosivo. Lo que es más importante, no puede abrirse sencillamente con una clave, como las demás. Su mecanismo funciona según principios de relojería. Una vez cerrada, nadie —ni siquiera su propio dueño— puede abrirla por ningún medio hasta que transcurre cierto plazo determinado. Para la prueba de hoy, el dispositivo está previsto de modo que la clausura dure cuarenta y ocho horas. Así que cuando dentro de un rato cerremos esa puerta no habrá manera humana de abrirla hasta que pasen dos días. Supongo que bastarán para que el señor Arpad Zarko reconozca su derrota... Mientras, si lo desean, pueden ustedes examinar el perfecto acondicionamiento interior de mi cofre. Y desde luego también les mostraré la famosa gargantilla. Inspector...

Nerviosamente, el policía de paisano abrió un gran estuche plano que había guardado todo el tiempo bajo su brazo. Allí, sobre un fondo de terciopelo negro, brillaba con fulgor casi perverso un bellísimo círculo de piedras preciosas. Todo el mundo se abalanzó hacia delante para verlo mejor. Los agentes uniformados se interpusieron y Lestrade intentó poner orden:

—¡Por favor, un poco de paciencia! Todos tendrán ocasión de verlo a su gusto! Vamos, sargento Kimberley...

—Soy Mulligan, señor. Kimberley está de baja por enfermedad.

—Kimberley o Mulligan, qué más da. No me maree ahora con esas cosas, sargento. Haga el favor de coger con cuidado este estuche y vaya por la sala para que puedan admirarlo estas señoras y señores.

Con un dócil suspiro el sargento se hizo cargo de la caja y empezó a pasear lentamente por la sala, ofreciéndola a las miradas de los curiosos con la misma delicadeza que si se tratase de un relicario. Los invitados apreciaban la joya con reverentes comentarios... o algunos no tan reverentes. Por ejemplo Wilde expresó:

—¡Preciosa gargantilla! Lástima que no pudiera salvar la garganta de la reina que la llevaba...

Otros prefirieron acercarse a la espectacular fortaleza de bronce y escudriñar su bruñido y perfecto acabado. Especialmente Arno parecía fascinado por el cofre e incluso se metió audazmente dentro para ver en detalle los estantes metálicos en los que ordenadamente se guardaban los estuches que contenían el resto de la colección de Lady Arundel. ¡Era como estar en una cueva de acero... la cueva de Alí Baba pero sin «sésamo» mágico que pudiera abrirla una vez cerrada!

Procuraban mientras Fisco y Jaiko seguir de cerca a Sherlock Holmes. El gran detective no se interesaba demasiado por la maravillosa gargantilla que exhibía el sargento Mulligan y aún menos por los entresijos de la invulnerable caja fuerte de Lady Arundel. En cambio no hacía más que observar a los invitados y vigilar las entradas del salón. Los dos muchachos le oyeron mascullar hacia su fiel colaborador:

—¡Atento, Watson! Presiento que el peligro no está lejos...

De pronto, sobresaltando a todo el mundo, sonó un grito. La señora del abanico, que se había instalado en un butacón frente a la puerta de cristales que daba al jardín, ahora débilmente alumbrado por la luna llena, señaló con mano temblorosa hacia el exterior:

—¡Ahí, ahí! ¡Hay un hombre escondido!

Algo inoportunamente, Fisco se acordó de aquella frase enmarañada que le ponían en los dictados escolares cuando era pequeño: «Ahí hay un hombre que dice "ay".» Sin preocuparse de la ortografía ni de la gramática, la señora seguía aullando:

—¡Ahí está, detrás de ese matorral! ¡Ahora se esconde tras ese árbol! ¡Ay, que me desmayo!

Los invitados habían acudido en masa a la cristalera y aportaban sus datos de vigías poco fiables: «¡Ya lo veo! ¡A la izquierda, en ese arbusto! ¡No, no, en el árbol de la derecha! ¡Son dos! ¡Son tres o cuatro!» Tantos colaboradores espontáneos y contradictorios pusieron frenético al inspector Lestrade, que sacó un silbato del bolsillo y comenzó a hacerlo sonar, aumentando el tumulto. Después ordenó a gritos: «¡A ver, agente... usted... y también usted... traigan a esos bandidos! ¡Si hace falta pediremos refuerzos!» La verdad es que no hizo falta. Los dos guardias salieron con paso decidido por la puerta de cristales y tres minutos más tarde estaban de regreso, sujetando cada

uno de un brazo a un individuo harapiento y enmarañadamente barbudo, de aspecto aterrado, que olía como si acabase de salir de un cubo de basura en el que hubiesen vaciado también varias botellas de ginebra. El cuitado gemía: «¡Soy inocente, gobernador, soy inocente! ¡Quiero ver a Milady!» Lestrade se encaró con él, feroz: «¿A Milady, eh? ¿Con que ésas tenemos? ¡Buena pieza estás hecho!» Y sin miramientos le propinó un enérgico tirón de la barba grasienta, para ver si era postiza. Resultó ser completamente suya.

—Quiero ver a Milady... tengo un recado para Su Señoría —insistía el prisionero. En cuanto tuvo a la dueña de la casa ante él, intentó liberar su brazo derecho de la presa del agente que se lo agarraba, el cual a punto estuvo de rompérselo. Por fin, desesperado, abrió la mano y dejó caer al suelo un papel doblado muchas veces, que el inspector recogió y puso en manos de Lady Arundel. Ésta lo leyó el voz alta y clara:

—«Acepto muy honrado su amable invitación. A.Z.» ¡A.Z.! ¡Arpad Zarko! ¡De modo que va a venir...!

—Seguramente ya está aquí —observó severamente Holmes.

—Por favor, Milady —suplicó Lestrade—, guardemos de una vez la gargantilla en la caja fuerte y acabemos con este circo. ¡Mulligan, traiga aquí esa caja!

El sargento cruzó apresuradamente el salón y le tendió el estuche abierto, en el que resplandecía la joya. Pero antes de que Lestrade se hiciera con él, Sherlock Holmes estiró el brazo para apoderarse del collar.

—¡Pero, señor Holmes...! —protestó Lady Arundel.

—Un momento, señora. Permítame... —inmediatamente, con un gesto decidido, arrojó la joya al suelo y le asestó un fuerte taconazo. Las esquirlas chispeantes saltaron a derecha e izquierda y quedó reducida a migajas. Lady Arundel exhaló una especie de sollozo: «¡La gargantilla! ¿Acaso está usted loco?»

—Hay quien opina que sí, Milady —comentó tranquilamente el detective—. Pero en este caso sé lo que hago. Véalo usted misma: simple y vulgar vidrio, aunque muy bien trabajado, lo reconozco. En una palabra, una falsificación.

—¿Mi gargantilla *falsa*? ¡Cómo se atreve...!

—La suya no, señora. Pero ésta otra, por la que Arpad Zarko acaba de sustituirla, es sin duda deplorablemente falsa.

—Entonces... ¡ese ladrón tiene la mía en su poder!

—¡Que nadie salga del salón! —aulló Lestrade—. ¡Vigilen las puertas! Hay que registrar a todos los presentes...

—Calma, no perdamos los nervios —prosiguió Holmes—. El señor Zarko no es tan tonto como para haberse guardado la joya en el bolsillo... Tiene que haberla dejado en algún lugar discreto para recuperarla luego, cuando se serenen las aguas. Vamos a ver...

Paseó una mirada aguda por la sala, girando despacio sobre sí mismo. Después, con grandes zancadas, llegó hasta uno de los cubos para enfriar el champán y metió la mano en el hielo. La sacó chorreante y vacía, con aire un poco decepcionado; para luego

repetir la operación en otro más allá. Finalmente, en el tercero, exclamó «¡ajá!» y levantó en alto con gesto de prestidigitador la retahíla empapada de piedras preciosas. Hubo un «¡ooohhh!» maravillado y Lady Arundel lanzó un suspiro de alivio:

—¡La gargantilla de María Antonieta! Resulta asombroso... Señor Holmes, es usted único: ¿cómo ha podido saber...?

—Elemental, mi querida señora. Cuando el delincuente al que me enfrento es un bruto sanguinario y chapucero, me dedico a seguir el rastro que dejan sus torpezas. Pero si se trata de un cerebro realmente superior, prefiero ponerme en su lugar y tratar de imaginar cómo hubiera yo resuelto el problema que cualquier delito representa para quien desea cometerlo sin ser atrapado. Supongamos que yo fuese Arpad Zarko (y debo reconocer que tal hipótesis no me resulta en absoluto humillante): ¿cómo podría apoderarme de la famosa gargantilla? En primer lugar, deberé infiltrarme entre los invitados de Lady Arundel amparado por cualquier identidad fingida, lo que es un simple juego de niños para un profesional con mediano talento. Ahora mismo estoy seguro de que el señor Zarko continúa en este salón, entre nosotros (hubo sobresalto generalizado y resoplidos malévolos de Lestrade). Segundo paso: puesto que el cofre de seguridad constituye un serio obstáculo en cuanto queda bien cerrado, es preciso que me apodere del collar *antes* de que sea guardado en él. Para ello, deberé sustraerlo a la vista de todo el mundo y sustituirlo por la hábil réplica que llevo preparada al efecto. ¿Cómo conseguir que nadie advierta tal maniobra? Creando una distracción que por unos momentos atraiga la atención general de manera absorbente. Por ejemplo, un extraño que avanza a escondidas por el jardín y que después entrega un mensaje intrigante a Lady Arundel... con todo el mundo pendiente de él. En ese breve rato, con la habilidad que me ha hecho justamente célebre, sustraigo la gargantilla y la sustituyo por la réplica falsa. Ahora, en el mejor de los casos, será esa réplica la que quede guardada en la caja fuerte y yo podré irme tranquilamente con la joya verdadera. ¡Ah, pero en el salón está presente Sherlock Holmes! Y es posible que Holmes descubra el cambiazo, tras lo cual todos los presentes serán escrupulosamente registrados. De modo que no es prudente meterme el collar en el bolsillo. Será preferible dejarlo en algún escondite improvisado, donde pueda recuperarlo sin problemas poco después. ¿Y qué mejor escondite que una de esas cubiteras para el champán, dado que tanto el hielo como los diamantes guardan parentesco cristalino? Milady, lo que una mente aguda puede urdir, otra no inferior a ella puede descubrirlo siguiendo el mismo hilo de razonamiento.

—Muy bien, todo eso está muy bien —gruñó Lestrade—. Mis felicitaciones, Holmes. Pero ahora vamos a guardar cuanto antes la gargantilla en la caja fuerte para quedarnos tranquilos de una vez. Por favor, señor Holmes, si quiere entregarme esa dichosa joya...

Entonces Watson lanzó una exclamación:

—Oiga, Lestrade, me parece que el cofre está cerrado.

Así era, en efecto. Un balbuciente camarero admitió que en medio de la agitación despertada por el intruso se había apoyado inadvertidamente en la puerta, por lo visto con más fuerza de lo que creyó en un principio... Lady Arundel, ya un poco cansada de todo el asunto, se encogió de hombros:

—Bueno, qué le vamos a hacer. No hay más remedio que esperar cuarenta y ocho horas hasta poder guardar la gargantilla en su sitio. Por favor, inspector, le ruego que usted y sus hombres la custodien en Scotland Yard hasta pasado mañana. ¡Ay, me parece que con tantas emociones se me ha levantado una jaqueca! Si me disculpan, me retiraré a mis habitaciones... Lo único que lamento es quedarme sin saber quién es Arpad Zarko...

—Descuide, Milady, que atraparemos a ese perillán —dictaminó pomposamente Lestrade—. Scotland Yard nunca duerme y cuando esté más confiado caeremos sobre él. ¡Pues buenos somos en Scotland Yard!

El inspector no perdió la compostura a pesar de que el resoplido burlón de Sherlock Holmes se pudo oír perfectamente en todo el salón.

En ese momento, con voz preocupada, Jaiko preguntó:

—Pero... ¿dónde está Arno?

—¿Arno? ¿Qué Arno? —gimió desconcertada Lady Arundel, llevándose una mano a la frente dolorida. Oscar Wilde se encargó de aclarárselo:

—Se trata de mi... sobrino pequeño, Milady. No lo veo por ninguna parte.

Angustiado, Fisco exclamó casi gritando:

—¡Estaba fisgando en la caja fuerte la última vez que le vimos!

Cundió la alarma, le llamaron a gritos. De muy lejos, como si brotase de las entrañas de la tierra, les llegó una débil respuesta.

—¡Está *dentro* del cofre! ¡Se ha quedado encerrado!

—¿Cuánto aire puede tener ahí dentro? —inquirió Watson.

—¡No lo sé! —Lady Arundel se retorcía las manos—. Quizá para una hora...

—Cuarenta minutos todo lo más —le corrigió Holmes—. Y ya han pasado casi diez.

Varios gritaron: «¡Hay que abrir ahora mismo esa maldita caja!»

Pero Lady Arundel, casi sollozando, no hacía más que repetir: «¡Es imposible, es imposible!» Fisco y Jaiko, aterrados, se pasaron el brazo por la cintura intentando darse ánimos.

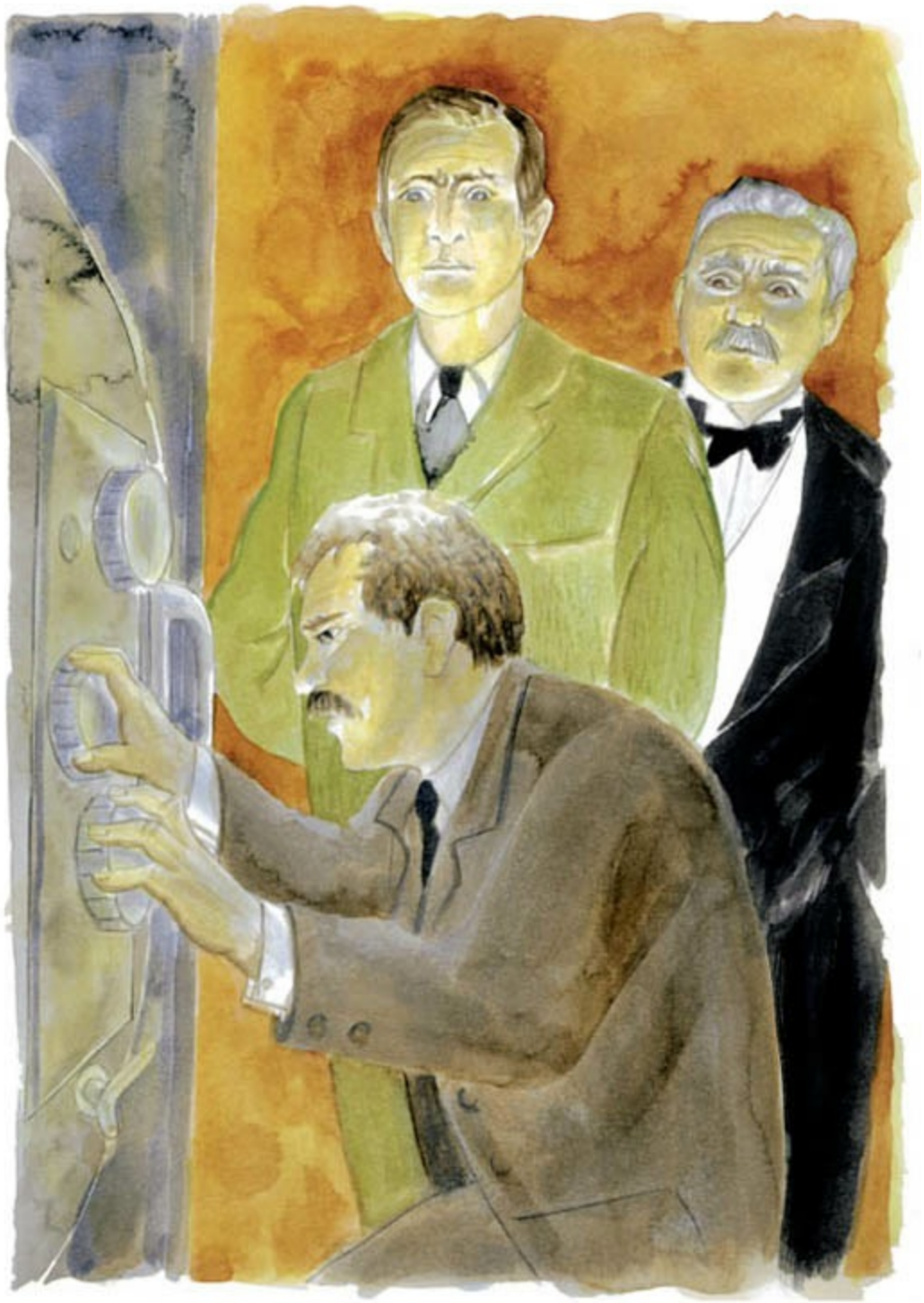
El sargento Mulligan se desabotonó con calma la guerrera, se la quitó, la dobló y se la entregó a Lestrade con un gesto que no admitía rechazo.

—Por favor, inspector, guárdeme esto.

—¿Guardarle...? —dijo el atónito Lestrade—. ¡Por vida de...! Pero ¿qué va a hacer usted, Mulligan?

Sin molestarse en responder, el sargento se arremangó por encima del codo, mientras se acercaba a la caja fuerte. Luego, de un bolsillo interior del pantalón sacó algo que parecía una trompetilla de las que solían utilizar los sordos para oír mejor. La aplicó

cuidadosamente a diversos lugares de la puerta de acero, mientras escuchaba a través de ella con suma atención. Como varias personas cuchicheaban y se hacían preguntas, Holmes impuso silencio chistando con mirada furibunda.



El sargento realizó varios ejercicios con los dedos de las manos, estirándolos y encogiéndolos hasta hacerlos crujir. A continuación empezó a hacer girar las ruedas dentadas de la puerta, hacia atrás y hacia delante, con suma delicadeza. De vez en cuando volvía a escuchar aplicando la trompetilla sobre el frío metal. Reinaba tal silencio en el salón que un ciego pudiera haber creído que estaba desierto. Quince minutos más tarde, la frente del hombre estaba cubierta de sudor y tuvo que detenerse un instante para pasarse un pañuelo por la cara y por las manos. A los veinte minutos hizo girar dos palancas en sentidos opuestos y, con un chasquido que sonaba como una protesta, la gruesa puerta circular del cofre se abrió. Inmediatamente apareció Arno, guiñando los ojos ante las luces del salón:

—¡Jopé, qué oscuro estaba ahí dentro! ¡Vaya pasada!

Jaiko y Fisko se abalanzaron sobre el crío, dándole abrazos y cariñosos pescozones. El inspector Lestrade palmeó asombrado la espalda del sargento, quien volvía a estirarse cuidadosamente las mangas de la camisa con una leve sonrisa.

—¡Buen trabajo, Mulligan! No sabía que usted...

También sonriente, Sherlock Holmes intervino:

—Lestrade, permítame presentarle al señor Arpad Zarko. ¿Me equivoco?

El supuesto sargento inclinó la cabeza en señal de aquiescencia. Lady Arundel anunció con voz estentórea que pensaba desmayarse próximamente y reclamó sus sales. Se la veía más bien gozosa. Lestrade frunció el ceño y puso su mano posesivamente en el hombro de su antiguo subordinado:

—Arpad Zarko, le detengo en nombre de Su Majestad la reina Victoria. Finalmente se ha descubierto usted: el criminal nunca gana. ¡Agentes, sujeten a este hombre!

—¡Pero ha salvado al niño! —protestó noblemente el doctor Watson—. ¿Acaso no cuenta que haya salvado al niño?

Arpad Zarko sonreía en silencio, como alguien que ha logrado demostrarse algo muy difícil a sí mismo. Sin mirar a nadie más, se dirigió a Sherlock Holmes:

—Maestro, he tenido un verdadero placer viéndole en acción. Ha estado usted a la altura de su fama.

—Y usted, señor Zarko, ha estado por encima de la suya, lo cual es aún más meritorio —repuso el detective—. Aquí tiene mi mano.

Se la estrecharon con fuerza, antes de que Lestrade y los dos agentes sacaran a Zarko del salón. Los criados, algo confusos, preguntaron a Lady Arundel qué debían hacer con la gargantilla de María Antonieta. Con un gesto de fastidio, la dama ordenó:

—Pues nada, guárdenla en la caja fuerte. Aunque para lo que sirve ese armatoste...

Los invitados charlaban de nuevo entre sí con renovada animación y algunos comenzaron a despedirse de la anfitriona. Reuniendo valor, Fisco se dirigió a Holmes:

—Por favor, señor Holmes, ¿podríamos hablar un momento en privado con usted? Es para una consulta profesional.

—Bueno, normalmente atiendo a mis clientes en mi estudio de la calle Baker —contestó el detective—. Pero en este caso creo que voy a hacer una excepción. Desde que entrasteis en el salón, me habéis parecido de lo más intrigantes... en realidad mucho más que este asuntillo del collar que nos ha permitido conocer al notable señor Zarko. Milady, ¿podemos retirarnos a algún sitio tranquilo estos muchachos y yo?

La señora indicó a uno de los criados que les llevase a un bonito gabinete junto al salón, adornado con imponentes retratos de varias generaciones de miembros de la casa Arundel. Allí se instalaron en cómodos asientos en torno a un coqueto velador los tres chicos, Sherlock Holmes, el doctor Watson y Oscar Wilde, que no estaba dispuesto por nada del mundo a abandonar a sus insólitos «sobrinos». Sobre la mesita había un cuenco lleno de dulces, envueltos en finísimo papel con el anagrama dorado «V.R.».

—¡Victoria Regina! —aclaró Holmes—. Son unos caramelos deliciosos. Arno, ¿quieres uno? Tendrás la garganta seca después de la aventura que has pasado.

El niño cogió uno educadamente y lo desenvolvió con cuidado. El gran detective prefirió encender su pipa, en tanto que Watson optó por uno de sus habanos y ofreció otro a Wilde:

—Gracias, doctor, pero fumaré uno de mis cigarrillos de boquilla dorada. Creo que el cigarrillo es el placer perfecto: delicioso y deja insatisfecho.

De inmediato, Fisco y Jaiko comenzaron a contar su asombrosa historia sin olvidar ninguno de sus rasgos principales. Lo importante era la pregunta final: ¿cómo podían encontrar a Sara? Sherlock Holmes les escuchó en total silencio, fumando su pipa a grandes bocanadas con los ojos semicerrados. Y continuó un rato en silencio cuando acabaron. Finalmente se quitó la pipa de la boca y habló con un tono contenido, en el que se traslucía una extraña emoción:

—Amigos, no me importa que muchos me tengan por jactancioso. Un hombre sensato debe saber lo que vale y, si tiene verdadero talento, no avergonzarse de él. Tal es mi caso. Pero también tiene que conocer sus límites para aceptarlos con igual ecuanimidad. El asunto que me proponéis desborda las posibilidades de mi intelecto. No sé cómo ayudaros a encontrar a vuestra amiga perdida. Vuestras peripecias son sobrenaturalmente extrañas y yo sólo me muevo en el ámbito de la simple y llana naturaleza. Lo único que se me ocurre recomendaros es que sigáis buscando sin dejar de quererla. Eso es importante: siempre hay una cosa que podemos hacer por los que amamos cuando el resto parece imposible y es seguir amándoles. Me tengo por desapasionadamente inteligente y por ello puedo deciros en confianza que quizá no haya nada más eficaz que la constancia del amor.

Los chicos quedaron cabizbajos. Watson intervino en su apoyo vivazmente.

—¡Vamos, Holmes, seguramente usted puede...!

—No, querido Watson. No puedo.

El torbellino escarlata envolvía ya a los tres aventureros desolados y se los llevaba de Londres. Al partir, aún oyeron las protestas voluntariosas del buen doctor:

—¡Ayúdeles, Holmes! ¡Tiene que ayudarles!

Y todavía más lejos, como desde el otro lado de un ancho mar, les llegó la despedida de Oscar Wilde:

—¡Buena suerte, queridos sobrinos!

# 10

# ENTRE FANTASMAS

—¿Ha vuelto ya Sara? —eso fue lo primero que dijo Arno en cuanto se abrió la puerta del «Laberinto» y aparecieron en la librería. Pero al ver el rostro ansioso de don Pantaleón, la pregunta se contestaba sola. Era evidente que el librero esperaba a su vez que fueran ellos los que apareciesen acompañados de la muchacha. Cuando comprobó que solamente regresaban los tres que partieron, sin ella, hizo un gesto desolador mostrándoles las palmas vacías de sus manos. No, Sara no había vuelto, traída por el torbellino rojo. Pero algo había ocurrido en la ausencia de los tres chicos, algo peor, mucho peor... Las manos de don Pantaleón no sólo estaban vacías: además temblaban.

—Creí por un momento... fue hace más o menos una hora. Oí como si alguien arañase desde dentro en la puerta del «Laberinto» y se veían los remolinos de luz roja a través del cristal. También una figura borrosa, un perfil... Corrí hacia la puerta llamándola: ¡Sara, Sara! Para ayudarla a entrar, ¿comprendéis?, porque me daba la impresión de que no conseguía abrir ella sola... ¡Pero no era Sara! ¡No, imposible que fuese ella! Me apoyé con todo mi peso contra la puerta y empujé y empujé, para que no pudiera entrar...

—¿Que no la dejó entrar? —rugió enfurecido Jaiko—. ¿Acaso se ha vuelto usted loco? ¡Y ahora la hemos perdido otra vez... quizá para siempre!

—¡No era ella! —gimió don Pantaleón, encogiéndose como si temiese que el chico fuese a pegarle—. Créeme, por favor, te juro que no podía ser ella...

—¿Cómo lo sabe? —el tono de Jaiko era casi amenazador—. ¿Cómo puede usted estar tan seguro, si no llegó a abrir la puerta? ¡Tenía que ser Sara! ¿Quién más iba a venir por el «Laberinto»?

El librero canturreaba una y otra vez, retorciéndose las manos temblorosas: «¡no era ella, no era ella!». De pronto agarró a Jaiko por el brazo con fuerza y gritó roncamente:

—¡Te digo que no era ella, bobo, más que bobo! ¡Tienes que hacerme caso! ¿Crees que no iba a dejarla entrar, si hubiera sido Sara? Corrí a la puerta pensando abrirle, para ayudarla, para que entrase cuanto antes... Pero entonces vi su silueta a través del cristal esmerilado... ¡y no era ella!

—A través de ese cristal todo se ve muy borroso y distorsionado —protestó Fisco —. Es difícil reconocer a nadie...

—Vi lo suficiente... ¡os digo que vi lo suficiente! ¿Queréis saberlo de una vez? La Cosa que pretendía entrar tenía cabeza como de perro... o de babuino gigante... No necesité ver más... ¡no podía dejarle pasar! Por eso empujé y empujé, con todas mis fuerzas... Desde dentro también empujaban, intentando abrir la puerta. Le oía claramente gruñir y jadear. Por un momento pareció que podía conmigo. Me dolían mucho los brazos, pensé que iba a darme un ataque al corazón... Al final la niebla rojiza se desvaneció y quien fuera volvió otra vez a su guarida... al menos por ahora.

Hubo un momento de sobrecogido silencio; luego, Arno se abrazó llorando a Fisco:

—¡Era uno de esos monstruos del Estadio, Fisco! ¡Han cogido a Sara! ¿Qué podemos hacer? ¡No quiero que le hagan daño!

—Cálmate, Arno, chaval, no te pongas así. No tenemos ninguna prueba de que los psicófagos hayan cogido a Sara —Fisco intentaba a toda prisa urdir alguna explicación tranquilizadora—. Lo único que parece claro es que conocen ya el camino del «Laberinto» y que intentan atacarnos por ahí... Pero Sara... recuerda que la dejamos muy lejos de la librería. Si aún no nos han atrapado a nosotros ¿por qué iban a haberla cogido a ella?

Jaiko dio una patada rabiosa en el suelo, como si tuviera debajo a un psicófago intentando agarrarle por los tobillos.

—¡No nos han atrapado ni nos atraparán, joder! Y a Sara tampoco. ¡Ya verás cómo no, Arno! Fijaros, hasta creo que las últimas maniobras de esos bichos demuestran que vamos bien. Si se dedican a perseguirnos quiere decir que estamos en el buen camino. ¡Los tenemos acojonados, tíos! ¡Os digo que se están cagando ya patas abajo! ¡Se les acaba el chollo, sí o sí! ¡Vamos a zurrarles! ¡Que te orino, babuino! ¡Uh, uh!

En postura de boxeador, cubriéndose el rostro con la mano izquierda y lanzando puñetazos con la derecha, bailoteaba entre los estantes de la librería como si estuviese en un *ring* peleando sin cuartel contra adversarios invisibles. Fisco y Arno se echaron a reír, mientras le jaleaban con bullicio —«¡ahí, duro con él, Rocky!, ¡cuidado con su gancho de izquierda!»— y hasta don Pantaleón sonrió pálidamente. Pero después suspiró y volvió a ensombrecerse:

—En fin, no sé, quizá Jaiko tenga razón... Los tenemos inquietos, eso seguro. Aunque ¿cómo han llegado a saber...? También estoy preocupado por Hilarión. Todavía no ha vuelto y fuera de la librería no tiene a dónde ir. Yo creo que nunca había faltado tanto tiempo de casa. ¿Y si fuese a él a quien han cogido los enemigos?

Los chicos se quedaron cabizbajos y un poco avergonzados, porque ninguno había vuelto a acordarse del hermano cascarrabias. ¡Después de todo también el pobre don Hilarión, aunque a menudo resultase bastante coñazo, era ya como alguien de su familia! Intentaron proponer la hipótesis menos inquietante: seguramente aún estaba cabreado con ellos, pero sabía arreglárselas solo y lo más probable es que volviese en cualquier momento, gruñendo como siempre aunque con ganas de cenar... Para distraer a don

Pantaleón de sus preocupaciones, nada mejor que contarle con todo detalle la aventura londinense. En efecto, el librero recibió con los usuales silbidos entusiastas la aparición de los nombres ilustres en el relato:

—Fiu, fiuuuu... ¡Sherlock Holmes! ¡Nada menos que Sherlock Holmes! Me conozco cada una de sus aventuras de memoria, desde hace cincuenta años... ¿queréis que os cuente el tremendo caso del sabueso de los Baskerville? Todo sucedió en el páramo de Dartmoor, cerca del penal... ¿Sabíais que allí abundan las arenas movedizas? ¡Y Oscar Wilde! Me alegra comprobar que fue un tipo tan decentemente generoso como yo siempre he creído. ¡Pensar que le encarcelaron como si fuera... como a un criminal!

—¿Encarcelado? ¡Pero si no puede haber nadie más legal que el tío Oscar! —exclamó beligerante Fisco—. ¿Por qué le llevaron a chirona?

—Fue una vergüenza. Los intolerantes, los puritanos, esos que no consienten que alguien pueda disfrutar con placeres que ellos no comparten... pero ya os lo contaré despacio en otro momento —comentó don Pantaleón—. Lo que me pregunto ahora es si esta vez habéis traído letra o no. Vamos atrasados...

Arno rebuscó en su bolsillo y sacó un pedacito de papel de seda, que alisó con cuidado. Era lo que quedaba del envoltorio del caramelo que saboreó en casa de lady Arundel. Aunque faltaba un trozo, podía verse en él con nitidez una «R» dorada. En cuanto lo hubieron guardado con el resto de su botín, empezaron a sentir impaciencia por partir de nuevo. En efecto, aún faltaban letras pero sobre todo faltaba Sara. Don Pantaleón consiguió convencerles para que se tomaran unos bocadillos preparados deprisa y corriendo, pero no quisieron ni oír hablar de tumbarse un rato a descansar.

—No hay tiempo, no hay tiempo para dormir. Ya descansaremos cuando hayamos encontrado por fin a Sara.

De modo que otra vez llegó el momento de ponerse en marcha. Como ya era costumbre, Jaiko se acercó a *Séneca* —que parecía dormitar— para recibir su habitual oráculo. Pero el loro no se mostraba dispuesto a decir ni pío. ¡Mal momento escogió para la reticencia! Jaiko le zarandeó la percha con malos modos:

—Venga ya, que se nos hace tarde. ¡Como no hables, te mato!

Con aire de dignidad ofendida, el asustado pájaro se apresuró a declamar:

> —Temo el «te mato»
> que me penetra,
> pero la sombra nunca dilato:
> si es una «T», dame la letra.

Los tres expedicionarios abordaron la garita que les había de transportar de nuevo... ¡ojalá fuese en dirección a Sara! Al meterse en el estrecho armario, no pudieron evitar un cierto repelús al recordar que poco antes, allí mismo, había estado un... Incluso creyeron percibir cierto olor a sangre derramada mezclada con excrementos y orines, como el que

reina en las jaulas de las fieras carnívoras. Bueno, daba igual, ahora ya no estaba allí el ominoso visitante y ellos tenían que partir. Y ya partían, ya partían una vez más arrastrados por el incontrolable torbellino escarlata.

* * *

Sólo el resplandor de la luna llena y las luces parpadeantes que encendían las ventanas rematadas en punta de algunos palacios alumbraban la tinta aceitosa de las aguas del gran canal. Una góndola callada se deslizaba sin chapoteos hacia los altos pilones del embarcadero en la orilla. Iba ocupada por dos figuras embozadas e irreconocibles; en la popa el gondolero mantenía erguido su equilibrio con aplomo de siglos, manejando sin la menor brusquedad la pértiga que les impulsaba. La estampa tenía una fascinación embrujadora para los tres muchachos recién llegados que la contemplaban desde el ancho y escalonado puente de madera que cruzaba el canal. Durante unos instantes incluso Arno olvidó su decepción por hallarse transportados de nuevo lejos del lugar en que se habían separado de su hermana y musitó: «¡Qué bonito es!» Y Jaiko, como si fuese el guía de una expedición turística, rubricó su elogio con una sola palabra: «¡Venecia!»

También Fisco permaneció como hechizado durante un rato. Sin embargo luego sintió un estremecimiento que podía no deberse solamente a la humedad penetrante que ascendía desde las aguas.

—¿Os habéis dado cuenta? Me parece raro...

—¿A qué te refieres? —inquirió Jaiko.

—No sé, pero... Al principio llegábamos siempre de día a los sitios, con la luz del sol o por lo menos a punto de amanecer. Pero últimamente todos los viajes nos traen al crepúsculo o a la noche cerrada, como ahora. Parece que nos llama cada vez con más fuerza la oscuridad...

Reinó durante unos instantes un silencio general.

—¡Jo, tío, no empieces a acojonar al personal! —protestó luego Jaiko—. Venga, en marcha. Allá veo un edificio mejor iluminado. Y hay gente en la puerta...

Efectivamente, al otro lado del puente y al final de una arcada encontraron un palacete sobre cuya entrada había más luces y un rótulo: «Teatro Malibrán». Un cartel anunciaba: «Hoy *Otelo*, de William Shakespeare.» Y abajo una serie de nombres detallaban el reparto de la obra. Unos pocos grupos de personas charlaban por allí, quizá esperando el final o el comienzo de la representación. Llevaban capas oscuras, negras o granates, se cubrían la cabeza con tricornios y Arno se sobresaltó al mirarles a la cara: «¡Fijaros! Pero si parecen...» Resulta que la mayoría iban enmascarados con rígidos antifaces blancos o rojos, prolongados por una larga nariz curvada como el pico de un ave de rapiña.

—No te asustes —le tranquilizó Fisco— es que debemos de estar en carnaval. Aquí en Venecia es una fiesta muy famosa y creo que dura varias semanas o quizá meses...

A pesar de la explicación, el crío siguió mirándoles con aprensiva desconfianza. De pronto se abrió fugazmente una de las batientes de la puerta del teatro y salió apresurado un hombre que lanzó una mirada circular como buscando a alguien. Hizo un gesto de desesperación y ya iba a volver a entrar cuando reparó en los tres muchachos. Tras una breve vacilación, corrió hacia ellos. Aunque no era de baja estatura, lo parecía porque iba bastante encorvado, como cargado de hombros. Su rostro de rasgos aquilinos acababa en una abundante barba gris. Con tono preocupado y algo dubitativo les preguntó sin preámbulos:

—¡Eh, chicos! ¿Sabéis aplaudir?

—Aplaudir... ¿cómo? —indagó Arno—. ¿Así?

Se puso a batir ruidosamente las manos y el hombre le interrumpió presuroso, mirando por encima del hombro para ver si había llamado la atención de alguien.

—¡Chisss! ¡Ya basta, no escandalices! Sí, muy bien, así se aplaude. ¿Queréis ganaros unas cuantas liras? Es que yo estaba esperando a... pero esos hijos de mala madre no han venido. Aunque podéis sustituirlos vosotros, es muy fácil. Sólo tendréis que poneros a aplaudir a rabiar cuando yo os lo diga... ¿entendido? ¡Aplaudid con todas vuestras fuerzas, hasta que todo el público aplauda también con vosotros! Y si no aplaude nadie o hay algunos que patean... pues vosotros seguiréis aplaudiendo. ¡Aplaudiréis todavía más fuerte! ¿Entendido?

El encargo parecía sencillo y hasta divertido, de modo que lo aceptaron sin remolonear. Entraron en el teatro detrás del hombre de la barba, al que el portero y después los acomodadores trataban con la inequívoca deferencia que se debe al jefe que paga los sueldos. Todo se les volvía «claro que sí, maese Shylock» por aquí y «como usted mande, maese Shylock» por allá, de modo que a los tres chicos no les cupo duda de que estaban siguiendo al mismísimo patrón del teatro. Y éste les guió por un pasillo lateral con muchas puertas numeradas, hasta detenerse ante una de ellas:

—Ahora tenéis que guardar completo silencio, ¿eh? La obra está ya terminando. En cuanto caiga el telón, ¡a aplaudir se ha dicho! Yo estaré en la parte de atrás del patio de butacas y os daré la señal. Luego esperadme aquí y vendré a pagaros. Venga, entrad rápido. ¡Y en silencio!

Reforzó la orden llevándose el dedo a los labios y mirando especialmente a Arno, de quien parecía desconfiar un poco. Después abrió la puerta y los tres muchachos entraron casi de puntillas en un palco situado a la derecha del escenario. Cuando se les acomodó la vista a la oscuridad reinante vieron que la sala era más bien pequeña pero alta y estaba completamente llena de gente. A pesar de ello, no se oía ni el más leve carraspeo. La atención del público estaba concentrada en la representación.

La escena ofrecía un dormitorio, con una gran cama matrimonial en el centro, cubierta por un dosel adornado de gasas y cortinajes. En el lecho dormía una hermosa joven con el largo pelo rubio desparramado sobre la almohada. Sobre ella se inclinaba un negro muy alto, vestido principescamente, que a Arno le recordó uno de los Reyes Magos. Con voz profunda, llena de una mezcla desgarradora de furia y ternura, le oyeron decir:

—¡He aquí la causa! ¡He aquí la causa, alma mía! Permitidme que no la nombre ante vosotras, castas estrellas... ¡he aquí la causa!

Aunque desconocían lo que había sucedido antes, inmediatamente los tres espectadores rezagados se sintieron atrapados por lo que ocurría en el escenario. Incluso dejaron de verlo como un escenario y una situación fingida para sentir el drama como algo terriblemente vivo, que les implicaba también a ellos. Salvo Fisco, que había asistido una vez a una función colegial, ninguno de ellos había estado antes en una representación de teatro. Y la susurrante voz grave continuaba, cada vez más apremiante:

—Sin embargo no quiero verter su sangre, ni desgarrar su piel, más blanca que la nieve y tan limpia como el alabastro de un sepulcro. Pero debe morir, o engañará a más hombres. ¡Apagaré la luz y después apagaré su luz!

Angustiado, Arno le tiró de la manga a Jaiko y cuchicheó: «Oye, pero no irá a...» El otro le hizo callar con un gesto furibundo.

—¡Otro beso más! ¡El último!... Nunca beso tan dulce fue tan fatal...

Entonces la mujer se despertaba, primero con perezoso sobresalto y poco a poco con pánico. Comprendía que aquel hombre que tanto la había amado, que seguramente —de un modo atroz y oscuro— tanto la amaba todavía, iba a matarla. Con desesperación, negaba cualquier ofensa contra él, clamaba su inocencia y finalmente pedía un aplazamiento de su injusta condena:

—¡Mátame mañana!... ¡Déjame vivir esta noche!... ¡Media hora más tan sólo!...

Fisco sentía una opresión en la garganta, como si también a él le faltase el aire. Arno susurró: «¡Pero qué bruto!» En el patio de butacas algunas señoras habían sacado del bolso su pañuelo y se lo apretaban contra la boca. Entonces, desde la penumbra del palco vecino, les llegó claramente audible un gemido. No parecía fruto del sentimentalismo superficial sino que estaba cargado de un dolor auténtico e irreversible; y también de algo más perturbador, más alarmante, que hacía estremecer: el deseo de venganza. Fisco se inclinó hacia delante para ver quién ocupaba ese palco. Al principio creyó con sorpresa que estaba vacío pero después, al fondo, distinguió con creciente nitidez una figura en pie. Era una mujer vestida de blanco, con un traje largo como de novia y un velo sobre el rostro. No miraba hacia el escenario, sino que sólo parecía escuchar. Se llevó una mano pálida al pecho, luego cerró el puño crispado y gimió de nuevo.

Pero la acción dramática continuaba y reclamó la atención de Fisco. Otelo apuñaló a Desdémona y aparecieron nuevos personajes, entre ellos el falso amigo cuyas mentiras habían nublado el juicio del moro, envenenándole el alma con los celos. Poco a poco el

enamorado asesino se daba cuenta de que se había dejado engañar, hasta el punto de matar a quien más quería. Imposible seguir viviendo con el remordimiento de tan injusto y ciego atropello. Otelo volvió el puñal aún manchado por la sangre inocente de su víctima contra sí mismo:

—¡Te besé antes de matarte! No me queda ahora otro recurso que darme la muerte para morir besándote...

Se hirió en el pecho y después, tiernamente, fue dejándose caer sobre Desdémona, buscando la caricia imposible de sus labios yertos. Un momento después bajó lentamente el telón. Se fueron encendiendo las luces de la sala. Los tres muchachos estaban tan conmovidos que durante unos segundos se les olvidó su compromiso, hasta que distinguieron en el fondo del patio de butacas a Shylock, que les hacía frenéticas señas. Inmediatamente rompieron a aplaudir con el más sincero entusiasmo. Pero su pequeño retraso fue irrelevante, porque ya la inmensa mayoría del público ovacionaba también a los actores. Mucha gente se había puesto en pie y, mientras aplaudían, gritaban «¡bravo, bravo!». Los actores fueron avanzando de dos en dos hacia el proscenio para saludar: los últimos fueron el negro alto y la joven rubia, que merecieron el más largo y entusiasta homenaje de los espectadores.

Después toda la compañía, cogidos de las manos, saludaron con una profunda reverencia al público y tuvieron que repetir el gesto varias veces, porque los aplausos continuaban. Finalmente salieron por los laterales del escenario; la gente, comentando entre sí los incidentes del espectáculo, empezó a abandonar la sala. Unos minutos más tarde llegó al palco de los tres muchachos Shylock, que evidentemente estaba más que satisfecho. Fisco comenzó a presentar tímidas excusas por su tardanza en comenzar los aplausos, pero el patrón le atajó con una benévola sonrisa:

—¡Nada, no importa! Lo habéis hecho muy bien... Ha sido todo un éxito, ¿verdad? Tomad, chicos, aquí tenéis vuestro dinero. Pero, caramba, esto hay que celebrarlo... ¿queréis venir conmigo a saludar a los actores? Y luego si os apetece tomaremos algo...

Precedidos por Shylock, la alegre comitiva se internó por un pasillo seguido de varias escaleras hacia las entrañas del teatro. Ninguno de los tres chicos había estado antes tras las bambalinas, de modo que cuando cruzaron entre la tramoya de aparatos escénicos y decorados sintieron una curiosidad emocionada, mitad como si estuviesen descubriendo los secretos profesionales de un ilusionista, mitad como si regresasen al desordenado cuarto de jugar de su primera infancia. ¡Qué raro se les hizo constatar de cerca el cartón y la purpurina de muebles o armas que vistas desde sus localidades les habían parecido de la más grave solidez! Y examinar el reverso de arpillera y tablones de los hermosos paisajes... Arno se preguntaba si también las azules montañas del horizonte que en los días claros podía ver desde la ventana de su habitación tendrían por detrás remaches parecidos para sostenerse en pie.

Finalmente llegaron a los camerinos de los artistas. Algunos de ellos se habían quitado ya parte de su vestuario y, con la cara aún maquillada, bromeaban y recibían los parabienes de los amigos. Shylock felicitó efusivamente al protagonista masculino, que era un negro auténtico aunque cuando llegaron estaba despojándose cuidadosamente de la corta barba que lucía en escena, ésa sí postiza. Se llamaba Danilo y sonrió de modo deslumbrante a los muchachos en cuanto Shylock les presentó como tres jóvenes admiradores. En el camerino de al lado, rodeada de festejantes que le habían traído un imponente ramo de rosas, estaba la rubia Desdémona. Muy audaz, Jaiko se adelantó a presentarle también sus respetos, pero le decepcionó algo comprobar que no era ni mucho menos tan joven como le había parecido desde el palco. Después se descorcharon varias botellas de *prosecco* y todo el mundo comenzó a brindar.

—Creo que hoy habéis hecho la mejor función desde que estrenamos —elogió Shylock.

Danilo se creyó en la obligación de mostrarse algo más modesto:

—En la primera parte hemos tenido varios fallos, pero hacia el final hemos subido mucho...

—Yo me he emocionado... no sabe usted cuánto —reconoció Fisco—. Y me parece que la señora del palco de al lado hasta lloraba y todo.

Shylock le interrumpió con voz un poco rara, como si se hubiera quedado ronco de repente:

—¿A qué señora te refieres?

—La que estaba sola en el palco de la izquierda —explicó animadamente Fisco—. Iba de blanco y se puso de pie, al fondo, yo creo que para no seguir viendo la escena porque le impresionaba demasiado...

Shylock y Danilo intercambiaron una rápida mirada. El negro empezó a pasarse mecánicamente un trapo húmedo por la cara, como si quisiera borrar el tono ceniciento que tenía ahora su oscura epidermis. Shylock tragó un par de veces saliva y, de nuevo roncamente, habló con lentitud sin dejar de mirar aprensivo a Fisco:

—Fíjate bien, muchacho, porque es importante. ¿Estás seguro de que había una... una mujer en el palco a vuestra izquierda?

Un poco nervioso ya, Fisco asintió con la cabeza sin vacilar. Danilo masculló: «Entonces es que ha vuelto otra vez.»

—Sí, otra vez. Nadie la había visto en el Malibrán desde... —Shylock contó mentalmente— desde hace nueve años.

—Desde la última función de aquel montaje de *Otelo* —concluyó Danilo—. Yo trabajaba de bufón... Ahora vuelve *Otelo* y vuelve ella. No olvida...

—Ni perdona —Shylock se volvió hacia Fisco—. Ese palco, el número once, siempre está cerrado. Nadie lo utiliza nunca, jamás, desde que... Era el suyo, el de la familia Trivaldi. Ella no se perdía ningún estreno. ¡Adoraba el teatro! Los chismosos decían que de muy joven, antes de casarse con el marqués, incluso pretendió ser actriz... Siempre llegaba a su palco vestida de blanco, como una novia, con un gusto exquisito aunque algo pacato y un punto anticuado. Se llamaba Mara Trivaldi.

—¿Se refiere a la señora que yo vi? —preguntó Fisco—. ¿Por qué habla de ella en pasado?

El empresario se estremeció ligeramente, mientras se acariciaba la barba una y otra vez.

—Porque está muerta. Mara Trivaldi fue asesinada por su marido, el marqués de Pugliese, hace dieciséis años. La mató precisamente al regresar a casa después de una representación de *Otelo*, por celos según cuentan. Repitieron la tragedia. El marqués se ahorcó en prisión, antes de llegar a ser juzgado: le había advertido a su abogado que nunca permitiría que se aireasen cuestiones de honor familiar delante de extraños...

—A partir de entonces, el *palazzo* Pugliese permanece cerrado y tiene muy mala fama —prosiguió Danilo—. Se habla de que ocurren cosas horribles, de que aparecen los muertos y desaparecen los vivos. ¡Quién sabe! También se asegura que ella, Mara, vuelve a su palco del Malibrán cada vez que se representa *Otelo*. Y que se la oye quejarse amargamente. Yo no había llegado nunca a creerlo del todo, pero ahora...

Jaiko, que se había quedado muy impresionado por los métodos deductivos de Sherlock Holmes, intentó estrenarse como detective:

—Puede que sea un engaño, una especie de broma de mal gusto. Todo el mundo conoce la leyenda de esa señora, ¿verdad? La gente espera que aparezca cuando vuelve a representarse *Otelo*. Bueno, pues aprovechando vuestra función, un gracioso... mejor dicho, una graciosa ha podido disfrazarse y colarse en el palco maldito para lanzar gemidos de ultratumba... y asustar a Fisco.

—¡A mí no me ha asustado, gilipollas! —protestó el acusado—. Sentí pena por ella, nada más. ¡Cómo iba a imaginarme yo que era un fantasma! Es decir, si es que lo era, claro.

Arno intervino tranquilamente con una propuesta casi escalofriante de puro sensata:

—¿Y por qué no vamos a registrar el palco ése? A lo mejor hay alguien escondido o por lo menos encontramos alguna pista...

¡No cabe duda de que Sherlock Holmes había creado escuela! Danilo movió la cabeza como descartando semejante disparate pero, ante su gran sorpresa, Shylock aceptó la idea casi con entusiasmo.

—El chico tiene mucha razón. Vamos a ver que hay en ese dichoso palco de una vez. A lo mejor la equivocación ha sido tenerlo cerrado tanto tiempo. ¡Además, no hago más que perder dinero con él! ¿Vienes con nosotros, Danilo?

Murmurando «si no hay otro remedio...», el actor se remetió los faldones de la camisa dentro del pantalón y se dispuso a salir tras el empresario y los tres muchachos, que ya habían echado a andar por los vericuetos del teatro de regreso hacia la sala. Cuando llegaron ante la puerta del palco número 11, que estaba cerrada con llave, ninguno se sentía del todo tranquilo. Shylock llamó al acomodador y le pidió que abriese.

—Pero maese Shylock —remoloneó el empleado—. ¡Es el número 11! Nunca hemos...

—¡Ya sé que es el número 11! Se me han olvidado las matemáticas que aprendí en el colegio, pero aún recuerdo por lo menos las cifras... Haz el favor de abrir esta puerta de una vez.

Rezongando, el buen hombre sacó un haz de llaves y después de buscar un rato metió una en la cerradura. Inmediatamente se apartó de la entrada para dejar pasar a los demás, como si él no quisiera saber nada del asunto. El palco era exactamente igual al que habían ocupado los chicos, salvo por la gruesa capa de polvo que cubría las sillas, el suelo y hasta las cortinas. También se percibía un aroma especial, como a flores marchitas, que a Fisco le recordó inmediatamente el olor que había persistido en su casa tras el velatorio de su fallecida abuela. No se veía ninguna huella en el polvo: allí no podía haber pisado ningún ser humano desde mucho tiempo atrás... Pero Jaiko se agachó en un rincón y al levantarse tenía en las manos un pañuelo, que les mostró triunfalmente. Era muy fino, tanto que parecía tejido con espuma de seda; estaba levemente perfumado con el mismo aroma a flores marchitas y llevaba bordada una «T».

—¡Trivaldi! —exclamó Shylock y a Danilo se le escapó una especie de gruñido alarmado.

Entonces Arno lanzó un grito que sobresaltó a todo el mundo.

—¡Mirad ahí!

En la barandilla del palco, brillante sobre el polvo, había un pequeño objeto de metal dorado. Shylock y Danilo lo contemplaron con absoluta extrañeza, preguntándose qué podía ser esa especie de raro alambre torcido: pero los tres chicos lo conocían demasiado bien. Era el corrector dental de Sara.

Aquello no podía ser ya una broma, ni desde luego tampoco mera coincidencia. Jaiko y Fisco lo examinaron para estar seguros, mientras Arno saltaba de excitación a su lado, repitiendo sin parar: «¡Sara está aquí, Sara está aquí!» En efecto, resultaba evidente que esta vez el remolino escarlata les había aproximado a ella, aunque fuese de un modo imprevisto y tortuoso.

—Es verdad, seguro que Sara está cerca —decidió Fisco, pensativo—. Quizá durante la representación la tuvimos casi al alcance de la mano... Se diría que nos ha dejado esto aquí como una señal. Pero ¿dónde debemos buscarla ahora?

—Aunque no sepamos cómo ni por qué, sin duda guarda alguna relación con el fantasma de esa mujer asesinada —Jaiko se había cruzado de brazos y apoyaba la barbilla en la mano derecha, imitando quizá sin notarlo el gesto reflexivo del gran

detective inglés—. Me parece que para encontrar a Sara tendremos que buscar antes al espectro...

Shylock y Danilo seguían sin entender nada y comenzaban a impacientarse:

—Alguno de vosotros querrá tener la amabilidad de explicarnos todo este galimatías... —suplicó el empresario.

—Desde luego, claro que sí —les tranquilizó Fisco—. Sobre todo porque me parece que vamos a necesitar vuestra ayuda. Pero debo advertiros que es una historia bastante larga y sobre todo muy extraña.

Danilo observó, sensatamente, que en tal caso lo mejor sería buscar un lugar más adecuado para hablar largo rato.

—Tienes razón —concluyó Shylock—. Vamos a Ca d'Oro, allí podremos tomar algo mientras charlamos.

Salieron del teatro y callejearon por la Venecia silente. Recorrieron muelles a lo largo de los canales, cruzaron estrechos puentes que revelaban húmedos y sombríos meandros embrujados, aspiraron el aire cargado a veces de un hedor como a pescado pútrido que ascendía desde las aguas quietas. El eco de sus pasos resonaba en las paredes amarillentas de los viejos edificios. A los muchachos les resultaba insólito atravesar una ciudad sin oír estruendo de ruedas y bocinas sino sólo chapoteos. De vez en cuando encontraban otros transeúntes, siempre embozados y cubiertos por máscaras: anónimos y fugaces comparsas del eterno carnaval... ¡Qué cosas tan extrañas, tan impredecibles y admirables pueden hacer los hombres cuando se lo proponen! Como Venecia, por ejemplo... Incluso obsesionados como estaban por la cercanía aún inaprensible de Sara, los tres aventureros se sintieron alcanzados por la magia de las viejas piedras hincadas en el Adriático.

A través de un estrechísimo pasadizo llegaron a una taberna acogedora, aunque ya casi vacía por lo tardío de la hora. Sentados en bancos en torno a una mesa de madera gruesa y gastada pidieron una botella de *torbollino*, un vinito joven muy suave de color blanco turbio, casi lechoso. De la cocina les trajeron también unos calamares con polenta, a los que hicieron honores casi feroces los tres jóvenes... pues por lo visto, las preocupaciones les abrían el apetito en lugar de quitárselo. Y entre una cosa y otra fueron contando las líneas generales de la trama en que se hallaban envueltos. Procurando ser precisos, pero sin excesivas prolijidades. Al acabar, Danilo soltó un tenue silbido que a Fisco le recordó inmediatamente al querido don Pantaleón.

—Lo más difícil de entender —concluyó Jaiko— es qué tiene que ver Sara con los asuntos de ultratumba de Mara Trivaldi.

Según su costumbre, Shylock se mesó largamente su barba:

—No voy a decirte que yo lo entienda, desde luego. Si he de seros sincero, la verdad es que de todo lo que habéis contado no entiendo claramente casi nada. Pero hay algo que sin duda puede interesaros. Ya os hemos dicho que el *palazzo* Pugliese

permanece abandonado desde la trágica muerte de los marqueses y rodeado de muy mala fama.

—Se dice que lo siguen habitando los fantasmas de sus antiguos dueños —aclaró Danilo.

—Y no sólo eso —completó Shylock—. A lo largo de estos años han desaparecido en sus cercanías varias muchachas muy jóvenes... siempre impúberes, casi niñas. Hace dos años, una chavalita llegó aterrorizada a casa de sus padres. Contó que, al pasar volviendo tarde a casa por delante del *palazzo* Pugliese, una señora vestida de blanco la había llamado desde la puerta y le había ofrecido dulces si entraba dentro a jugar un rato con ella. Al principio la niña se acercó cortésmente e incluso estuvo a punto de entrar. Pero después algo la asustó: por lo visto la señora olía raro y le pareció que no apoyaba del todo los pies en el suelo sino que *flotaba* sobre él. La verdad es que estaba muy asustada y se explicaba mal, pero todo el mundo recordó a las otras niñas que habían desaparecido y la impresión general fue que se había librado de un grave peligro. Desde entonces...

—¡Seguro que la señora tiene a Sara! —clamó Arno—. ¡Fisco, Jaiko, tenemos que ir a ese palacio a buscarla!

Los dos chicos mayores se miraron. En efecto, parecía lo único que podían hacer. Aunque no fuera un plan precisamente atractivo, todas las indicaciones conducían hacia la casa encantada...

—¿Dónde está ese palacio? —inquirió con decisión Jaiko.

—Yo os indicaré el camino —ofreció Danilo—. Y estoy dispuesto a acompañaros. ¡Caramba, sois valientes pero no podéis ir solos!

—Iremos con vosotros los dos —dijo de inmediato el empresario—. ¡Aunque maldita la gracia que me hace acercarme a ese osario!

A Fisco le emocionó profundamente este ofrecimiento por parte de amigos tan recientes.

—Pero si no nos conocéis casi de nada. Somos extranjeros...

—¿Extranjeros? —Shylock pareció a punto de enfadarse—. ¿Qué quiere decir eso? Los seres humanos nunca somos extranjeros unos para otros. Mira, yo soy judío. ¿Y qué? ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, corazón, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no está nutrido por los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por las mismas medicinas, calentado y enfriado por el mismo verano y el mismo invierno que cualquier cristiano?

—Y yo tengo origen africano y ya veis cuál es el color de mi piel —corroboró con entusiasmo Danilo—, pero ¿qué más da? Si me pincháis ¿es que no sangro? Si me hacéis cosquillas, ¿acaso no me río? Si alguien me envenena, ¿acaso no me muero? Y si veo a seres humanos como yo en peligro ¿es que no voy a ayudarles porque hayan nacido en otro sitio o tengan la piel más clara?

—Eso es lo que yo quería decir —resolvió Shylock—. Lo importante no es aquello en que los hombres somos diferentes, sino lo que nos hace semejantes: nuestras necesidades y nuestro miedo, nuestra búsqueda de amistad. Bueno, dejemos este asunto, pero es que me he pasado la vida padeciendo a los que no ven más que diferencias que separan en lugar de razones para vivir juntos. Ahora, a lo nuestro. Y lo nuestro es...

—¡El palacio de los fantasmas! —profirió Arno con una voz truculenta que les hizo sonreír a todos, a pesar de que ninguno tenía demasiadas ganas de broma.

Después de discutir brevemente cómo afrontar la incursión en el *palazzo* Pugliese, llegaron a la conclusión de que su único plan era no tener ningún plan en absoluto. Aplicarían la famosa pauta dictada por Napoleón Bonaparte: «hay que meterse en faena y luego ya se verá». Como en tantos otros palacios venecianos, la entrada principal del que buscaban era accesible solamente desde el agua. De modo que decidieron trasladarse hasta él en un par de góndolas. Y ahí tropezaron con la primera dificultad, porque cuando dijeron a los adormilados gondoleros a dónde querían ir, ellos se negaron con escandalizada vehemencia a llevarles. ¿El *palazzo* Pugliese? ¿Acaso estaban locos o borrachos? Allí no había nada bueno, lo juraban por la salud de sus familias; nadie vivía en tal mansión... aunque quizá hubiese en ella gente no precisamente viva, lo cual era aún peor. Las personas sensatas y temerosas de Dios evitaban incluso pasar de noche por ese lugar, de modo que intentar desembarcar en él era una auténtica blasfemia. La discusión se hizo sumamente gesticulante y controvertida: de un lado, Shylock y Danilo; del otro, dos, cuatro, seis, ocho gondoleros, porque cada vez se acercaban más al calor de la disputa. Danilo intentaba avergonzarles reprochándoles su cobardía; el judío, más práctico, exhibía un fajo de billetes que cada vez se hacía más persuasivamente grueso. Por fin, la codicia se impuso al temor y dos gondoleros, los más jóvenes del grupo, aceptaron llevarles a su indeseable destino. Los otros se retiraron moviendo compasivamente la cabeza y persignándose con devoción prudente.

Así zarparon, navegando lentamente por el agua oscura y lisa como el alquitrán. La primera góndola iba ocupada por Danilo, Fisco y Jaiko; en la segunda viajaban Shylock y Arno, todos ellos arrebujados en mantas que les protegían del relente pegajoso y gélido de los canales. La travesía duró aproximadamente veinte minutos, dando vueltas y más vueltas por un laberinto acuático que parecía formado por las venas más escondidas de una bestia marina varada hace siglos en la laguna. Sólo se escuchaba el rumor casi aterciopelado de las largas varas de los gondoleros impulsando las embarcaciones como si fuesen ataúdes flotantes: nada de canciones románticas, desde luego, ni siquiera voces burlonas acompañando la navegación.

Finalmente, las góndolas arribaron a unos escalones de piedra leprosa por el moho que conducían hasta una gran puerta sombría. Los gondoleros les urgieron a bajarse deprisa, no sin antes haberse embolsado su paga. Se negaron en redondo a esperarles, aunque les prometieron sin demasiada convicción que a la mañana siguiente, con la luz del día, volverían a pasar por allí a buscarles... en el caso de que ellos estuviesen en

condiciones de partir. Su tono dejaba bien claro que no consideraban demasiado probable encontrarles... vivos. Sobre las resbaladizas escaleras, los pasajeros les vieron alejarse silenciosamente por el negro canal y sintieron como una zarpa fría apretándoles el pecho.

La puerta de entrada, enorme y lúgubre, estaba obviamente cerrada. En el centro había un pesado llamador de bronce en forma de cabeza de león. Resultaba más bien absurdo, incluso inquietante, llamar a la puerta de una casa oficialmente deshabitada pero sin más vacilaciones Danilo hizo sonar tres veces la aldaba. Al tercer golpe, la puerta se abrió con un leve quejido, franqueándoles el paso. ¡Cuánta amabilidad, mal asunto! Dentro, el vasto recibidor estaba débilmente iluminado por dos candelabros situados estratégicamente a derecha e izquierda. La expedición de rescate penetró al palacio con mayor resolución en el paso que en el ánimo. Avanzaron unos pocos metros para luego, como de común acuerdo, volver todos la cabeza hacia la entrada: en efecto, la previsión de su temor se confirmó y vieron cerrarse la puerta tras de ellos. Adelante, pues, ya sin remedio.

La penumbra agigantaba la estancia y el eco de los pasos reforzaba la impresión de magnitud. Sobre la mesa de patas enredadas por dorados trepadores que presidía el centro del salón, a Fisco le llamaron la atención una especie de lámparas de base gruesa y ancha pantalla cóncava distribuidas aquí y allá. Pero después aún se sorprendió más al ver que también las había sobre las sillas que rodeaban la mesa y en el suelo, junto a las patas de los muebles. ¡Eran setas! Algunas enormes, de más de treinta centímetros de altura, y otras menores, hasta lo liliputiense. Las mayores podrían haber servido cómodamente de casa a enanitos del bosque, como en los viejos cuentos, pero aquello no era un bosque sino algo más inquietante y putrefacto donde uno podía esperar encontrarse con cualquier tipo de criaturas insólitas menos con simpáticos gnomos. Fisco se las señaló a Jaiko, quien con un escalofrío comentó: «Seguro que son venenosas.» En ese momento, con un crujido insinuante, una de las setas pareció estornudar y arrojó un polvo de esporas sobre la alfombra húmeda, donde pronto crecerían más y más fungosidades...

Luego comenzaron a sonar un poco ahogadamente, igual que a través de colchones, voces infantiles de niñas que cantaban. Eran refranes populares, como si estuviesen saltando a la comba o jugando a la gallina ciega. Las interrumpían de vez en cuando risitas y algún pequeño enfado: «¡Que no, que no! Has hecho trampa. ¡Así no juego!» A la izquierda, al fondo del salón, había una puerta entreabierta por la que se colaba un resplandor lechoso.

—Parece que están allí —opinó Shylock, con cierto prudente titubeo—. Vamos a ver.

Se encaminaron hasta la puerta y la cruzaron con cuidado, los mayores primero. Era una habitación no muy grande, de forma exagonal, pero cuyo tamaño se multiplicaba porque todas sus paredes estaban formadas por espejos. En el centro había un velador y sobre él un candelabro con dos velas, cuyas llamitas simétricas se reproducían mil veces

en los reflejos laterales como una lluvia inmóvil de gotas de fuego. Enseguida se multiplicaron de igual modo las imágenes de quienes acababan de entrar: Danilo, Shylock, Jaiko, Fisco... Antes de que pudiera unírseles Arno, la puerta se cerró: también era un espejo. El niño rezagado se quedó solo en el salón misterioso.

—¡Eh, que me dejáis aquí, jopé! —protestó Arno.

—Espera, ahora mismo abrimos. Se ha cerrado la maldita puerta...

Pero no hubo forma. Nada distinguía el reverso de la entrada que acababan de cruzar del resto de los espejos y todos ellos parecía girar vertiginosamente, hasta el punto de que unos minutos después ninguno de los encerrados era capaz de decidir dónde estaba la salida. Golpearon las lisas superficies cristalinas, sumamente gruesas, intentaron meter los dedos por las junturas invisibles entre una y otra pero todo fue inútil. Estaban atrapados en aquella cámara de espejismos... y Arno se había quedado solo. Fisco no hacía más que gritar: «¡Tranquilo, Arno, chavalote, no te asustes!» Del otro lado, lejísimos, como cuando estaba encerrado en la caja fuerte de Lady Arundel, les llegaba la queja más irritada que temerosa del abandonado: «¡Oye, que no tiene ninguna gracia! ¡Jopé!»

Arno se esforzó por vencer a la puerta, que parecía soldada. Le dio con tanto empeño al picaporte que se quedó con él en la mano. ¡Ahora sí que ya no había modo de abrir! Como no lo arreglasen los otros desde dentro... Tras de él, una voz hueca, inexpresiva como esas grabaciones que contestan cuando uno telefonea a ciertas empresas («si es usted cliente habitual, marque uno; si es la primera vez que llama, marque dos; si quiere retirar fondos, marque tres...»), le conminó:

—Niño, vete.

Arno se volvió inmediatamente, en guardia. En el extremo opuesto del salón había una figura femenina vestida de blanco, con el rostro cubierto por un velo del mismo color. Con un brazo extendido señalaba hacia la puerta principal. Tenía uno de los candelabros tras de ella y la luz de las velas se veía *a través* de su cuerpo. Insistió, sin cambiar de tono:

—Vete ahora, niño. Eres aún pequeño, todavía no has podido hacer daño... al menos no demasiado. Pero debes irte de inmediato. Antes de que me arrepienta de dejarte marchar.

—Es que no puedo, señora —Arno intentó ser todo lo amable que permitían las circunstancias—. Mis amigos se han quedado encerrados en ese cuarto y, claro, no voy a irme sin ellos...

La pálida figura se estremeció ligeramente, como ropa tendida en el secadero y agitada por un viento de irritación.

—Los demás son hombres... Hombresss, varonesss, machosss... —arrastraba la «s» final con énfasis opaco—. Pertenecen ya sin remedio al género de los brutos, de ésos que se creen dueños del cuerpo y del alma de las mujeres que caen en su poder. Cuando les contrariamos, son capaces de matar. Dicen «te quiero» pero hay que

entender «eres mía y antes muerta que libre». ¡Celosos! ¡Celososssss! Llaman «celos» a la rabia que les causa que nosotras no podamos amarles tanto como ellos se aman a sí mismos. Ahora les llega por fin el castigo. Vete de una vez, niño, vete mientras puedes.

—¡De eso nada, monada! —el chico empezaba ya a enfadarse de tanta fantasmada —. Somos un equipo, para que te enteres. Mis compañeros no han hecho daño a ninguna mujer, de modo que no van a pagar justos por pecadores. Además yo he venido a por mi hermana Sara y no pienso marcharme sin ella. Porque Sara está aquí, ¿verdad?

La sombra de lo que un día fue Mara Trivaldi osciló de nuevo, alzándose un metro sobre el suelo como un fuego fatuo.

—Las niñas están conmigo... ¡yo las he salvado! Ahora ya nunca los hombres podrán esclavizarlas. Jugarán, jugarán felices con sus muñecas y bailarán en corro por siempre jamás... Limpias, intactas, rescatadas de la crueldad de la pareja... ¡No necesitan machossss! Tu hermana es ya libre, aquí, conmigo.

—¿Libre? ¡Jopé, vaya libertad! A ver, que me diga ella si quiere ser libre aquí encerrada con usted. Mire, señora, seguro que hay hombres que esclavizan a las mujeres pero usted me parece que se porta igualito que ellos. ¡No sé si sabrá que estamos en el siglo veintiuno y ahora las mujeres tienen derechos... tienen derecho a tener derechos humanos, digo yo! —en ese tema, Arno hablaba de oídas y solía liarse bastante. Añadió con más énfasis—: Quiero hablar con Sara... ¡Sarita! ¿Me oyes? He venido a buscarte..., ¿estás bien?

La voz se le quebró un poco a Arno al final de su alegato. Hubo un instante de silencio. Después, el espectro volvió a hablar pero ahora había algo así como un punto de dulzura en su tono apático.

—Quieres mucho a tu hermana, ¿verdad? Dime: ¿cuánto la quieres?

—¡La quiero más que nadie! —rugió ciegamente Arno—. La quiero más que a mi madre y a mi padre, la quiero... ¡la quiero más que a mí!

Como un eco suave, el espectro confirmó: «Más que a ti mismo... porque amar, ay, es querer a otro más que a uno mismo.» Atravesado por la luz de las velas, oscilaba y gemía, oscilaba y gemía como mecido por un canto fúnebre y melancólico que nadie más podía comprender. Pero, sin escucharle, Arno continuaba fulminante:

—Puede matarme si le apetece, pero de que vaya a irme sin ella... ¡olvídese!

Llenó el salón un suspiro tan fuerte que resultó como la ráfaga de un temporal. Las viejas cortinas polvorientas se agitaron y vacilaron las llamas de los candelabros, a punto de apagarse como si un gigante las soplara confundiéndolas con las velas de una tarta inmensa de cumpleaños. De nuevo se oyó el quejido reiterado, ahora alejándose. Se diría que la voz fantasmal navegaba por fin sobre lágrimas libertadoras: «¡Olvidar! ¡Olvidar! ¡Olvidarrrr!»

Después, la figura vestida de blanco ya no estaba. Al fondo del salón había en su lugar cuatro, no, cinco muchachitas. La menor parecía de la edad de Arno, las otras estaban algo más crecidas y la mayor de todas...

—Hola, Arno.

—¡Sara! Por fin... ¡Vaya susto nos has dado!

La muchacha estaba pálida y parecía un poco ida, aunque ya estaba de vuelta. Titubeando se acercó a su hermano menor, le dio dos besos y después, confidencialmente, inquirió:

—Oye, ¿tienes por ahí *eso*? —se indicaba la boca con gesto pudoroso—. No quiero perderlo, ya sabes que vale un pastón.

El crío sacó del bolsillo el corrector dental, le quitó un chicle y las pelusas que se le habían adherido durante la estancia en las profundidades de su pantalón, y se lo ofreció... tal como el paladín que acaba de alancear dragones y endríagos para rescatarla devuelve su corona a la reina secuestrada.

Tras ellos sonaron las voces de sus compañeros, porque la cámara de los espejos había abierto su puerta tan automáticamente como antes la cerró. Se reunieron todos en el salón, bajo las luces parpadeantes y nubladas. Jaiko besó mucho a Sara y Fisco la besó también bastante. Las otras niñas sin dudar se arrimaron a ellos, pidiendo mimos y reclamando que cuanto antes las llevasen a casa. Y la más pequeña se agarró a la mano de Danilo, con instintiva confianza.

—Por aquel lado debe haber otra puerta hacia la calle —aseguró Shylock. Y todos fueron tras él. Salieron por la trasera del *palazzo* y poco después, tras recorrer un par de vericuetos húmedos, llegaron a la serenidad magnífica de la plaza de San Marcos. Un leve y ancho resplandor destacaba el *campanile* y los soportales. ¿Amanecía? Sí, claro que amanecía.

—Bien, muchachos... —comenzó a decir el empresario judío.

—¡Eh, chicos! —les llamó el actor negro, al ver que una nube rojiza y extraña envolvía a Sara y Arno, a Jaiko y Fisco. Una de las niñas se echó a llorar y otra gritó:

—¡Sara, no te olvidaremos!

Olvidar... Como en esta ocasión viajaba uno más en el grupo, se sentían algo más comprimidos y más unidos que nunca. Mientras cabalgaban por lo desconocido, Jaiko notó muy cerca de él a Sara: por fin, otra vez... Y pensó que jamás olvidaría Venecia.

# 11

# LA LETRA FINAL

—¡Todos! ¡Volvéis todos! Fiuuuu... ¡Es maravilloso! ¡Es increíble! ¡Es... el copón de la baraja! —la alegría de don Pantaleón se traducía en correteos de aquí para allá agitando sus cortos brazos como si pretendiera competir con *Séneca* y echar a volar por la librería. Les abrazó a todos mil veces, besuqueándoles, y a cada momento volvía a limpiarse los lentes, intentando purificarlos del velo húmedo que en realidad estaba en sus ojos. Naturalmente sus más redundantes festejos eran para Sara, sin cesar de repetirle:

—¡Qué susto nos has dado! Pero... ¡qué susto más grande nos has dado!

La chica, que ya estaba un poco harta de que le reprochasen sustos ajenos y medio mareada de tanto jaleo, comentó por fin:

—Oiga, venga, que para sustos... yo también he tenido buena ración.

—¡Cuenta, *porfa*, cuéntanoslo todo! —rogó inmediatamente Arno.

—Eso, cuenta lo que te pasó en la gruta del tigre cuando te perdimos —apoyó Jaiko —. Y cómo llegaste hasta Venecia...

—¿Estuviste antes en algún otro sitio? —añadió Fisco.

Todos rodearon a Sara, que se había sentado en una de las butacas de la trastienda, y esperaban ansiosos su narración. Para disimular su agobio, la muchacha bebió unos cuantos sorbos pensativos del refresco aportado por la solicitud desmañada del librero. Podría contarles tantas cosas... Pero no, había asuntos que prefería callarse. Junto a las peripecias externas había otras más íntimas, aventuras sólo transcurridas en su cabeza y en su corazón. Lo que ella había pensado y soñado en el negro aislamiento de la gruta, o más tarde viajando sola en alas de la fuerza escarlata, cuando creía haber dejado atrás para siempre todo lo conocido rumbo a la extrañeza alarmante (aunque también en parte deliciosa) de una vida en lo inesperado.

De modo que inició el relato narrando sus andanzas cuando huyó por el pasadizo en tinieblas, espantada por el Espanto de la cueva. Después la oscuridad la asustó aún más y se detuvo, con los oídos zumbándole por la sangre acelerada. A lo lejos, deformadas, oyó las voces de sus amigos, mezcladas con los rugidos de la fiera. A continuación, durante largo rato, silencio y más silencio... hasta que sintió el rumor aterciopelado de unos enormes pasos gatunos que venían tras ella. A tientas, se encaramó a una estalactita con cuya punta se había golpeado la frente un momento antes. Inmediatamente después, desde su precario asidero, percibió que el tigre pasaba bajo ella ronroneando suavemente.

Hasta creyó notar la electricidad estática de su pelaje erizado por la caza, al rozarle casi los talones... Siguió allí colgada, mientras sus fuerzas se debilitaban y los brazos le dolían cada vez más. ¿Cómo decidirse a bajar, en aquel mundo perfectamente tenebroso en el que rondaba la fiera? «Yo no hacía más que forzar los oídos, el único sentido del que me podía llegar información útil para salvarme —contó Sara a sus oyentes, angustiados por la situación que se imaginaban vívidamente— y escuchaba el leve goteo del agua, algún mínimo crujido de una piedra que se dilataba... sobre todo oía el estruendo de los latidos de mi corazón.» Luego el tigre volvió y por su bramido triunfal supo que finalmente la había localizado. El primer zarpazo que descargó arrancó un pedazo de la estalactita, justo entre sus manos aferradas a la rugosa masa calcárea. Antes de que diera el segundo, con enérgica suavidad, llegó la nube roja y se la llevó de allí. Atrás quedaron, perdiéndose en la lejanía, los rugidos indignados del tigre albino.

Viajó durante un tiempo que a Sara se le hizo mucho más largo que en travesías anteriores, quizá por ir esta vez sola. Por lo menos, así se lo contó a quienes la escuchaban. Lo que no les contó: que se adormeció durante el traslado y que, en vez de esperar tan sólo reunirse otra vez con sus compañeros o volver a la librería, soñó que regresaba al barco de Zindabad...

Pero apareció en Venecia y vagó por sus calles, hasta que la dama Tribaldi la atrajo a su palacio, junto al resto de las niñas secuestradas. Permaneció con ellas un tiempo sin tiempo, ejerciendo de madre y acompañando sus juegos, que unas veces le resultaban nostálgicamente fascinantes y otras insípidos de puerilidad... ¡Muñecas, todavía! ¡Por favor, si ni siquiera cuando era pequeña le habían gustado! Sara se calló lo más interesante, sin embargo: las lecciones que a ella sola le prodigaba la mujer fantasma, hablándole del peligro y el arrebato de los hombres, de la seducción de lo prohibido, de la ternura y la brutalidad posesiva de los celos, de la tentación de perder y recuperar cien veces la libertad... De todo esto, Sara no les dijo ni una palabra a los machos y machitos que la escuchaban con tanto interés.

Arno resopló, después de haber contenido tanto rato la respiración:

—Y entonces llegamos nosotros, ¿no? ¡Jopé! ¡Y asustamos a la fantasma ésa...!

—Hay algo más... —concluyó Sara. Luego sacó de un bolsillo una caja de pastillas para la tos y la abrió con cuidado, volcándola sobre el brazo del sillón. Tímido y vacilante, un escarabajo ciego con una nítida «D» amarilla sobre su duro lomo negro empezó a explorar con tiento el territorio inhabitual al que había llegado.

—¡Anda, pero si aún está vivo! —se asombró Arno—. ¿Qué le has dado de comer?

Con cariño y bastante orgullo disimulado, Sara le explicó que le había alimentado con trocitos de una de las gigantescas setas que ofuscaban con su rara presencia el palacio encantado. Por lo visto, no eran tan venenosas como Jaiko había temido...

—¡Pues yo también me he traído una letra de Venecia! —exultó Jaiko, encantado de contribuir junto a la chica a la necesaria cosecha alfabética. Y mostró como quien alardea de un raro trofeo el vaporoso pañuelo que encontraron en el palco de la Trivaldi,

con la «T» delicadamente bordada.

—Y van ya siete... —comentó esperanzado Fisco.

Don Pantaleón se mostró también más animoso tras estas dos nuevas aportaciones.

—¡Siete, ya! ¿Os dais cuenta? Sólo un viaje más y tendremos todas las que necesitamos. Entonces...

En ese momento, sobresaltándose, escucharon la campanilla indicando que acababa de abrirse la puerta de entrada a la librería. Alguien llegaba...

Era don Hilarión. Se le veía muy agitado, nervioso y huidizo, como si no quisiera mirar a nadie a la cara. Farfullando una incomprensible letanía de improperios y advertencias, se dirigió a su habitual puesto en la caja y comenzó a guardar en una bolsa efectos personales, papeles y... dinero. Sobre todo dinero. Don Pantaleón tuvo que llamarle dos veces por su nombre antes de que se volviera hacia él, casi con furia:

—¡Te lo advertí, Pantaleón! ¡Ya te lo dije! Pero tú, ni caso... ¡Pajaritos, pajaritos en la chochola! Aún hay tiempo, sin embargo... Poco tiempo, pero algo... Vendrán pronto, desde luego... ¡muy pronto! Debes darte prisa... Todos esos chicos tienen que irse a sus casas cuanto antes... ¡ahora mismo!

—¿Qué pasa, Hilarión? —preguntó su hermano, tratando de conservar la serenidad —. ¿Dónde has estado?

—¿Es que no te das cuenta? —chilló el otro, medio histérico—. ¡Ya lo saben todo, todo! Están al tanto de todo lo que preparáis contra ellos... ¡Y vendrán a impedirlo! Será nuestra ruina, nuestra ruina definitiva...

Con un tono de gravedad casi feroz, don Pantaleón inquirió:

—Y... ¿cómo se han enterado, Hilarión? ¿Quién se lo ha contado?

—¿Qué más da? ¡Lo saben, lo saben, te digo que van a venir! Hay que acabar con esta locura. Son poderosos, ¿no te das cuenta? ¡Muy poderosos, mucho más que todos nosotros juntos! Nuestra única esperanza es que estos chicos enredadores se larguen de una vez y no vuelvan a aparecer por aquí... Que se vayan a...

—¿A dónde quieres que vayan, Hilarión? —insistió, implacable, don Pantaleón—. ¿A dónde imaginas que pueden ir?

Apretando contra su pecho la bolsa llena y crujiente, Hilarión estalló con un bufido grosero:

—¡A donde les parezca! ¡A su casa, a la puta calle o... o al Estadio, que es dónde están sus familias!

Lenta y dolorosamente, don Pantaleón repitió:

—¿Al Estadio? Pero... ¿te das cuenta de lo que dices? ¿Quieres enviarles a los psicófagos?

—¡No es asunto mío, no es asunto mío! —agarrando siempre la bolsa con ansia, Hilarión corrió hacia la puerta de nuevo—. ¡Ya estás advertido! ¡No puedo hacer más por ti! Yo me largo...

Y salió, a toda prisa, cerrando de un portazo retumbante.

La aparición de don Hilarión y su alarmante mensaje cayeron como una ducha helada que apagó irremediablemente el cálido optimismo que reinaba momentos antes en «El Pozo y el Péndulo». Tambaleándose como un boxeador sonado por un golpe demasiado potente y antirreglamentario, don Pantaleón se dejó caer en su silla. Los jóvenes empezaron a hablar todos a la vez:

—¡Jo, que fuerte! —dijo Sara—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Hay que esconder las letras que hemos ido trayendo y la caja que nos dio aquella mujer —recomendó Jaiko.

—Y debemos conseguir cuanto antes la letra que falta —añadió Fisco.

—Pero ¿y si esos bichos vienen antes? A lo mejor están ya ahí fuera... —Arno era especialista en decir en voz alta lo que los demás apenas se atrevían a pensar—. ¿Cómo nos defenderemos?

Todos se volvieron pidiendo consejo hacia don Pantaleón. Pero el librero seguía profundamente abatido, con la mirada perdida y vacua, como si ya todo le diera igual.

—¡Venga, hombre, anímese! —rogó Jaiko—. ¡Diga algo, por favor! No es momento para venirse abajo...

El viejo parecía mucho más viejo ahora y murmuró con voz átona:

—Nunca lo hubiera creído... ¡mi propio hermano! Lo peor que podría... Fiuuuu... —luego se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara, como queriendo despertar de un mal sueño—. Ni las derrotas ni las desgracias bastan para cortarnos el apetito de vivir, de luchar. Sólo una cosa puede quitarnos las ganas de todo: la traición.

Fisco le puso la mano en el hombro y le sacudió suavemente:

—Pero no vamos a entregarnos, ¿verdad? Usted está con nosotros. Le necesitamos...

Incluso en el momento más crítico de la peor batalla, cuando cunde el desaliento, puede llegarles de pronto a los claudicantes un mensaje tónico. En este caso y en tal preciso momento, les vino a los chicos de quien menos podían esperarlo: ¡de *Séneca*! Agitando las alas como si batiera palmas y con un trompeteo entusiasta, el loro exultó:

—¡Volvió la niña! ¡Gran alegría!
Pasó la noche y regresa el día...

Los jóvenes le miraron con cierto asombro por tan intempestivo buen humor, pero el efecto sobre don Pantaleón fue casi milagroso. Se irguió de inmediato, con rostro alerta y sonriente:

—¡*Séneca*, viejo rufián, cuánta razón tienes! Soy un majadero, muchachos, perdonadme. ¡Vamos, en marcha! No hay tiempo que perder. Si vienen, estaremos preparados. ¡Jaiko, hazme el favor de echar el cerrojo a la puerta de entrada! ¡Baja también la persiana! ¡Y vosotros atrancad bien las ventanas! De aquí no vamos a movernos...

Se internó al galope en la trastienda y le oyeron rebuscar en algún armario lejano. Gruñía: «¡Tiene que estar por aquí! ¡O por aquí!» Al cabo de un rato, regresó empuñando con aire truculento una viejísima escopeta de dos cañones que parecía más apropiada para un museo que para un campo de batalla. Advirtió solemnemente: «Está cargada, ¿eh? Cuidadito que está cargada...» Los chicos se apartaron prudentemente, por si aquella antigualla reventaba de repente en lugar de disparar.

—Ahora, ¡a por la letra final! —ordenó muy decidido el librero—. Pero esta vez sólo podrá ir uno de vosotros, porque los demás tenemos que permanecer aquí para defender el castillo... quiero decir, la librería. Jaiko, creo que debes quedarte porque eres el más fuerte y nos harás mucha falta si hay que sacar músculo y luchar...

—Eso es verdad. Iré yo —asumió inmediatamente Fisco.

—Y ¿por qué no puedo ir yo? —protestó Sara—. Estoy acostumbrada a arreglármelas sola...

Fisco la miró con afecto:

—Precisamente por eso, Sara. Porque ya has estado sola demasiado tiempo en estas aventuras... Venga, cuidar de Arno y de todo lo demás... volveré enseguida.

—¿Qué pasa, que necesito chupete o algo así? —se indignó Arno—. ¡Jopé, a ver quién se las entendió con la señora fantasma!

Pero Jaiko se acercó a su amigo y le dio un abrazo, seguido de un pescozón.

—Hala, campeón, termina esta faena y deprisita. Aquí estaremos esperándote. No te entretengas ligando por ahí, ¿eh?

Fisco le amagó un puñetazo en la barriga y después se volvió hacia *Séneca*.

—Entonces, la letra...

El pajarraco seguía por lo visto en vena de cooperación y canturreó sin hacerse de rogar:

> —¡Volvió la niña! ¡Gran alegría!
> Pasó la noche y regresa el día...
> Me falta la «E» para estar contento.
> Búscala pronto pero con tiento.

A paso ligero, audaz y despreocupado en apariencia, Fisco penetró en el «Laberinto» y cerró la puerta de la garita tras de sí. Pero al quedarse allí solo sintió de golpe una ráfaga de angustia y la sensación aguda, a la vez estremecedora y excitante, de la proximidad de un gran peligro. Aunque no le dio tiempo a pensar mucho en ello, porque la niebla purpúrea se presentó inmediatamente para llevárselo otra vez lejos, lejos...

* * *

—¡Eh! ¡Despierta, chaval! Que aquí no se puede dormir... Como pase la patrulla...

Lo primero que vio Fisco al abrir los ojos fue el rostro amable y ajado de una mujer mayor que se inclinaba solícita sobre él, mientras le zarandeaba para espabilarle. Volvía a ser de noche... siempre de noche. ¡Qué ganas tenía Fisco de pasar varias horas por fin al sol, de recuperar la luz más clara y el cielo más insolentemente azul! Pero evidentemente aún no había llegado ese feliz momento. Estaba en una calle estrecha, serpenteante, con casas misteriosamente antiguas. De una de ellas, a media altura, salía un farol que iluminaba amarilleando un arco que cruzaba de lado a lado y dejaba en la sombra el oscuro pasadizo más allá del cual proseguía la callejuela, débilmente alumbrada por otros faroles. La anciana se impacientaba:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿No tienes dónde ir? —Fisco asintió, aún lánguido y confuso. Compasiva, la señora le ayudó obligatoriamente a levantarse—. ¡Pobre, pobrecillo! Vente conmigo a casa. Aquí no puedes quedarte. La patrulla...

Con mimo pero sin dejar de urgirle, le llevó por otras calles, igualmente retorcidas y unánimemente solitarias. Ninguna era recta, siempre giraban siguiendo el perfil de las casas curvas, convirtiéndose a veces en rampas o escaleras. Tras una cuesta más ancha desembocaron en una plaza irregular, al fondo de la cual se elevaban sombrías las torres de una gran iglesia. De pronto, casi agresivamente, un reloj comenzó a dar las ocho en lo alto de un solemne edificio a su izquierda. Fisco levantó la vista y vio aparecer a través de una puertecita bajo el reloj la figura de un esqueleto armado de una guadaña, que circuló lentamente hasta volver a ocultarse en su guarida cuando acabaron las campanadas. Después de este ominoso paseo del retrato de la muerte, todo pareció más silencioso y aún más desolado que antes.

—¡No te entretengas! —le apremió su guía. Tomaron otra calleja lateral y a los pocos pasos penetraron en un portal, que la vieja abrió con una llave voluminosa. Después bajaron las escaleras que les condujeron hasta otra puerta menor, en el subsuelo. Había una placa metálica, muy vieja y gastada, donde a duras penas podía leerse: «Dr. F. Stein». Con otra llave más pequeña la señora abrió también esta puerta y empujó a Fisco dentro de la casa.

Era una especie de sótano, espacioso pero destartalado y, sin embargo, paradójicamente confortable. No tenía más ventanas que una claraboya alta y semicircular, protegida por rejas, a través de la cual se veía la acera de la calle y los pies de los viandantes... si los hubiera habido. Fisco, que aún estaba un poco aturullado, se sentó lo más confortablemente que pudo en una butaca medio coja, mientras la anciana le miraba con cierta curiosidad.

—Oye, chico, ¿tú no eres de aquí, verdad? No, claro que no. ¿Sabes por qué me he dado cuenta? Por la tranquilidad con que has entrado en esta casa. Entre la gente de Praga no tenemos en cambio buena fama...

Fisco se enderezó, poniéndose en guardia. ¿Habría caído en una trampa? ¿Sería aquella aparentemente encantadora viejecita una peligrosa bruja del escuadrón anti-Blancanieves? Al notar su alarma, la señora se entregó a una risita desdentada pero cordial.

—Tranquilo, chaval, que yo estoy del lado de los ángeles. Sí, es cierto, a mucha gente le asusta esta casa... pero resulta que en Praga, como en todas partes, abundan los supersticiosos y los que consideran diabólico cuanto no entienden. Ésa fue la desgracia del pobre doctor Stein. ¡Un gran sabio, un gran hombre! Pero incomprendido, calumniado... Yo me llamo Elsa y fui durante cuarenta años su ama de llaves, su enfermera, su ayudante... y hasta su cómplice en ciertos trabajos difíciles de justificar ante el tribunal de los ignorantes.

—¿Murió el doctor? —preguntó Fisco, más por cortesía que por verdadero interés.

—Sí, pobrecillo, murió hace tres meses. Solo, tan solo como siempre vivió... salvo por mi compañía, que no le faltó nunca. —La anciana suspiró melancólica, pero enseguida exclamó con exaltación y desafío—: ¡Pero su obra vive! ¡Está vivo, definitivamente! ¡Él...!

Después, como si temiera haber dicho demasiado, se mordió los labios y cambió de conversación:

—No hago más que hablar y hablar como una cotorra, pero tú estarás seguramente desfallecido de hambre. Quédate ahí bien sentado, que voy a traerte algo de comer.

Desapareció trotando por un pasillo al fondo de la sala y, al cabo de unos minutos, a Fisco le llegó un aroma cálido y apetitoso. Poco después, Elsa regresó con un cuenco lleno de una sopa espesa en la que flotaban bolitas de carne picada, acompañada de una hogaza de pan. En cuanto probó la primera cucharada, Fisco descubrió casi con azoro que en efecto tenía mucha hambre... y que aquel condumio estaba la mar de sabroso. Durante un rato no hizo más que comer con todo el entusiasmo de que se sentía capaz, que no era poco; de vez en cuando, con la boca dichosamente llena, lanzaba una mirada agradecida hacia su nueva amiga, que le miraba con satisfacción y asentía satisfecha con la cabeza al comprobar su apetito. Cuando terminó, después de recoger el plato y los cubiertos, la mujer le hizo la pregunta no por esperada menos temida:

—Y... ¿se puede saber qué buscas tú en Praga? ¿De dónde vienes?

El chico tanteó la respuesta por el camino más largo:

—Pueees... realmente... tengo que encontrar... es decir, debo encontrar algo que... cuando lo encuentre... pero no es fácil de explicar en pocas palabras —terminó, agobiado.

—Ya veo, ya —comentó Elsa—. Y apuesto que te será tan difícil mostrar tus papeles de identidad como aclarar tus proyectos... —se encogió de hombros—. A mí no me importa, imagínate. Pero no es muy recomendable vagar en estos tiempos por Praga indocumentado y sin rumbo fijo... En realidad, son malos tiempos incluso para quienes tenemos los papeles más o menos en regla. De modo que... pero ¡calla!

Se llevó el dedo a los labios, indicando silencio. Y levantó la vista, preocupada, hacia la claraboya que daba a la calle. En ella acababan de aparecer varios pares de botas militares, que indicaban un inquietante conciliábulo de quienes las calzaban. Se oyeron voces de mando y, al poco, llamaron a la puerta de la casa. En un apresurado susurro, Elsa estableció:

—Serás mi sobrino, que has venido del pueblo a visitarme.

Fisco no pudo contener una leve sonrisa. Empezaba a acostumbrarse a ser en todas partes del mundo sobrino postizo recién llegado de provincias de gente a la que nunca había visto en su vida...

Después, la anciana franqueó la entrada a un grupo uniformado. Primero entraron un sargento y dos agentes de policía, estos últimos con las metralletas amartilladas. Detrás, con aire señorial y miradas recelosas, penetró un teniente. La puerta permaneció

abierta y fuera se divisaban al menos otros dos agentes montando guardia.

—Buenas tardes, camarada —saludó el oficial—. ¿Es usted Elsa Konec? Tenemos orden de inspeccionar esta vivienda. ¿Quién es este joven?

Elsa dio la explicación convenida. El teniente hizo una mueca burlesca de evidente escepticismo.

—Y... ¿no habrá ningún sobrino más en las otras habitaciones de la casa? Sargento Tecglin, haga el favor de echar una ojeada por ahí dentro.

—Pero ahí no hay nadie, señor... camarada teniente. Sólo mi cuarto, la cocina y el laboratorio del difunto doctor —Elsa precedió por el pasillo al larguirucho y orejudo sargento para mostrarle cada una de las mencionadas habitaciones. Al abrir la puerta del laboratorio descubrió una habitación blanquísima aunque ahora sombría, atestada de monitores silenciosos, tubos de ensayo y botellas oscuras con etiquetas escritas a mano. También se veían varias pequeñas jaulas vacías y, en el centro de la estancia, una especie de gran camilla forrada de cuero negro, provista de sólidas abrazaderas metálicas. Quizá para que el paciente no se escapase cuando comenzaran a operarle, pensó Fisco. Con reverencia, la mujer constató:

—Está todo tal como él lo dejó el último día...

—No lo dudo, no lo dudo... —el teniente se había quitado los guantes de cuero y, manteniéndolos juntos con una mano, se azotaba la palma de la otra con ellos—. ¿Y aquella puerta? Sí, ésa, la del fondo del pasillo.

Reprimiendo un cierto azoro, Elsa la abrió y encendió la luz de un cuarto pequeño, en el que no había otro mobiliario que una cama de apariencia cuartelaria. Ni sillas, ni mesas, ni cuadros... nada. Sólo una especie de hornacina en la pared, ocupada por un vaso alto de cristal lleno de agua turbia, del que sobresalía desplomada una flor marchita. ¿Quién habría sido el huésped de un dormitorio tan ascético?

—Ésta, camarada teniente, es... la habitación de invitados —Elsa hizo la aclaración en un tono nervioso. El sargento penetró en el cuarto y levantó un poco el colchón del lecho, poniendo cara idiota de concienzudo. Desde luego, allí no había nadie escondido.

—Y... ¿quiénes son los invitados más frecuentes? —canturreó sádicamente el teniente—. ¿Siempre sobrinos? O quizá... ¿el Golem? ¿Qué opinas tú, sobrinito? —se volvió de pronto hacia Fisco, que permanecía en un rincón tratando de no hacerse notar. Al muchacho no le costó nada poner tono de asombro inocente, porque no sabía de lo que le estaban hablando.

—¿Golem?... ¿Quién es Golem?

—¡Pero, bueno, de qué provincia tan remota vienes tú, sobrino! —exclamó con falsa cordialidad y asombro el teniente—. De modo que no sabes nada del Golem, que es el ogro con el que asustan a los niños aquí para que se terminen la sopa... Verás, el Golem es una especie de imitación de un hombre hecha de barro y sangre de muertos, un monstruo o un robot, lo que prefieras, animado por medio de hechizos de alquimista y gracias a fórmulas mágicas tomadas de antiguas supersticiones judías... Por lo que

cuentan, el fallecido doctor Stein se dedicaba a esas nigromancias. ¡Tenía muy mala fama, ese doctor! No me digas que tu tía querida nunca te ha contado nada de todo esto...

De inmediato, Elsa protestó con patética indignación:

—¡El doctor Stein no era un hechicero, sino un sabio! ¡Se dedicaba a la ciencia, no a la brujería! Nadie odiaba las supersticiones más que él... ¡investigaba para ayudar a la humanidad!

—Admiro su fidelidad al difunto, camarada —el teniente fingió una reverencia ante la mujer—. Pero le ruego que satisfaga mi curiosidad: ¿fabricó el doctor Stein un Golem, aunque fuese por procedimientos científicos en lugar de mágicos?

Elsa tragó saliva y desvió la mirada, pero luego volvió a insistir:

—El doctor investigaba sobre la vida, para ayudarnos a los humanos a soportar nuestros trabajos y penalidades, incluso para averiguar si podemos escapar a la muerte... Todo lo hacía por el bien de la humanidad... era un sabio benefactor y no un...

—Era un enemigo del pueblo, eso es lo que era —atajó fríamente el teniente—. Un agente de la CIA, al servicio del imperialismo americano. Y tú, camarada Elsa, me parece que cojeas del mismo pie. Yo no creo en monstruos legendarios, pero busco espías imperialistas y me parece que aquí has refugiado más de una vez a algunos, aprovechando el miedo que tiene la gente a esta casa y a los experimentos del doctor. Por ejemplo, este supuesto sobrino tuyo... ¡A ver, chico, enséñame tus papeles de identidad!

Murmurando excusas y con cara de bobo, a Fisco no le quedó más remedio que mostrar sus manos vacías.

—Lo que yo me suponía —concluyó con una sonrisilla fatua el oficial—. Ya veremos, ya veremos... Pronto sabremos quién eres y de dónde vienes. No te preocupes, que nos lo vas a contar todo. Tenemos nuestros métodos para desatar las lenguas. Sargento, nos llevamos a este mozo a la jefatura. Y cuidado con él...

—Por favor... ¡no, no! ¡Les digo que es mi sobrino! ¡No sabe nada! Por favor... —la anciana intentó interponerse pero el sargento Tecglin la apartó con un brutal revés de la mano que la derribó desmadejada al suelo, mientras gruñía: «¡Quita, vieja bruja o si no vas a ver...! La obstrucción a la justicia es delito, ¿verdad, camarada teniente?»

Fisco intentó acudir junto a la vieja para ayudarla a levantarse, aunque se lo impidieron los dos agentes, cerrándole el paso y esposándole en un santiamén. Elsa permaneció tirada en el suelo como un montón de trapos negruzcos del que brotaban débiles gemidos. Pero ocurrió algo...

Por encima de ellos y de las voces de mando del sargento, muy ufano de su exhibición de autoridad, retumbó entonces en lo alto algo así como un bronco mugido. Todos levantaron la vista hacia la claraboya: la vaga claridad esparcida por los faroles de la calle había desaparecido. Un gran bulto tapaba el ventanuco, desde el que dos brasas

feroces miraban hacia dentro del cuarto. Sonó otra vez el mugido, en el que se mezclaban de forma escalofriante la desesperación del lamento con la cólera más amenazadora.

—¡Hay alguien fuera! —gritó el teniente, llevándose la mano a la funda de la pistola —. ¡Guardias, detengan a ese tipo!

Los dos agentes que vigilaban la puerta vacilaron un momento y luego, cuando el teniente repitió con irritación la orden, desaparecieron hacia el exterior. Pero la ventana volvía ya a estar despejada... hasta que, momentos después, encuadró la cara inclinada de uno de los policías.

—Aquí no se ve a nadie, camarada teniente... —a Fisco le pareció que lo decía con mayor alivio que decepción.

—¡Me cago en...! ¿Cómo que no hay nadie? —rugió el oficial—. Vayan a buscar... o, mejor, no: esperen ahí. Ya nos vamos todos. Venga, andando. Y usted, camarada Konec, nada de tonterías. Permanezca en la casa, localizable en todo momento. Creo que después de interrogar a este sobrino suyo seguramente tendremos también bastantes preguntas para usted.

Al salir, empujado por los agentes, Fisco lanzó una última mirada a su bienhechora, que seguía caída en el suelo, rebullendo apenas. Ya en la calle, amarillenta y vacía, el grupo inició la marcha a buen paso: delante iba el desgarbado sargento Tecglin, de cuya memoria habitualmente oportunista y angosta no desaparecían esos ojos llameantes que desde la calle le habían visto golpear a Elsa; luego dos de los guardias, con el esposado Fisco entre ellos, seguidos de los otros dos agentes, todos con las metralletas prevenidas; por último desfilaba el teniente, que había vuelto a ponerse los guantes y lanzaba ojeadas desafiantes pero atentas a un lado y a otro. Así cruzaron la tétrica hermosura de la ciudad silente, amordazada en el falso reposo de los humillados por el temor.

Al paso, Fisco entrevió la silueta de iglesias barrocas rematadas por pináculos y formas bulbosas, entre antiguas moradas sombrías. Atravesaron la arcada de un portal con forma de castillo y llegaron a un puente de singular belleza, en cuyo pretil se sucedían las estatuas. Al otro lado del río, Praga ascendía hasta la mole de un palacio medieval. Pero mucho antes de llegar tan lejos y tan arriba, la comitiva se desvió hacia la derecha para concluir su camino en un feo y voluminoso edificio de aspecto patibularmente burocrático. Era sin duda la sede policial.

En el control de entrada, guardias medio dormidos que olían a tabaco y a sudor registraron rutinariamente al muchacho, se incautaron sin mostrar interés de sus pertenencias y le tomaron las huellas dactilares, tras librarle de las esposas. El teniente parlamentó un rato con otro teniente, rebosante de fastidio, que se encargaba del cuerpo nocturno de guardia. Desde luego no eran horas para interrogar al prisionero ni nada parecido; además, por lo visto, los calabozos estaban totalmente ocupados. Claro, tantas redadas... El teniente de guardia se mostraba ansioso de acabar cuanto antes los

intempestivos trámites de registro. En fin, hasta que por la mañana llegase alguien con mayor autoridad responsable, no tendrían más remedio que encerrarle en una celda ya ocupada.

—Le meteremos en la doce, con el viejo profesor —decidió el teniente de guardia.

—Haz lo que quieras —se encogió de hombros su colega—. Yo tengo que seguir de patrulla. ¡Desgraciadamente! Ahí tienes mi informe.

Camino abajo, por una empinada escalera de cemento, dos carceleros se llevaron a Fisco. Después de circular ante varias puertas metálicas de aspecto inviolable, se detuvieron frente a una que exhibía una tarjeta con el número doce sujeta con cinta adhesiva. La abrieron ruidosamente merced a una llave enorme y primitiva. Después le dieron una manta áspera, junto con una toalla y una minúscula pastilla de jabón, antes de empujarle dentro y volver a cerrar con no menor estruendo.

Fisco tardó un rato en acostumbrarse a la oscuridad de la celda, alumbrada tan sólo por la claridad escasa que penetraba por una pequeña ventana defendida con gruesos barrotes pero sin cristales. Aseguraba más frío que luz. Cuando consiguió ir viendo algo, el chico distinguió un pequeño lavabo en un ángulo y una especie de jergón a lo largo de la pared opuesta. Allí había alguien tumbado, envuelto en otra manta grosera y marrón como la que a él le habían facilitado. Educado desde muy pequeño para no molestar, se sentó sin hacer ruido en el suelo, con la espalda contra el muro, y se envolvió en su manta. Quizá le viniera bien dormir un poco... Sin embargo alguien se agitó en el jergón y preguntó:

—¿Quién está ahí? ¿Quién eres?

Pese a la fatiga y un poco de angustia, la voz era educada, probablemente amable en otras circunstancias.

—Perdone... siento haberle despertado.

—No te preocupes, seguro que no es culpa tuya. Aquí respetan poco a los inquilinos, ni de noche ni de día. Además, los viejos solemos tener ya el sueño ligero... Acércate, por favor.

Sin levantarse del todo, arrastrándose envuelto en su manta, Fisco se acercó al otro, que se incorporó para recibirle. Era un anciano de unos setenta años, de rostro demacrado y sin afeitar. Aunque no podía verle con demasiado detalle, al muchacho le impresionaron dos cosas: sus ojos, extraordinariamente claros, que adivinó muy azules, y el aire de dignidad serena que emanaba de él, a pesar de las innobles circunstancias. El hombre murmuró:

—¡Qué joven eres! Cada vez sois más jóvenes... —después le tendió una mano huesuda pero cálida—. Me llamo Jan Patocka y soy profesor de filosofía.

—Soy Fisco... y no tengo ni idea de por qué estoy aquí.

—¿No? Bueno, en este país lograr que te encierren no es demasiado difícil. Salir de la cárcel, en cambio, suele resultar bastante complicado. Supongo que, más o menos, serás un enemigo del pueblo... como yo.

—¡Pero si acabo de llegar! —protestó Fisco—. Apenas conozco este pueblo, de modo que ni queriendo puedo ser enemigo suyo...

El profesor se rió silenciosamente, palmeándole cariñosamente la mano.

—Verás, la cosa no es tan sencilla como crees. Aquí los que mandan han decidido que el pueblo son ellos junto con quienes les obedecen sin rechistar, nadie más. Y los que nos oponemos a su dictadura somos automáticamente enemigos del pueblo y por tanto merecemos los peores castigos. ¡El pueblo! Hace tiempo era una hermosa palabra, noble y solidaria. Pero después se ha convertido en la justificación de todos los atropellos y en la coartada de quienes quieren gobernar sin críticos ni rivales. Mira, al pueblo le pasa como a Dios: lo malo son quienes hablan en su nombre.

—Pero si yo no me he metido en política para nada de nada... —se quejó Fisco, a quien todas aquellas explicaciones le desconcertaban bastante.

—Pues mal hecho. Si tú no quieres meterte en política, ya se encargará la política de meterse contigo. Un antiguo griego dijo que los humanos somos animales políticos, es decir, que vivimos en la «polis», en la Ciudad, con nuestros semejantes. Y no podemos desentendernos de la vida en común...

—Pues ya ve usted a dónde nos ha traído la política ésa...

—No, Fisco... ¿te llamas Fisco, verdad? No estamos en la cárcel por culpa de la política sino por culpa de la mentira. Es decir, de la mentira que algunos utilizan como instrumento político. Ves, yo soy ya viejo y me ha tocado padecer a lo largo de mi vida las dos peores mentiras políticas del siglo veinte, el nazismo y el comunismo. Y créeme: para salvarse de ellas no basta desentenderse y esconder la cabeza. Contra la mentira política no hay más remedio que intentar defender la política de la verdad.

—Parece que es un juego peligroso, ¿no? —comentó Fisco, cada vez más intrigado por la reposada vehemencia con que hablaba el profesor—. ¿Y si resulta que uno no sabe cuál es la verdad?

El anciano respiró hondo y guardó un breve silencio, pensativo.

—Para empezar, siempre hay una verdad a nuestro alcance: llamar mentira a la mentira. Es mentira que haya razas humanas superiores a otras y con derecho natural a dominar o exterminar a las demás. Es mentira que ciertos hombres nazcan con una silla de montar en la espalda y otros con espuelas y fusta para subirse encima de ellos. Es mentira que para instaurar la justicia sea preciso abolir la libertad... Fíjate un momento en el régimen comunista que ahora padecemos en Checoslovaquia. Nos dijeron que iban a crear un hombre «nuevo». Pero por lo visto ese hombre nuevo conserva todos los vicios del antiguo y sólo ha perdido sus escrúpulos. En lugar de un Plan grandioso y justo para todos, tenemos un Estado amorfo y policial; en lugar de conseguir la fusión del individuo en la vida de la colectividad, reina la desconfianza y el miedo; en lugar de una felicidad general, han conseguido una falta total de alegría y espontaneidad; en lugar del respeto y la preocupación por el prójimo, se ha llegado a una indiferencia absoluta hacia el

hombre... En fin, perdona —Patocka le lanzó una melancólica sonrisa de excusa—. No pretendo aburrirte con un cursillo acelerado de filosofía política. Son manías de un viejo profesor...

—No, si me interesa lo que usted me cuenta... —A Fisco, la palabra «filosofía» le trajo a la memoria el señor Diderot y su ya remota peripecia parisina. ¿Por qué no hablar de ello? Además tampoco tenían cosa mejor que hacer, porque se le había pasado del todo el sueño—. Oiga, nunca he comprendido bien qué es eso de la filosofía. Por lo que veo, resulta más o menos lo mismo que la política...

Patocka se incorporó más en el jergón, se colocó la almohada tras la espalda para estar bien cómodo y después negó con la cabeza:

—¡De ningún modo! Por supuesto, hay una forma filosófica de reflexionar sobre cómo vivimos en la Ciudad, igual que la hay de pensar sobre cómo vivimos en el universo. Pero la filosofía va más allá. Escucha, Fisco, la política sólo trata de la sociedad y la existencia humana consiste en mucho más. La sociedad es como el aire que respiramos: no se puede vivir sin él, pero no se puede vivir sólo de él... La tarea de la filosofía es pensar la vida, la totalidad de nuestra vida humana y mortal.

—¡Caray, vaya palo! Y ¿cómo se consigue...?

—Hay que hacerse un alma. Por medio de la filosofía, de la aventura o del amor, lo importante es hacerse un alma. La vida tomada en serio consiste en buscar y fabricar nuestra alma, para desde ella aceptar el mundo en su complejidad ciega, tratar de mejorarlo si es posible y luego mirar a la muerte a los ojos, diciendo: «no te merezco».

Fisco vibró al oírle, como si hubiese recibido una descarga eléctrica:

—¡El alma! ¿Y si nos la roban? Yo creo que hay cosas... o seres... que pueden devorarnos el alma. ¡Precisamente estoy aquí por eso, para combatirlos! ¿Ha oído usted hablar de los psicófagos?

—Si el alma es verdaderamente tuya, nadie podrá quitártela. Pero si llevas una prestada o imitada...

Se llevó el dedo a los labios e inclinó la cabeza, escuchando atentamente.

—¡Viene alguien!

Se oyó girar la llave en la cerradura y después se abrió bruscamente la puerta de la celda. Surgió cauteloso en el umbral uno de los carceleros y ambos presos le miraron con aprensivo sobresalto. Enseguida el guardián se apartó, tras cuchichear con alguien que tenía detrás de él, y brotaron de la oscuridad del corredor otras dos personas. Eran jóvenes, ambos en torno a los veinte años, y se lanzaron hacia el profesor con cariñoso entusiasmo. El anciano les acogió, sorprendido y afectuoso:

—¡Krito! ¡Jároslav! Pero, bueno, ¿cómo diablos...?

—¡Chis! ¡Por favor, no levante la voz! Querido profesor... ¿Cómo le han tratado estos brutos?

—Pues regular, bastante regular, para qué os voy a decir otra cosa. Llevo dos interrogatorios de diez horas al día... ¡y nada amables, os lo aseguro! Mañana me espera otro... Pero ¡qué alegría veros!

—¡Se acabó! —dijo el muchacho más alto de los dos, mirando con veneración a Patocka a través de sus gafitas de cerco metálico—. Tenemos que darnos prisa. Hemos venido a sacarle de aquí.

—¡Sacarme de la cárcel! Pero eso es imposible, Krito... Los guardias... la patrulla...

El otro joven intervino, descartando con un gesto displicente tales objeciones.

—Usted no se preocupe de eso, profesor, todo está arreglado. Ya sabe que con dinero se allanan todos los obstáculos y nuestro Krito aquí presente es un genio para las finanzas... Ha comprado a la mitad de los carceleros de Praga. Descuide, que nadie le verá a usted salir: ¡tienen billetes tapándoles los ojos! Ahora lo importante es no perder tiempo. Tenemos que marcharnos antes del próximo cambio de guardia...

El profesor les contempló a ambos con enorme cariño, aunque también con algo de ironía y no se movió de su jergón. Habló suavemente:

—Pero, queridos muchachos, es imposible... ¿No os dais cuenta? Yo no puedo irme de aquí...

—¿Cómo que no? ¡Menudo disparate! Vamos, rápido. Le digo que todo está arreglado...

—No lo dudo, no lo dudo, pero... no voy a ir a ningún sitio. Krito, Jároslav, amigos míos, ¿no lo entendéis? No me escaparé, aunque pueda.

—¡Por favor! ¡Por lo que más quiera! —suplicó el joven de las gafas—. Usted está enfermo, profesor, y no podrá soportar muchos interrogatorios más. ¡Ellos van a seguir, van a seguir hasta acabar con usted! Le necesitamos, es usted imprescindible para nuestro movimiento. ¡Hágalo por nosotros, por la resistencia!

—Pienso en vosotros, Krito, y en los demás. También pienso en mí, qué caramba. Y por eso mismo creo que debo quedarme. Ya soy viejo, no tengo mucho que perder. Es necesario que alguien siga aquí, defendiendo la verdad, respondiéndoles. Sólo con mi presencia ya soy una acusación y un problema para ellos. Si me escapo, se lo doy todo resuelto... Además, ¿a dónde queréis que me vaya?

—También eso está planeado —le urgió Jároslav—. Primero irá usted a Holanda, después a París, donde tiene bastantes amigos. Allí podrá usted hacerse oír, explicar nuestra lucha...

—No será fácil —comentó con cierto humor Patocka—. Ya sabes que París está lleno de intelectuales convencidos de que, a pesar de todos los pesares, los malos somos los que nos enfrentamos a las autoridades comunistas y no quienes nos encarcelan. Qué digo París... ¡Europa entera! En cuanto salga de aquí, para todos esos cerebros privilegiados me convertiré en un agente de la CIA...

—¡Olvídese de esas actitudes sectarias! Ya verá cómo poco a poco van cambiando de opinión... Lo importante es que usted se habrá salvado y podrá vivir en el mundo libre.

El anciano filósofo hizo un gesto de escepticismo.

—¡El mundo libre! Quisiera compartir tu entusiasmo, Krito, pero me resulta difícil. Sin duda son más libres que nosotros en muchos aspectos, pero también allí hay miedo. Y la verdad es que ningún sistema social basado en el miedo me gusta demasiado, sea el miedo a la policía política o el miedo a la pobreza. En cualquier caso, lo que a ti y a mí nos interesa no es que haya un mundo libre fuera de aquí sino que haya libertad aquí, en nuestro país... Ya ves: yo me quedaré aquí, en este calabozo, para defender mi libertad.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada preocupada y Jároslav consultó su reloj. Después exclamó, impaciente:

—Entonces... ¿qué? ¿Tenemos que esperar un milagro salvador?

—¿Por qué no? —repuso tranquilamente Patocka—. Como el sentido de la política es la libertad humana, sólo en política es lícito esperar milagros sin caer en la superstición. Los seres humanos somos capaces de lo inverosímil y lo incalculable... ¡si queremos, somos capaces de hacer incluso lo que apenas nos atrevemos a imaginar!

El guardián apareció en la puerta y les apremió a partir de una vez. Dentro de pocos momentos sería ya imposible... Viendo que sus dos compañeros vacilaban, cada vez más nerviosos y desconcertados, Patocka les habló con autoridad paternal:

—Escuchadme, os diré lo que vais a hacer. Llevaos a este chico que han encerrado conmigo. Es forastero y nada tiene que ver con nuestro movimiento, pero mañana sin duda van a torturarle para que confiese lo que no sabe. Salvadle a él por lo menos. Y después continuad la lucha. No dejéis de informar, de explicar y razonar, no os canséis de combatir la mentira. Hay crímenes que quizá no podemos evitar, pero al menos impidamos el crimen del silencio...

Comprendiendo que toda insistencia era ya inútil, Krito y Jároslav abrazaron al profesor. Tenían el presentimiento de que nunca le volverían a ver. Después le hicieron un gesto a Fisco y se dirigieron presurosos a la puerta. Antes de seguirles, el chico se acercó al filósofo y le estrechó la mano. El anciano le miró largamente con sus ojos claros, cándidos y resueltos:

—No te olvides, Fisco. Debes hacerte un alma. Hazte un alma verdaderamente tuya, para que nadie te la pueda robar... o devorar.

—Vale, profe. Prometo que lo intentaré...

Y salieron los tres. Oyeron que el carcelero sobornado hacía girar de nuevo la llave, cerrando la celda donde se quedaba el hombre libre. Luego, furtivamente, abandonaron la jefatura policial y se encontraron de nuevo en la Praga nocturna. Fisco comprendió enseguida que sus dos acompañantes no sabían muy bien qué hacer con él. Aún estaban trastornados por no haber podido rescatar a Patocka y el muchacho desconocido les resultaba un auténtico engorro. En una esquina se detuvieron algo crispados a discutir el caso.

—¿A dónde quieres ir? Podemos intentar buscarte algún refugio para esta noche, pero mañana...

Lo malo era que el propio Fisco no sabía muy bien qué decirles. Le parecía lógico que los dos activistas le mirasen con recelo: debían pensar que el profesor se equivocaba confiando en alguien tan extemporáneo y sospechoso. Con bastantes circunloquios y balbuceos, intentó explicarles que de momento iría a donde ellos quisieran. Pero en ese momento sonaron gritos de alerta y pasos apresurados. Jároslav gritó:

—¡La patrulla! ¡A correr! ¡Krito, ve por la derecha!

Inmediatamente, desapareció por una callejuela a la izquierda, mientras su amigo lo hacía por el lado opuesto. Confuso, Fisco dudó por unos segundos a cuál de los dos seguir. Y esa vacilación le fue fatal. Antes de poder moverse se encontró rodeado por los agentes, frente a sus viejos conocidos el teniente y el sargento Tecglin.

—¡Vaya, vaya! —exultó malévolo el oficial—. Mira a quién tenemos otra vez aquí... ¡Qué angelito! De modo que tus cómplices no han perdido el tiempo para sacarte de la jaula, ¿eh? Por lo visto eres un pez más gordo de lo que habíamos pensado...

—Ya me parecía a mí que éste era una buena pieza... —corroboró el sargento, tan ufano como si viera confirmada por fin una larga y difícil serie de razonamientos deductivos. E inmediatamente echó mano de las esposas. Pero no estaba destinado a ponérselas a Fisco. Ni a Fisco ni a nadie más en este mundo.

Sonó un tremendo bramido y de las tinieblas de un portal brotó incontenible una sombra enorme. Se diría que el muro alto y ancho de la vieja casa les atacase. Era una figura caricaturescamente humana, un gigante deformado que se movía como a tirones pero con espantosa celeridad. Cayó sobre uno de los guardias y lo barrió de su camino como un guiñapo. Otro de los agentes, sin esperar nada más, echó a correr. Con la mandíbula desencajada por el pánico y los ojos tan abiertos que parecían en blanco, el teniente gimió ahogadamente:

—¡Golem!

Sin dudar un instante, la criatura fue hacia el sargento Tecglin. Mientras enredaba vanamente tratando de sacar su pistola, el policía tembló al ver clavados en él los dos ojos sanguinolentos y vengativos que habían presenciado cómo maltrataba a la vieja Elsa. Fue el último espectáculo de su vida porque un instante después yacía contra la pared, con el cráneo cascado como un huevo. Podrido, por más señas.

En la confusión, Fisco recobró el uso de sus extremidades inferiores. No se quedó desde luego a ver el resultado de la fantasmagórica batalla y echó a correr. Escuchó tras él vociferaciones y disparos de metralleta, pero siguió corriendo. Sin saber por dónde ni a dónde. Al menos dos veces tropezó y cayó en el empedrado irregular de la calle. Al fin, jadeando y cojeando, volvió a encontrarse en el hermoso puente flanqueado de estatuas que atravesaba el río. Impasible, a lo alto, le contemplaba la maciza silueta del castillo, con sus altas torres.

Arrastrando su magullada pierna izquierda, comenzó a cruzarlo. Cuando llegó a la mitad, le inquietaron al otro lado luces saltarinas que iban y venían, mientras se oían las sirenas de coches policiales. Sin duda le estaban ya buscando. Pensó que quizá fuese mejor retroceder y renqueante se dio la vuelta. A cuatro o cinco metros percibió entre las sombras un bulto monumental que se le acercaba rápidamente. ¡El monstruo había venido tras de él! Retrocedió claudicante, hasta que su espalda chocó con el pretil del puente. Abajo, lentas y frías, discurrían las aguas del río... La inmensa criatura le tenía acorralado. Vislumbró muy arriba, como en una pesadilla, un rostro que no podía ser la cara de nadie, cosido de cicatrices, con los ojos mortecinos ahora semicerrados. Una manaza de uñas negras, que parecía la zarpa de una bestia prehistórica, se tendió hacia él. Después, lentamente, giró la palma hacia arriba, en el gesto suplicante con que se pide limosna.

—¿A...mi...go? —la ronca y estrujada voz no parecía brotar de la garganta sino del pecho ciclópeo de la criatura. Insistió, urgente, desesperado—: ¿Ami...go?

Un júbilo desbordante y loco se apoderó de Fisco.

—¡Claro que sí, colega! ¡Amigos para siempre! ¡Arriba esa mano!

El gigante levantó lentamente la zarpa, como si fuese un guardia urbano deteniendo el tráfico. Y el chico saltó con su diestra también en alto, hasta chocarla con ella. Retumbó en el puente, sobre el río, de orilla a orilla, en la noche inquieta, un rugido triunfal:

—¡Amigo!

Al momento siguiente, la criatura sorprendida dio un paso atrás. Una burbuja rojiza y agitada envolvía a su recién hallado amigo, hasta que dejó de verle. Muy poco después se disipó, pero el puente estaba ya vacío y el monstruo había vuelto a quedarse solo.

# 12

# ¿SALVADOS?

—¡La letra! Pero... ¿cuál es la última letra? —Jaiko agobiaba al recién llegado Fisco con sus preguntas, sin darle un respiro para que se repusiera del viaje. Al ver la cara de desconcierto que ponía su compañero, temió lo peor—: No me digas que no has traído ninguna letra...

—Verás, yo... ¡Oye, tronco, que me han metido en la cárcel y todo! Casi me fusilan... —se lamentó Fisco—. La verdad es que no me he acordado para nada de la puta letra, jopé. A mí que me registren...

Se encogió de hombros y, automáticamente, se metió las manos en los bolsillos. En el de la izquierda palpó algo suave, un poco pegajoso. Lo sacó con curiosidad... y esperanza. Era lo que quedaba de la pastillita de jabón que le habían dado los guardias al entrar en la celda, medio fundida por el acaloramiento de la travesía en la nube viajera. Un trozo pequeño, pero suficiente para incluir una «E» que seguramente formaba parte del rótulo comercial impreso en la pieza completa. La última letra que casi daban por perdida...

—Entonces... ¡ya las tenemos todas! —concluyó Sara, excitada y animosa—. Vamos a juntarlas, a ver qué sale.

—Un momento, un momento... conviene ser precavidos —don Pantaleón comprobó que la falleba de cada ventana estaba bien asegurada y aseguró la persiana de la puerta de entrada. Después explicó—: No queremos ninguna visita inesperada precisamente ahora, con las letras encima de la mesa, ¿verdad?

No añadió nada más, pero todos sabían demasiado bien que la «visita» a la que se refería el librero podría ser inesperada en el momento de producirse pero era ya tenida —¡y temida!— como inminente desde hacía un tiempo agobiantemente largo. Con puertas y ventanas bien cerradas, la librería resultaba ahora un poco más sombría e inquietante. Las altas estanterías cargadas de libros en parte invisibles y casi inalcanzables producían la impresión al imaginativo Fisco de los acantilados de un desfiladero, guardados por guerrilleros embrujados y fascinantes en perpetuo estado de alerta...

Encabezados por don Pantaleón, se agruparon en torno a la mesa central de la librería. Solemne, el librero abrió el cajón donde habían guardado las ocho piezas resultantes de otras tantas expediciones singulares y arriesgadas. Allí estaba la heterogénea caterva alfabética, formando la colección más rara y dispareja que pueda

imaginarse: la «A» trazada por don Quijote, la «L» en el tipo de imprenta de la Enciclopedia, la «B» en la sortija que Zindabad obsequió a Sara, la «I» en el palito obtenido en su visita a Leonardo da Vinci, la «D» que llevaba el escarabajo ciego en su lomo, la «R» adquirida en el envoltorio del caramelo victoriano, la «T» bordada en el pañuelo de la mujer fantasma y la «E» final traída en el jabón carcelario desde Praga. Don Pantaleón las fue poniendo sobre la mesa y todos las miraron con cierto desolado asombro. Francamente, aquello no parecía tener pies ni cabeza. Lo único con pies y cabeza, aunque sin ojos, era el escarabajo cavernícola, que se empeñaba en pasearse lentamente por la mesa y tenía de vez en cuando que ser devuelto otra vez a la formación cuando se acercaba peligrosamente al borde con riesgo inminente de caer al suelo.

El librero sacó también la cajita metálica, corrió la tapa y mostró de nuevo sus compartimentos irregulares, que parecían difícilmente compatibles con el material y las figuras que debían albergar en ellos. El bueno de Pantaleón lanzó uno de sus acostumbrados silbidos suspirantes:

—Fiuuuuu... Vaya lío, ¿no?

—Si por lo menos supiésemos el orden en que deben ir... —Fisco intentaba organizar de algún modo aquella mescolanza—. Supongo que tendrán que formar alguna palabra.

—A...L...B...I...D...R...T...E... —repitió con aire escéptico Jaiko—. Pues, la verdad, a mí no me suena...

Hubo un silencio confuso. Poco a poco, una imagen le vino a la memoria a Sara. El recuerdo de aquel fatigado pero aún valeroso caballero de la Mancha, que tras haber puesto en fuga a los ogros hizo un elogio de lo más precioso para el hombre...

—¡Libertad! —exclamó la chica—. ¿No os dais cuenta, tarugos? ¡La palabra es «libertad»!

Hubo una explosión general de entusiasmo entre los «tarugos», que no se sintieron ofendidos por el calificativo: todos estaban de acuerdo en lo certero del hallazgo.

—No podía ser otra, claro. ¡No podía ser otra! —repetía bailoteando don Pantaleón.

—La pavita tiene cerebro, ¿eh? —Jaiko la miraba con admiración. Y luego añadió, con un toque malicioso—: Es que no le falta de nada...

—¡Así es mi hermana! —resumió Arno, más orgulloso que si la palabra la hubiera encontrado él.

También *Séneca* insistió en hacerse oír con una de sus glosas en ripio salvaje:

—¡Libertad!, grita la gente
cuando quieren ser personas.
Olvidan sectas y hormonas
por pedir lo más urgente...

De todas formas, aún conociendo el orden de las letras no parecía tarea sencilla encajarlas dentro del estuche metálico. Con mano algo insegura y después de ajustarse nerviosamente un par de veces los anteojos en la nariz, don Pantaleón colocó la «L» en la primera casilla: el tipo de imprenta se amoldó al hueco como si hubiera sido diseñado para él. Y lo mismo ocurrió, aún más sorprendentemente, con el palitroque de la «I»: nada más tocar la caja, pareció ensancharse y redondearse hasta ocupar perfectamente todo el espacio que le correspondía. El fenómeno se repitió con cada una de las letras restantes. Unas se encogían, otras perdían aristas, se aplanaban o se hinchaban como más conviniese... al escarabajo le desaparecieron las patitas y demás rasgos zoológicos hasta adquirir un aspecto mineral de la exacta forma requerida. A pesar de estar hechas de materiales tan dispares, las ocho se portaron como si fuesen de agua, la cual adopta siempre la figura del recipiente que la contiene. Finalmente, el rompecabezas quedó completo: la palabra «libertad» llenaba perfectamente la cajita y cada una de las letras sólo conservaba de su anterior condición el color del soporte material en el que había sido hallada: blanca, roja, amarilla, negra... sobre un fondo uniforme del tono adecuado para el caso.

El resultado fue tan armónico y convincente que todos se quedaron ciertamente sobrecogidos. Comprendieron que estaban en juego fuerzas admirables y poderosas... aunque por desgracia no todas les eran precisamente favorables. Don Pantaleón corrió sin esfuerzo la tapa del estuche hasta dejarlo bien cerrado y compacto, mientras se esforzaba voluntarioso por explicar lo más bien inexplicable:

—En fin, ya os dije que lo importante era la historia de la que provenía cada letra, no el que estuviese escrita en tela, papel o madera... ¡Y aún más cuando se trata finalmente de la palabra «libertad»! Porque lo único que cuenta de la libertad es cómo se consigue y no...

—Seguro que tiene usted razón, don Panta —le interrumpió bastante impaciente Fisco. —Pero ahora lo importante es saber cómo llevaremos la caja al Estadio para abrir con ella las puertas y dejar salir a nuestros... a todo el mundo. ¿Qué plan tenemos?

El librero se rascó la cabeza, Sara carraspeó y Jaiko se mordió los labios. En cambio Arno lo tenía bastante claro:

—Pues venga, cogemos la puerta y nos vamos para allá cuanto antes. ¿A qué estamos esperando?

En ese momento, como si la palabra «puerta» hubiera sido un conjuro, alguien llamó con insistencia a la de la librería.

—¡Pantaleón! ¡Abre! ¡Deprisa! Me vienen siguiendo...

Era la voz aguda y gruñona de don Hilarión.

—¡Hilarión! ¿Eres tú? —respondió su hermano.

—¡Claro! ¿Quién va a ser? ¡Ábreme ya, por favor! —el tono se hizo más angustioso—. ¡Me pisan los talones! Pero traigo buenas noticias...

Los golpes en la puerta sonaron más fuertes, apremiantes, haciendo crujir la persiana metálica.

—Ya voy, Hilarión. Ahora mismo te abro. —El librero se apresuró con su trotecillo bamboleante. Pero un paso antes de alcanzar la entrada se detuvo y los chicos le vieron estremecerse, como si tiritase de frío.

—Hilarión...

—¡Venga, abre de una vez!

—Pero... tú tienes llave de la puerta. ¿Por qué no has abierto con tu llave?

Se hizo un instante de silencio. Luego, vacilante y llena de súplica, llegó la respuesta.

—Es que... he olvidado la llave. ¡Con las prisas...! Pero tú quieres que entre, ¿verdad? ¡Soy tu hermano! ¿Verdad que quieres tenerme ahí dentro, contigo?

Encogido, temblando, don Pantaleón se quedó callado durante varios minutos. Después, con voz fuerte y trágica, gritó:

—¡No! ¡No quiero que entres y que Dios me perdone! ¡Quédate fuera, seas quien seas! ¡Fuera!

La puerta retumbó terriblemente, aporreada, pateada, *arañada*... Después volvió la calma y una voz aflautada, irreconocible como si saliese tras una mordaza de trapos, canturreó:

—Déjame entrar... déjame entrar... déjame entrar...

Don Pantaleón retrocedió, tapándose los oídos con las manos.

—No es él, no es Hilarión, no....

—¿Está seguro? —Sara parecía más preocupada que asustada—. Mire que si se equivoca... ¡pobre don Hilarión!

—No es él, estoy seguro. Hilarión tiene llave y además... Es un truco de esos demonios para poder entrar.

—No lo entiendo —Jaiko estaba perplejo—. Entonces... ¿por qué no echan la puerta abajo y se dejan de trucos baratos?

El librero inspiró un par de veces profundamente, intentando serenarse. Estaba tan pálido como un sudario sin estrenar.

—Escucha, creo que no pueden entrar si no les franquean el paso o les llaman desde dentro. ¿Os acordáis de lo que os conté hace tiempo —ya ni sé cuánto, es todo tan confuso— cuando uno de ellos intentó entrar por el «Laberinto»? Pretendía engañarme para que creyese que era Sara y le abriera la puerta.

—Pero también nos contó que luego usted tuvo que empujar la puerta con todas sus fuerzas para impedirle abrirla...

—Eso me pareció entonces, sí, pero después reflexioné sobre el asunto. Yo no tengo fuerza suficiente para frenar a uno de esos bichos... Lo que intentaba conseguir era que me rindiera, que me entregara... ¡que le aceptara dentro de una vez para poder así descansar! Como no cedí, tuvo que marcharse. Necesitan nuestra complicidad: se

aprovechan de nuestros desfallecimientos, de nuestro miedo y nuestra pereza. Ahora veo que también pueden utilizar nuestros mejores sentimientos, el cariño que sentimos por otras personas, la compasión... Estoy seguro de que el más pequeño error les permite... les permite... ¡invadirnos!

—¡Jopé! —glosó oportunamente Arno. Y todos estuvieron de acuerdo con él.

Pero ahora llaman a la puerta otra vez... Suavemente aunque con insistencia.

—¡Jaiko! ¿Estás ahí? ¿Me oyes? ¡Jaiko, chaval...!

—¡Es mi tío! Conozco muy bien su voz, seguro que es él. ¡Tío Andrés! ¿Estás bien? Como no te encontré en el Estadio me asusté. Pero por lo visto has logrado salir...

—Sí, he conseguido escaparme... ¡No veas lo que me ha costado! Ahora te lo contaré, ha sido una aventura tremenda, chico. Anda, abre, que necesito descansar y beber algo. ¡Estoy seco!

El muchacho se volvió a don Pantaleón.

—Por favor, ábrale. Es mi tío, estoy seguro. ¡He estado tan preocupado por él!

El librero meneó la cabeza, compasivo.

—No, Jaiko, no. ¿No te das cuenta? No es él... nadie puede salir del Estadio así, por las buenas.

—Pero... ¡yo conozco su voz! Me ha criado desde niño, desde que murieron mis padres... —el chico se debatía entre dudas—. ¿Cómo no vamos a abrirle?

Desde el otro lado de la puerta, el supuesto pariente le urgió con amable impaciencia

—Vamos, hijo... ¿Qué pasa, es que no encuentras la llave? Te digo que necesito sentarme y tomar un trago. Estoy muerto...

Las dos últimas palabras sobresaltaron a Jaiko. Sara le puso la mano en el brazo y dijo en voz baja:

—Pregúntale algo, lo que sea. Algo que pueda indicarte si es tu tío o no.

Jaiko vaciló un momento. Luego, acercándose a la persiana metálica de la puerta, dejó caer en un tono despreocupado bastante bien fingido:

—Espera un momentito, tío Andrés, que ahora traen la llave. Es que don Pantaleón ya había echado el cierre por hoy, ¿sabes? Oye, por lo de sentarte, *no problem*; pero en cuanto a beber, aquí creo que no hay más que ginebra. Al abuelo Panta le gusta el cubata, figúrate...

Fuera sonó algo como una risa hueca.

—¿Qué más da eso, chaval? Ginebra, whisky o lo que sea. ¡Hasta tequila, si no hay otra cosa! Lo importante es pasar un rato en buena compañía...

—Pero es que tú no tomas alcohol, tío Andrés. ¿No te acuerdas ya de que eres diabético? A no ser —añadió amargamente el muchacho, dando la espalda a la puerta y apretando los puños crispados— que también de eso te hayan curado allí dentro tus amigos del Estadio...

La persiana metálica resonó como si un toro se hubiera estrellado contra ella. Desde el otro lado, en tono cavernoso, dijeron:

—¡Abre ya, chico! No hagas caso a esa gentuza de ahí dentro. Están pirados, serán tu perdición. Yo soy tu familia, tu verdadera familia. ¿Vas a hacerles más caso que... que a mí? Soy tu tío... Jaiko, abre a tu tío... tíooo... —el final de la frase se oyó deformado, distorsionado y monstruoso como si sonase en un tocadiscos estropeado que estuviese comenzando a dejar de girar—. Abreee... a tu tíoooo...

Después, silencio total. Con los ojos desencajados, entre dientes, Jaiko gruñó una retahíla de tacos y palabrotas. Soltó una tras otra todas las que recordaba y después volvió a empezar. Fisco se le acercó, dándole palmadas cariñosas en la espalda y en la cabeza, mientras repetía: «¡venga, tronco, venga ya!». Mientras, Sara fue hasta la puerta y pegó la oreja:

—No se oye nada... Parece que se ha ido.

—Sara...

La muchacha retrocedió de un salto, como si hubiese pisado una víbora. Ahora sonaba una agradable voz de barítono, cálida y bien modulada. Llamaban a la puerta con suave tamborileo.

—Sara, mujer... no te habrás olvidado ya de mí, ¿verdad? Soy tu amigo Zindabad. Ábreme, anda. Vengo desde la lejana Bagdad para contarte historias maravillosas de genios y príncipes disfrazados de mendigos. Y te hablaré de la magia de esas noches perfumadas en que una niña conoce por primera vez el amor... Por favor, ábreme. Estoy deseando volver a verte...

A Sara se le llenaron los ojos de lágrimas y se las secó con rabia, con infinita rabia. Dando con el pie en el suelo una y otra vez repitió: «¡No, no, ojalá te mueras, no...!»

Al verla llorar, Jaiko se indignó como nunca en su vida y amenazó hacia la puerta con el puño:

—¡Maldito cobarde, hijoputa, basta ya! ¡Anda, entra si te atreves...!

Entonces se cruzaron dos gritos simultáneos. Don Pantaleón chilló con angustia:

—¡No, Jaiko, no digas eso!

Y desde fuera sonó un aullido de victoria, manchado de burla.

—¡Claro que me atrevo! ¡Muchas gracias!

Con estruendo, el metal de la persiana se combó hacia dentro como si hubiera sido golpeado por un ariete. Después salió despedido de sus goznes, arrugado y retorcido. Detrás cayó la puerta misma, con fragor de cristales hechos añicos. Todas las luces del local oscilaron y disminuyeron sensiblemente su potencia. Una fosforescencia subacuática se apoderó de la librería, creando la impresión de estar en el fondo de un estanque sólo vagamente iluminado por el lejano resplandor de una luna enferma. En el quicio de la entrada se agazapó una forma bestial de ojos como carbones encendidos. Después saltó al interior y se irguió sobre las patas traseras hasta alcanzar estatura humana. El psicófago había entrado por fin en «El Pozo y el Péndulo»...

Avanzó a pasos cortos, algo inestables, con los largos brazos simiescos replegados junto al cuerpo para mejor mostrar sus garras. La lengua negruzca se agitaba nerviosa a uno y otro lado de las fauces semiabiertas, de las que brotaba incesante una especie de

siseante gruñido como el hervor del caldero en el que las brujas preparan sus pócimas. Se dirigía hacia la mesa central sobre la que estaba el estuche que encerraba la palabra clave. Y volvía la cabeza de mandril a derecha e izquierda, buscando a sus adversarios...

—¡No le miréis! —gritó don Pantaleón—. ¡Por lo que más queráis, evitad mirarle a los ojos!

El viejo librero empuñó su primitivo mosquetón y, sin alzar la vista, con pulso tembloroso, encañonó al invasor cuyo aliento pútrido notaba ya en su cara.

—¡Atrás! ¡Fuera de mi tienda! ¡Reservado el derecho de admisión!

Ni siquiera llegó a disparar la antigualla. Con un zarpazo veloz, el psicófago la tomó por el cañón, se la arrebató de las manos y luego, utilizando el mosquete como una maza, le propinó un golpe terrible en la base del cuello. Don Pantaleón se desplomó inerte sin el menor gemido. La fiera lanzó algo a medio camino entre el rugido y la carcajada y tendió la garra hacia la brillante cajita metálica sobre la mesa.

Entonces se oyó un grito de guerra. Ronco, lleno de santa furia y desafío, caído del cielo:

—¡A los monstruos del Averno
voy a mandarles al cuerno!

Propulsándose con las alas abiertas y tensas como un halcón que se abate sobre su presa, uñas fuera y pico en ristre, *Séneca* se lanzaba al contraataque. Buscaba con afilados espolones los ojos encendidos de su enemigo, a los que no temía mirar de frente con los suyos propios, amarillentos y coléricos. El infernal cinocéfalo retrocedió a trompicones, manoteando a ciegas sobre su cabeza para ahuyentar la amenaza aérea. Se alejó así un metro de la mesa... Venciendo por fin la horrorizada parálisis que le había inmovilizado desde que la librería fue invadida, Fisco recuperó el estuche metálico y se lo arrojó a Sara, que era quien estaba más cerca de la puerta.

—¡Toma, llévatelo! ¡Ya sabes lo que hay que hacer! ¡Corre, no pierdas tiempo!

Sara lo cogió al vuelo y salió a toda velocidad de la librería, seguida de cerca por Arno como su más fiel escudero.

El enfurecido psicófago, con *Séneca* hostigándole sobre su cabeza como un penacho viviente y medio cegado por ese ataque, giró sobre sí mismo tratando de perseguirla. Y se encontró entre las patas de una silla que Jaiko esgrimía contra él, al modo que los domadores en el circo manejan un taburete para hacer recular a los leones díscolos. No tuvo más remedio que volver a retroceder dando zarpazos, mientras Fisco le asestaba por un costado culatazos con el viejo mosquete que acababa de recoger del suelo. El diabólico bicho bramaba y escupía como una gárgola obscena.

Tras de él bostezaba la entrada del «Laberinto», cuya puerta nadie había cerrado después de la llegada de Fisco. Sin necesidad de intercambiar palabra, los dos muchachos pensaron lo mismo y arrollaron al cinocéfalo babeante hacia el interior de la garita, con la

eficaz colaboración del belicoso loro. Poco estable sobre sus extremidades traseras y maltratado por los empellones de los muchachos, terminó cayendo hacia atrás dentro del estrecho reducto. De inmediato se revolvió a cuatro patas, porque era mucho más ágil como cuadrúpedo que como bípedo, pero se encontró con que Fisco y Jaiko le habían cerrado a toda prisa la puerta en los morros. Lo hicieron con tanta premura que a punto estuvieron de encerrar también a *Séneca*, que logró escapar dejando alguna pluma en el aire y una muy sentida queja:

—¡Tened cuidado conmigo!
¡Vaya con el «fuego amigo»!

Los dos chicos arrimaron el hombro para mantener cerrada la puerta, que crujía y rebotaba empujada desde dentro con enorme saña. De pronto, el cristal esmerilado saltó en pedazos y a través del hueco surgió una zarpa simiesca que hizo presa en la espalda de Jaiko, rasgando la ropa y lacerando la carne. El muchacho aulló de dolor y se revolvió para librarse del ataque. Dejó de hacer entonces presión sobre la puerta, la cual se abrió casi un palmo. Fisco, que multiplicaba su esfuerzo para volver a cerrarla, encontró de pronto al otro lado, cerca de su cara, unos ojos ardientes inmensamente feroces y sin embargo —¡eso era lo más terrible!— también elocuentemente *persuasivos*. Experimentó una rara languidez, un deseo de reposo y armonía universal, llevarse bien con todos, llevarse bien incluso con... Tras otro crujido ominoso, la puerta se abrió un palmo más...

Entonces Fisco percibió la caricia ya familiar del viento en la cara y supo que por fin llegaba el remolino púrpura. Dejó de sentirse presión combativa al otro lado de la puerta y el psicófago fue arrebatado quién sabe hacia dónde. Oyeron alejarse en el vacío su parloteo enfurecido, en el que se mezclaban gruñidos de antropoide con descoyuntadas y blasfemas palabras humanas. Después de que se hubo marchado, los dos amigos, sudorosos y congestionados, quedaron un largo instante apoyados en la puerta del «Laberinto».

—Espero que se lo lleve bien lejos... —resopló Fisco.

—Ojalá se lo deje como bocata al tigre de la gruta... —maldijo Jaiko.

Ninguno de los dos expresó en voz alta su verdadera inquietud: «¿Y si vuelve? ¿Y cuando vuelva?»

Fisco se dio cuenta de pronto de los desgarrones que habían infligido la uñas del psicófago en la espalda de su amigo.

—¡Eh, que estás sangrando mogollón! ¿Te duele mucho?

—No, no demasiado, de verdad. Además me lo merezco por gilipollas. ¡Mira que haber llamado a ese bicho!

Pero ahora lo urgente era atender a don Pantaleón. Seguía caído en el suelo, lívido, con hilillos de sangre saliéndole de la nariz y de uno de los oídos. No hacía falta ser un gran médico para darse cuenta de que se encontraba muy, muy mal. Con todo cuidado, como si cogiera en brazos a un bebé, Fisco le levantó la cabeza y la apoyó contra su regazo. No sabían qué hacer. Jaiko comentó: «Quizá sea mejor no moverle. Hay que avisar a un médico...» En ese momento, el librero se pasó la lengua blanquecina por los labios y después entreabrió los ojos. Los tenía turbios, color despedida.

—Fisco... Jaiko... chicos... ¿sois vosotros, eh? Ese mal bicho...

—Ya nos hemos librado de él, don Panta —informó Jaiko—. Misión cumplida. Ahora esté tranquilo, que vamos a llamar al médico...

—¿Un médico? ¡Buena idea! Incluso dos, si los encontráis... La verdad es que creo que voy a necesitar un hospital entero para mí solo, tanatorio incluido... —se le escapó una risita débil y luego se le contrajo el rostro con una mueca de dolor—. ¿Y Sara, dónde está? ¿Y el niño?

—Están bien los dos, no se preocupe —Fisco quiso parecer animoso—. Se ha llevado la caja con las letras y sabrá que hacer con ella. Es muy lista esa chica. Seguro que se las arregla estupendamente sola.

—¡Qué bien! —gimió don Pantaleón—. Confiad en Sara, con ella no hay quien pueda. Yo creo que ahora todo se va a arreglar, por fin. Ya me contaréis...

A Fisco le rodaban las lágrimas por la cara, pero no se las podía secar porque necesitaba las dos manos para sostener incorporado a don Pantaleón. Con tono truculento y un nudo en la garganta, Jaiko fingió ferocidad para disimular la angustia:

—¡Ya van a ver, esto no puede quedar así! Cuando cojamos a los otros, vamos a...

—No, Jaiko, escucha... —el librero hizo un gran esfuerzo para hablar en tono más decidido—. No perdáis el tiempo en castigar, ni mucho menos en odiar... Los que no tienen miedo no deben odiar, ¿verdad? Si queréis vengaros, si queréis vengarme... sed felices. La mejor venganza contra nuestros enemigos es la felicidad. Así nos lo enseñó Voltaire. ¡Gran hombre, Voltaire! ¡Y qué escritor...! Fiuuuuu...

Volvió a un lado la cabeza y el tenue silbido se convirtió en su último suspiro.

Sobre las abatidas cabezas de los muchachos sollozantes pasó aleteando el loro *Séneca*. En esa ocasión no dijo nada, ni en verso ni en prosa: sólo dejó oír una especie de graznido mitigado que sonó como una larga queja. Se entretuvo revoloteando un momento por la tienda, como para llevarse su recuerdo, y después desapareció por la gran abertura de la puerta derribada. Nunca le volvieron a ver.

* * *

Sara y Arno iban solos por las sombras de la tarde que caía. Había comenzado a llover, con suave y frígida pertinacia. Los hermanos buscaban los aleros protectores, los soportales, en todo caso la proximidad de las fachadas. En cada esquina, Sara se detenía

un momento para decidir la ruta más segura. Si la calle estaba bien iluminada y abundaban los viandantes, optaba por ella sin vacilar. Cuando se les ofrecía otra más solitaria y oscura, se lo pensaba un rato y —si se decidía a tomarla— urgía a Arno para que la recorriesen lo más rápidamente posible. Parecía desconfiar especialmente de los automóviles; en cuanto uno frenaba cerca de ellos se sobresaltaba y procuraba alejarse de su vecindad. También evitaba los grupos de dos o tres personas refugiadas en un portal o esperando bajo una marquesina. Aunque trotaba tras ella dócilmente, Arno se decidió a aprovechar un alto para preguntar a su hermana:

—Oye, Sara, ¿a dónde vamos?

Enseguida obtuvo la respuesta temida y esperada, lacónica:

—Al Estadio.

—Pero Fisco y Jaiko, el pobre don Pantaleón... ¡están en peligro, luchando contra el psicófago! ¡Tenemos que volver para ayudarles, no podemos dejarles así!

—Escúchame bien, Arno —Sara le puso las manos sobre los hombros y a él le pareció más alta, no hermanita ya sino madre o maestra—. Hemos corrido muchos peligros para reunir las letras en esa caja y ahora hay que utilizarla. Si logramos abrir el Estadio liberaremos a la gente, a papá y mamá, pero también venceremos a los psicófagos. Nuestros amigos están peleando en la librería para ayudarnos a conseguirlo. Y nosotros les ayudaremos a ellos si lo conseguimos. Cada cual debe hacer su parte...

—¿Seguro?

—Claro que sí. Estoy segurísima, de verdad. Vamos.

De modo que siguieron decididamente aunque con precauciones su ruta hacia el Estadio. Según se acercaban al recinto deportivo, las calles se mostraban más y más desiertas. Seguía insistente la lluvia fina, que algunos llaman «calabobos»... aunque no sólo cala a los bobos que no advierten que llueve sino también a quienes no tienen más remedio que afrontarla. En la calzada se formaban regatos viscosos y charcos que cabrilleaban con reflejos imprecisos como espejos de tinta. Cuando iban a meterse en una calle bastante iluminada pero solitaria, Sara vaciló un momento, recelosa: había un coche aparcado, sin luces, aunque se veía que estaba ocupado. Una pareja en el asiento delantero y un niño atrás, con la carita pegada al cristal, mirando a las gotas que tamborileaban al caer... La presencia del pequeño tranquilizó a la chica y los hermanos avanzaron a buen paso por la calle. A pasar junto al vehículo, Arno le tiró de la manga:

—Mira, Sara... ¡pero si es un muñeco!

En efecto: haciendo visera con la mano sobre los ojos para que el agua no los enturbiase, Sara advirtió con alarma que el rostro fofo y blancuzco era de plástico, con ojos pintados y una boca que sonreía inmóvil desde su falsa ingenuidad postiza. Pero ya era demasiado tarde para retroceder. Se abrieron las puertas delanteras y descendieron simultáneamente dos hombres, uno por cada lado. Vestían el bien conocido modelo del traje azul eléctrico con corbata roja, aunque la lluvia les desordenaba un poco el pelo engominado, liso y aceitoso. Y siempre campechanos, como está mandado:

—Un momento, chavalotes, que os estáis mojando... ¿A dónde vais a estas horas? No estaréis preparando alguna travesura, ¿eh?

Sí, muy campechanos, pero *amenazadoramente* campechanos... Como Arno curioseaba acercándose a la ventanilla trasera para ver mejor al muñeco, uno de los tipos comentó riendo:

—¿Qué, te gusta nuestro «hijito»? Da menos la lata que los niños de verdad y nunca quiere bajarse para mear... Nos da un toque familiar, ¿no te parece? Porque si no la gente desconfía de los solteros como éste y yo...

Ambos volvieron a reírse, sólo con la boca, mientras sus ojos permanecían lúgubres como hornos crematorios.

—Mirad, vamos a hacer una cosa. Os subís al coche para hacernos un poco de compañía y luego os llevamos a donde queráis...

—¿Subir con vosotros al coche? ¿Para qué? —se plantó Sara, que con el pelo empapado se sentía especialmente irritable.

—Nada, para charlar un ratito. Nos contestáis a unas cuantas preguntas y enseguida os llevamos a donde queráis. ¡Y sin mojaros!

—Pues me parece que va a ser que no —la chica intentó seguir su camino pero uno de los hombres le cerró el paso. El otro llegaba por atrás, después de haber dado la vuelta al auto.

—Oye, niña, no te pregunto si te apetece subirte al coche. Te digo que te subas y cuanto antes. Sí o sí. No me pongas de mala leche...

Sara colocó los brazos en jarras y le lanzó una mirada aniquiladora, al final un poco estropeada por una gota de lluvia que se le metió en el ojo derecho.

—De modo que quieren raptarnos, ¿no es eso? Supongo que luego pretenderéis violarme...

—¡Y a mí, y a mí! —intervino alegremente Arno, que no quería perder importancia en su rango de víctima.

—Pero ¿qué dice esa cretina? —preguntó algo inquieto el hombre de azul que tenían detrás.

El otro agarró a Sara por el brazo, mascullando:

—¡Jodida pirada!

Inmediatamente la pirada le arreó una admirable patada en la entrepierna, mientras chillaba con voz de falsete:

—¡Socorro, socorro, soy una niña, socorro!

El tipo se dobló con un resoplido de agonía, soltando a su presa y llevándose ambas manos a la zona erógena martirizada. Mientras Arno lanzó un alarido penetrante, que combinaba el mejor do de pecho de Pavarotti con la sirena de una fábrica señalando la hora de salida al personal.

—¡Socorro, estos hombres malos quieren violar a mi hermanita!

Enseguida se abrió la ventana de una casa, por donde asomó una señora en bata con rulos en el pelo:

—¡Eh, ahí abajo, suelten a la criatura! ¡Marranos, sinvergüenzas, a dónde vamos a llegar!

En uno de los portales cercanos apareció un portero, enarbolando la fregona.

—¿Qué pasa? ¡Como yo les coja...! Voy a llamar a la policía.

Los dos hombres de azul abordaron de nuevo apresuradamente su vehículo, el conductor doliéndose aún del puntapié que había sufrido, y partieron con elogiable prontitud. Su arrancada fue tan brusca que la cabeza del muñeco se agitó atrás, como si se despidiera. La señora de la ventana no dejó de advertirlo oportunamente:

—¡Y encima esos pervertidos llevan a un niño pequeño! ¡Vaya ejemplo que le están dando!

—Para matarlos, vamos... —corroboró el portero regresando a su portal—. Lo que siento es no haber podido apuntarles la matrícula. ¿Estás bien, niña?

Pero Sara y su hermano ya habían desaparecido por la siguiente esquina sin dar explicaciones a sus aliados. Continuaron el trecho que les faltaba con mayores precauciones todavía, esperando en cada calle tropezar de nuevo con el coche de los dos hombres, aunque no volvieron a ver ni rastro de él. Al cabo de un rato, empapados por completo a pesar de haber buscado todos los cobijos posibles en su trayecto, desembocaron en la avenida flanqueada por cartelones publicitarios que llevaba a la puerta del Estadio. Las luces de los reflectores que iluminaban la gran mole competían con el ziszás flamígero de los relámpagos, porque la tormenta arreciaba por momentos. Ya no se trataba de llovizna ni calabobos sino de un auténtico chaparrón, acompañado de tanto en tanto por el redoble ensordecedor de truenos cada vez más próximos.

Intentando buscar el lado bueno de la inclemente situación, Sara supuso que el aguacero les ofrecía un cierto camuflaje para acercarse hasta la garita de los porteros. Arno y ella se detuvieron un momento al resguardo de la relativa protección que les ofrecía un gran panel en el que un tipo vestido de cuero y con tres relojes en la muñeca saltaba sobre un precipicio en una moto de gran cilindrada. La chica empezó a darle instrucciones a su hermano a gritos, porque era la única forma de entenderse en el fragor de los elementos.

—¡Escucha...! ¿Me oyes? ¡Jo, vaya trueno! Toma la caja de las letras. Yo voy a intentar acercarme a la puerta y distraer a los guardias. En cuanto me veas hablando con ellos, cuélate por la izquierda y busca la ventanilla donde debes introducirla. La mujer dijo que hay dos botones y que debes apretar el de color verde. No vayas a despistarte, ¿eh? ¿Lo tienes claro? Pues venga, dame cinco minutos para llegar.

—OK, mensaje recibido, corto. Tranqui, que es pan comido.

Se intercambiaron un par de besos húmedos y Sara echó a correr a lo largo de la hilera de anuncios hacia la entrada. Después de una breve espera (como Arno no tenía reloj tuvo que medir los cinco minutos a ojo de su impaciencia) el chico se lanzó también

en diagonal hacia el flanco izquierdo. O corría más que su hermana o había calculado bastante mal los minutos requeridos, porque llegó junto al muro del Estadio segundos después de que Sara —sacudiéndose el agua como un perrito mojado— apareciese junto a la garita de guardia. Pegándose a la pared como un apache a punto de asaltar el fuerte, Arno se acercó lateralmente y pudo escuchar el notable diálogo que allí tuvo lugar. Bien oiréis lo que dijeron...

—¡Malas noches!

—Este... ¿cómo dices, niña?

—Digo que malas noches. Porque vaya nochecita que hace, ¿no?

—Ah, sí... ja, já. Tienes mucha razón. ¿Qué, vienes al partido? Como el Estadio es cubierto, ahí dentro no te mojarás...

—A mí el fútbol no me gusta. Vengo a buscar a mis padres.

—Tus padres... ¿están dentro, viendo el partido? Pues nada, entonces no tienes que pagar. Puedes entrar gratis a buscarles. A lo mejor luego te aficionas al fútbol y todo... Es un deporte que te atrapa, cuando lo sabes disfrutar.

—Es que yo no quiero que me atrape. Precisamente ése es el problema.

—Chica, no te entiendo.

—Digo que me preocupa que mis padres estén atrapados ahí dentro. Lo que quiero es que salgan, no que a mí me pase lo mismo que a ellos...

Mientras escuchaba, conteniendo la risa, Arno se fijó en algo parecido al cajero automático de un banco que había cerca de la garita. Allí estaba el buzón, como los de correos, y los dos botones cuadrados cada uno con su luz correspondiente, roja la una y verde la otra. Agachado y cauteloso, se fue aproximando a su objetivo. Pero entre tanto procuraba no perderse palabra de la tragicomedia que Sara estaba montando con los porteros...

—Oye, tus papás están disfrutando mucho y siguen dentro porque quieren. Anda, pasa tú misma y pregúntaselo, para que te convenzas.

—¿Y si se los han comido ya los psicófagos?

—Los... ¿los fagoqué?

—Venga, no disimulen, que saben muy bien de lo que estoy hablando. ¡Ahí dentro hay monstruos que primero hechizan a la gente y luego se la comen!

—Pero ¿qué coño estás diciendo? ¡Esta pava está pirada!

—Ya me estoy hartando de que hoy todo el mundo me llame «pirada».

—Pues eso es precisamente lo que eres: ¡una pirada del copón! De modo que si no quieres entrar, ya te estás largando...

Uno de los porteros, envuelto en su gabardina, salió de la garita y se dirigió amenazador hacia Sara. Pero con el rabillo del ojo vio de pronto un movimiento a su derecha.

—Chaval... ¿qué haces? ¡Maldita sea tu...! ¡No te acerques ahí!

Cambió con toda celeridad de dirección y se abalanzó hacia Arno. Demasiado tarde. El chico acababa de introducir la caja en el buzón, que la aceptó con un quejido neumático. Y antes de que nadie pudiera impedírselo, apretó con todas sus fuerzas el botón verde. Luego se alejó corriendo, mientras el portero le amenazaba con el puño y lanzaba terribles maldiciones impotentes.

Al principio, no ocurrió nada. Después, poco después, empezó a sonar con insistencia y estruendo mayor que el de los truenos un timbre de aviso intermitente, como la llamada de un teléfono móvil gigantesco. Los enormes focos del estadio se apagaron uno tras otro. El portero dejó de amenazar a Arno, bajó abatido los brazos, y se alejó despacio a través del telón de la lluvia, pisando de lleno en los charcos como si fuese un niño pequeño. Empezó a salir gente por la puerta, abierta ahora de par en par. Iban en parejas o en pequeños grupos, la mayoría con aire desconcertado. Y otros parecían contrariados más bien, como si se fuesen de allí a regañadientes. Sara escuchaba al pasar los comentarios que iban haciendo:

—¡Vaya tiempo se ha puesto! Ya te dije que había que traer paraguas...

—Podíamos haber esperado dentro hasta que escampase...

—¡Lástima! Ahora que ya íbamos ganando...

—¿Has visto al abuelo? ¿Dónde está el abuelo?

—Se ha empeñado en quedarse. Dice que no se moverá de la grada hasta que no aparezca la abuela. ¡Imagínate, la abuela probablemente ya estará a estas horas en casa!

—¡Ricardo! Pero ¿dónde se ha metido ese hombre?

—El partido estaba siendo estupendo. No sé por qué lo han interrumpido.

—¡Y con qué prisas! Sonar ese timbre, apagarse un momento las luces y cuando han vuelto a encenderse ya no había nadie en el campo...

—Yo estaba la mar de entretenido. ¡Se me habían olvidado por un rato todos los jaleos de casa! Ahora, otra vez...

—Me da la impresión de que tenían algún problema con la electricidad, por culpa de la tormenta.

—Llevo media hora tratando de hablar con mi marido y el móvil sigue sin cobertura.

—Será la tormenta...

—¡Cómo ha jugado Beckham!, ¿eh? Dónde esté Beckham, ni Ronaldo ni nadie.

—Eso es muy discutible...

—Lo indiscutible es que el árbitro estaba vendido...

—Sí, porque tú lo digas...

—Te digo que no hay derecho a que suspendan por las buenas un partidazo como éste sin dar explicaciones al público.

—Pues yo, qué quieres que te diga, ya tengo ganas de llegar a casa y ver cómo están los niños.

—¿Qué niños? ¡Ah, sí, los nuestros! Descuida, estarán mejor que tú y que yo: viendo la tele, como siempre...

Seguía saliendo gente y más gente. Arno se puso de puntillas, tratando de localizar a sus padres entre los que iban apareciendo. Estaba cada vez más inquieto por su retraso. No conseguía verles, pero en cambio localizó a la vieja que les había dado el estuche metálico y las instrucciones para utilizarlo. Marchaba con un paso más vivo y menos encorvada que como Arno la recordaba. Aunque todavía llevaba al cuello la bandeja de chucherías, ya no intentaba vender nada a nadie. El crío la llamó:

—¡Eh, señora!

—¿Qué? ¡Ah, sois vosotros! De modo que lo habéis conseguido, por lo visto —se les acercó, mirándoles con admirada simpatía, no exenta de cierta malicia—. Ya imagino que no ha debido ser fácil. Pero desde el primer momento me causasteis buena

impresión. A no ser que os confunda con otros, porque a mis años...

—¿Confundirnos con quién? —protestó algo dolida Sara—. Pero si nos dio usted la cajita para las letras y nos dijo lo que teníamos que hacer...

—Claro, hijita, claro, como a todos los demás... —sonrió ante el respingo que pegó Sara al oírla—. No creas que fuisteis los únicos, repartí más de ciento cincuenta de esos estuches. Ciento cincuenta y tres, si no recuerdo mal... La mayoría a chavales como vosotros, aunque también algunos a gente mayor. Pero prefiero a los jóvenes, porque podéis moveros más deprisa y resultáis menos prudentes, al no imaginar lo que quizá os espera. Como os falta experiencia para temer lo probable, aún sois capaces de creer en lo posible... En fin, ya ves, habéis ganado. Quién sabe lo que habrá sido de los otros, si es que intentaron la aventura también. En cualquier caso, el éxito es sin duda vuestro. ¡Enhorabuena! Pero tú, amiguita, no pareces demasiado contenta.

Sara no sabía cómo explicar su decepción.

—Es que... no sé... la gente sale como si nada... más fastidiada que otra cosa... No parecen sentirse *salvados*, ya me entiende usted.

—Es que no saben que les has salvado, bonita mía —la anciana les miraba ahora sin ironía, casi con piedad—. ¿No os dije que la mayoría de quienes estaban encerrados en el Estadio eran víctimas *voluntarias*? ¿Cómo crees si no que los psicófagos iban a poder apoderarse de ellos? Siempre necesitan que alguien, desde *dentro*, les facilite el paso... No me malinterpretes, habrá muchos que ahora, lejos del partido maldito, se sientan más o menos aliviados. Pero otros lo echarán de menos y se notarán como vacíos... Oye lo que te digo: si a una bestia de carga le quitas de pronto las alforjas que tanto le pesan, a lo mejor no te lo agradece. ¡Quizá suponga que le estás robando...! En cualquier caso, vosotros habéis hecho lo que debíais hacer. Porque tú sí que te sientes más libre, ¿verdad?

Antes de que Sara pudiera responder afirmativamente, Arno la interrumpió saltando de alegría y gritando con feliz saludo:

—¡Papá y mamá! ¡Allí están papá y mamá!

* * *

También los padres de Fisco volvieron sanos y salvos a su casa. En cambio, del tío de Jaiko nunca más se supo. Un mes más tarde del final del partido infame y famoso, los dos amigos se detuvieron pensativos ante la vieja librería «El Pozo y el Péndulo». Estaba apagada y silenciosa, con la puerta tapiada por tablones de madera clavados de cualquier modo y un precinto de la policía que decía: «No pasar.» Dentro, también oscuro, imaginaron los muchachos al «Laberinto de las sirenas». Inactivo por el momento, pero a la espera, con sus promesas maravillosas y también con la amenaza del regreso más indeseable...

—¿Qué será ahora de nuestra librería? Echo de menos a don Pantaleón... —suspiró Fisco.

—Yo también —le contestó Jaiko—. Pero creo que estaría contento de nosotros. A fin de cuentas lo conseguimos, de eso no cabe duda.

—La verdad es que no sé si hemos conseguido gran cosa. A veces me da la impresión de que la gente, empezando por mis propios padres, están deseando volver al Estadio...

—¡Toma, y que lo digas! ¿Sabes que ya han empezado a anunciar unos juegos olímpicos «del siglo» para dentro de poco? Tengo unos vecinos que ayer me preguntaron si se podían reservar las localidades... Antes de darnos cuenta ya habremos vuelto a las andadas, como si lo viera. De todas formas, hicimos lo que había que hacer. Mañana... ¡ya veremos!

—Bueno, por lo menos nosotros seguimos juntos.

Jaiko vaciló un momento y luego, tímidamente, se arriesgó a informar a su compañero. Sabía que iba a darle un buen disgusto.

—Oye, verás, tronco... Como mi tío ha desaparecido... Ahora mis tutores son los abuelos. Se vinieron este mes aquí para acompañarme y todo eso, pero viven en otra ciudad. Tendré que irme allí con ellos.

—¿Te vas, Jaiko?

—Dentro de tres días. Aunque vendré mogollón de veces a verte. Siempre que tenga vacaciones. Y tú también vendrás a verme, ¿verdad?

—Claro, si puedo...

—Además, está Sara... Cuídala, ¿eh? Ya ves, tronco, te dejo el campo libre con ella... ¡Con lo que me gusta esa chavala!

—Ya, bueno, pues seguro que la veré de vez en cuando...

—¡Jo, que poco entusiasmo! ¿Es que a ti no te gusta Sara?

(Hazte un alma. Hazte un alma verdaderamente tuya, resuelta y flexible, inmune a los mordiscos del prejuicio, sin falso pudor ni vacua arrogancia. Un alma solidaria, solitaria...)

—A mí me gustas tú, Jaiko, a ver si te enteras de una vez. No las chicas: tú. Te quiero sólo a ti... y tú ahora te vas.

Jaiko se le quedó mirando en silencio, primero con sorpresa, después con una vacilante sonrisa. Le revolvió el pelo con la mano, le tiró de una oreja, le amagó un puñetazo en la nariz... Fisco fingió quedarse noqueado, puso los ojos en blanco y luego le sacó la lengua.

—¡Cómo eres! Con que te chifla mi olor de pies, ¿eh? Pues te regalaré mis calcetines usados. Y volveré. Jo, ¿no te he dicho ya que voy a volver enseguida? ¿Quieres que te lo ponga por escrito y con sello del Ayuntamiento?

Asegura el poeta que los humanos estamos hechos de la misma sustancia con la que se fabrican los sueños. De modo que ahora dejaremos a cada cual prisionero de su sueño, que le sirve de cárcel y alimento: Fisco soñando con el regreso de Jaiko, Jaiko soñando con ganarse el cariño de Sara, Sara soñando quizá con encontrar de nuevo —¡quién sabe dónde ni cómo!— al viajero Zindabad... ¿Y Arno? Bueno, a Arno lo mejor será permitirle por ahora crecer en paz.

APÉNDICE

# PERSONAJES, PERSONALIDADES Y PERSONAS

> «Es necesario establecer como una ley que la aventura no existe. Está en el espíritu del que la persigue y, en cuanto va a tocarla con el dedo, se desvanece para reaparecer mucho más lejos, bajo otra forma, en los límites de la imaginación.»
>
> PIERRE MAC ORLAN, *Pequeño manual del perfecto aventurero*.

El esquema narrativo que consiste en insertar una serie de relatos dentro del argumento de una historia principal tiene modelos ilustres y venerables, empezando por *Las mil y una noches* y continuando en *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer o el *Decamerón* de Boccaccio. Pero el relato que vertebra cada una de estas dos últimas colecciones es poco más que un pretexto; por el contrario, hay ejemplos más recientes en los que la narración principal que sirve de cañamazo para entretejer las demás no es menos relevante que éstas y conserva su intriga hasta el final sin que las derivadas nos la hagan olvidar: así en *El vagabundo estelar* de Jack London (una de mis novelas favoritas del autor y del siglo XX) o, mucho más modestamente, en *Noches de Sing-Sing* de Harry Stephen Keleer, un émulo de Edgar Wallace al que leí mucho en mi adolescencia atraído por lo llamativo de sus títulos (*Las gafas del hombre de Saturno*, *El libro de tapas de piel de tiburón*, *Los tres Budas de plata*...).

*El gran laberinto* presenta una relativa variante, inspirada no sólo en la tradición literaria sino en el planteamiento de los juegos de rol para videoconsola. En éstos, un personaje o personajes se proponen alcanzar un objetivo final y para ello deben emprender aventuras parciales, en las que conseguirán armas, herramientas o instrucciones, a través de peligros y de la relación con figuras adversas o protectoras. Mi relato responde con peor o mejor fortuna a este mismo modelo.

Los personajes principales que presento (Fisco, Jaiko, Sara, Arno, don Pantaleón, etc.) han sido creados para esta ocasión. Pero también aparecen otros tomados de historias ajenas e incluso figuras históricas, a los que manejo a mi conveniencia aunque

casi siempre tratando de hacerles hablar con expresiones que les pertenecen y que yo reproduzco desvergonzadamente. Sin embargo, para jugar limpio al menos en parte con aquellos a los que he saqueado, diré ahora una palabra aclaratoria sobre las respectivas procedencias de mis latrocinios.

Hasta que comienzan los viajes a lomos del viento escarlata, no puede decirse que haya préstamos relevantes. Por supuesto, la librería recibe su nombre —«El Pozo y el Péndulo»— de un inolvidable cuento de Edgar Allan Poe. Si mi lector no lo conoce, le recomiendo que deje este libro aparcado ahora mismo, corra a buscarlo y se conceda la gozada de leerlo: no le llevará más de una hora y no lo olvidará nunca. También *El laberinto de las sirenas* es el título de una novela, en este caso de Pío Baroja, donostiarra como yo. Volveré sobre él dentro de un momento. Y al final del capítulo tercero inserto unos versos de Jorge Luis Borges... Algún lector tiquismiquis me reprochará en este punto no mencionar que la flor que el gato *Sansón* trae en la boca al salir del «Laberinto» es hermana de la que acompaña al protagonista de *La máquina del tiempo* de H. G. Wells desde el futuro al regresar a su época. Bueno, exigente lector, muy bien: ¿y qué? Haz el favor de no agobiarme.

Vayamos a las travesías de los cuatro jóvenes protagonistas por el «Laberinto», según su orden:

Primera. Naturalmente, los invitados aquí son don Quijote y Sancho Panza. Casi nadie niega que las figuras de uno y otro son mucho más indeleblemente memorables no sólo que su autor, sino incluso que la gran novela en que por primera vez aparecen. Y ello no pretende disminuir el mérito del reflexivo humorista que las creó, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), sino subrayar lo milagroso de este éxito que va mucho más allá de lo demostrado en cualquier otra de sus restantes obras. Por absurdo que resulte, hoy podríamos imaginarnos el mundo sin rastro de Cervantes, incluso sin la novela *El Quijote*, pero ya no sin don Quijote y Sancho, mitos perdurables de quienes George Orwell aseguró que representan el alma y el cuerpo del ser humano. A mi juicio, de mínima relevancia, ninguna obra literaria que trate directa o indirectamente de la libertad puede omitir una reverencia a tan entrañables precedentes...

Segunda. Aquí no aparece ningún personaje de ficción sino el mismísimo Denis Diderot (1713-1784), impulsor y mantenedor contra viento y marea de la «Enciclopedia», que fue el empeño emblemático de la Ilustración francesa y epicentro de un terremoto intelectual europeo que pronto abarcó al mundo entero (cataclismo por el que no oculto mi profunda simpatía). También d'Alembert y la propia Sophie Volland pertenecen a la historia de la época, no a la ficción. Con Sophie mantuvo Diderot una espléndida correspondencia, aunque nunca vivieron propiamente juntos como se presenta en mi novela. Sencillamente, he querido brindar al menos aquí esta oportunidad de intimidad a los amantes virtuales...

Tercera. En este episodio aparecen dos personajes literarios de primera magnitud. Shanti Andía es el protagonista de una de las mejores novelas de Pío Baroja (1872-1956), llamada *Las inquietudes de Shanti Andía*. Baroja es un gran narrador de aventuras, de estilo incisivo y pegado a la acción que para mí hubiera querido en este libro. Es un romántico, pero con el romanticismo del absoluto e irreversible desencanto... que a fin de cuentas también resulta ácidamente «encantador». El otro personaje es Zindabad o Simbad, llamado el Marino. Por obra y gracia de un traductor francés de *Las mil y una noches*, Antoine Galland, sus peripecias aparecen incluidas en esa obra copiosa y mágica. En realidad, constituyen un relato aparte, compuesto en Bagdad en el siglo IX. A ratos, tiene cierto aroma de la *Odisea* pero tras ser frotada con esencias orientales...

Cuarta. En *El gran laberinto* no aparecen nigromantes ni brujos asombrosos de los que tanto abundan en la literatura desde que Tolkien nos obsequió con *El señor de los anillos*. Pero traigo a escena a Leonardo da Vinci (1452-1519), más real y no menos portentoso que cualquiera de ellos. Artista, inventor y pensador, sus apuntes y aforismos son una mezcla desconcertante de observación rigurosa, imaginación creativa y fantasía caprichosa. Hago hincapié en mi relato en uno de sus dictámenes que más me gustan: «Salvaje es el que se salva». También César Borgia (1475-1506) es un personaje histórico y a la par legendario. Admirado por Maquiavelo y temido por tantos otros, estuvo a punto de ser dueño de Italia y acabó muriendo desterrado en una oscura refriega periférica en la localidad navarra de Viana, donde está sepultado.

Quinta. Aquí aparece la sombra de Lao Zi (siglo VI a.C.), pensador chino del que apenas sabemos otra cosa cierta sino que fue autor de *Tao-te-King*, el Libro del Camino Recto, uno de los textos de sabiduría sin duda fundamentales de la historia humana. Aunque le hago citar algunos párrafos de esa obra muy breve pero inagotable, reconozco haberle atribuido una especie de parábola que nada debe a lo que creemos conocer de su legado...

Sexta. Este episodio mezcla personas históricas y personajes literarios. El escritor Oscar Wilde (1854-1900), «irlandés de nacimiento, inglés de idioma y francés de corazón», según el mismo reconoció, es una de las figuras más queridas de mi personal panteón de grandes escritores. Y Sherlock Holmes (sin olvidar a su necesario contrapunto, el fiel doctor Watson), inventado por sir Arthur Conan Doyle (1850-1930), destaca entre las criaturas nacidas en el universo de la ficción. Ha sido un gran placer y un inmerecido honor para mí darle un tramo más de vida en su inmortalidad...

Séptima. El moro Otelo y el judío Shylock son dos caracteres dramáticos que comparten el protagonizar peripecias trágicas ambientadas en Venecia. También son hijos del mismo talento, William Shakespeare (1564-1616), que habitó este planeta a la vez que Cervantes y murió prácticamente el mismo día que él. Se ha dicho (por el crítico americano Harld Bloom) que Shakespeare fue el «inventor de lo humano». Esta hipérbole no es tan exagerada como parece, porque hoy seríamos incapaces de describir de manera suficiente la humanidad sin referirnos antes o después a sus obras. En mi

libro, consiento que Shylock y el actor que hace de Otelo, Danilo, reciten al alimón uno de los más hermosos monólogos humanistas del dramaturgo isabelino, que los aficionados al cine recordarán además gracias a *To be or not to be* de Ernst Lubitsch...

Octava. También en este último viaje presento a un ser de ficción junto a un personaje histórico. El primero es el Golem, un autómata legendario fabricado por un rabino de Praga que le dio vida empleando mágicamente el nombre de Jehová. Esta criatura protagonizó una novela fantástica de Gustav Meyrink escrita el pasado siglo. En mi relato, se combina con otra criatura artificial, la inventada por el doctor Frankenstein en otra narración cien años anterior compuesta por Mary W. Shelley y con cuya apariencia monstruosa pero entrañable nos ha familiarizado el cine y el talento del actor Boris Karloff. El personaje histórico es el profesor de filosofía Jan Patocka (1907-1977), discípulo de Husserl y portavoz de la Carta 77 contra la dictadura comunista promovida entre otros por Vaclav Havel. Murió a manos de la policía política checoslovaca, tras varios interrogatorios torturantes y agotadores. Que todos los jóvenes europeos comprometidos políticamente conozcan a Che Guevara pero pocos o casi ninguno hayan oído hablar de Patocka es un síntoma indudable de las deficiencias de la educación democrática en nuestros países... y también la explicación de otras carencias de nervio democrático que Europa actualmente padece. Uno de los jóvenes seguidores de Patocka que trata de convencerle en mi relato para que huya de la cárcel se llama Krito, en referencia al diálogo platónico «Critón» en que el personaje epónimo intenta persuadir a Sócrates de la conveniencia de una fuga semejante. El profesor checo hereda así no sólo la tarea intelectual del ateniense sino su ejemplar serenidad ante la muerte injusta.

El Gran Laberinto es el nombre de una modesta «casa del miedo» aún situada en el pequeño parque de atracciones del monte Igueldo, sobre la bahía de San Sebastián. Allí pasé muchos ratos felices y sobresaltados en mi niñez, junto a mi amigo Juan Berraondo y mis tres hermanos menores (dos chicos y una chica, como por casualidad...). Por eso es sin duda mi hermano Juan Carlos —el «Arno» de aquella banda familiar— quien mejor podía comprender e ilustrar hoy las aventuras ingenuas y nostálgicas que aquí narro.

*San Sebastián-Sant Elm-Madrid,*
*de mayo a diciembre de 2004*

*El gran laberinto*
Fernando Savater

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Fernando Savater, 2005

© Editorial Planeta, S. A., 2011
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2011

ISBN: 978-84-344-1354-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

# Índice


| | |
|---|---|
| DEDICATORIA | 3 |
| CITA | 4 |
| 1. EL PARAÍSO DE PANTALEÓN | 5 |
| 2. EN EL ESTADIO | 13 |
| 3. TRAS EL VIENTO ESCARLATA | 24 |
| 4. EL CABALLERO DE LA MUCHA FATIGA | 32 |
| 5. POR AMOR A SOFÍA | 45 |
| 6. EL PEOR DE LOS PECADOS | 59 |
| 7. TODO ESTÁ VIVO | 76 |
| 8. PAVOR EN LA GRUTA | 90 |
| 9. EL ÚLTIMO GOLPE DE ARPAD ZARKO | 108 |
| 10. ENTRE FANTASMAS | 127 |
| 11. LA LETRA FINAL | 147 |
| 12. ¿SALVADOS? | 167 |
| APÉNDICE. PERSONAJES, PERSONALIDADES Y PERSONAS | 186 |
| CRÉDITOS | 190 |